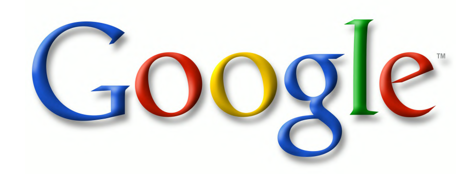
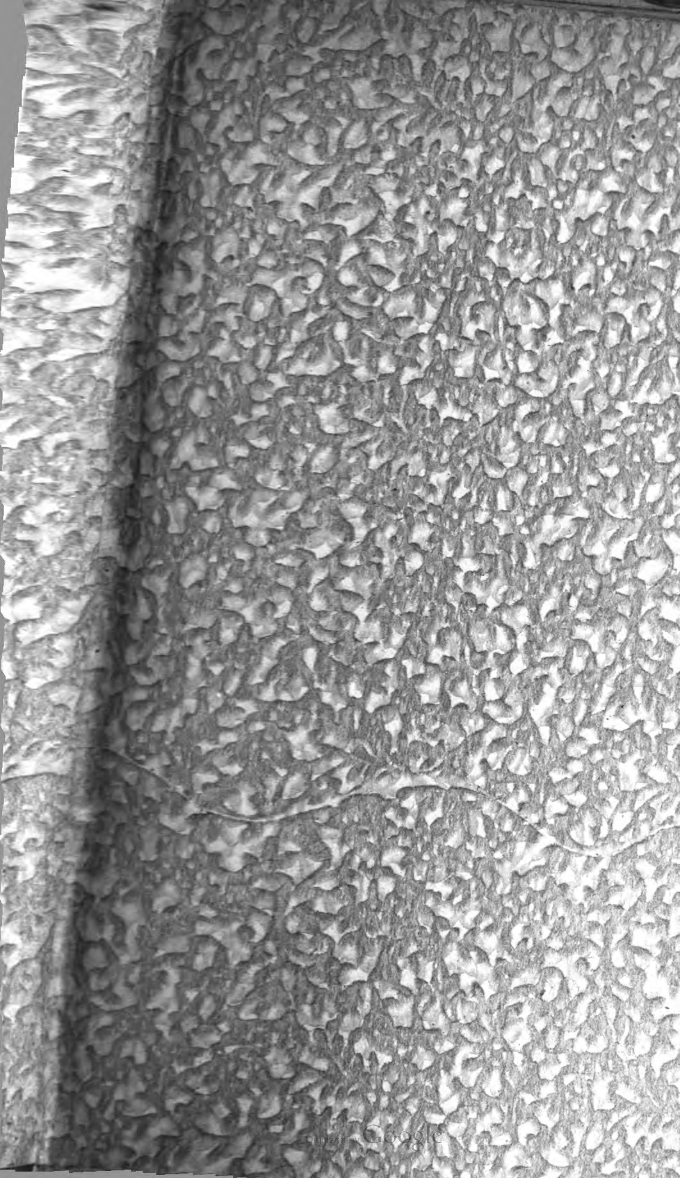





VET TES EN
NOV TAM TVM
Dei
Sub Numine
Viget



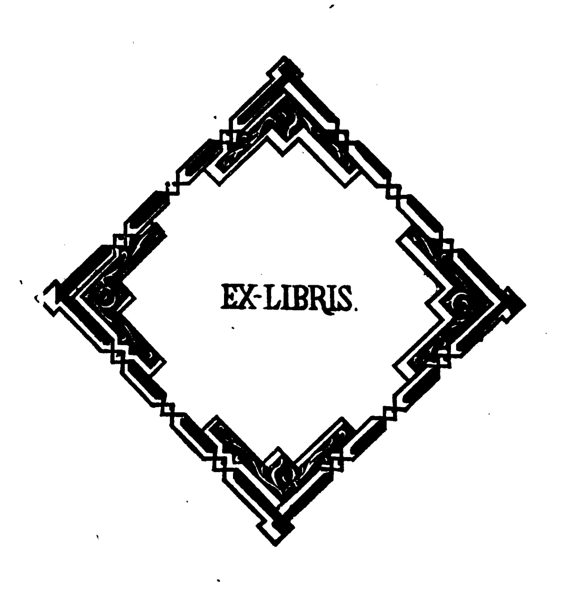
COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

HISTORIADORES

CXXX I


EX-LIBRIS.

CRONICA

DE

ENRIQUE IV

III

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares	en papel de hilo, del.	1 al 50
10 »	en papel China, del.	I al X



CRÓNICA
DE
ENRIQUE IV

ESCRITA EN LATÍN
POR
ALONSO DE PALENCIA

TRADUCCIÓN CASTELLANA
POR
D. A. PAZ Y MELIA

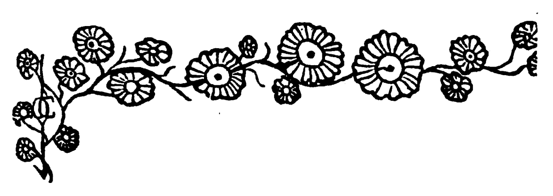
TOMO III



MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Calle de Olid, número 8.

1905

HISTORIADORES



LIBRO VI

CAPÍTULO PRIMERO

Inútiles tentativas del Rey y del Maestre en Portugal.—Su regreso á Segovia.—Recrudecimiento del odio de Pacheco á los Príncipes.

Después de la entrevista de los Reyes entre Badajoz y Yelves, y del regreso á Mérida, como el de Portugal había marchado á Evora, el Maestre, que de largo tiempo meditaba apoderarse de Sevilla, dirigió sus artes á las cosas de Andalucía, sin interrumpir las secretas asechanzas contra el duque de Medina. Entretanto y para tener más próximo al Rey, pretextando otros asuntos, se dió á inventar nuevas alteraciones en territorio de Llerena, no lejos de Sevilla. Marcharon ambos á esta ciudad, donde Pacheco se presentó dispuesto á poner coto á la dominación de Alfonso de Cárdenas, y á atraerle al servicio de D. Enrique. Agria fué la respuesta del Comendador y no menos la del conde de Feria, D. Lorenzo de Figueroa, que indignado de la conducta del Maestre, siempre propenso á la intriga, rechazó sus perniciosos ardides. Confiaba éste en que el de Medina acabaría por entregarse, por haberse

ofrecido algunos á hacer traición al descuidado Duque; pero como no tuvo éxito la tentativa, marchó con el Rey á Córdoba á intentar algún acomodo con el condestable Miguel Lucas, pues sufría impaciente el prolongado poder de aquel advenedizo y la posesión de Jaén, Bailén y Andújar que por herencia correspondían á su yerno.

No tuvo el éxito deseado ninguna de sus tentativas, y entonces, lleno de confusión, declaró en presencia de sus íntimos que cuantas veces había ido á Andalucía se había visto burlado por los andaluces, bien por disposición del hado, bien por lo astuto de aquella gente. Estaba viendo además cuán diferentemente pensaban el conde de Cabra y su yerno Martín Alfonso de Montemayor de lo que se había imaginado, pues entre otras muchas cosas que pretendía, hubiera querido por lo menos romper la amistad de aquellos caballeros con el Duque, y ni pudo conseguirlo, ni detener por entonces más tiempo en Córdoba al Rey, llamado para dirimir las rivalidades de los de Baeza y los terribles tumultos de aquellos días. Esta marcha de D. Enrique contrarió mucho al Maestre, porque viendo ya manifiesta la enemiga del Condestable, consideraba afrentoso aproximarse más á Jaén. Para hacer más expedito el viaje á Castilla la Nueva, se dispuso que la Reina saliera de Córdoba con dirección á Toledo. En Andújar nada aprovechó la habilidad de Pacheco, que se imaginaba mover con la presencia del Rey á los moradores á su voluntad propia ó á la de su joven sobrino D. Rodrigo Girón (pseudo Maestre de Calatrava, pues sólo disfrutaba del título, mientras su tío disponía de

casi todas las rentas y ejercía omnímoda jurisdicción); por lo menos deseaba enajenar el favor de la ciudad al Condestable, cuya fortaleza defendía su amigo el valiente Pedro de Escabias (1).

Entró en ella con unos cuantos D. Enrique y le recordó la fidelidad debida á los reyes, cuya transgresión por parte de los alcaides rebeldes consideraría él á par de felonía, cuando era notoria por otra parte la gran ventaja que para la quietud de los naturales de la provincia produciría el cambio de la guarnición, pues por informes suyos además había sabido á cuántos riesgos les había expuesto la ocupación de la ciudad, cada vez más enemiga á causa de la soberbia del Condestable y de sus arrogantes procederes.

A esto contestó el alcaide:—«Bien sé, mi Rey, si tal nombre merece quien con su reconocida servidumbre ha mancillado la dignidad de sus dilatados dominios, que las leyes del reino prohiben á los alcaides retener las fortalezas contra la voluntad del Soberano; pero no se me condenará por conservar para ti y para tu honor ésta hasta hoy lealmente defendida á tu Corona por la pericia y probidad del Condestable, en tanto que tus infieles satélites te afrentaban públicamente con mil pérfidos ultrajes, ni por evitar algunos de los males que tu esclavitud acarrea, ya que te complaces en someterte al dominio de tus acusadores, ó por lo menos confirmas y sancionas por verdaderos los

(1) Este es el Alcalde mayor de Andújar, autor del *Reportorio de Príncipes de España* que alcanza hasta 1470 y cuyo único ms. se conserva en el Escorial.

oprobios que contra ti lanzaron al publicar en solemnes arengas y en cartas por todo el mundo repartidas que eras un monstruo, no un hombre, una bestia feroz, no un Rey. Con inaudito descaro llaman en tu presencia fidelidad á sus tremendos crímenes los que, olvidados de los beneficios, fueron no sólo ingratísimos, sino extremadamente inícuos, aumentando las injurias y afrentas con hacerte aparecer como un leño al entregarte á ellos tú, tu vida, el cetro y el honor, mientras permites sean tachados de desleales aquellos en quienes ni los trances más apurados de tu causa, ni fuerza ó poderío de los infieles lograron jamás quebrantar el deber de súbditos. Si quieres acordarte de ti y de los tuyos, presente debe estar en tu memoria el largo asedio con que pretendió el maestre D. Pedro Girón apoderarse de Jaén y de esta ciudad de Andújar cuando todas las provincias y ciudades de Andalucía vergonzosa y pérfidamente á voluntad de este maestro de maldades señoreaban los infieles, y nadie en Andalucía, á excepción de la ciudad de Jaén y esta noble de Andújar te reconocía por rey y arrostraba por ti los mayores peligros. Pero si ha de tachársenos de rebeldes por el sufrimiento de trabajos y la firme obediencia á tu Corona ¿por qué razón diversos y contrarios respetos han de valer el título de leal á quien hay que juzgar ó veraz entonces ó vil traidor al presente; cuyos nefandos delitos superan en número á las injurias que vomitó contra ti, y su impudencia á la ingratitud por los innumerables beneficios que únicamente le concedistes á él y á su hermano D. Pedro? Y

ahora, de todos éstos olvidado, ¿pretendes vendernos también á tus traidores en virtud de las leyes por ellos violadas y por nosotros fielmente obedecidas?»

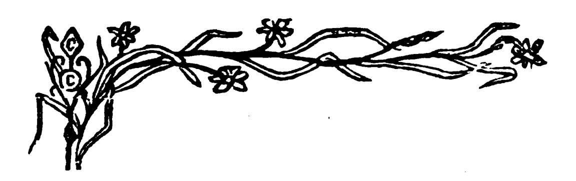
«En nombre de tu condestable Miguel Lucas y con el debido acatamiento respondo que, por considerarte esclavizado, ni te llamaré Rey mientras dure tu misérrima servidumbre, ni me creeré obligado por las leyes á entregar lo que honrada y lealmente poseo; pero si te resolvieses á obrar en todo rectamente para recobrar la libertad y yo no te acogiese en esta fortaleza, entonces sí merecería el anatema de todos los buenos. Vuelve pues en ti, desdichado, y si deseas tu felicidad, dame orden para que me apodere de ese tu opresor y enemigo de la libertad de todos, que la orden y su cumplimiento hará que te juzguen digno de alguna autoridad.»

Oyó el malvado Rey al Alcaide y, sin decir palabra, se encaminó á la puerta que ya no esperaba se le franquearía, reuniéndose á poco con el Maestre que no lejos fuera de la villa aguardaba el resultado de la entrevista, no sin haber intentado, aunque en vano, soliviantar el ánimo de uno de los dos bandos de Palominos y Escabias en que los ciudadanos estaban divididos.

Rápidamente, y sin pararse á apaciguar las rivalidades y disturbios, atravesaron ambos por Baeza con dirección á Castilla la Nueva para hacer dueño á Pacheco de la noble villa de Madrid. Desde aquí fué el Rey á Segovia para darle también á quien le dominaba el dominio de Sepúlveda, á fin de que por ambos lados de las sierras tu-

viese libre señorío y desde tierra de Madrid, Escalona y Buitrago hallase franco paso por todos los montes con gravísimo daño de los Príncipes que en aquellos días se habían trasladado á Torrelaguna. Pero los de Sepúlvedá, previendo la servidumbre que les aguardaba y que tantas veces y durante tanto tiempo habían procurado evitar, pidieron fuerzas á los Príncipes, que inmediatamente se las enviaron en número de 170 caballos del Arzobispo de Toledo, mandados por los nobles y esforzados caballeros Beltrán de Guevara y Pedro de Avila, para defensa de las libertades de los naturales. Entre ellos había algunos hidalgos distinguidos que arrojaron de la ciudad á varios amigos del Maestre, sospechosos de estar ganados para venderla, con lo que quedó burlada la insaciable ansia del Maestre. Dícese que llevó tan á mal aquella diligencia de los Príncipes en proporcionar oportuno socorro, que concibió mayor odio contra ellos y no se recató de proferir insolentes amenazas de seguir trabajando por apoderarse á traición de Sepúlveda.





CAPÍTULO II

Oscuro origen de Alarcón y sus pésimas costumbres.—Embajada de Carlos, Duque de Borgoña.

Creo oportuno mencionar aquí las causas de las innumerables desdichas en aquellos días ocurridas.

Hubo un hombre perverso y de oscuro linaje, llamado Alarcón, que desde tierra de Cuenca donde era su naturaleza, marchó á lejanas tierras para engañar allí más fácilmente con sus falacias á los que no conocían su estirpe ni su género de vida. Procaz y disimulado, anduvo vagando por las islas de Sicilia, Rodas, Chipre y otras, en busca del sustento y de renombre, fingiendo muchas veces desgracias, algunas pericia en las vanas artes de la alquimia, y siempre y en todos lados, á parte de frecuentes lenocinios, procurándose falsos matrimonios, hasta el punto de no haber residido algún tiempo en tierra donde no le contrajese, mientras vivió lejos de España. Luego en Barcelona y en Valencia, mientras se entregaba á la corrupción de religiosas, á los incentivos del incesto y á toda clase de obscenidades, arrojábase á prometer montes de oro y propalaba que desde

las más remotas edades á nadie como á él se le habían revelado los secretos de la piedra filosofal. Todo á fin de que tales fanfarronerías y delirios llegasen á oídos de los Príncipes y fuesen insinuándose en su ánimo; que no hay experimento positivo capaz de llevar el convencimiento de la verdad á la inteligencia de los atacados de esta enfermedad, pues en todas partes existen seres desdichados que en medio de su pobreza se creen poderosos soñando con futuros tesoros.

Era entre los españoles el que con más fe se consagraba á la investigación del seguro descubrimiento el Arzobispo de Toledo, y en la falsa empresa iba disipando gran parte de sus cuantiosas rentas, porque su natural largueza tocaba en prodigalidad con aquella esperanza. Jamás le preocupaba la pobreza que algunas veces angustia el ánimo de los pródigos; pero las grandes sumas pedidas al préstamo y lo frecuente de los créditos, molesto para toda persona honrada, le originaron gran número de sinsabores (1).

---

(1) Confirma las palabras de Palencia Juan de Lucena en su *Vita beata* con estas otras: «Piensa tú, señor Marques, que no es tan pobre clérigo en todo su arçobispado como el arçobispo de Toledo. Si al cura del Aldihuela, el papo fecho, le sobran al año diez, y al Arçobispo menguan diez mil ¿dirás tú rico al que mengua ó al que sobra? Pues mira su renta, mira también su gastc: los fructos del año que viene no pagarán las debdas dogaño. Queriendo usar de tanta prodigalidat como reyes, por grande que sea la entrada, fazemos mayor la salida. Es tamaña nuestra ambición que no contentos de nuestras rentas, *pensando fazer el fierro oro, fazemos el oro fierro. Albertinos secretos y alfonsinas invenciones probando, pensamos fazer alquimia y desfazemosla*».

Iba entretanto el astuto Alarcón, ya reputado maestro por los valencianos imbuídos en aquellos delirios, aumentando de día en día su autoridad, merced á innumerables supercherías. Cual precaviéndose de la avaricia de los Príncipes, fingía temor por su libertad y suplicaba á sus nuevos amigos que no le vendiesen á los poderosos, de cuyas manos había escapado milagrosamente muchas veces, pues estaba resuelto á no fiarse ya de ninguno, á no ser del Arzobispo de Toledo, universalmente alabado de bondadoso; pero en quien jamás confiaría tampoco sin previo juramento. No faltaron oficiosos entrometidos que al punto contaron á D. Alfonso lo que habían oído, con lo que, más deseoso de tener á su lado á aquel glotón (1) y rufián, se ganó el Arzobispo las primicias de sus embustes. Despachó, pues, á un mensajero conocido de los valencianos, sin limitarle facultades para gastos y garantías de seguridad, con tal que le trajese á Alarcón. El cual rechazó absolutamente las primeras proposiciones, pero acabó por ceder. Escuchóle D. Alonso, alabó su ciencia, aceptó el embaucador ofrecimiento mediante exorbitante recompensa; fué para el Prelado el hombre más acepto, más amable y más amado, depositario de toda la confianza, objeto de la mayor benevolencia y garantido con el mayor secreto. Su exhausto tesoro, sin embargo, no le permitía medir por su voluntad las crecidas sumas necesa-

(1) El juego de palabras que emplea aquí el autor con *Alarconis* y *Lurconis* no puede conservarse en la traducción.

rias, y así hubo de recurrir á la princesa D.ª Isabel, suplicándola que si en algo tenía los beneficios recibidos, se dignase conceder al alquimista 500 florines aragoneses situados en las rentas de Sicilia. Como de costumbre, los consejeros áulicos rodean á los Príncipes; escuchan la petición; examínanla atentamente; arguyen; refutan; acusan; impugnan; se lamentan y admiran la magnanimidad del Arzobispo que para cosa tan baladí pretende relacionar otras tan importantes. Crecen de día en día las murmuraciones; engéndrase el menosprecio; multiplícanse las disensiones; al cabo accede la Princesa á conceder el situado, y, para complacer á D. Alonso, permite á Alarcón la cuotidiana visita á par de los de su consejo.

Esto produjo grave competencia con fray Alonso, porque ¿quién podrá poner fácil freno á tan feroces enconos entre los arrebatados, cuando su propiedad es crecer siempre en saña, sin que uno de ellos en manera alguna se compadezca del otro?

Vino á interrumpir la lucha de los dos rivales la marcha de D. Fernando á Cataluña, donde su presencia en las poblaciones próximas á Barcelona se tenía por eficaz remedio para doblegar la pertinacia de los barceloneses tenidos por culpados.

Por los mismos días llegaron á besar la mano á los Príncipes los embajadores del duque de Borgoña y á confirmar la amistad en que había de cimentarse la alianza entre los reyes de Aragón y los Duques. Difícil sería dar cuenta exacta de la magnificencia con que fueron recibidos en Alcalá por el Arzobispo, que acompañaba á la Princesa. Marcharon luego los embajadores á Cataluña á

saludar al anciano rey de Aragón y al Príncipe, su hijo, ya en aquella provincia, y á exponerles el objeto de la embajada, encaminado á aliviarles la pesadumbre de trabajos y peligros con que luchaban, pues la antigua amistad de sus señores con la casa aragonesa, útil para ambas partes, lo era mucho más al presente para el Rey y su hijo, por cuanto confirmada ahora con fuertes vínculos, obligaba más y más al duque Carlos á resistir al cruel rey de Francia, cuyos intentos de dominación universal alentados por los excesos de la tiranía, habían hallado por tres veces firme valladar en las fuerzas del animoso Duque. Su grandeza de ánimo se esforzaba también por venir en socorro de sus primitivos amigos, y al efecto les enviaba por embajadores personas de singular nobleza, distinción y pericia, á fin de que diesen clara y exacta cuenta de sus propósitos.

Causó esto tanta alegría al Rey y al Príncipe como amargura á sus adversarios.





CAPÍTULO III

Lucha en las calles de Carmona y muerte de Luis de Pernia.

Apenas cumplido el plazo de las treguas ajustadas entre el duque de Medina Sidonia, D. Enrique de Guzmán, y el marqués D. Rodrigo Ponce, empezaron las hostilidades contra los partidarios del primero en Carmona. Luis de Godoy, alcaide de los dos castillos, hostigaba sin cesar á Gómez Méndez de Sotomayor que, con la guarnición de uno de ellos, se oponía poderosamente á la posesión del señorío ardientemente deseado por el maestre de Santiago. No contento el Godoy con el dominio de las dos fortalezas, después de ocupar los templos con sus satélites en armas y de manchar con muertes los lugares sagrados y las calles, intentaba combatir la tercera, cuya guarnición y algunos de los jurados y los vecinos del arrabal frontero á Sevilla padecían innumerables trabajos, sin que les quedase otro recurso para evitarlos que rechazar la fuerza con la fuerza. Mas apenas conocieron el apuro los sevillanos, penetrados de que con la toma del castillo los enemigos del Duque se proponían tenerlos en jaque, resolvieron acudir en ayuda de

Méndez de Sotomayor. Enviáronle para reforzar la defensa del castillo algunos ballesteros y espingarderos, y ya á diario se atrevían los soldados á venir á las manos fuera del recinto con los de Godoy, causando y recibiendo daños alternativamente, pero sin permitir como antes á los crueles satélites sus atrevidas correrías. Bramando de coraje, vióse el alcaide obligado á llamar tropas auxiliares que al punto le enviaron Marchena y Arcos en número de 200 caballos y escogida hueste de peones, al mando del valiente Manuel Ponce de León, hermano de D. Rodrigo. Asimismo le acudieron los de Morón, Osuna y Écija con fuerzas capitaneadas por Perea y Luis de Pernia, y esto con tal urgencia, que al cabo forzaron al Sotomayor á defenderse en muy estrecho recinto. Comprendieron entonces sus amigos de Sevilla cuánto importaba la celeridad en el socorro para no perjudicar la causa que unos y otros defendían; y así enviaron á los de Carmona un número de caballos é infantes sevillanos no inferior al refuerzo de los enemigos.

Desdeñaban varios de estos veteranos á los del bando opuesto, y entre risa y chacotas decían que á aquellos sevillanos con sus canilleras, acémilas de las armas más bien que guerreros, se les había ocurrido un desdichado expediente para perecer, pues 700 caballos bisoños presumían combatir contra igual ó acaso mayor número de hombres de armas aguerridos. Y lo mismo aseguraban del número y calidad del peonaje. Especialmente censuraban la desventaja del asiento, por cuanto los de Godoy habían ocupado de antemano los pun-

tos más elevados de la población, asegurado las iglesias con retenes y rodeado con albarrada de piedra las bocacalles fronteras al tercer castillo, para imposibilitar el ataque de los sevillanos y favorecer el de los auxiliares de Godoy contra ellos. Reconocidas, al cabo, por los primeros, después de frecuentes y lejanos tiroteos de espingardas, venablos y saetas, las malas condiciones de la lucha y de la posición, y ya al cabo el aguante de las burlas y afrentas de los contrarios, levantan repentino vocerío, y prefiriendo arriesgarlo todo al trance de una temeraria acometida, un puñado de los más escogidos, al mando del noble y esforzado joven Gastón de Castro, sin hacer cuenta de la albarrada de piedra que protegía á la muchedumbre contraria, no sólo trepan animosos por ella, sino que de repente saltan á lo bajo y luchan cuerpo á cuerpo con el enemigo en su mismo refugio. Admiran ahora muchos tal arrojo y temeridad, digna del honor de fortaleza, pues los veteranos, antes escarnecedores de los bisoños sevillanos, acuden trémulos á la vista del inesperado ataque. Adelántase Luis de Pernia y se esfuerza por disponer sus escuadrones para marchar sin confusión contra el adversario; pero un tiro de espingarda para de pronto el ardor del denodado caudillo. Cae desdichadamente exánime el que siempre tuvo dicha contra los granadinos en sus frecuentes combates con un puñado de los suyos contra muchedumbre muslímica, pues al solo nombre de Pernia, tantas veces victorioso, apoderábase el terror de los infieles. Aborreció siempre los tumultos de los pueblos, sin que jamás lograran sus amigos hacerle

intervenir en semejantes contiendas. Muy contra su voluntad acudió, llamado, á lo de Carmona, no sin protesta de preferir el encargo de llevar socorro á fin de aminorar el encarnizamiento ó de batallar en campo abierto á luchar tumultuariamente en las encrucijadas de las calles, donde el más cobarde, con un tiro de saeta ó espingarda, acaba fácilmente con la vida del más esforzado. Tal fué su caso, en vano por él previsto, y realizado por un mancebo barbero el 26 de Marzo de 1472. Con ello cundió el terror entre los de Godoy, y cobraron audacia los de Sevilla, pues desmoronada ya por muchas partes la albarrada, su rápida acometida deshizo á los enemigos y no permitió á los veteranos volver por su honra, porque, corriéndose á varias callejuelas desviadas para tomarles las espaldas, se peleaba en confuso remolino, viniendo la noche con sus sombras á ocultar los yerros de los amedrentados combatientes. Muchos, abandonando los caballos en las casas, se acogían á las iglesias; otros cabalgaban para recibir la muerte en cuanto salían á la llanura, mientras los compañeros preparaban igual suerte.

Quedaron en poder de los sevillanos unos 130 hombres de armas de Morón, Osuna y Marchena, y al día siguiente fueron también arrojados de las iglesias los de Godoy, con lo que ya nada les quedó, á excepción de los dos castillos. Fácilmente pudieron los vencedores tomar el de la Reina y obligar á Godoy á encerrarse en las estrechas defensas del llamado del Rey; pero, satisfechos con el botín y presa, marcharon al otro día á Sevilla.

Entonces, cuantos en Carmona habían visto con alegría la victoria, quedaron expuestos á la venganza de los vencidos, que á unos dieron muerte, á otros incendiaron las casas; y volviendo á ocupar los templos, y sin límite á la crueldad, dieron rienda suelta al robo, á la violencia y á los más nefandos excesos.

Tampoco el duque de Medina supo aprovechar la victoria y no tardó en experimentar las consecuencias de su desidia.





CAPÍTULO IV

Novedades discurridas por los Grandes de Castilla después de la marcha del príncipe D. Fernando.—Matrimonio del Maestre con la hija del conde de Haro. — Rendición de Barcelona.

MIENTRAS así se trataban los dos partidos andaluces, la marcha del príncipe don Fernando á Tarragona sugirió nuevos planes á varios Grandes de Castilla, sin que en esta ocasión la fortuna mudase sus procedimientos, pues en vez de mostrarse hosca, se ofreció falsamente favorable, con tal perfidia que los más sagaces á sus propios ojos, fueron más pronto engañados. Para no pocos la marcha del Príncipe se tuvo por infortunio de su partido, cual si fuese indudable el desastre. Ni los comienzos de la guerra del Ampurdán, tan felices para el rey de Aragón, fueron parte para que los resueltos á consideraciones siniestras proveyesen á lo más reciente, sino que inclinados muchos á lo más dañoso, se dieron á tramar conspiraciones. Para evitar sus riesgos reunió una junta el obispo de Coria, don Iñigo Manrique, esperanzado en la benevolencia de su sobrino D. Pedro de Velasco, conde de Haro, á quien confiaba el obispo de Sigüenza poder

inclinar á donde quisiese y por tanto á la entrevista con su hermano D. Lorenzo Suárez de Figueroa, conde de Coruña, á la sazón en camino de Burgos y luego con dirección á Briviesca. Esforzábase el de Córdoba por encaminarlo todo según los propósitos del arzobispo de Toledo y de sus hermanos que ciegamente le seguían; pero resultaron vanos sus afanes porque en la junta, tanto su sobrino el conde de Haro, como el prelado seguntino y su hermano, el conde de Coruña, se decidieron ante todo por declararse francamente amigos del maestre de Santiago, y manifestaron su desdén por la causa de los Príncipes, como inútil y decaída. Pareció asimismo que robustecería la pactada amistad con el Maestre que también demandaba alianza, si con la celebración del matrimonio se ganaba nueva conciliación, pues de otro modo quedaban harto débiles los compromisos y promesas de unos y de otros; que ya el pudor no enfrenaba la mentira; los más enemigos de la verdad y reconocidos violadores de la fe, ganaban renombre de prudentísimos y á los falaces se llamaba listos. Por eso en aquellos conciliábulos de los Mendozas los encargados de realizar el parentesco ajustaron el matrimonio de Pacheco con la hija del conde de Haro, para así poner término á la antigua rivalidad y poder convertir todos los enconos contra los comunes enemigos, de que esperaban prósperos aumentos suegro y yerno y la familia toda de los Mendozas, con daño de otros muchos. Del duque de Medina Sidonia, á pesar de haber confiado su persona y su fortuna á la amistad, al parecer inviolable, de

los nuevos aliados y de creer que nadie tan guardador de la palabra empeñada como el de Sigüenza, sus hermanos y el conde de Haro, se prescindió en absoluto, cuando tantas veces le habían persuadido á enérgica campaña contra el partido del Maestre, con seguridades de no cejar ellos por su parte en procurar su exterminio, ni entablar jamás alianzas ni amistades sin noticia y anuencia suya. En cuanto tuvo noticia el Duque de esta nueva hazaña, quiso averiguar la verdad toda y escribió á los de la junta fingiendo mostrarse maravillado de lo que oía asegurar á tantos y resistirse á dar crédito á tamaña felonía. Contestaron el Seguntino, el principal entre sus hermanos, el marqués de Santillana y el conde de Haro, que habían dicho la verdad los que anunciaron el propósito del maestre de Santiago de pactar con todos ellos alianza, robustecida con la celebración del nuevo matrimonio; que habían oído, pero no aceptado sus proposiciones, como no aceptarían nada sin previa noticia y anuencia de los antiguos amigos, en especial del Duque á quien manifiestamente daban preferencia sobre todos el parentesco y sus propios méritos. La ruda comprensión del Duque y la distancia de los lugares hicieron que, engañado, achacase todo ello á rumores del vulgo y despreciara aquellos primeros avisos de la funesta alianza, sin que el obispo de Coria por su parte lograra penetrar bastante por entonces las intenciones de los falaces conjurados para dar exacta cuenta de la realidad de las cosas al Arzobispo y á la Princesa.

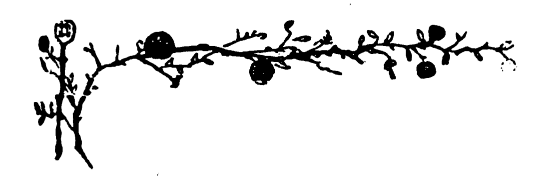
Esta, pasados muchos días en Alcalá de Henares donde escuchó grandemente satisfecha á los embajadores del duque Carlos de Borgoña, se trasladó á Torrelaguna, huyendo del contagio de la peste, mientras ellos marcharon á Tarragona en busca del príncipe D. Fernando que á la sazón aguardaba al cardenal Valentino, legado de Sixto IV.

Por aquellos días el rey de Aragón, dominado ya el Ampurdán, sitiaba á Barcelona con reducidas fuerzas, pero con el prestigio de recientes victorias, de modo que aquella primera soberbia de los barceloneses iba convirtiéndose en mísero abatimiento, y la voz del pueblo hacía recaer sobre los principales toda la nota de deslealtad. Al Príncipe se le censuraba por haber visto á su padre agobiado con el peso de los años y de las guerras y esquivar él las lentitudes del sitio emprendido, á pesar de esperar alivio de sus trabajos en la mayor perseverancia y destreza del joven que empleaba más eficaz solicitud por volver al tálamo conyugal, y regresar á Tarragona so pretexto de otros asuntos para desde allí ir á reunirse con la Princesa en tierra de Toledo. Se reservó pues íntegra la alabanza para el padre cuya mansedumbre y bondad de tal modo libró de temor á los barceloneses, que se allanaron á rendirse y entregaron la ciudad en Noviembre de 1472. Luego toda la provincia se confió á la humanidad del noble y magnánimo soberano, tantas veces allí acusado de crueldad horrenda.

Mientras tanto el Príncipe celebraba frecuentes entrevistas en Valencia con el Vicecanciller, legado

del Papa, con ánimo de ganarse todo el favor de la Sede apostólica para los asuntos de España, pues hasta entonces el Vicecanciller inspirábale sospechas y con razón se recelaba de la reconocida astucia del obispo de Sigüenza, próximo á visitar en aquellos días al legado, y á quien á la sazón hacía más sospechoso la reciente concordia de los Mendozas con el Maestre.





CAPÍTULO V

Toma de Cardela.—Vuelve á Castilla el príncipe Don Fernando.—Frecuentes revueltas de los Grandes.

Tuvo noticia por aquellos días el Marqués de Cádiz de haberse disminuído la guarnición de Cardela en la sierra de Granada, antes defensa de la villa, y decidió juntar tropas en apariencia contra el duque de Medina Sidonia, pues por entonces tal fin se suponía á todas las que mandaba. Era fortísima la posición de la villa; pero el Marqués, ducho en estas empresas, conjeturaba que los 14 hombres encerrados en las murallas, ausente el resto en la guerra de Málaga, no podrían resistir á la muchedumbre sitiadora, y así dió orden á todos de aguardar á sus tropas en Arcos, donde abundaban los caballos, y cuidó de que estuviesen dispuestos á tomar las armas los llamados de todas partes. Fuéle favorable la fortuna, porque el número superó al cálculo, presentándosele al tiempo de marchar cerca de mil hombres de armas, á los que pronto se agregaron más de 3.000 infantes. Facilitó también la empresa lo cercano de Cardela, á cuatro leguas de Arcos,

distancia que tropas ligeras salvan en otras tantas horas de marcha.

Por su parte aquellos pocos defensores encerrados en la villa, muy ajenos de la sorpresa, no sólo se creyeron allí seguros, sino que al alba salieron á proveerse de agua en la próxima fuente, y tres de ellos quedaron en manos de la multitud de enemigos que se aproximaba. Los once restantes que dentro aguardaban lograron no sin dificultad recogerse á la fortaleza con cuantos niños y mujeres pudieron llevar, y ya no temieron el sitio de la encumbrada defensa, porque sobre la dificultad de tomarla, tenían la experiencia de haber fracasado siempre otros Duques en la temeraria empresa. Con tal seguridad, levantan los moros á su usanza gran vocerío é insultan y escarnecen á los enemigos provocándolos al ataque. Pero de poco les aprovecha lo escarpado de las peñas porque, entrada por fuerza de armas la villa, vuelan al de la fortaleza y prenden fuego á las puertas. Los once granadinos resisten animosamente, arrostrando el doble peligro del incendio y de la escalada con tal vigor, como si aquel puñado bastase á oponerse á la terrible multitud enemiga dentro del recinto ya ocupado. Y no les hubiera servido poco aquel su perseverante valor, pues ya iba pareciendo temerario el intento de combatir el castillo, á no haber apartado de las murallas á algunos de los soldados del Marqués, según se dice, cierto pastor (que en tiempos de treguas le había tenido para examinar á su sabor las construcciones), é indicádoles camino para la entrada. Siguiéndole fueron trepando hasta las más altas

peñas por donde no parecía posible hallarla, hasta dar con un antiguo portillo tapiado con piedras por los moros y que los adalides hicieron practicable. Iba delantero acaudillándolos un hermano del marqués, D. Manuel Ponce de León, caballero de extraordinario esfuerzo que, viendo desmayar á su gente, desesperanzada ya del asalto y satisfecha con la ocupación de la villa, los animó diciendo:—«¡Adelante, bravos compañeros! Seguidme y os enseñaré fácil entrada para tomar al punto el castillo al parecer defendido por esta áspera peña.» —Obedécenle inmediatamente pocos, aunque escogidísimos adalides, y bien pronto penetran en la torre del homenaje. Pero en el primer umbral atájale el paso al caudillo Ponce un feroz granadino y no logrando traspasar su armadura con repetidos mandobles, cógele por la cintura, luchan á brazo partido y aséstanse con los puñales terribles golpes. Algo más forzudo el moro, tenía ya vencido á su contrario, cuando rápidamente le auxiliaron sus compañeros de armas y dieron muerte al granadino. Entonces los demás imploraron la clemencia del esforzado joven, quien para librar de la espada de los enfurecidos cristianos á los valientes moros que con tal denuedo habían peleado por su patria, fingió suspender algún tanto la respuesta á sus súplicas y concederles sólo su seguro, para al cabo entre el fragor de las armas y el rugir de la cólera, rendirse á los ruegos de los vencidos.

Notorio es que sólo al esfuerzo de D. Manuel Ponce se debió la toma del castillo, pues cuando escaló la peña, en opinión de todos inaccesible, el

Marqués había ordenado la retirada; mas luego, dando pronto al olvido la notable hazaña, é impulsado del odio, llenó de injurias al hermano, con ser reconocidamente enemigo encarnizado y vencedor en Africa de los moros, pues siendo joven hizo voto, que cumplió con gloria, de pasar á Marruecos y no regresar á su patria hasta haber dado muerte á tres de ellos en singular combate.

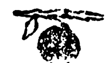
La posesión de la fortísima ciudadela se reputó de tanta utilidad para los nuestros como de perjuicio para los moros, pues por su situación en la garganta de la sierra permite ó estorba, respectivamente, el paso á unos ú otros, y es poderosa base para las incursiones. Así fué la noticia recibida con gran regocijo en Sevilla, sin que el encono entre los partidos del Marqués y del Duque fuese obstáculo para la común alegría de todos. El primero envió sus cartas al rey D. Enrique, á los Grandes del reino y á los principales de las ciudades en que, recordando jactanciosamente cuán en vano desde la entrada de los árabes y calamitosa conquista de las Españas hasta después de llevada la reconquista á las fronteras granadinas, habían intentado los caudillos cristianos tomar á Cardela, confín del territorio sevillano; cuántos descalabros habían sufrido; cuántas veces sucumbieron los generales con el ejército que capitaneaban, y cómo tantas dificultades y tantas desgracias hacían reputar más admirable aquella repentina é incruenta victoria, aseguraba que antes de pocos días él mismo recuperaría cuantas villas y aldeas amparaba hasta entonces Cardela,

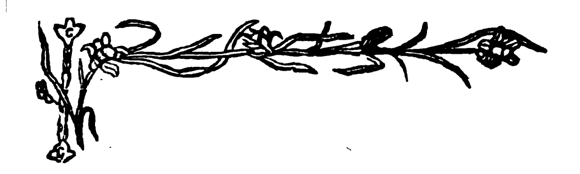
escudo para los pechos de los granadinos moradores de aquellas aldeas recostadas en la serranía.

Luego se dedicó á reconstruir más sólidamente los puntos derruídos por la parte de las peñas; robusteció las defensas de la fortaleza con obras, lombardas y gruesa guarnición, y quiso erigir iglesia allí donde por más de setecientos años se habían cantado las alabanzas de Mahoma, para lo cual se trató de averiguar á qué diócesis perteneció en lo antiguo la villa, quedando dudosa la jurisdicción eclesiástica entre Sevilla, Málaga y Cádiz.

Mientras en gran gloria del Marqués se discutían estos asuntos, en otras partes de Castilla surgieron graves trastornos. El conde de Benavente, D. Rodrigo Pimentel, por trato é industria de algunos moradores de Carrión, ocupó la villa, antes á la obediencia de D. Pedro Manrique, y en lo más elevado, antiguo solar de los Manriques, levantó una fortaleza para sostén de su tiranía, en afrenta de los nobles é intolerable injuria de los habitantes. D. Diego Sarmiento, conde de Salinas, se apoderó por ardid de Santa María de Agueda, señorío del Adelantado Pedro López de Padilla, y, por último, el arzobispo viejo de Sevilla D. Alonso de Fonseca, con sus satélites, intentó ocupar á Olmedo y Madrigal. Aquietó en cierto modo todas estas alteraciones la vuelta del príncipe D. Fernando, quien, en los días en que la villa de Aranda, por espontáneo impulso, trocó la obediencia de la reina D.ª Juana por la de la princesa doña Isabel, salió de Valencia, donde había recibido con

grande honra al obispo de Sigüenza, y pasando por Hita, mientras el maestre de Santiago permanecía con los Mendozas en Guadalajara, entró en Torrelaguna ansioso por reunirse con la amantísima esposa.





CAPÍTULO VI

Frustrado y calamitoso ataque de la fortaleza de la Reina en Carmona. — Prodigio del lobo que corrió por las calles de Sevilla.

Por este tiempo en Andalucía el duque de Medina Sidonia, aconsejado por cierto advenedizo (1), deslució desdichadamente otras afortunadas hazañas. A costa de trances varios había recuperado los castillos de Alanís y de Aroche, del señorío de Sevilla, mucho tiempo ocupados por D. Rodrigo Ponce, y al estallar la guerra civil había puesto estrecho cerco á la fortaleza de Constantina, aunque por la negligencia de los comisarios no pudo tomarla. Cuando después fué nombrado Adelantado de Andalucía don Pedro Enríquez, favorable al partido del Duque, éste con singular astucia y grave daño del Marqués y de los jerezanos, se apoderó de la fortaleza de Tempul, en su territorio; pero atribuyendo estos triunfos á propios méritos, á pesar de su reconocida apatía, se determinó á poner cerco á la

(1) Gómez de León le llama el ms. G. 30.

fortaleza de la Reina en Carmona. Encomendó la empresa á Gómez de León, hombre capaz de aconsejarla, pero poco ejercitado en funciones de guerra, y que esforzándose por aparecer prudentísimo con afectar rostro grave y sereno, y empleando la adulación para granjearse las buenas gracias de su señor, entorpeció ahora gravemente la marcha de las cosas, ya comprometidas por su desdén hacia algunos caballeros jerezanos, que indignados por ello, se convirtieron de amigos en encarnizados adversarios del Duque y prestaron su favor á D. Rodrigo. No menores daños produjo el empeño de Gómez de León por hacer pasar con sus alabanzas á los ojos del Marqués por hombre probo y justo al criminal alcaide de Medina Sidonia, Bartolomé de Basurto, y á su desatinado consejo se debió el descalabro que la astucia de los de Godoy hizo sufrir á sus contrarios.

Entre los defensores de la fortaleza de la Reina en Carmona había un soldado sagaz que para contrapesar el desastre experimentado en la villa con la muerte de Luis de Pernia, causa de la de muchos de sus compañeros, trató con Luis de Godoy de ejecutar alguna sangrienta venganza ó de hacer prisioneros á algunos soldados del Duque, y para mayor facilidad de la traición, se la hizo surgir de las mismas conferencias con Gómez de León en quien imprudentemente tenía el de Medina excesiva confianza. Salió el plan á medida del deseo, pues en cuanto aquél supo que solicitaban hablarle, aceptó secreta entrevista con el astuto soldado en la que éste aparentó terrible enojo, ocasionado por la crueldad y maldad del alcaide Go-

doy y de su hermano, á cuyo cargo corría la guarda de la fortaleza de la Reina. Ambos habían injuriado inhumanamente, decía, á varios defensores de la fortaleza; y él mismo, colmado de ultrajes, abatido con intolerables vigilias, se consideraba miserable esclavo, falto de libertad para abandonar la compañía de malvados, reos de innumerables delitos, si prefiriendo la virtud no buscase medio de digna corrección, al mismo tiempo que camino para la propia libertad. Convenidas las sucesivas conferencias, Gómez de León prometió al traidor crecida recompensa, y acrecentó tanto su autoridad con enseñorearse del ánimo del Duque, que fué único confidente é inspirador de los consejos, prevaleciéndose orgulloso de esta intimidad para arrogarse el mando de los caballeros señalados para la empresa. Dándose aires de cauto y sagacísimo caudillo, ordenó marcha simulada de Gonzalo de Córdoba desde Sevilla al castillo de Almodóvar, cuyo alcaide era, y para el inocente ardid se puso al frente de 200 caballos ligeros y de su confianza, con los que á media noche por extraviados senderos torció la marcha hacia Carmona y, según lo convenido, los apostó en un estrecho collado junto á la falda del monte en cuya cima se levanta la fortaleza de la Reina. Al punto el traidor, cual vigilante preparado á la entrega del castillo, empezó á cantar y á hacer las señales convenidas. A la voz de Gómez, la mayor parte de sus hombres saltaron de sus caballos y aplicando al muro las escalas, treparon con agilidad suma. A medida que subían, el traidor por su mano los iba introduciendo en un recinto re-

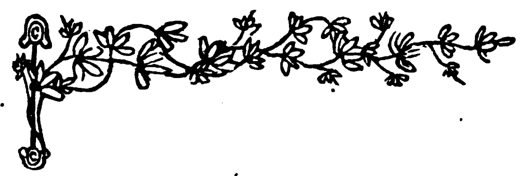
pleto de gente armada. Nueve habían perecido cruelmente ya á sus golpes, cuando el décimo sintió el ruido de armas y se dió cuenta de aquella prematura sed de sangre é impaciencia por derramar la de los principales y más nobles caballeros, especialmente la de algún hermano del Duque, pues tales se les antojaban á aquellos carniceros los que primero subieron, y así lo había pactado el traidor, ávido de mayor hazaña. Los demás, prontos ya á subir, al ver la desgracia de los que preferían el riesgo de la caída á ser degollados, permanecieron firmes hasta oir la señal de retirada, que se ejecutó con pérdida de los primeros en la subida é inminente peligro de los que aguardaban; pues á salir más denonadamente los de la fortaleza, hubieran acorralado en la estrecha colina á los que esperaban el resultado de la empresa y ni uno solo de los jinetes del Duque hubiera salido con vida. Fué este descalabro más doloroso que por el número de muertos, porque consternó á muchos, puso más de manifiesto la cobardía del de Medina y además causó la desgracia de los partidarios del Duque en Carmona.

Casi en el mismo día aterrorizó á los sevillanos espantoso prodigio y fué que, salido ya el sol, penetraron dos lobos en Sevilla y atravesaron á todo correr la ciudad. Uno de ellos, espantado por los gritos de las gentes, entró en la iglesia de Santa Catalina, llegó hasta el altar mayor y manchando de espuma la casulla del celebrante, huyó á las voces de los perseguidores y de los asistentes á la misa y retrocedió rápidamente, viniendo á morir atravesado de saetas en el arrabal inmediato á la

iglesia de San Pedro. Cortáronle la cabeza y se la llevaron al Duque. El otro huyó hacia el templo de Santa Lucía y salió ileso de la ciudad.

El prodigio fué diversamente juzgado; pero la opinión más general le creyó nuncio de inminente desastre para el de Medina.





CAPÍTULO VII

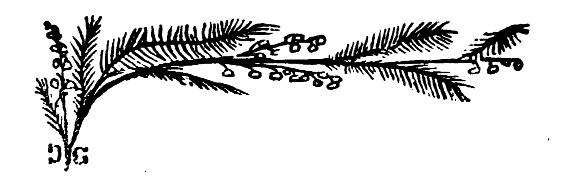
Ardides del Maestre para ocultar su acuerdo con el rey de Portugal respecto al futuro matrimonio.

PARA el orden de la narración debe recordarse aquí lo dicho acerca de las dañosas intrigas del maestre de Santiago al ir ofreciendo á muchos Príncipes por medio de agentes falaces el matrimonio de la hija de la Reina. Lejos de avergonzarle la pública censura que le acarrearon los vanos esponsales con el duque de Guyena, y cual si se tratase de asunto recientemente entablado, trabajaba por inventar otras fabulosas negociaciones. Todos los invitados á los tratos matrimoniales caían pronto en las redes, y en esto parecía afortunado el Maestre, pues si bien era universalmente reconocida su falacia, sus enviados eran siempre acogidos con consideración y escuchados con complacencia.

Soberano dotado de gran prudencia y muy al tanto de los sucesos el rey de Nápoles D. Fernando, recibió, sin embargo, cortés y amablemente á Diego de Saldaña, y con ello inspiró á los príncipes D. Fernando y D.ª Isabel vehementes sospechas de que acaso en su ánimo se hubiese antepuesto á la justicia é integridad algún inmoderado anhelo de hacerse dueño de Sicilia, merced á las

cuestiones que haría surgir el falso matrimonio de su hijo D. Fadrique con la hija de la reina doña Juana. Pero satisfecho el Maestre con haber suscitado tal sospecha, no llevó más adelante estos tratos, porque entre él y D. Alfonso de Portugal mediaban otros más secretos para concertar la boda. Al portugués, confiado en las promesas del primero, no le parecía mal la divulgación de falsos rumores acerca de los diversos matrimonios en otros reinos propuestos, antes con cierta secreta complacencia se burlaba de la ligereza de los que tan fácilmente concebían esperanzas de imaginarios enlaces, y despreciaba á los que le creían rendido á los muchos halagos de los incitadores y del instigador Maestre en cierta especie como de desprecio, por cuanto se daban por inútiles las embajadas á varias partes dirigidas para ajustar el matrimonio del rey D. Alfonso, al paso que se tenían por más firmes las intrigas de los otros. El decidido propósito del portugués, mientras permaneció secreto, suministró al Maestre mayor poder, fuerzas y confianza para nuevas seducciones, y con una chispa quiso suscitar muchos incendios en Castilla y Aragón. Empezó por ganarse de nuevo á su yerno el conde de Benavente, hasta entonces su encarnizado enemigo, con persuadirle, como dije, cuánta dicha traería á la familia de los Pimenteles el matrimonio de la hija putativa del Rey con Enrique Fortuna, hermano del Conde, y le dió seguridad de tener ya el proyecto la aprobación de D. Enrique, que por preferir tal yerno había rechazado las embajadas y proposiciones de todos los otros. Era el de Benavente por

demás astuto y sagaz; pero cególe al punto el ansia de dominio, pues toda la prometida felicidad venía á recaer en su persona. Empezaron, por tanto, suegro y yerno á convocar juntas de Grandes, solicitar cómplices, prometer, ofrecer, examinar la escasa fortuna é insuperables obstáculos de la causa de los Príncipes y á poner de manifiesto el declarado encono contra ellos del rey D. Enrique. No había ya medio, decían, de subvenir á las innumerables urgencias de los Príncipes para evitar que los franceses ocupasen el Rosellón, la Cerdaña y el Ampurdán, y que otra vez el poderosísimo rey Luis se apoderase de Barcelona, Tarragona, Lérida y demás ciudades y villas hasta el Ebro, todo con anuencia de D. Enrique, rey de Castilla y de León, obligado por mutuo acuerdo, no sólo á permitir la realización de la empresa, sino á prestar auxilio á los franceses si le demandaban. Mas en cambio había cuidado de hacer constar en los pactos que los reinos de Valencia y Aragón obedecerían al suegro D. Enrique y al yerno Enrique respectivamente, para que este nombre llevase unida la felicidad. Sobre todo esto había sido al Rey muy grato saber que el futuro yerno era habilísimo en la música y en otros pasatiempos muy conformes con sus gustos. Cuidó el Maestre de divulgar estas cosas con los mismos términos en que el Rey las dijera, para infundir á los Grandes entera confianza en lo emprendido perder completamente la causa de los Príncipes y tener más secreto el propósito del rey de Portugal que reunía grandes fuerzas con pretexto de llevar la guerra á Marruecos.



CAPÍTULO VIII

Desdichada muerte del infeliz duque Carlos de Guyena con yerbas que dicen haberle mandado administrar su despiadado hermano.

VINO á favorecer estos perversos manejos del Maestre la inicua conducta de Luis XI de Francia, que cuando en España se preparaba á realizar lo referido, aumentó, según se cuenta, la serie de sus maldades con ésta aun más horrenda. Erale aborrecible su hermano Carlos, duque de Guyena, tanto por su reconocida inclinación al duque Carlos de Borgoña, como por ser tan amado de los Grandes y de los populares, que sólo alabanzas les había merecido el propósito del difunto Carlos VII, si la fortuna le hubiese acompañado, de dejar la sucesión á la corona á este hijo predilecto, según referí. Todo el pueblo y la mayor parte de los nobles lo consideraban conforme á los dictados de la probidad; pero al Rey le incitaba más y más al exterminio del de Guyena. En varias ocasiones disimuló el criminal sentimiento, especialmente cuando desaparecidas en cierto modo las causas de los odios entre los duques de Borgoña y de Bretaña, manifestó trabajar por el encumbramiento del joven

dándole el señorío absoluto de la Guyena y fingió astutamente que si había perseguido al conde de Armagnac, prófugo en España, lo había hecho por acrecentar el poderío del hermano. Asimismo alardeó de serle muy acepto el matrimonio con D.ª Juana, que sobre la demás honra podría ser motivo para ensanchar los dominios de la nación francesa con la posesión de las Españas, si su hermano Carlos tomaba la de los reinos de Castilla y León y él la de Cataluña, pues ya tenía ocupado el Rosellón y parte no pequeña del Ampurdán y abrigaba esperanzas de apoderarse al cabo de la ciudad de Barcelona con su anejo principado. Pudo más, sin embargo, que el disimulo su innata crueldad, y no siendo ya dueño de reprimir por más tiempo su propensión al crimen, soltó el freno á las peores maquinaciones. Antes, sin embargo, quiso tener una entrevista con su hermano, para la que de común acuerdo quedó señalado día y lugar conveniente. Fué éste á la usanza francesa un puente de barcas sobre el Loire, á fin de poder situar en cada orilla respectivamente fuerzas de cada parte, y en el centro del puente se levantó un castillete de madera donde pudiesen hablarse con comodidad y á todo seguro (1). Fué breve y á solas la conferencia, y de ella no pudo traslucirse más que un aparente

(1) Esta entrevista se celebró el 7 de Septiembre de 1469 en el puerto de Ferault, sobre el Sèvre Niortaise El palco ó castillejo de madera estaba dividido en dos por una verja y á través de ella se hablaron el rey Luis y Carlos. ¡Tanta confianza tenían en la palabra de caballeros

mutuo afecto y cierta compasión del Rey de la penuria del Duque, que procuró remediar entregándole fuerte suma de oro y algunas alhajas. Causó gran regocijo en la comitiva la fraternal reconciliación, en concepto de todos firmísima, mas á pocos días el desdichado Carlos cayó repentinamente enfermo; perdió el pelo y las cejas y despegáronsele de la carne el cutis y las uñas. Observáronse otras muchas señales de tósigo, y cuando al fin sobrevino la muerte (1), vióse con bastante evidencia que ninguna pena había producido en el despiadado Monarca, antes sin perder la serenidad del semblante, puso más ahinco en enseñorearse de las tierras que pertenecieron al difunto.

Dió este crimen á Pacheco y á sus cómplices mayor facilidad para inducir á Enrique Fortuna al casamiento falsamente ofrecido y por él también en vano aceptado. Víctima de toda suerte de seducciones, engañóle principalmente la ligereza de su perversa madre que, olvidada de los beneficios debidos al rey de Aragón y descuidando los bienes que en aquel reino poseía el hijo, dió entrada en su pecho á un repentino afán de dominio, y ya entonces D. Enrique aceptó á ojos cerrados lo que se le proponía y se entregó atado de pies y manos á la voluntad del Maestre.

---

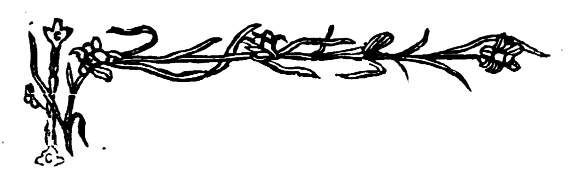
y en el cariño de hermanos! Verdad es que el primero, después de recibir su perdón, pasó al otro lado de la verja y abrazó al Rey, y que luego estuvieron algunos días juntos; pero al fin prevaleció la ambición sobre el afecto.

(1) El 24 de Mayo de 1472 después de larga enfermedad que algunos atribuyeron á veneno (*H. Martín*, VII, 67).

Al principio ninguno de estos secretos manejos escapó á la perspicacia del anciano monarca aragonés, que llevando sus tropas por el Ampurdán acababa de recibir el homenaje de los de Perpiñán y de Elna muy inclinados á su obediencia; mas por muchas razones, según se dice, no quiso prender ni retener á su sobrino, principalmente porque cuando esto se supiese, se desvanecería también la sospecha del sobrino del rey de Nápoles. Hacíase poco caso de los consejos de Enrique, y el rey don Juan á nadie en el mundo hubiese preferido para émulo del hijo más que á este sobrino apático y cobarde, y absolutamente desprovisto de las dotes de mando. Por esto en cuanto el excelente Rey comprendió que su queridísimo Fernando había conocido estas maquinaciones, le aconsejó el desprecio de la maldad que se tramaba.

El Príncipe aceptó el parecer del prudente anciano y rechazó el ofrecimiento de los que se brindaban á apoderarse del vano aspirante al dominio de los reinos, si por acaso llegaba á realizarse el matrimonio.

En tanto el rey de Aragón iba haciéndose dueño de las plazas y puertos del Ampurdán, parte por fuerza de armas, parte por voluntaria entrega de los habitantes, y todo el poder de los franceses se empleaba en Guyena contra el conde de Armagnac, ya vuelto á sus dominios de España.



CAPÍTULO IX

Muerte desastrada del conde de Armagnac. Maldad del cardenal de Albi.

Ya referí cómo en el reinado de Carlos VII, padre de Luis XI, había causado grandes sinsabores al Conde la vergonzosa y detestable pasión que le arrastró al concubinato con su propia hermana, y cómo, despreciando las censuras del Papa, las amenazas del Rey Cristianísimo y las protestas de los pueblos contra el nefando incesto, tuvo que vagar por el mundo purgando largo tiempo su delito con el destierro y confiscación de bienes. Luego (para omitir muchos detalles), cuando se arrepintió de su infame torpeza, se le restituyó su condado, que comprende la mayor parte de Guyena y Gascuña, tierras las más feraces entre el Garona, ó Garunda, en su desembocadura en el Océano. Del conde de Foix, antes su adversario por las cuestiones de vecindad de territorios, hizo su amigo con aceptar el matrimonio de su hija, y ya creía poder gozar de algún descanso, contento con vivir tranquilo en su casa después de los pasados trabajos, cuando vino á interrumpir su quietud la maldad del rey Luis, enemigo de todos los buenos y muy empeñado en

volver á oprimir al desdichado Conde. Para ello le había buscado frecuentes ocasiones de querella, ya por llevar la guerra contra el Ampurdán más flojamente de lo que la oportunidad exigía, ya por preferir las antiguas relaciones de los Armagnac con los reyes aragoneses á las obligaciones que á la corona francesa le ligaban, y ya por no rechazar cuanto debiera la antigua benevolencia de los ingleses, antes señores de la Guyena. Temió el de Armagnac con esto por su seguridad y se refugió con su mujer en Fuenterrabía, mientras el rey D. Enrique, en cuyos dominios poseía el Conde los pueblos de Cangas y Tineo, imploraba en su favor la clemencia del rey Luis. Vana fué la esperanza, y viendo que nada le aprovechaba acogerse á D. Enrique é implorar con frecuentes embajadas su favor y amparo, se determinó á volverse á sus tierras, confiando en el afecto de sus vasallos muy condolidos de su infortunio. Escogió para residencia la ciudad de Lectura por su fortísima situación y reparos, y prefirió aguardar allí cuantos riesgos le deparase la suerte á sufrir de nuevo en la vejez miserable destierro y andar errante entre gentes desprovistas de toda humanidad. Inmediatamente rompió guerra contra él el rey de Francia y apeló á todos los medios para destruir al desgraciado. Sabía muy bien que mientras permaneciese en aquel inexpugnable baluarte, en vano gastaría el tiempo, consumiría estipendio para las tropas y arruinaría la tierra con cruel devastación. No se veía otra salida á la dificultad que apelar á la traición para dar remate á la contienda, y evitar con la muerte de un hom-

bre el trabajo de muchos, lográndose además la pacífica posesión del amplísimo señorío, cuya injusta herencia tenía que recaer por leyes del reino en el rey Luis, por carecer de sucesión el Conde. Si alguno de los parientes pretendía por caso alegar algún derecho á la herencia, se le contestaría con la fuerza. Concebido este inícuo plan por el Rey, buscó quien le perpetrase, y no halló otro más dispuesto á la pérfida maldad que el cardenal de Albi, antes de Arras, mediador en el desdichado matrimonio del duque Carlos de Guyena con la supuesta hija de D. Enrique, según dejo más por extenso relatado. No tengo bastante certeza de si el Cardenal tuvo ó no parte en el envenenamiento con que se hizo perecer al duque Carlos de Guyena; sólo sé que luego acompañaba al Rey como el más íntimo consejero, y que ningún sentimiento demostró por la cruelísima muerte del joven Duque, antes de él tan elogiado, sino que con regocijado semblante conversaba alegremente con los infames ejecutores de tales atentados. El Rey era á sus ojos un Dios cuya orden hacía lícita la perpetración de cualquier crimen, máxima escandalosa que el soberbio Cardenal, más aventajado en maldad é impudencia que en estatura, acostumbraba á intercalar en su vana y procaz conversación. Con esto iba ganándose cada día más el afecto del Rey que gustaba de hombres tales. Fué luego varias veces á Lectura con carácter de mediador, y con frases corteses aconsejó al Conde que cesase en su rebeldía y diese obediencia al Rey, y para calmar su enojo, le confiase su vida, sus estados y riquezas, puesto que nada podría hacer tanta mella en

el magnánimo corazón de Luis como el humilde acatamiento y la confianza en su cariño. El Conde, tantas veces oprimido por la dura pertinacia del Rey, contestó que se sometería para siempre á su imperio y jamás se apartaría de la debida fidelidad, con tal que cesando los inmerecidos recelos y falsos pretextos de guerra, se le dejase vivir tranquilo en aquella ciudad, sin temor á nuevas ofensas de los confinantes ni á otras vejaciones de sus vasallos, ya afligidos con prolongados trabajos; que él también, agobiado por los años y por la pobreza, deseaba ser juzgado según sus intenciones, como si ningún crimen hubiese cometido y hubiese observado extrictamente la fidelidad, valiéndole al menos la penitencia de las maldades que locamente había perpetrado el pasar en su casa humilde y abatido el resto de su vida, lejos del fragor de las guerras á cuyo extremo le había compelido la necesidad. Rogaba y suplicaba, por tanto, con las mayores veras al Cardenal y á los demás ministros que trabajaban por más firme concordia, que dadas y aceptadas por ambas partes prendas de fidelidad y recíproco afecto, conviniesen con sus intenciones y fuesen intérpretes de sus súplicas para con el Rey.

Así se hizo, y ya el Conde acogía al Cardenal más frecuentemente con la confianza que inspira el afecto del mutuo trato. No dejaba éste, entre tanto, de maquinar secreta conspiración contra el Conde que, muy ajeno de toda sospecha y confiado en las palabras del Cardenal y de sus cómplices, cayó repentinamente atravesado por el pu-

ñal de un asesino (1). Al punto fueron ocupadas la ciudad y su fortaleza, después de combatidas con artillería y todo el aparato de un sitio. Las demás ciudades y castillos obedientes al infeliz Conde pasaron á poder del Rey por no existir prole á quien correspondiese la herencia. Acogió al Cardenal como triunfador y continuó sirviéndose de él en otros infames ministerios.

---

(1) He aquí cómo refieren estos hechos *Gaguin*, *Compendio*, l. X, pág. 152 vto. y H. Martin:

«En Enero de 1473, envió Luis XI un ejército contra Armagnac á las órdenes del cardenal de Albi, Jean (*) Godofredo, llamado *el diablo de Arras*, por las atrocidades que en esta ciudad había cometido, siendo su Obispo.

Acababa de morir el conde de Foix cuando sitiado su yerno Armagnac en Lectura, y entrada la ciudad, un franco arquero le degolló al lado de su mujer Juana de Foix, embarazada de ocho meses. Llevada á un castillo, dícese que á pocos días tres agentes del Rey la hicieron tragar un brevaje con que abortó.

La elección de persona tal como el cardenal de Albi por el Rey, indica bastante que éste había tramado algún espantoso crimen.

También quedó prisionero el vizconde de Fezensac, hermano del de Armagnac y Luis XI recibió en su favor á Ambrosio de Cambrai, exreferendario de Calixto III, y cómplice de Armagnac cuando falsificó las bulas para autorizar el incestuoso matrimonio del último. Cambrai llegó á ser Chanciller de la Universidad de París.»

(*) Zurita y Ferreras le llaman equivocadamente Guillermo, por lo que el último no le encontraba en las promociones de Calixto III ni de Pío II. Fué creado Cardenal en 1461.



CAPÍTULO X

Recuperación de Perpiñán.—Tentativa de un poderoso ejército francés para meter gente en la fortaleza y poner estrecho cerco al rey D. Juan.

Mientras con tales crímenes se mancillaba la gloria de la antigua nobleza de Francia, los de Perpiñán y Elna, considerando los triunfos del Rey legítimo, que no sólo había recuperado á Barcelona á ruego de sus moradores, sino que de grado ó por fuerza se había hecho dueño de todo el Ampurdan, resolvieron llamarle en su auxilio. Este esforzado monarca aumentaba cada día en la vejez su renombre con más ruidosas é ilustres hazañas. La Providencia parecía prestarle todo su favor con devolverle en la ancianidad luz á sus ojos, algunos años oscurecidos por las cataratas, y con quitar la vida á cuantos ciñeron ó intentaron ceñir injustamente la corona; al rey de Francia, único enemigo que le resistía, le había alejado del Rosellón y dábanle harto que hacer los arduos cuidados de la ocupación de varias plazas. Enviaron, pues, aquéllos á D. Juan agentes secretos para descubrirle sus intenciones en caso que se dignase aceptar la espontánea entrega de sus ciudades, y para hacerle ver cuán poco debía importarle el poderío del rey Luis que

las ocupaba, ni la gente con que guarnecía la enrocada fortaleza, ni, por último, los riesgos de la guerra futura, ante la seguridad de la firme resolución adoptada por los leales habitantes de no amilanarse por ningún desastre, ni aun por la amenaza de total exterminio, pues, á cambio de la legítima libertad, despreciaban los recientes peligros, y ésta sólo podía dársela el justo monarca, no la nación francesa, eterna enemiga de la catalana, de genio enteramente contrario, y reconocidamente insufrible, cruel, inicua, petulante, injuriadora y desprovista de toda humanidad para con los desdichados sujetos á su pesado yugo. Todo ello, si se hacía memoria de los sucesos, sin razón alguna, pues sería injusto acusarles á ellos de traición ó defección cuando, á diferencia de otros muchos catalanes, no se habían entregado voluntariamente al poder y al arbitrio de los franceses, ni sometídose á sus guarniciones sino por fuerza de armas y orden del mismo Rey, en lo cual en modo alguno podía verse la menor negligencia ó cobardía imputable á tan excelso monarca, sino achacarse á perfidia del de Francia, perversamente empeñado en todo tiempo en destruir á cuantos se confiaban de su mala fe.

Escuchó el misericordioso y magnánimo monarca los propósitos de sus leales, alabó la resolución, ensalzó su fidelidad y les prometió, no sólo asistirles con tropas, sino compartir con ellos su suerte. A esta respuesta los de Perpiñán fijaron día para romper reciamente contra los franceses; el esforzado anciano no retrasó el socorro, y tal fué el empuje contra la guarnición francesa, que no

hubiera quedado uno solo con vida, si la fortaleza que domina la plaza no hubiera ofrecido á muchos seguro refugio. Pronto se presentó el intrépido D. Juan y mandó reforzar con estacada y fosos los lugares de la plaza por donde el enemigo encerrado en la fortaleza podía más fácilmente atacar á los habitantes. Levantó además trincheras, y asestó contra ella la artillería con tal celeridad y tan severa disciplina, que el terror se apoderó de los franceses, al paso que los de la ciudad se consideraron seguros de todo daño ó futura irrupción del enemigo.

En seguida se trabajó por la recuperación de Elna, situada en las alturas que á no mucha distancia dominan á Perpiñán, porque su posición es la llave para el paso de tropas ó de víveres desde el Ampurdán al Rosellón y Cerdaña. Franqueáronsele pues los de Elna á los catalanes y aragoneses, después que entusiasmados con el ejemplo de magnanimidad de su legítimo rey, el primero en exponer su persona á los peligros, arrojaron con varonil ímpetu á la guarnición francesa y dieron entrada á los aragoneses. En previsión de la llegada de numerosas fuerzas enemigas, mandó el Rey levantar muro donde antes había trinchera y estacada, porque si en tan corto tiempo no había podido construir en todas partes extensa cerca, con el apoyo de las estacas y el amparo de las empalizadas creían hallarse bastante seguros los catalanes y aragoneses. Con tal actividad empezó el sitio de la fortaleza, que ni de día ni de noche cesaban de lanzar las lombardas, trabucos y otras grandes máquinas de guerra, piedras que

quebrantaban el muro y las torres hasta derrumbarlos, contra la opinión de la guarnición francesa, ya desprovista de toda defensa, falta de víveres y sólo esperanzada en el socorro del rey Luis, detenido por las guerras en la Guyena y contra el duque de Borgoña. Para terminarlas prefirió pasar por vergonzosas transacciones antes que desatender los asuntos de los amenos territorios del Rosellón. Miraba esta provincia con especial predilección por su feracidad y por la comodidad del puerto de Colibre, puesto que la provincia narbonense carece de otros, y desde Marsella hasta el citado no hay más refugio para las naves que las lagunas llamadas *Aguas Muertas* por los marineros, donde le hallan á veces cuando desde alta mar se les ofrece canal hasta el gran fondo tranquilo en que están al abrigo de los vientos tempestuosos.

Graves cuidados agitaban por igual á uno y á otro campo; á los franceses por recuperar á Perpiñán y Elna; á los catalanes por ocupar de nuevo á Colibre, Argeles, Canet y otras poblaciones costeras y de las llanuras del Rosellón y Cerdaña, á la sazón en poder de los primeros. Colibre, sin embargo, resistía con tropa escogida; rindiéronse de grado ó por fuerza Argeles, Canet y otras villas; y por su situación entre el mar y una montaña infranqueable por confinante con las de Narbona, y por su fuerte guarnición francesa, la plaza de Salsas no podía ser atacada. Así se mantuvo durante muchos días diverso el empeño y dudoso el parecer sobre ocupar nuevas plazas ó recuperar las perdidas.



LIBRO VII

CAPÍTULO PRIMERO

Tenaz intento de D. Manuel Ponce por vengar las injurias é ingratitud de su hermano el Marqués.

Por todas partes, así en Francia como en España, traían las agitaciones públicas perturbados los ánimos de nobles y plebeyos. Ninguna oportunidad para el reposo, ocupados todos en maquinar venganzas ó en devolver agravios por agravios, hasta apoderarse tal fiebre del corazón de la mayor parte de los naturales.

En Andalucía, el esforzado é impetuoso Poncio Manuel no podía olvidar la cruel ingratitud del Marqués, ni dejar de sentir amarga pena por su desenfrenada codicia aun con el respeto que como á hermano mayor le tenía. Cuando ya vió manifiesta la intención de despojarle de la herencia paterna, empezó á mirar por sí, pues al principio había hecho locuras dilapidando gran parte de su patrimonio por el afán de aparecer espléndido.

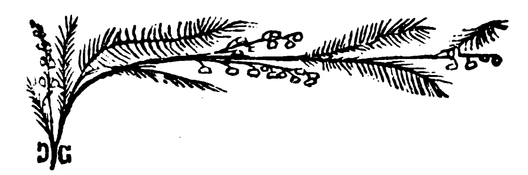
Aprovechándose de tal vanidad, el Marqués le prestó 500 enriques de oro sobre el lugar de Palacios, parte de su hijuela, y que valía más de 4.000; pero en su inmoderada codicia pretendió la posesión del pueblo, sin pagar el exceso de su valor, cual si tratara de burlarse del hermano, quedándose con la prenda y con el dinero. Indignado Manuel Ponce, hizo que sus amigos protestaran muchas veces ante el Marqués de tan inicuo comportamiento, cuando por haberle considerado siempre como á superior no podía esperar de él semejante trato, y le suplicaran encarecidamente que no rompiese los vínculos fraternales, ya que por gratitud había pospuesto algunas veces la vida, creyendo satisfacer á la prosperidad de la familia de los Ponces. Contestaba el Marqués con repetidas burlas; pero seriamente protestaba que si difería el pago de toda la cantidad era por ser evidente que Manuel la gastaría pródigamente y sin provecho en cuanto la cobrase. Además no quería en manera alguna contradecir la voluntad del padre que al morir legó los lugares de Palacios y Guadajox, próximos á Carmona y ribereños del Guadalquivir, al queridísimo hijo Manuel, el cual, olvidado de la disposición paterna, estaba decidido á perder el dinero ó á vender la herencia á los enemigos de la familia de los Ponces. La retención del dinero obedecía por tanto á su resolución de oponerse á uno y otro mal propósito. Cuando con más cordura y cariño su hermano mirase por la conservación de su patrimonio, entonces él, renunciando al pago del préstamo, le restituiría libremente el lugar hipotecado.

Como el Marqués no daba el menor indicio de querer ceder á su hermano la propiedad, éste, harto ya de engaños y de ludibrio, se resolvió á volver mal por mal, y como la enemiga del Duque al Marqués iba cada día en aumento, pactó con el primero por secretos intermediarios que si se le ofrecía oportunidad de tomar el castillo de Marchena, cuya guarnición, al igual de los vecinos, le profesaba extremado afecto, el Duque acudiría al punto en su socorro, á fin de poder resistir al Marqués con fuerzas superiores en caso de reunir á las propias tropas auxiliares. Accedió el Duque gustoso á lo pactado y prometió para el día establecido asistir en persona ú obtener número de lanzas superior á cuantas pudiese reunir el Marqués, preparadas y á disposición de su hermano. Fijó éste el 13 de Enero de 1473 para la ocupación de la fortaleza, y sin inspirar al alcaide la menor sospecha, atacó á las guardas. Corren todos á las armas, y contra lo que se esperaba, los vecinos acuden en tropel en su auxilio, obedeciendo las órdenes de cierto caballero Pedro Mosquera, á quien había dado el Marqués la alcaldía mayor de Marchena. El animoso joven resistió algún tanto con aquel puñado de los suyos, aunque trabajosamente, á la multitud que sobre él cargaba, esperanzado del auxilio prometido de la caballería de Utrera; mas convencido de que en vano la aguardaba, escapó á favor de la noche y del tumulto y abandonando á la mayor parte de los suyos se refugió en aquella villa.

Cuando el Marqués comprendió qué género de venganza había intentado tomar su hermano de

los agravios inferidos, bramó de coraje y se ensañó ferozmente con los vencidos, mandando ahorcar á los cogidos en la fortaleza é intentando hacer lo mismo con un infeliz muchacho con quien topó en el camino, sin consideración á su edad y á su inocencia, pues si bien servía á Manuel, estaba completamente ignorante de sus planes. Poco después ganó á un doncel, antes al servicio de su hermano, pero á la sazón al suyo, para que pretextando volver al primitivo, procurase envenenarle. Cogido por ligeras sospechas, confesó el crimen premeditado y fué general opinión en Sevilla que el envenenador debía con justicia ser ahorcado, pero más rigurosamente se juzgó al Duque, olvidado por desidia y pereza de otras promesas, y reconocido en lo demás por pusilánime en la guerra y completamente inútil para favorecer á sus amigos.





CAPÍTULO II

Abandono de la custodia de la fortaleza de Alanís.—Su repentina ocupación.—Diversas tentativas para recuperarla.

Después que en el principio de las contiendas varios accidentes dieron al Duque cierta apariencia de superioridad y le ganaron con ello, entre otras, la fortaleza de Alanís, volvió á caer en su natural incuria, que hacían más detestable su cobarde insensatez y su avaricia. Hizo alcaide de la fortaleza á Pedro de Nadal, persuadido de que aquel pobre hombre no sólo podría mantenerse en ella sin la necesaria prevención de guardas, escuchas y bastimentos, sino que con su posesión le otorgaba ventajosa merced á cambio de escasa responsabilidad.

De este abandono se quejaba todos los días el alcaide, protestando de la imprevisión del descuidado Duque, y aconsejaba el envío de la conveniente guarnición si quería evitar que el enemigo la tomase indefensa. Como nada contestase en conformidad con lo pedido, el alcaide, forzado por extrema necesidad y dejando dos hombres en la fortaleza, vino á Sevilla á exponer por última vez sus quejas, á tiempo que ya Manuel Ponce había descubierto al Duque los planes de don

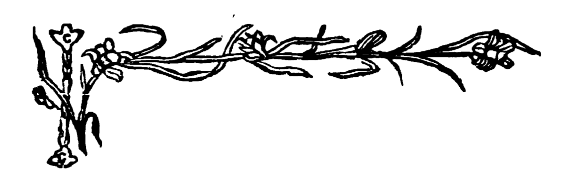
Rodrigo y su solícito afán por apoderarse de Alanís en cuanto supo el descuido que había en su guarda. La empresa se había confiado á Cristóbal de Mosquera, caballero sevillano de grandes arrestos y con grandes simpatías entre los de Alanís, en cuyo término poseía muchas heredades. Algo más impresionaron al Duque las noticias de Manuel; pero apenas prestó oido á las advertencias del alcaide. Sin embargo, con no poca pereza y avaricia se resolvió á facilitarle corta suma y le ordenó marchar inmediatamente á Alanís. Obedeció al punto, pero no correspondió su diligencia á lo urgente del caso, pues cabalgando en un mal rocín, empleó tanto tiempo en el corto camino, que el enemigo con un escuadrón de lanzas y un pelotón de peones había ya ocupado cuando él llegó la fortaleza, falta de la necesaria guarda. Los dos hombres que la constituían quedaron prisioneros en la primera embestida, y á excepción de unos cuantos, todos los vecinos de Alanís obedecieron á Mosquera de buen grado. Llevó el desdichado alcaide la triste noticia á Sevilla y fué general la consternación de sus moradores desesperanzados ya de todo consuelo, pues Alanís podía impedir el arribo de bastimentos; Alcalá de Guadaira cerraba el paso más favorable para conducirlos por el camimo de Ecija y Carmona, y desde Constantina salían al encuentro de cuantos intentasen llevarlos de Córdoba á los sevillanos, en año estéril en que la existencia se les hacía imposible si se interceptaba el camino desde la provincia de León que aseguraban los de Alanís mientras la fortaleza se mantuvo por el Duque. Perdida ésta,

llenó las calles de la ciudad el clamor de la multitud, maldiciendo la cobardía y avaricia del Duque. En numerosa junta de regidores se adoptó el acuerdo de acudir al remedio; pero variando los pareceres en cuanto al plan, al cabo la urgente necesidad aconsejó como el más aprobado enviar inmediatamente 300 caballos á Cazalla que con diarias algaradas y talas inquietasen á los de Alanís y protegieran los bastimentos que desde la provincia de León se trajesen á Sevilla. Inclinábase el Duque á este parecer, cuando uno de los presentes contradijo el acuerdo con muchos argumentos, demostrando que tal resolución sería inútil, y más bien perjudicial, no sirviendo de alivio alguno sino de manifiesta ruina á la ciudad la prolongación de la guerra y las inicuas talas de los provinciales, porque además nadie, mercader ó comerciante, sería tan temerario que se atreviese á pasar entre la confusa multitud de la caballería. Por otra parte, mientras los enemigos ocupasen la fortaleza de Alanís nunca faltarían en las poblaciones vecinas conspiraciones y defecciones al Marqués, que tenía muchos amigos en Cazalla, el Pedroso y otros pueblos. Los de Constantina en particular se bastaban para subvenir en tiempo á las necesidades de la guarnición de Alanís. Tampoco se veía ventaja para los sevillanos en perder el apoyo de los populares, á la sazón á su obediencia, por afán bélico y anhelo de destruir á los míseros moradores de Alanís. Por lo cual todo el peso y cuidado de la empresa debía incumbir al Duque, por cuya falta amenazaba terrible peligro á los ciudadanos. Era pues evidente la urgencia de

combatir la fortaleza, porque estando en juego la incolumidad y libertad, con tomarla sacarían á salvo vida y honra, mientras que dilatándolo con larga guerra se acarrearían ruina, exterminio é ignominia.

Merecieron estos argumentos del buen caballero unánime aprobación de los reunidos y nadie habló ya de dilaciones. Todos se dispusieron á la empresa con extraordinario entusiasmo y solicitud á fin de que tuviera el éxito que los amigos de la libertad deseaban.





CAPÍTULO III

Cómo se tomó la fortaleza de Alanís.—Varios esfuerzos del Marqués por socorrerla y fracaso de la traición fraguada por algunos ciudadanos.

Contra lo que se creía, al punto se reunió un ejército de unas 1.500 lanzas y cerca de 6.000 infantes, gente escogida, animada de ardor bélico, por igual atenta al empeño de apoderarse de la fortaleza y viva en todos el ansia de libertad.

El 23 de Enero de 1473 se sacó con solemne aparato el pendón de la ciudad, y ya no se descansó en los preparativos de la expedición. Al saber el Marqués las resoluciones adoptadas, temió verse imposibilitado de cumplir sus promesas, pues al partir para Alanís Cristóbal de Mosquera, le había dicho que no debían preocuparle las algaradas de los sevillanos, porque en un plazo de catorce días saldría él á su encuentro, si intentaban el ataque, con 1.000 caballos y 400 peones, número superior al de los enemigos. Además había pedido al comendador mayor de Calatrava, Fernán Ramírez de Guzmán, algunos ballesteros de Fuenteovejuna para reforzar la escogida guarnición de la fortaleza, y el mismo Cristóbal, como

valiente caudillo, daba ánimo á sus soldados con la esperanza de la próxima llegada del Marqués.

Antes de marchar el Duque eligió para guarda de las puertas de la ciudad sujetos de la mayor confianza, y encargó á los regidores extremada vigilancia sobre aquellos ciudadanos que inspirasen alguna sospecha. A su mujer y á su único hijo, niño de tierna edad, dejó en la Casa comunal para demostrar la seguridad que ofrecía, y con deliberado propósito no quiso encerrarlos en la fortaleza por alejar así hasta el menor motivo de temor. A fin de salvar mejor los obstáculos de los grandes montes y bosques que hacen difícil el camino de Alanís á las lombardas y grandes máquinas de guerra, mandó colocarlas sobre carros construídos ingeniosamente al efecto, y para mayor facilidad de transporte, arrostrando un obstáculo en evitación de otros muchos, pareció más conveniente la vía de Montegil, donde junto al bosque por ambas partes contiguo á una regular planicie la fortaleza de antiguo derruída se había reparado en aquellos días por muchas causas favorables á los sevillanos, y principalmente porque habían sabido que el Marqués se disponía á ocupar repentinamente la destruída y enrocada defensa, pues con sólo tres días empleados en la provisión para cuatro hombres durante un mes, ó sería necesario largo asedio, ó la ciudad habría de sufrir gran escasez de subsistencias. Por estas razones se encomendó la restauración de la fábrica de la fortaleza de Montegil y el cargo de bastecerla á Iñigo de Salcedo, de Carmona, por su enemiga con la familia Godoy, contrario del Mar-

qués. Adoptado el camino más conveniente para la fortaleza de Alanís, al punto se tomaron las disposiciones oportunas para combatirla. Señalóse al Duque uno de los flancos; otro á Pedro de Estúñiga, y el tercero, tan fuerte por su situación como por sus defensas, á Fernando de Ribadeneira, adalid de la caballería del adelantado de Andalucía D. Pedro Enríquez. Por su parte Mosquera, apenas ocupó la fortaleza situada en una altura, se consagró á construir bien estudiados reparos; reforzó las partes más débiles de las murallas; la rodeó con foso y estacadas; levantó robustos antemurales para mayor seguridad en las salidas, y nada omitió de lo necesario á la defensa. Como capitán enérgico y previsor, su diligencia redoblaba ante la solicitud de sus compañeros de armas, iguales todos en ánimo esforzado y en la constancia del valor.

Mientras unos preparaban el ataque y otros la defensa, el marqués de Cádiz, obligado por la desconfianza que los de Jerez le inspiraban á meter gruesa guarnición en su fortaleza, no pudo reunir muchas tropas auxiliares, y con sólo 700 lanzas entró en Alcalá de Guadaira, convencido de que los sevillanos regresarían á sus casas en cuanto se apercibiesen de la menor sospecha de traición. Para conseguirlo, y apelando á su natural astuto y disimulado, supuso algunos motivos de temerla, unos llenos de falacia, otros amenazadores. No dejó de producir efecto el recurso, pues algunos del pueblo, impulsados por falsas esperanzas que se dice haberles inspirado cierto hombre principal de honrada familia, intentaron intro-

ducir en la ciudad á los soldados del Marqués por la puerta más abandonada de las murallas; pero los guardas, muy alerta por la sospecha concebida, cogieron á los traidores y los colgaron de las almenas. Allí los vió el Marqués á la mañana cuando, como todos los días, disponía las batallas en la llanura á vista de los muros.

De haber habido algún capitán valeroso que acaudillase contra ellas al pueblo de Sevilla, ansioso de venir á las manos, la derrota hubiera sido segura; mas la diversidad de pareceres de los sevillanos y las sospechas propaladas, hacían más audaces á los enemigos. En los primeros días pasó D. Rodrigo con su ejército en ordenadas batallas junto á la cerca de la ciudad, y se dispuso á atravesar el vado de las Estacas con dirección á Alcalá del Río. Esta villa, en lo antiguo bien murada, pero á la sazón desprovista de toda defensa, debió tomar aquel nombre de su proximidad á la orilla del Guadalquivir, cuyas aguas, dos veces al día, llegan con el flujo y reflujo á las partes más bajas de la población. Según se dice, el Marqués se proponía entrar repentinamente en la Algaba, aldea cuyo señorío recayó en D. Juan de Guzmán, hijo del difunto maestre de Calatrava don Luis de Guzmán, por trueque de Medina Sidonia, entregada en virtud de convenio al duque D. Juan de Guzmán. A éste deseaba despojar el Marqués de sus grandes riquezas, so pretexto de la rivalidad nacida del matrimonio del primogénito don Luis con la hermana de D. Rodrigo, y además porque, irritado el anciano por el enlace del desobediente hijo, le había echado de su casa, y unién-

dose al duque Enrique, le había adjudicado su patrimonio.

Por la parte que ofrecía más fácil acceso á las tropas del Marqués apostó el anciano escogido escuadrón de caballos, y entre la espesura de olivares é higueras 500 infantes aguerridos, amenaza de seguro desastre para los enemigos que se acercaban. Muchos sevillanos, unos en barcas, otros por el puente de tablas de la ciudad, acudieron á socorrerle recorriendo por agua ó por tierra la orilla opuesta del río. Al verlo D. Rodrigo, envió por los alcores unos 200 caballos á los sitios más seguros de los olivares de Sevilla con encargo de coger prisioneros á cuantos encontrasen descuidados labrando las tierras, llevarse las mujeres, saquear las casas y hacer cuantos daños pudiesen al enemigo. Pero ya antes se había apoderado el miedo de los secuaces del Marqués, y como resultase también infructuosa la marcha del pelotón de caballería por las alturas, al día siguiente, destrozados por la fatiga de la noche, bajaron á las faldas de las colinas que dominan á Sevilla, donde la multitud de sevillanos que por la parte contraria se acercaba fácilmente hubiera podido cortarles el paso junto al monasterio de San Isidoro, si no lo estorbara la maldad de Rodrigo Ribera, hombre perverso que, acaudillando 150 lanzas, se negó á combatir con los contrarios, muertos de fatiga por la aspereza del terreno y atajados por el peonaje entre las espesas malezas y olivares. Era el Ribera de noble familia, pero de infames costumbres; su notoria avaricia, su turbulencia é inclinación á la tiranía hacíanle insopor-

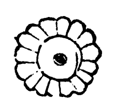
table á todos los ciudadanos. Dominábale tan extremada ansia de robar á éstos y á los caminantes, que desde el alba hasta el anochecer, y á la media noche, recorría los barrios de la ciudad tan sediento de rapiña que, no sólo se apoderaba del dinero, sino del pan en las tahonas, del vino en las tabernas, en las carnicerías de la carne, siempre de algo de cualquier vivandero ó mercader. De tal manera se ingería en los asuntos militares, que para unos era caudillo y medianero para otros; con su natural astuto hacía manifiesto á todos cuán grave peligro les amenazaba y cómo su valor podría alejarle ó disminuirle, siendo lo cierto que ni á nadie amaba ni de nadie era estimado y sólo su ponzoñosa astucia le hacía generalmente temido, porque con sus calumnias, acusaciones ó fingimientos á nadie dejaba á salvo. Aquel día en que rehusaba la pelea se acercó á él un hombre del pueblo y le dijo: «Malvado Rodrigo, no desdices tu costumbre al impedir el destrozo de los enemigos que en ti solo fundan la esperanza de salvación.» Y empuñando la lanza se arrojó sobre él para darle muerte, de que le libraron los presentes parando el golpe. Del hecho se prevalieron los enemigos para escapar incólumes al lado del Marqués.

Dos días se detuvo éste en Alcalá del Río y, aparentando más larga jornada, trató de hacer desistir del comenzado cerco á los sevillanos, á quienes la cobardía del Duque y los falsos mensajeros tenían atemorizados. Parecia éste cejar en su empeño de tomar la fortaleza, pues ni se advertía en él la menor energía, ni sus órdenes, como apoca-

do y cobarde, paraban en más que en arengas y lamentaciones. Venían á aumentar el temor avisos de inmediato socorro del Marqués á los defensores de la fortaleza, y de llegada de cordobeses y ecijanos. A todo esto se añadían las malas artes de algunos desleales caballeros de Sevilla que, ó por consideración á su estrecho parentesco con Mosquera, ó por no malquistarse con algunos parciales del Marqués, arrojaban de noche, desde las almenas á la estacada, para que las recogiesen los enemigos, ballestas con breves escritos donde se desvanecía todo temor de ataque. Ninguno de estos ardides produjo efecto, así por la detención del Marqués en Alcalá del Río, como por saberse que sus tropas habían vuelto á atravesar el Guadalquivir hacia el llano de Sevilla y demostrarse falsa la noticia de la llegada de refuerzos de Córdoba y Ecija.

Con esto comenzó á cobrar ánimos el Duque y se consagró con más ardor al ataque, excitado principalmente por el ejemplo del valeroso Fernando de Ribadeneira, tan ejercitado en los sitios, y que en éste tenía ya desmantelada parte del muro, y contra el parecer de todos, batía sin tregua su cimiento. Resuelto el asalto, señálase día; prepáranse los bancos pinjados y se disponen las escalas; fíjase la hora de embestir para que al amanecer acudan por todas partes hasta aplicar las escalas al punto más desembarazado, y hecha la señal, se lanzan al ataque multitud de soldados protegidos con escudos y tortuga militar. La resistencia de los sitiados fué tenaz. Muchos cayeron por ambas partes; pero la acometida de los sevilla-

nos infundió tal espanto que á poco ya se hacían imposibles las salidas. Pero ni esto ni el apuro del inminente asalto amilanaron á Mosquera, impertérrito en su puesto, combatiendo en medio de las puertas y aguardando con los suyos el último trance hasta que se derrumbaron los extensos lienzos de muralla. Todos los que había respetado la muerte quedaron prisioneros. Dejóse en libertad á los ballesteros de Fuenteovejuna; perecieron en la horca cuantos ciudadanos se hallaron en la fortaleza. A Mosquera se le concedió honrosa rendición.





CAPÍTULO IV

Toma de Puente Horadada.—Regreso de los sevillanos.—Marçha del Marqués á Morón con pretexto de entrevista con sus parciales.

DURANTE aquellos sucesos el Marqués había vuelto y vagaba con sus tropas en torno de la ciudad, haciendo alardes en varios puntos para que se extendiese la voz de que algo disponía ó algo aguardaba. Cuando ya fué notorio lo vano de tales movimientos, á fin de demostrar que no eran inútiles, resolvió combatir la Puente Horadada sobre el Guadaira, á una legua de Sevilla. En la torre que la defiende, los sevillanos habían metido corta guarnición al mando del valiente Pedro Montes Doca, para prevenir la ocupación por los enemigos y evitar el daño que desde allí podrían hacer á los de la ciudad y á los pasajeros. Para el ataque mandó el Marqués traer de Alcalá de Guadaira máquinas de batir, y al verlo hubo algunos sevillanos á quienes pareció vergonzoso que ante sus ojos combatiese la torre tan escasa fuerza enemiga, cuando sus 10.000 peones, atravesando los olivares interpuestos y los vallados de las viñas, intransitables para la caballería, no sólo podían cómoda y seguramente librar la torre del vano asalto, sino conse-

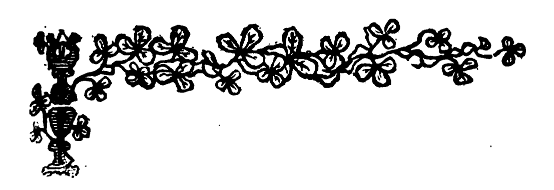
guir á poca costa, si el Marqués persistía en el ataque, la matanza completa de su gente, á la que molestarían con incesantes acometidas los 200 caballos sevillanos allí presentes. Si así lo hacían, siempre podían contar con franca vuelta, por tener resguardadas las espaldas con los muros, mientras los contrarios tendrían que luchar con mil dificultades por su escaso número en comparación de la multitud que se les oponía, y por el entorpecimiento del sitio emprendido, por poco que fuera el ardor de los sevillanos. Si, por el contrario, la infamia no les avergonzaba, entonces, no sólo se apoderaría el Marqués de la torre y destruiría su guarnición, sino que los apáticos y cobardes ciudadanos correrían mayores peligros, porque ni en el Rey encontraban amparo, ni entre ellos consejo para evitar las desgracias. Combatió esta opinión Rodrigo de Ribera, pronto siempre á refutar las prudentes, asegurando ser la de aquéllos que mientras el duque D. Enrique con casi la totalidad de los regidores y un escogido número de ciudadanos combatía á Alanís, se procurase acometer otra empresa difícil, pues más que los vanos honores de que alardeaba debía pesar la consideración de lo prometido con juramento al salir el Duque de la ciudad, á saber, que jamás abandonarían los peones las murallas para pelear con el enemigo hasta el regreso del ejército con que el Duque tenía puesto cerco á Alanís; que considerasen los presentes de cuán distinta manera debían mirar el asalto de fortalezas tan recias, pues el favor y utilidad que del de Alanís se reportase no admitía comparación con el de la torre de un puente que la pode-

rosísima ciudad podía reedificar en breve tiempo; por lo cual concluía que, dejados á un lado hinchados empeños del falso honor, sólo se atendiese á la vigilante custodia de la ciudad.

Mientras pasaban el tiempo en estas controversias, el Marqués, con el incesante batir de la artillería, había desmantelado ya la torre de todo el almenaje y quebrantado el muro desde lo alto hasta el cimiento. A pesar de ello, Montes Doca, con otros cuatro esforzados compañeros, seguía manteniendo á distancia á los enemigos con los tiros de ballesta y espingarda, mortales para los que se aproximaban, sin cejar en la defensa mientras se mantuvo en pie parte del muro suficiente para resguardo de los pechos. Cuando al cabo se derrumbó y quedaron al descubierto las secretas garitas del angular edificio, rindiéronse al Marqués bajo pacto de libertad absoluta para los cuatro defensores y de quedar Montes Doca solo con nombre de prisionero hasta poder canjear al valiente campeón por alguno de los apresados por el Duque.

Llegó entretanto á noticia del Marqués la toma de Alanís á los trece días de cerco y el regreso de las tropas, y por si acaso las victoriosas fuerzas sevillanas antes de volver á sus hogares se dirigían á Alcalá de Guadaira, echó voz de ser llamado á consejo para que el anticipado subterfugio les sirviese de explicación de su ausencia. Acertó D. Rodrigo con el recurso, porque cuando el Duque tuvo noticia de las talas y grandes daños que desde la cercana villa de Alcalá de Guadaira hacía el enemigo asaltando á ciudadanos y caminantes,

resolvió ir allá para que si el Marqués rehusaba el encuentro, los de la villa, á la vista del poder de los sevillanos, recordasen la obligación en que estaban de obedecerlos y aun quizá se atreviesen á declararse contra el tirano. La sagacidad de éste adivinó al punto lo que contra él se tramaba; reforzó cuidadosamente la guarnición, y el día antes que el Duque con su ejército atravesase el Guadalquivir por los vados conocidos, marchó él al consejo á que se suponía llamado. Al amanecer pasó D. Enrique el río, y con las tropas formadas en batalla caminó por el llano, destacando corredores para llamar á los muchos soldados que quedaron en la ciudad. Reuniéronsele otros en el camino hasta reunir 20.000 peones y 1.800 caballos, con los que se presentó á la vista de los de Alcalá, y como se detuviese un rato en espera de alguna escaramuza ó del arrepentimiento de los vecinos y no se descubriese el menor indicio de una ni otra cosa, ordenó su hueste y regresó á Sevilla en el mismo día.



CAPÍTULO V

Los príncipes D. Fernando y D.ª Isabel acogen benévolamente á su gracia al duque de Medina Sidonia, muy de su afecto.—Ofrecimientos que algunos Grandes le hicieron del Maestrazgo de Santiago.—Quejas del Duque de la perfidia de los Mendozas.

A los seis días de haber salido el Duque de Sevilla para Alanís llegó á la ciudad el honrado Pedro de la Cuadra, distinguido por su saber entre los jurisconsultos, con encargo de manifestarle las benévolas disposiciones de los Príncipes para con él y de entablar alianza cimentada en más sólida amistad. Como los peligros que á la sazón ofrecían los caminos de Andalucía atemorizaban á los viandantes y la marcha á Alanís no era todavía segura, se decidió á aguardar en Sevilla el regreso de D. Enrique. Además, los Príncipes habían mandado que no se diese en esto el menor paso sin consultarme y sin que abriese camino para entablar más recta y fácilmente la alianza con el Duque, en gran manera hostil á los inícuos propósitos del maestre Pacheco. Para prepararla había yo aconsejado la venida á Sevilla de Luis de Antezana, ilustre varón

dotado de singular ingenio para tales negociaciones; pero impidiólo su grave enfermedad y tuvo que ser sustituído por La Cuadra, sujeto muy apto para todo acomodo. Antes de la llegada del Duque tratamos detenidamente de los diversos asuntos, á fin de conocer más fácilmente su pensamiento en la primera entrevista. No fué inútil nuestra previsión, porque los hombres de carácter brusco y de ingenio rudo, cuando se ven mimados por la fortuna, se hacen intratables y menos accesibles al verdadero vínculo de la amistad; que no se acompaña bien con la razón lo que de ella carece. Y si sola á la fortuna se abandona la solución de los asuntos, suele producir frutos insípidos ó amargos por falta de madurez, ó podridos por exceso, pues desconociendo la laudable medianía, muéstrase siempre enemiga de la verdadera moderación.

Tratado todo esto, convinimos, según mi antigua experiencia, en que el elocuente enviado hablaría al Duque del recíproco afecto entre él y los Príncipes; pero pareciónos necesaria alguna prueba de la buena voluntad, demostrada por medio de documento en que constara lo que de palabra se expusiese. El Duque, después de muchas razones, juró seguir el partido de los Príncipes contra todos sus émulos, y si preciso fuese, contra el mismo rey D. Enrique, privado del libre albedrío y ciegamente sumiso al de Pacheco.

Por su parte el excelente La Cuadra, en virtud del poder que de los Príncipes traía, prometió que ellos, el Arzobispo de Toledo y cuantos trabajaban por la restauración de los reinos,

prestarían al Duque todo favor y ayuda, y le dió cumplida explicación de los documentos, según más por extenso se contenía en aquellos escritos.

Muy grata fué la alianza al Duque, tan aborrecido siempre del rey D. Enrique y de Pacheco como amado de los sevillanos, y que pagando odio con odio, y conociendo los sentimientos de todos los pueblos favorables á los Príncipes, confiaba ganarse el favor general por su amor á la justicia.

Corroborada, pues, la alianza, el Duque nos enseñó cartas de los principales comendadores de la Orden de Santiago, como el conde de Paredes, D. Rodrigo Manrique, decano de todos; D. Alfonso de Cárdenas, comendador mayor de León; el de Castilla, D. Gabriel Manrique, conde de Osorno y otros muchos, que unánimes le prometían sus votos para el Maestrazgo, á condición de convenir con ellos en la necesidad del remedio, porque los procedimientos tiránicos de Pacheco y su ilegal elevación á tal dignidad les impulsaban á ofrecérsela para que la obtuviese con arreglo á los estatutos él, de nobilísima estirpe, poderoso y opulentísimo entre los Grandes del reino y por todo ello preferido por los votos de los Comendadores. Además recordaban que su antepasado el difunto Maestre de la Orden, D. Lorenzo Suárez de Figueroa, había reformado acertadamente esta milicia, y fundaban grandes esperanzas en la heredada probidad del Duque.

Después de leernos estas cartas para instruirnos del proyecto, añadió el Duque que consideraría como especial prueba de afecto si los Príncipes y

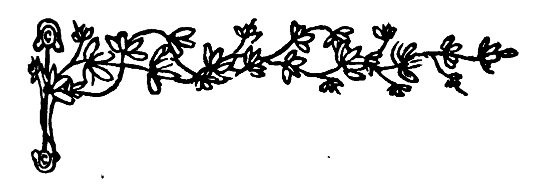
el Arzobispo de Toledo aprobaban el pensamiento de los Comendadores y se oponían á la gran enemiga de Pacheco.

Oyeron los Príncipes y el Arzobispo con singular complacencia cuanto les comunicó el doctor La Cuadra; pero dijeron que no se explicaban bien cómo los Comendadores habían enviado tales cartas antes de la reconciliación del Maestre con los Mendozas por el estipulado matrimonio de la hija del conde de Haro, D. Pedro de Velasco, convertido ya también en amigo del Maestre, á quien antes aborrecía y por cuya ruina trabajaba. Por lo demás, el Duque podía estar seguro de que si esta novedad no era por ventura un obstáculo para vencer á todos los otros, le prometían su ayuda. En esta respuesta descubrió claramente cierta sospecha de haber dado el Arzobispo á su sobrino el Maestre secreta seguridad acerca de la conservación de sus respectivas dignidades, como se verá más adelante.

Excitado el Duque por esta respuesta, despachó mensajeros á los Mendozas y al Conde de Haro para exponerles sus quejas y decirles que se maravillaba de que hubiesen violado tan firme alianza al aceptar la amistad y parentesco de aquél á quien no sólo habían tenido siempre por enemigo, sino á quien habían querido declarar que lo era de sus antiguos amigos, olvidándose de las advertencias de otros días y de las insistentes excitaciones con que todos á una le conjuraban en sus cartas á no cejar por consideración alguna en la persecución del común y perpetuo enemigo hasta arrojarle abatido é irritado desde Andalucía

á Castilla la Nueva, á fin de que todos los Grandes de iguales opiniones aniquilasen al pérfido. Muy al contrario de esto, cuando Pacheco se hallaba ya afligido y abrumado de trabajos, le habían hecho escapar de todos, le habían querido para yerno y amigo, y hasta le habían otorgado medios para destruir á los que creyese tenazmente hostiles á su persona. Según los antiguos pactos á que se habían obligado, no podían sin grave nota entablar ninguna nueva confederación sin conocimiento suyo, y, sin embargo, así lo habían ejecutado, abandonando al amigo á merced del enemigo, acción merecedora del más severo juicio para todos los amantes de la verdad y de la justicia.

A esto contestó el marqués de Santillana, principal entre los Mendozas, algunas frívolas excusas coloreadas con cierto aparente rubor; el obispo de Sigüenza, menos comedido, se esforzó por refutar aquellas razones, y el suegro del Maestre, el conde de Haro, con bastante descaro é injuria trató de arrojar las calumnias sobre el Duque.



CAPÍTULO VI

Llegada del vicecanciller Borja á Castilla.— Abusos en su cargo.—Instancias del obispo de Sigüenza para obtener el galero.— Otros ardides imaginados para engañar á los Príncipes.

Casi en los mismos días en que la novedad del desdichado matrimonio empezó á conmover el ánimo de los Grandes, llegó á Castilla el legado del Papa Sixto, Rodrigo de Borja, cardenal valentino, que ya en Valencia había visto al príncipe D. Fernando y recibido la visita del obispo de Sigüenza. Traía gran séquito de obispos, la mayor parte conducidos en dos galeras desde Italia á Tarragona. Entre ellos venían Suesano, Ortano, Asisino y otros, todos ansiosos del botín de España, pues sabían que los españoles, más aficionados al nombre que á la cualidad de las cosas, prodigaban gustosos el dinero por conseguir ambiciosos honores, y esta falsa liberalidad se encontraba en la curia romana, pródiga en conceder todo género de gracias á cambio de dinero, con mengua de la antigua integridad, y de día en día más acostumbrada á considerarlo perfectamente correcto, sin tener por maldad el abuso de lo instituído sobre santas bases; de modo

que, estableciendo por costumbre el mal que por caso ocurría, hacíase luego arrancar de esta costumbre una especie de derecho natural.

En esto fundó sus planes el legado valenciano, como demostrarán con toda evidencia sus acciones. Apenas llegó hizo publicar las facultades de atar y desatar de que venía investido; enseñó las dispensas concedidas á su exclusiva voluntad por cartas pontificias; hizo ostentación de la potestad para todo lo demás otorgada á su favor en las bulas del Papa; tendió, en fin, las redes para recoger copiosísima pesca. ¡Con qué insolente liviandad empezó á extender la licencia! ¡Y cuán dañosa fué, cuántas amarguras produjo y á qué duraderas pesadumbres dió origen! No me detengo en referir todo aquello que el Cardenal omitió ó hizo contra lo exigido por la dignidad de su elevado cargo; su afición al lujo y á otras desenfrenadas pasiones; la hinchada pompa en que se complacía y de que alardeaba; pero mencionaré otros hechos aún más indignos. Nada se negaba al dinero; con sacrificar una crecida suma se lograba cuanto se apetecía, y su importancia era la medida para la remisión de pecados ó para la elevación á los honores menos merecidos. Los que jamás fueron doctos recibían el título de doctores, desechado todo rigor de los exámenes. Aquel á quien el Legado llamaba doctísimo, aunque ayuno de toda ciencia; aquel á quien, ó por ruegos de los Grandes ó por dinero proclamaban doctor en sus escritos, llegaba á convencerse de haber obtenido el grado por méritos propios. De igual modo se concedían las dis-

pensas, y así puede suponer el lector todo lo demás.

Muchos de los Grandes recibieron al Legado con extraordinaria honra; pero más que todos los Mendozas, porque el obispo de Sigüenza, ya muy esperanzado de obtener el capelo, había preconizado lo convenientísimo de tributar los mayores honores á cualquier Cardenal, y no había quien no hubiese quedado convencido de que entre las dignidades que los mortales podían obtener próximas para el Pontificado, ninguna como el Cardenalato.

El que con más magnificencia colmó (1) de obsequios al Legado en los primeros días de su llegada fué el arzobispo de Toledo. Este prelado, espléndido por carácter, además de lo mucho que gastó en alhajar el hospedaje, mandó hacer tal requisa de gallinas en los pueblos y aldeas circunvecinos, que apenas quedó gallo que no se mirase con espanto á la mañana solitario en los desiertos peldaños del gallinero. Para el mantenimiento de los numerosos caballos y mulas de la comitiva vino á Alcalá gran provisión de cebada. Además fueron llegando rebaños de carneros y terneras; multitud de pavos, capones y otras aves cebadas; muchos moyos de vino; todo á fin de que entre los catalanes, los más sobrios de los españoles, cundiese la fama de la glotonería castellana. Pero los dispendios del fastuoso Arzobispo, con ser tan

(1) Aquí emplea el autor un juego de palabras con los verbos *honoravit* y *oneravit*, que no puede conservarse en la traducción.

considerables, no consiguieron captarse de tal modo el ánimo del Cardenal que le diese preferencia en su afecto sobre el prelado seguntino. Así éste pudo persuadir antes entre otras cosas al Rey de que debía aceptar la comisión del Legado, y D. Enrique, á la sazón entregado á silvestres deportes, se avino muy gustoso á hablarle, le acogió afablemente y aprobó las facultades concedidas al Cardenal por el Papa, prerrogativas en aquellos días sumamente estimadas por los Legados pontificios, más atentos á la exacción de dinero que á la reforma de las costumbres. En seguida el obispo de Sigüenza empezó á concertar con el Cardenal artificiosa trama para inducir á los Príncipes á que, so pretexto de la debida fidelidad en todo prestada por el Legado, se apartasen del Arzobispo y fuesen á Guadalajara. Si esto se lograba á satisfacción de los Mendozas, sabía bien el Obispo que había de valerle la sumisión de todo el partido contrario.

Para realizar esta maldad se despacharon familiares del Cardenal con encargo de prometer auxilio eficaz para conseguir con entera seguridad la sucesión de la Corona en favor de los Príncipes si se confiaban al arbitrio de los Mendozas y aguardaban en Guadalajara el desarrollo de los sucesos. Accediendo á esto, poco podía importarles el nuevo matrimonio á la sazón entablado de la hija de la Reina con D. Enrique Fortuna, pues á excepción de algunos pocos tiempo hacía ganados á su amistad, el poderío reunido de los Mendozas y del conde de Haro bastaba y sobraba, cuando sobre ellos recayese el peso de las nego-

ciaciones, para resistir á los inicuos adversarios que en desdoro de los Príncipes habían tratado de concertar aquel matrimonio. Corría esta fraudulenta negociación á cargo de cierto catalán llamado Camarena, charlatán y embustero, que con subterfugios, promesas y adulaciones engañó hasta tal punto á fray Alonso, capellán mayor de la Princesa, y á Pedro Vaca, principal consejero del Príncipe por disposición de su padre, que, ante el conforme sentir de estos tres, vacilaban ya en la firmeza de sus propósitos.

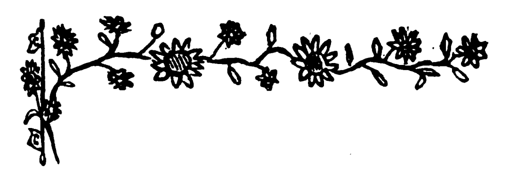
Veíalo con hondo disgusto el Arzobispo, constante compañero de los Príncipes en todos los peligros, espléndido aposentador en los pueblos del Arzobispado de estos ilustres huéspedes, á la sazón pobres y faltos de muchos recursos, y perfecto conocedor, por larga experiencia, de las intrigas y habituales procederes de los Mendozas. Y al considerarlos perplejos entre acceder ó negarse á lo que les proponían, les aseguró que él en ninguna manera se entregaría á discreción de aquella familia, ni accedería á su ofrecimiento de marchar con los Príncipes á Guadalajara, por cuanto, además de lo peligroso del pérfido consejo, quedaría notado de infame abyección si se dejaba engañar con los Príncipes y consentía neciamente en verse envuelto en las redes que se les tendían; que bien notorios les eran los mil recursos buscados para su ruina por los Mendozas, y cómo después de frustrado el matrimonio de D.ª Juana con el duque de Guyena, todavía en vida suya, pero con su negativa á contraerle, de común acuerdo con el maestre Pacheco ha-

bían tramado, valiéndose de falaces embajadores, nuevos planes contrarios al matrimonio, sin omitir medio alguno para precipitar el abatimiento de los Príncipes, faltándolos sólo apelar á la privación de su libertad, como ya se les insinuaba so pretexto de falsa honra. Por tanto, debían decidirse, ó por permanecer con él, siempre obediente á sus mandatos, ó ir allí donde luego sería tardío el arrepentimiento. Con lo uno, le llenarían de gozo; con lo otro, entristecerían su corazón tan adicto siempre á los ilustres Príncipes, de cuya perdición se dolía, seguro de la propia si aceptaba el manifiesto fraude.

Ya no vacilaron los Príncipes en negarse á trocar la libertad cierta por dudosas honras, y por Camarena y otros emisarios dieron al Cardenal valenciano ambigua respuesta.

El Maestre de Santiago, como no logró que los cómplices de la maldad engañaran á los Príncipes, resolvió apelar á más claras amenazas de peligrosas novedades.





CAPÍTULO VII

Entrada en Castilla de D. Enrique Fortuna.— Su pernicioso engaño y procaces palabras.

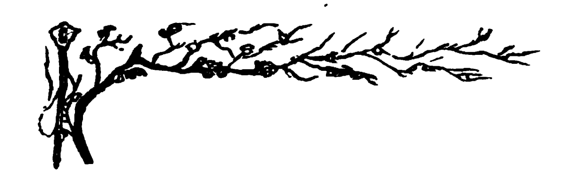
Queriendo Pacheco emplear á manera de castigo y amenazadora muestra de futura opresión cierto aparente éxito del matrimonio por él empezado á concertar entre la supuesta hija del Rey y Enrique Fortuna, le envió algunos agentes de ínfima autoridad que, en virtud de comisión de D. Enrique, le llamasen á Castilla con promesa de realizar los concertados esponsales, de la entrega de considerable suma y del unánime consentimiento de los procuradores de todas las ciudades del reino, cual prenda de la felicidad que le aguardaba. Mas como algunos votos se mostraban reacios y el obstáculo que ofrecía el príncipe D. Fernando fácilmente se alejaría ó aniquilándole ó engañándole, debía el Fortuna dirigirse á Requena, limítrofe de Valencia, adonde el Rey enviaría abundante dinero, vajillas de plata y rico menaje, caballos amaestrados, escogida caballería y todo el aparato debido al amadísimo yerno. Ensoberbecido con esto el infeliz y estimulado por el asentimiento y excitaciones de la madre, olvidóse de la munificencia de su tío y de su especial bienhechor el rey de Aragón, á quien por

saber se hallaba muy al tanto de las nuevas trazas de Pacheco, había prometido por la fe de caballero que nada haría sin el consentimiento de tan gran favorecedor. Olvidó asimismo la notoria y acostumbrada perversidad del Maestre, constante enemigo de la regia estirpe de los príncipes aragoneses, tenaz en perseguirlos hasta el exterminio y en procurarlos nuevos infortunios, y despreció los derechos hereditarios y la posesión de villas y cuantiosas rentas en Valencia y Cataluña concedidas por el ínclito Monarca, más en atención á la memoria de su queridísimo hermano, el difunto Maestre de Santiago, que á las procaces arrogancias de su hijo Enrique, del mismo nombre, pero de condición muy diferente.

Al propio valer del Maestre había debido el mal hijo que el benigno y dadivoso anciano le tratase, no como á tal, sino como á hombre de mérito, y que sin hacer alto en las maldades del sobrino, no pudiendo restituirle la ciudad de Segorbe, hostil al cobarde mancebo, le diese á Castellón de Ampurias para compensarle de la defección de su ciudad hereditaria. Todo lo olvidó, repito, el infortunado Enrique *Fortuna*, y á principios de Febrero de 1473 marchó con su imprudente madre á Requena, por creer hacedera la opresión de sus parientes los Príncipes en Castilla, y más aún, que el rey Luis de Francia se apoderase de la persona de su tío el rey D. Juan de Aragón, después de lo cual podría él ya poseer á sus anchas los reinos de Aragón y Valencia, contando como contaba para tal triunfo con el auxilio del suegro, enemigo constante de los antiguos poseedores. Ensoberbecido con tan vana

confianza, empleó ya un lenguaje insolente y alardeó de fuerzas sobradas para conseguir la victoria, declarando que preferiría ventilar la cuestión, si alguna había, con su primo D. Fernando, de una vez en singular combate que en batallas y luchas entre muchos. Renunciaba á exigir de su rival otra cosa que el asentimiento al desafío, y en tal caso le cedería liberalmente la ciudad de Toledo, la más noble entre las de España, puesto que, vencido ó muerto D. Fernando, no podría conservarla. Tal era el término que señalaba á tan innumerables contiendas, á fin de evitar á los reinos obedientes á su persona por los derechos del matrimonio las prolongadas desgracias, los tumultos y largas guerras con que su rival, como intruso y perverso, había permitido que fuesen vejados. En él, por el contrario, la compasión de la patria era instintiva y había de sacrificar la víctima por su mano y ofrecer á Dios la victoria que le otorgase con las súplicas enderezadas á la futura tranquilidad de los reinos.

Estas y otras arrogancias de Enrique Fortuna oía sonriendo el príncipe D. Fernando, con más prudencia de lo que á la edad juvenil corresponde, y como se le comunicaban las fanfarronadas del primo por relato de los oyentes y nunca por cartas, los miraba con malos ojos y no concedía valor alguno á sus vanas palabras. Sin embargo, pidió á su padre los emolumentos y rentas del culpable, á lo que no accedió el indulgentísimo anciano, creyendo bastante castigado al sobrino con el secuestro de las futuras.



CAPÍTULO VIII

Desastrada muerte de los hermanos del duque de Medina Sidonia.—Su cobarde apatía ante la cruel suerte de los dos jóvenes.

OCURRIERON en Andalucía por este tiempo terribles desgracias. Inició la serie la desdichada y lastimosa muerte de Pedro y Alfonso de Guzmán, hermanos de D. Enrique, duque de Medina Sidonia. Tuvo al segundo en una manceba el duque don Juan; pero Pedro, habido en Guiomar, hija única del excelente sujeto... (1), que en su testamento la había confiado á su protección, fué siempre su preferido, así por muchos deberes del afecto y por las obligaciones de encargo de tanta confianza, como porque Guiomar, dominada por duro tirano, vivió con gran honestidad después del nacimiento de Pedro. No le era tan querido otro Alfonso de Guzmán, procreado, así como Alvaro, en su mujer D.ª Isabel; pero amábale mucho Enrique, unido á él por estrecho lazo fraternal.

---

(1) En blanco el nombre en todos los mss.

Cuando empezó la guerra contra el marqués de Cádiz, el cobarde duque D. Enrique había escogido por auxiliares á los dos jóvenes Pedro y Alfonso, menos consagrados á los militares ejercicios de lo que las empresas guerreras exigían; pero así por los ejemplos de sus compañeros de armas como por el constante trato, tan ansiosos de la gloria de los combates, que los caballeros sevillanos militaban gustosos á sus órdenes. Esta preeminencia fué la causa de su desdicha, pues cierto Juan, sevillano, hombre advenedizo, agente del avaro Duque para sus reprobadas exacciones, había recriminado á su señor por haber gastado en aquellos días inútilmente grandes sumas en el diario estipendio de cien hombres de armas destinados con el título de guardas, y por consejo de los caballeros veteranos, á rechazar las repentinas embestidas de los de Alcalá de Guadaira. Porque era opinión unánime entre todos los expertos en la milicia que difícilmente podía evitarse la afrenta de diarios descalabros si con rápida acometida no se refrenaban las algaradas de los de Guadaira, cosa punto menos que imposible en tan grande y dilatada ciudad mientras no se consagrasen al efecto caballeros constantemente sobre las armas. Mas como esta idea tuvo buen éxito y los de Alcalá sufrieron algunas derrotas, ya no vió el Duque sino el gasto de las soldadas, y dejóse persuadir por el adulador Juan de la mayor utilidad que reportaría licenciar los cien hombres de armas y confiar su cometido á la pericia militar de sus hermanos, tan queridos de los caballeros y del pueblo, y á los que, fuera de aquellos cien hombres alistados con tan costo-

su estipendio, seguirían á toda obediencia 500 escogidísimos caballeros.

Agradó el consejo al avaro Duque, y anulado el contrato con los citados caballeros, empezó á seguir las falsas sugestiones del advenedizo inspirador, ordenando á los jóvenes diarias correrías, lisonjeándolos con alabanzas y estimulándolos á más arriesgadas incursiones. Con esto toda la ciudad les concedía su estimación, principalmente á Pedro, por su afabilidad y arrogante figura, pues Alfonso, hermano carnal del Duque, era bizco y de condición más adusta de lo que á la nobleza corresponde. En esta expedición, sin embargo, se le concedió igual honra, y con igual odio los feroces enemigos preparaban á uno y á otro celadas, porque, como los auxiliares del Marqués, los de Morón y Osuna, eran muy prácticos en este género de guerra por la que traían con los granadinos, que les obligaba así á saberlas armar como á evitarlas, resolvieron coger en una á los jóvenes, cada día más arrojados, y puestos en no dejar pasar ninguno sin molestarles con creciente energía. Con gran cautela reforzaron la guarnición de la villa y de la fortaleza, aumentando 30 ó 40 hombres de armas á los 70 de que próximamente constaba, á fin de que cuando los corredores sevillanos anunciasen la entrada de algún escuadrón en la villa, se juzgase exagerada la noticia, recordando el corto refuerzo, y quedasen engañados los enemigos, como sucedió.

Apenas dieron aviso los corredores de haber llegado tropas para reforzar los 100 caballos de la guarnición de Alcalá, y de que seguramente

al otro día intentarían algún golpe contra los ciudadanos ó contra los caminantes, empezaron los dos jóvenes desde la media noche á recorrer los arrabales de la ciudad para reunir silenciosamente un pelotón de jóvenes combatientes, no numeroso, pero sí selectísimo, y con ciento de los mejores se pusieron en marcha antes del alba. En cuanto lo supo el enérgico Pedro de Estúñiga, caminó en pos de ellos con 35 caballos, y se les reunió no lejos de Alcalá. Buscado rastro de los enemigos, y no hallándole, acordaron ir á Marchenilla, fortaleza de su aliado Alfonso de Velasco, á unas dos millas de Alcalá, como lugar seguro para tomar algún descanso y alimento antes de marchar hacia la villa á provocar á escaramuza á los contrarios. Nada de esto ignoraban ellos, y llamando la misma noche refuerzos de Carmona y de Ecija hasta el número de 400 caballos, aguardaron el desastre de los sevillanos de su loco arrojo, como sucedió. Ignorantes los nobles y valerosos jóvenes del ardid de los enemigos, restauraron algún tanto sus fuerzas y prosiguieron la comenzada empresa, que no detuvieron sus corredores, porque los de Sevilla andaban mezclados con los naturales de Alcalá, y con gran diligencia, vistos los refuerzos del enemigo, corrieron á avisar al cobarde Duque de lo que habían visto. El primero que al salir el sol el 6 de Marzo de 1473 anunció al Duque las celadas puestas por el enemigo, fué un pastor, que le conjuró en presencia mía y de Rodrigo de Ribera que si en algo tenía la vida de sus incautos hermanos y de los caballeros de Sevilla, sus compañeros de ar-

mas, no se detuviese un punto en ir en su socorro, pues aunque no los había encontrado en el camino, después de entrar en la ciudad había sabido que marchaban á dar en la celada. Al oirle Rodrigo, lleno de ira, le preguntó si sabía cuántos caballos llevaba el enemigo. Respondió el pastor que el día antes no pasaban en Alcalá de 70, que luego con los auxiliares habían llegado á 100, número que no le había llamado la atención; pero al ver acudir á media noche refuerzos hasta componer 400 ó más, la cosa le pareció bastante grave para no avisarla. Enfurecióse al punto Rodrigo y aconsejó al Duque que no dejase marchar sin castigo al falaz pastor, acaso espía de los enemigos. No había acabado de pronunciar estas insolentes palabras cuando llegó otro de los corredores con igual aviso, y fué recibido con las mismas injurias por Rodrigo. En su opinión, dijo al Duque, 150 caballos escogidos al mando de los dos hermanos y de Pedro de Estúñiga, sobraban para destrozar á los 400 ladrones. En lo demás, ningún caso debía hacerse de las fábulas de aquellos glotones. Por mi parte aconsejé en secreto al desidioso Duque que no despreciara los avisos de los corredores, y enviase á los suyos tropas de refresco, desatendiendo por entonces el artesonado que pintaban en aquellos días en los techos del nuevo edificio, cuya vanidad le tenía completamente embebecido, y consagrando su atención á más graves cuidados. Pero su carácter negligente y perezoso rechazaba todo serio empeño, y sólo se complacía en los fútiles.

Lo que después sucedió merece referirse por lo

terrible. Indudablemente el Duque hubiese podido socorrer á tiempo á sus desventurados hermanos; pero, como dije, descuidó lo que debía interesarle y prestó toda su atención á las pinturas de los artesonados. Ocurrió, pues, que el carpintero encargado de mudar el andamio dió un paso en falso y cayó exánime ante los ojos del Duque á la misma hora en que sus desdichados hermanos daban incautamente en la celada de los enemigos y perecían á sus manos, después de rotos los sevillanos, que no se habían apercibido del cauteloso refuerzo de los contrarios. Comprendieron éstos que volverían los vencidos en busca de oportunidad para alguna escaramuza, y en el punto más visible para los corredores apostaron en doble hilera á fin de resistir al enemigo, 150 caballos, número que ya por sí infundía sospecha, como que otros 250 con 500 peones, ocultos en los repliegues de una eminencia próxima, aguardaban el resultado del encuentro con los primeros. Fué tal como esperaban, porque los sevillanos, muy ajenos de recelar la estratagema, no enviaron delante descubierta á explorar, según la costumbre, desde los alcores laterales las celadas dispuestas junto á la villa á espaldas del escuadrón á la vista, y de frente y en órden de batalla todos los jinetes se pusieron en marcha hasta llegar á un tiro de piedra de los contrarios, casi iguales en número. Entonces rompieron á todo galope sobre ellos con tal furia, que la mayor parte de los de Alcalá cayeron por tierra, muchos atravesados por las lanzas sevillanas. Pero rotas casi todas en el encuentro, al punto acudieron los demás enemigos y

sembraron el espanto entre los de Sevilla, principalmente cuando se vió caer á Pedro de Guzmán arrojando gran cantidad de sangre por la boca, atravesada por el hierro de una lanza, y quedar prisionero su hermano Alfonso, despedido del caballo. Pedro de Estúñiga, que tenía el suyo lleno de heridas, montó en otro de uno de sus escuderos, y con algunos de sus amigos derrotados por aquel pelotón, se acogió á otros sevillanos que ya sólo atendían á salvar la vida con la fuga, porque los peones habían dado muerte á casi todos los caballos é iban apresando á muchos sevillanos, aunque sólo hubo que lamentar la pérdida de cinco muertos. Pedro de Guzmán, todavía con vida, fué arrastrado hasta la villa, donde uno de los enemigos le atravesó cruelmente el pecho con el puñal. Violando las leyes que amparan á los prisioneros de guerra, Alfonso, su hermano, ya reconocido por tener descubierta la cabeza, recibió cruel muerte, hendido el cráneo por la espada de un caballero de Marchena, según se cree, en venganza de la muerte de Luis de Pernia, ó sediento de sangre por satisfacer particulares odios. Hay quien asegura que Alfonso, llevado á la grupa del caballo de Hernán Arias de Saavedra, alcaide de la fortaleza de Alcalá, fué atravesado por espada, lo que éste afirmó indicando que iba muerto. Los cuerpos de los dos hermanos, despojados de sus ropas, fueron así expuestos en público, hasta que los cubrió con su manto Montes Doca, que después de la toma de Puente Horadada había quedado detenido entre los enemigos.

Otro hermano del Duque, Juan, habido en una manceba de más baja condición (1), acompañaba á sus hermanos aquel día, primero en que vestía armadura; pero como mancebo de pocos años, de débil constitución y no acostumbrado á la guerra, no tardó en ser hecho prisionero y llevado para el canje á la fortaleza de Marchena. Quedaron también prisioneros en aquel desgraciado encuentro y fuga de los sevillanos unos 50 de los más escogidos caballeros de Pedro de Estúñiga y de otros ciudadanos. Mucho mayor fué el número de muertos entre los de Alcalá, si bien la calidad de los dos hermanos del Duque hizo más considerable la pérdida mucho menor de los sevillanos. A la primera noticia del descalabro sufrido, todavía incierta y referida por testigo no presencial, el Duque se conmovió algún tanto, y excitado por la agitación del pueblo, montó á caballo. Tocan alarma las campanas; de toda la ciudad va reuniéndose gente armada, y al punto vuelan los caballeros á la extensa llanura por el camino de Alcalá. Por consejo de los veteranos forman haz ordenada unos 400 caballos y gran

---

(1) Barrantes (*Casa de Niebla*) dice que el duque don Juan tuvo en doña Urraca de Guzmán, hija de D. Alonso, Señor de Lepe, al único hijo que cita con el nombre de *Juan*, añadiendo que casó con la hija de D. Alonso de Cárdenas, Maestre de Santiago; (pág. 219, t. X, *Memorial histórico*), pero luego, en la pág. 240 dice lo mismo del otro hijo del Duque, llamado D. Pedro *el del Lunar*, sin hijos, según Barrantes, que es el muerto en este encuentro. Si no hay confusión, es preciso suponer que casaron los dos hermanos con dos hermanas, hijas del Maestre.

número de peones aumentados con los que escaparon de manos del enemigo. Después de la tarde, al llegar nueva más cierta de la muerte de los dos hermanos, toda la ciudad se entregó al llanto y entre míseros lamentos y públicas demostraciones de dolor, los cuerpos de los jóvenes pasaron el Guadalquivir en una barca y metidos en los atahudes, quedaron depositados en el monasterio de San Isidoro.

No se les tributaron honores fúnebres, por la torpe desidia é inhumanidad del Duque, ocupado ya al día siguiente en dar prisa á las pinturas de los artesonados, y porque, obedeciendo, según se cree, á instigaciones de su innata y horrible avaricia, prefirió el ahorro en los gastos á lo que la desdicha de sus hermanos exigía (1). Mayor dolor produjo en su indolente ánimo el gran trastorno con que amenazaba el futuro matrimonio de la hija de D. Alonso de Cárdenas, viuda de D. Pedro de Guzmán, con un caballero acaso de los enemigos (2).

---

(1) Sin embargo, Barrantes le llama D. Juan de Guzmán *el Bueno*.

(2) D. Pedro Portocarrero, según Barrantes.



CAPÍTULO IX

Grave descalabro de los cordobeses.—Prodigio.

Como triunfo propio consideró la rota de los sevillanos el maestre de Santiago, á quien nadie superaba en el arte de maquinar sediciones y tumultos, y que hallaba indecible placer en excitar los ánimos á la discordia. De día en día iban creciendo tan perversos instintos porque irritaba su tiránica naturaleza el ver la inclinación de los pueblos en favor de los Príncipes, único punto de conformidad entre conversos y cristianos viejos, discordes en todas las demás cuestiones de estos reinos. Meditaba por tanto, el angustiado Pacheco cómo introduciría nuevas discordias en los pueblos, principalmente entre los sevillanos, objeto preferente de su encono por no haber logrado jamás ocupar á Sevilla, cuando á las demás ciudades había conseguido imponer en cierto modo su dominio. Parecióle camino más facil para causar á los aborrecidos sevillanos daños más terribles si se valía de los trastornos de sus vecinos los cordobeses, y al efecto cautelosamente dióse á investigar medios de atizar los rencores para ruina general. Ofrecíanle mayor seguridad los odios de los cristianos viejos hacia

os conversos, extraordinariamente enriquecidos por raras artes, y luego ensoberbecidos y aspirando con insolente arrogancia á disponer de los cargos públicos, después que por dinero y fuera de toda regla habían logrado la orden de caballería hombres de baja extracción, acostumbrados á los más viles menesteres, lanzándose á suscitar revueltas y bandos los que antes jamás se atrevían al más insignificante movimiento de libertad. Establecida luego cierta reciprocidad de servicios entre ellos y D. Alonso de Aguilar, á quien suministraban recursos en las urgencias de gastos extraordinarios y grandes salarios de las tropas, habían alistado con su favor 300 caballos bien armados; y arrojándose á mayor osadía, no se recataban de emplear á su talante ceremonias judaicas en mengua del rito católico, alardeando de públicas profanaciones de cosas que muchos se esforzaban antes por ejecutar en secreto. Al Obispo que trataba de poner coto á los escándalos de los conversos tachábanle de faccioso y malévolo; suponíasele más inclinado á la avaricia que á la religión, y se decía que sin acordarse de su propia liviandad y nefanda corrupción, se daba á maquinar dañosas enemistades. Bastante fundamento daba en su ancianidad para tales acusaciones el obispo D. Pedro (1), varón de esclarecido linaje, porque si bien antes de obtener aquella dignidad había gozado mayor

(1) Es el obispo de Córdoba y Cardenal de Sant Angelo, D. Pedro de Córdoba y Solier, electo desde 12 de Diciembre de 1464 y muerto después del 19 de Agosto de 1476. (*Gams.*)

fama, luego, con el aumento de los honores, su vida y costumbres empezaron á degenerar en la vejez. Era notoria su vanidad, y con frecuencia obraba sin juicio, perdiendo en estimación á los ojos de los nobles cuanto ganaba en favor para con los cristianos viejos. Y como el aura popular no tarda en desvanecerse después de un repentino entusiasmo, fué excesiva la confianza del Obispo en el pueblo para lanzarse á mayores insolencias, así que al primer fracaso, después de cometidas algunas, se vió abandonado y le hostigaron de tal modo sus adversarios, que D. Alonso de Aguilar le declaró merecedor de ser indignamente expulsado con daño de algunos de sus parciales. Con ello creció el desenfreno de los conversos; su licencia dió pábulo á la envidia y alentó los propósitos de futura venganza; todo produjo numerosas conjuraciones y encubierta pugna. Hasta tal punto ardían los enconos de los dos bandos, que el Maestre halló abundante semillero de discordias, y empleó astutamente á algunos caballeros cordobeses á devoción de su sobrino Rodrigo Girón, maestre de Calatrava, para echar leña seca al fuego. Por su parte, los cristianos viejos, movidos por cierto aparente celo religioso, fundaron una devota cofradía bajo la advocación de la Caridad, y tal fué el fervor del pueblo, que en pocos días el número de cofrades llegó á ser numeroso; celebrábanse procesiones semanales por las iglesias, y los ricos distribuían liberalmente limosnas entre los necesitados.

Entre otros cordobeses poseídos de este fervor religioso, hacíase notar cierto herrero muy hospi-

talario con pobres y peregrinos. Su caridad le había granjeado el cariño de la muchedumbre, y por su arrebatada vehemencia contra los conversos había adquirido singular autoridad entre sus cofrades. Lo que él alababa se tenía por lo más digno de alabanza; lo que censuraba era lo más vituperable.

Un hecho casual, considerado como deliberada injuria contra los cristianos viejos, vino á favorecer el tumulto. Marchaban éstos en numerosa procesión, cuando á una muchacha conversa se le ocurrió echar agua por la ventana sobre el palio que cubría la imagen de la sacratísima Virgen. Al punto el herrero gritó desaforadamente que eran orines arrojados en escarnio de la santa religión. Suscitaron estas palabras grandes rumores en el pueblo; pero llegaron á su colmo cuando el herrero, con estentóreas voces, les arengó diciendo: «Condoleos, honrados ciudadanos, del manifiesto escarnio que estos aborrecidos herejes se atreven á hacer de la santa religión, sin temor alguno al castigo de sus crímenes. Vamos á vengarla en esos réprobos enemigos de la fe y de la caridad.» Excitada con estas y otras palabras del herrero la muchedumbre se dirigía tumultuosamente á incendiar las casas de los conversos, cuando se interpuso un caballero cordobés, por nombre Torreblanca, muy estimado de los dos bandos y muy querido del alcaide de los Donceles, Martín Fernández de Córdoba, pero especialmente honrado entre los cristianos viejos por su humanidad y por la pureza de sus costumbres. Con la confianza que le daba el favor del pueblo, intentó

detener á la multitud que corría en pos del herrero, y disuadirla de su propósito con ruegos y consejos; pero, contra lo que creía, arrolláronle el herrero ó sus enfurecidos compañeros. Al verle caer herido, acuden á socorrerle sus amigos; trábase feroz lucha, pronto extendida por toda la ciudad; el herrero con los suyos se refugia en la iglesia de San Francisco y crece repentinamente el tumulto con la acelerada venida de D. Alonso de Aguilar, en el colmo de la ira, no sólo por ver herido á Torreblanca, sino por su decidida inclinación á los conversos. Merced á un engaño consigue que el herrero salga de la iglesia para conferenciar con él, é instantáneamente le atraviesa con su lanza. Llévanle casi exánime á su casa y cunden por toda la ciudad encontradas pasiones. Los conversos, tímidos por carácter y por la conciencia de sus maldades, preparan defensas en sus barrios más populosos; se arman, y esconden los tesoros las más veces por malas artes acumulados. La plebe de los cristianos viejos, enfurecida contra los conversos, corre á casa del herrero moribundo, y algunos de los más exaltados, contando con la credulidad del vulgo, comienzan á vocear que ha resucitado y que excita á los circunstantes á vengar su injusta muerte y con ello los ultrajes cometidos contra la sacrosanta religión por hombres malvados. La noticia enciende en ira los ánimos y por la ciudad se lanzan todos como furias al ataque de las casas y al desenfrenado saqueo. El de Aguilar, confiado en su gran autoridad, y creyendo atajar fácilmente los peligros del alboroto, vuela, á la cabeza de un

escuadrón de caballos, á la casa del herrero, seguro de que su sola presencia bastará para aterrar á las confusas turbas; pero mientras cobraba ánimos con la falsa confianza, cierto caballero cordobés, Pedro de Aguayo, hombre faccioso y amigo de los curtidores conversos, tuvo cuidado de reunir á la multitud de los vecinos en previsión del futuro ataque de los enemigos. Con esto creció la rabia de los contrarios, pues á los antiguos rencores se añadía ahora el ansia del saqueo. Trabóse al punto en aquel barrio encarnizada pelea, y no respetó la plebe á D. Alfonso, antes arrojó contra él tal lluvia de piedras, lanzas, dardos y saetas, que sólo pudo librar con vida refugiándose á escape en la fortaleza.

Iba ya reuniéndose por todas partes en la ciudad concurso de gente armada y de rústicos labradores que por aquellos días acudían á Córdoba á cobrar sus jornales. A éstos se juntaban los aldeanos de las cercanías, atraídos por la noticia rápidamente propagada de la revuelta y del saqueo que se preparaba. Cuando, en los comienzos de ella, penetró Alfonso de Aguilar las malas disposiciones de la multitud, aconsejó á sus más íntimos entre los conversos que estuviesen muy sobre sí y escondiesen sus riquezas en el recinto de la antigua fortaleza, reparo más seguro para la defensa. Dóciles al consejo, allí amontonaron sus más ricos bienes y allí se refugiaron muchos de los más opulentos. La restante multitud, atajada por la furiosa plebe en sus barrios mejor protegidos, á duras penas pudo resistir en las encrucijadas de las calles defendidas por viejos

murallones. Ante tales obstáculos comenzó á cejar la resolución de muchos que al principio del levantamiento se habían declarado en favor de los conversos. El de Aguilar, bien forzado, bien porque atendiese más á la rapiña que á la defensa, empezó, en unión con su hermano Gonzalo Fernández, á cambiar sus sentimientos en pro del airado populacho. Nadie entre los cristianos viejos favorecía ya á los conversos, antes; corrían al incendio de las casas, al robo de alhajas y al saqueo general. Violaban doncellas y despojaban cruelmente á las matronas ó las hacían sufrir horrible muerte. A cierta hermosísima joven, ya despojada de todos sus vestidos, excepto de la rica camisa, según costumbre de las desposadas enriquecida con preciosos encajes, uno de aquéllos, para quitársela más pronto, la rasgó de alto abajo con su espada, abriendo el pecho y el vientre á la joven, que expiró inmediatamente. Dícese que hubo quien violó los cadáveres de las doncellas; muchos ancianos fueron degollados; no se omitió género alguno de crueldad en aquel nefasto día 16 de Marzo de 1473, el décimosexto desde que empezó el tumulto, pues aunque los ciudadanos estuvieron dos días con las armas en la mano, al tercero comenzó el saqueo, y el incendio consumió gran número de casas. Los conversos que lograron escapar de la ciudad vagaban con sus familias por los campos, lanzando lastimeros ayes, sin poder hallar senda segura, pues cuando agrupados en tímido pelotón emprendían alguna, pronto caían en manos de los campesinos, que les despojaban de cuanto habían podido salvar.

Sus ganados y animales domésticos fueron asimismo robados, y á voz de pregón se declaró á todo converso inhabilitado para los cargos públicos. La mayor parte buscó refugio en el pueblo de Palma, confiados en la reconocida humanidad del nobilísimo joven D. Luis Portocarrero, de cuya bondad tenían los principales hartas pruebas.

Después de la fuga de la miserable muchedumbre y del decreto de expulsión, se empezó á extraer el oro, plata y objetos preciosos escondidos en los pozos y cuevas de sus moradas. D. Alfonso de Aguilar, que había perdido mucha de su gente, se afanaba por recoger cuantos despojos podía, á fin de indemnizarse con ellos del espontáneo favor prestado gratuitamente durante largo tiempo á sus poseedores. No se portó mejor su hermano Gonzálo Fernández de Aguilar, más acepto á la plebe cuanta más crueldad y perfidia demostraba. Ambos buscaban en la rapiña la reconciliación con el desenfrenado populacho. El ejemplo de tales excesos cundió rápidamente por las villas y lugares circunvecinos, y en Montoro, Adamuz, Bujalance, La Rambla y Santaella se cometieron iguales atrocidades contra los conversos. Lo mismo hubiera acontecido en la noble ciudad de Baeza si el Conde de Cabra no hubiese amparado á los infelices conversos con el castigo de los malvados.

La noticia del desastre de Córdoba infundió gran terror en los sevillanos, principalmente porque, sobre los innumerables riesgos que habían de precaver, les constaban las astutas artes con que la inquina de Pacheco trabajaba por introducir allí la sedición y apoderarse violentamente de

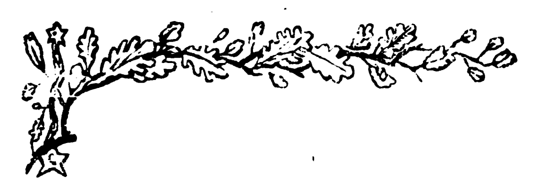
aquella ciudad que no había podido ocupar por los medios más inicuos. Pero nobleza y pueblo de consuno se esforzaron por destruir cuanto podía perjudicarles, ahogando todos los gérmenes de futuros males. Jerez y Ecija se libraron del desastre que temían por intervención del marqués de Cádiz y de D. Fadrique Manrique. En Almodóvar, cabeza del campo de Calatrava, perecieron algunos conversos á manos de los campesinos; pero por orden del Maestre de Calatrava D. Rodrigo Girón, pagaron en la horca su crimen. Donde no se procedía con tanto rigor, la plebe violenta amenazaba con el exterminio.

Un prodigio acaecido poco antes había extendido entre los conversos la creencia de que estaba próxima la venida de su falaz Mesías. Eran la mayor parte andaluces, muy dados á estas imaginaciones, y como les llegó la noticia de que en las costas de Portugal, cerca de Setubal, había perecido una descomunal ballena en persecución de una nave, se figuraron que aquel cetáceo era el llamado Leviatán, anunciado por sus profetas, y por tanto, que no podía tardar su Mesías.

Poseídos de insolente regocijo, se habían afanado por procurarse trozos de la ballena y habían destinado á sus criados á este ministerio. Muy diferente fué, sin embargo, de la que esperaban la suerte de los míseros cordobeses, como dije, y la de otros muchos conversos de Andalucía, cual se dirá luego. Y como no me parece ajena de este lugar, daré una breve noticia de aquel prodigio. Vieron en alta mar unos marineros portugueses la inmensa mole de la ballena, y, temiendo su

acometida, tendieron las velas de la nave y, á favor de un viento próspero, hicieron rumbo hacia la costa. Pero el monstruo les perseguía con igual velocidad: tocó la nave en la orilla, y quedó varada en un fondo inferior á la altura de tres hombres; igual sucedió á la ballena en doble profundidad, aunque insuficiente para sus movimientos. Entonces pudieron los del país dar muerte al tremendo cetáceo, que medía 200 pasos de largo por 100 de ancho; llegaban á 300 las aletas que á uno y otro lado le servían á modo de remos, y que, según pude observar por algunos pequeños fragmentos, eran vellosas y de color amarillento; 16 palmos se contaban de uno á otro ojo, y la pupila de cada uno era mayor que el aro de una criba. Correspondían á estas dimensiones las de los demás miembros. Con su grasa se llenaron muchos toneles.

Así pereció el descomunal cetáceo, frustrando las esperanzas de inmensas riquezas que á los conversos cordobeses había hecho concebir su presencia en los mares de la Península.



CAPÍTULO X

Muerte del Condestable Miguel Lucas.—Presa realizada por muchos ciudadanos de Jaén.

El ejemplo del despojo realizado en Córdoba traía muy excitados los ánimos de los de Jaén, ansiosos de lanzarse al saqueo, y sólo contenidos por la energía del condestable Miguel Lucas que, merced á largos años de mando y á la extremada habilidad en su ejercicio, tenía á raya al pueblo de Jaén, reconocido entre todos los de España desde siglos como el más rebelde á la obediencia de las autoridades por su peculiar arrogancia. Ella es tal que se descubre en muchas de sus acciones y de sus movimientos y hasta en la manera de ceñirse la cabeza. Así cuando á alguno de esta ciudad que viaja por lejanos pueblos le preguntan por su tierra, responde con mal modo: «¿No has conocido que soy de Jaén por la manera de cubrirme la cabeza?»

Había el Condestable, como dije, refrenado hasta entonces con mano fuerte esta necedad y otras muchas arrogancias parecidas, mas quiso su desgracia que al intentar en aquellos días apostarse con 500 caballos y unos 8.000 peones en el paso

del castillo, vulgarmente llamado Guardia, para sorprender á los moros granadinos que con su rey Muley Albuhacem corrían los campos de Ubeda y Baeza, llevándolo todo á sangre y fuego, quedase patente su cobardía ante sus vasallos de Jaén. Porque al regresar con el despojo]2.000 jinetes moros, seguidos de unos 15.000 infantes, é intentar forzar el paso los 500 de la vanguardia, cejó ante ellos, acometido del miedo, cuando con poca gente hubiera podido estorbársele, mucho más con la numerosa de que disponía, tenida en poco por los granadinos al ver á su caudillo vacilante y despavorido. Entonces, desechando su primer terror y desaliento, se lanzaron animosos á forzar el paso, porque, experimentados en las artes de la guerra, percibieron claramente todos los indicios de la impericia y pusilanimidad del Condestable y vieron á su ejército falto de un general entendido. Convirtieron los de Jaén esta vergüenza en desprecio de su caudillo, y bien pronto empezaron con más audacia que de costumbre á urdir trastornos, perdido ya el acatamiento de los antiguos días. El 22 de Marzo aprovecharon la ocasión de una conjura contra el incauto Condestable, para lanzarse al saqueo de los bienes de los conversos. A lo que se cree, comenzada ya la conjuración por algunos ciudadanos, Gonzalo Mejía, noble sujeto antes implicado en las facciones de Jaén, á la sazón alguacil, ocupó, con auxilio de algunos cómplices, ciertas torres de la ciudad para defensa propia. Ante tamaña osadía encendióse en ira Miguel Lucas, é inmediatamente mandó remediar el atropello. Reunióse gran multitud y se trabó pelea,

que el Condestable juzgó mucho más ligera de lo que demostraron las consecuencias. En ella murió..... (1) de Quesada, su pariente, y ya el pueblo creyó que en adelante nadie podría oponerse á su voluntad, conocida la creciente incapacidad de Miguel Lucas para resistirles con las armas. Al punto, como envalentonados con la reciente muerte del capitán, sus enemigos discurrieron nuevo desmán para librarse más pronto de aquella servidumbre á duras penas tolerada contra su ingénita arrogancia, que todo vuelve fácilmente á su natural primitivo. Comenzaron á recorrer las calles varios ciudadanos armados y multitud de populares, y cual si esperasen órdenes del Condestable, fuéronse aproximando á la iglesia en que acostumbraba á oir la misa mayor. Al arrodillarse, uno de los conjurados que junto á él se hallaba le descargó sobre la sien un golpe con la ballesta de hierro, y en seguida muchos de los presentes con espadas y lanzas le acribillaron de tal modo, que apenas ofrecía aspecto de figura humana. Entretanto la multitud se entregaba al saqueo de las casas y á la matanza de los conversos.

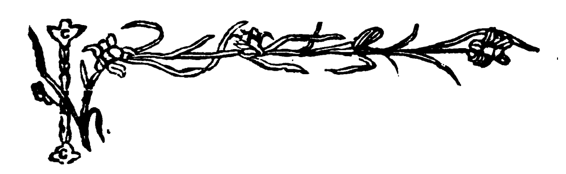
A las primeras noticias del horrendo crimen, la noble esposa del Condestable, D.ª Teresa de Torres, temiendo igual suerte, se acogió á la fortaleza con sus hijos y con los hermanos del desdichado marido. Inmediatamente surgió terrible tumulto, y las guarniciones de ambos castillos empezaron con los ciudadanos un combate en

(1) El nombre en blanco.

que diariamente perecían muchos del pueblo. Al estallar la conjura, los de Jaén, no satisfechos con el asesinato de su caudillo, corrieron á la aldea próxima, se apoderaron de la fortaleza llamada Torre del Campo y pasaron á cuchillo á la guarnición con su alcaide Juan de Marruecos, su mujer, hijos y criadas. ¡Tanta era su rabiosa sed de sangre! Mas como acudiese al socorro el maestre de Calatrava D. Rodrigo Girón por respetos de su tio Pacheco, maestre de Santiago, siempre hostil al difunto Condestable, los de Jaén empezaron á temer la tiranía y encomendaron la defensa de la república á varios nobles, vueltos á la ciudad después de largo destierro á la muerte de Miguel Lucas. Poco aprovechó el remedio contra las guarniciones de las dos fortalezas, pues los ciudadanos sufrían continuo daño y ya se dolían amargamente del perjudicial cambio. Al cabo la dura necesidad les obligó á resolver el conflicto, admitiendo al gobierno de la ciudad á dos hermanos del Condestable, Nicolás Lucas, comendador de Montizón, y Fernando, comendador de Oreja, por consentimiento de la viuda, que había concertado alianza con D. Enrique, duque de Medina-Sidonia, y permitido á los alcaides y comendadores que aceptasen su estipendio con otros nobles de Jaén, á fin de que las fortalezas de su territorio no fuesen tomadas por los enemigos, secuaces de Pacheco, y sí defendidas por las guarniciones á devoción de aquella señora. Empezó el conde de Cabra á combatir el castillo de Locubín; pero cuando ya á todos los andaluces fué manifiesto el reciente favor de la Condesa y

el arrepentimiento de los de Jaén, afirmáronse las guarniciones en las fortalezas y fueron vanos los intentos del Maestre para ocuparlas. Después, la Condesa viuda procuró atraerse mayor favor del Duque, concertando el matrimonio de su hijo Luis de Torres con la hija de aquél, habida en la noble D.ª María Portocarrero, su concubina. La muerte de la doncella frustró el intentado parentesco, pero no disminuyó las esperanzas de auxilio, porque luego pretendió lo mismo el conde de Cabra, cuyo favor parecía tanto más oportuno cuanto que, á causa de la proximidad de sus Estados, podía más fácilmente acudir en socorro de los de Jaén y de la Condesa.

Dió el Rey la Condestablía á D. Pedro de Velasco, conde de Haro, y la dignidad de Canciller al prelado seguntino.



LIBRO VIII

CAPÍTULO PRIMERO

Rebelión de Segovia contra el Maestre Pacheco.

El resultado tan conforme con los deseos del Maestre de Santiago así de los tumultos de Córdoba como de la muerte de Miguel Lucas, enemigo suyo mientras vivió, le hicieron creer que por los mismos procedimientos lograría apoderarse del alcázar de Segovia. Era su alcaide Andrés de Cabrera, marido de D.ª Beatriz de Bobadilla, hombre advenedizo (1), aunque enriquecido por antiguo favor del rey D. Enrique y aparentemente también estimado por el Maestre con el fin de contar en circunstancias críticas ó contrarias con un palaciego á su devoción que por su intimidad con el cobarde Monarca pudiese continuar prestándole los servicios de otros tiempos. Pero á todo se sobrepuso el tiránico anhelo

(1) En el ms. G-29 están cuidadosamente tachadas las palabras *novus*, *sed*. en la frase: (homo novus, sed veteri benivolentia Henrici Regis locupletatus, etc.)
Y lo mismo hicieron después con la palabra *neophitus* aplicada por Palencia al mismo sujeto.

de la ocupación de la fortaleza segoviana, ahora estimulado por la divulgada fama de la sedición por todas partes extendida por él en daño de los conversos.

Como á uno de ellos, los de Segovia reconocían en todo por jefe á Andrés, y aprovechando el temor y la envidia que agitaba respectivamente los ánimos de cada bando, empezó el Maestre á valerse de tales odios en daño suyo, deslizando en los oídos de algunos caballeros segovianos estos astutos y emponzoñados argumentos: Que parecía intolerable la conducta de los conversos, siempre empeñados en la opresión común de los demás ciudadanos; apoderados descaradamente de todos los cargos públicos y ejerciéndolos con extremada injuria y oprobio de la nobleza cargada de méritos, y con grave daño de la república. Tampoco se recataban para combatir la religión cristiana, y en secreto tramaban infames conjuras, como nación aparte que en ningún territorio aceptaba consorcio con los cristianos viejos, antes, cual pueblo de ideas completamente opuestas, favorecía á las claras y con la mayor osadía cuanto les era contrario, como demostraban las semillas de amarguísimos frutos extendidos por tantas ciudades del reino.

Al fin era durísimo para los segovianos, añadía, que hombres advenedizos, antes ocupados en viles menesteres y alejados de todo cargo honroso, disfrutasen los honores y á su capricho dictasen órdenes, todas en perjuicio de la antigua nobleza.

Estos y otros semejantes razonamientos secreta y arteramente proferidos por el Maestre, hicieron

bastante mella en gran parte de los caballeros para que, acumulándose á las antiguas envidias el odio reciente, se diesen á maquinar el exterminio del bando enemigo, é impulsados por el reciente ejemplo del tumulto de Córdoba, excitaran á la sedición en aquel mismo mes á muchas poblaciones. Por su parte, los conversos, compadecidos de las desgracias de sus correligionarios, prestaban atento oído á cuanto maquinaba el Maestre y propalaban entre aquellos de los cristianos viejos que tenían por más afectos, que claramente se descubrían los intentos del Marqués, amigo en la apariencia de la religión cristiana sólo á fin de hallar ocasión para extender su tiranía. Recientemente la había buscado asimismo en los tumultos de sus cómplices populares, después de emplear todo género de intrigas y maldades para la ruina del reino. Y aunque con perversa intención habia tratado de suscitar contra los conversos de Córdoba y de otras partes de Andalucía la nota infamante, disfrazada con el aspecto de la religión, de haber violado la fe religiosa, en ninguna manera podía persuadírselo á los cristianos viejos de Segovia, á quienes eran notorias las diferencias de hábitos que en España existían entre los conversos, aunque iguales en nombre. Así los de Burgos eran considerados como muy observantes de la religion cristiana, y de entre ellos habían salido prelados tan distinguidos por la pureza de sus costumbres como el obispo D. Pablo de Santa María, su hijo Alfonso y otros de su estirpe, virtuosos varones, á cuyo ejemplo la mayor parte de los conversos de España seguían

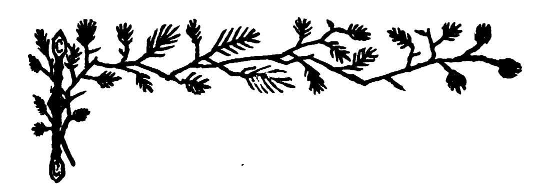
el camino del bien, sin que pudiese hallarse nota de infamia en los de muchas diócesis, especialmente en las de Calahorra, Osma, Salamanca, Palencia, León, Zamora, Avila, Segovia, Cuenca y Sigüenza. Y si por caso en la de Toledo los conversos aparecían reos de crimenes, más graves aún en Córdoba, Sevilla y Jaén, é igualmente se acusaba de otros á muchos de la diócesis de Badajoz en la frontera de Portugal, ¿por qué hacer recaer aquella nota de infamia sobre los de Segovia ú otros cualesquiera inocentes, observantes del catolicismo? Lo preciso era pues, concluían, precaverse contra las artes del Maestre dirigidas á la ocupación del alcázar y al ansiado dominio de ciudad tan fortificada, tan opulenta y tan á propósito para extender desde allí su tiranía, pues una vez señor de ella, el artero Marqués impondría el yugo de la servidumbre á todos los moradores.

Estas razones impulsaron á muchos caballeros segovianos y á los populares á prepararse á resistir los intentos del Maestre encaminados á la ruina de la ciudad, para lo que se valía del faccioso Diego de Tapia y de otros caballeros obligados á él por anteriores dádivas ó por estipendio.

No tardó en estallar el tumulto entre los dos bandos en armas; pero contra lo que esperaba Pacheco, á la sazón en el monasterio del Parral, el mayor número con los conversos empezó á pelear contra Diego. En la furia del combate cayó sin vida este caudillo de los ganados por el protervo Maestre, y al punto la voz común del pueblo excitó á todos á la muerte del tirano, que logró evitar huyendo á Escalona. Luego perma-

neció largo tiempo con el Rey en Madrid, de cuyo alcázar se había apoderado tiránicamente con el fin ulterior de ocupar á Toledo. Sus moradores se inclinaban ya á este ya al otro partido, y en aquellos días habían puesto al frente del gobierno de la ciudad á dos imprudentes eclesiásticos, Juan de Morales, deán de Sevilla, y Francisco de Palencia, prior de Aroche, los cuales, si bien en otras muchas cosas aparecieron indignos de su cargo, no se mostraron negligentes en rechazar las maquinaciones del Maestre.





CAPÍTULO II

Descúbrese el pérfido y procaz engaño empleado por el Maestre con Enrique Fortuna.—Los conversos de Córdoba buscan refugio en Gibraltar.

DESASOSEGADO Pacheco por no poder hacer frente á tantos empeños si no tramaba nuevas y más eficaces intrigas, y si pronto no negociaba el matrimonio de la supuesta hija de D. Enrique con el rey de Portugal, fué poco á poco cejando en sus primeros engaños. Después que para pasar el tiempo en supuestos tratos hizo ir á Enrique Fortuna desde Requena al castillo de Garci Muñoz y de aquí á Madrid, y cuando ya conoció que á todo el mundo era notoria la burla del supuesto matrimonio, hizo que socorriesen al indigente joven con algunas cantidades en oro y plata. El Rey, instigado por Pacheco, había fingido hasta entonces voluntad de aceptarle por yerno; mas en cuanto al Maestre le pareció que debía entablarse ya otra negociación, fácilmente abandonó al imprudente Fortuna. Enviado á su deudo el conde de Benavente, pasaba á su lado vida harto oscura y abyecta en compañía de la madre, ya

desengañada y arrepentida de su ligereza. Mientras madre é hijo pagaban la pena de su imprudencia, el Maestre se valía de astutos agentes para seducir al rey Alfonso, de antiguo esclavo de la sensualidad y víctima de la incurable dolencia, del ansia insaciable de placeres. Mas antes de que se descubriese el secreto que maquinaba, el Monarca lusitano resolvió reunir grandes riquezas con pretexto de la guerra en Marruecos, mientras el Maestre, iniciado en el plan, se consagraba á debilitar las fuerzas de los castellanos. Conocía muy bien la oposición general de éstos á este matrimonio y la dificultad de vencerla por otros caminos que los de subyugar á los populares é introducir la sedición entre ellos, pues muchos Grandes habían caído ya en sus astutas redes; á los pueblos de Andalucía, principal blanco de sus iras, habíalos aterrado con las presas ó con el temor de ellas, y al duque de Medina Sidonia, D. Enrique, por más inclinado á los Príncipes, le había metido en larga guerra con el marqués de Cádiz.

Convencidos de las perversas intenciones de este hombre maléfico, universalmente perniciosas, los conversos de Córdoba que en gran número habían acudido á Sevilla y sondeado las disposiciones de ánimo del Duque, resolvieron avecindarse en Gibraltar. Patrocinaba la idea Pedro de Córdoba, por sobrenombre de Herrera, conocido apellido de varios nobles españoles. Habíale profesado gran afecto D. Alonso de Aguilar por sus recomendables prendas; dignidad en el semblante, encanto en la conversación y afabilidad en el trato,

de modo que en los trances difíciles su intervención era para el de Aguilar garantía de acierto. Pero en esta ocasión, decidido á consentir en la pérdida total de los conversos cordobeses, no tuvo en nada tan singulares dotes, y aunque en anteriores días parecía profesar gran afecto á dos ó tres de aquéllos, en el fragor de estas extremas turbulencias, ya fuese por necesidad, ya por maldad, á todos por igual rechazó y abandonó á Pedro en manos de algunos de sus caballeros que le despojaron de las armas y colmándole de ultrajes le arrojaron ignominiosamente. Por tales afrentas, y para indicar con ello, como es costumbre en los varones españoles, el hondo pesar que le afligía, dejó crecer su venerable barba, ya canosa. Agravaba su dolor la indignación que le produjo la preferencia dada por D. Alonso de Aguilar á un solo converso, Alfonso del Castillo, hombre de costumbres depravadas y consagrado á los más infames manejos, hasta encomendarle la tenencia del fortísimo castillo de Hornachuelos, al paso que despreciaba á los demás que por su honradez y no por sus malas artes habían conseguido su amistad, manifestando con tal conducta su conformidad con los inícuos. Marchó primero Pedro con su mujer é hijos á Palma, donde residía mayor número de conversos, y desde allí á Sevilla, á sondear el ánimo del Duque, y ver si lo que antes había negado lo concedía ahora, vencido por la avaricia más que por la compasión de los nuevos cristianos. Ya antes, cuando Pedro vivía en Córdoba en el auge del favor y de la fortuna, había sido mediador entre el Duque y los

conversos cordobeses, y casi había recabado su consentimiento bajo ciertos pactos para que fuesen á vivir á Gibraltar, siempre que se diese al negociador Pedro la tenencia de la fortaleza; pero cuando más tarde se entablaron las últimas negociaciones, el Duque se opuso, á lo que se cree, por los ofrecimientos más ventajosos de aquéllos. Al cabo en los segundos pactos con Pedro, cuando ya el triste destierro se convirtió en urgente necesidad y sólo se trataba de salvar las vidas, ante ofertas de considerable ganancia, el Duque, contra el parecer de sus amigos, empezó á condescender con lo que se le pedía. Aconsejábanle éstos la negativa alegando la ineptitud de los cristianos nuevos para la seguridad de tan gran población, y la necesidad de que los que en ella quisiesen habitar decorosamente fuesen aptos para expediciones terrestres y marítimas, indispensables para defender ciudad tan expuesta á los riesgos de la guerra. Añadían que serían inútiles para guarnecerla aquellos hombres flojos, acostumbrados á la molicie y por lo común dedicados á oficios tan bajos como el de zapateros ó al de prestamistas, cuando menos indignos. Además los conversos andaluces eran tenidos con razón por infames, porque entregados á sus ritos judaicos, rara vez seguían lealmente la religión católica, lo cual había sido causa de las principales desgracias. Ni cabía esperar cambio favorable si llegaban á morar en ciudad tan fortificada, porque separados de los cristianos viejos, se entregarían á la más depravada disolución que les hace considerar lícito cuanto apetecen. No quedaría, por tanto, decían, exento de cul-

pa el que diese ocasión para semejante licencia.

Ni estas ni otras análogas razones de los más ancianos hicieron mella alguna en el ánimo del Duque, ya sólo movido por el futuro lucro; y entonces Pedro descubrió á sus correligionarios los pactos iniciados. Acudieron en consecuencia muchos á Sevilla en busca de mayor seguridad hasta que se ultimasen los tratos; pero engañáronse completamente, porque el pueblo sevillano comenzó á protestar airado, y muchos cristianos viejos diéronse á maquinar, con voz de religión, algo parecido á los crímenes de Córdoba, murmurando que recibían mancilla con la hospitalidad dada á los herejes, los cuales en aquel tiempo de gran esterilidad y de tan gran escasez de mantenimientos, venían á reunirse con los conversos de Sevilla y á consumir no escasa parte de los carísimos cereales. Para acallar estas murmuraciones creyó prudente el Duque que regresasen á Palma los que de allí hubiesen venido. A la vuelta, no lejos de la ciudad, sesenta de ellos cayeron en manos de los campesinos, que los despojaron de sus vestidos, los azotaron y los dieron cruel muerte. Uno solo que poseído de pavor corrió hacia el Guadalquivir, pereció en el rio. Aterrorizados los conversos de Sevilla con este atroz crimen, resolvieron los más huir de aquellas inhumanas tierras, y ó refugiarse con los cordobeses en Gibraltar, ó marchar á Niebla, villa del Duque bien fortificada, y lindante con el territorio sevillano, para ver si en aquel apartado destierro se aplacaba algún tanto la persecución contra ellos. Muchos también acordaron pasar á Flan-

des ó á Italia para salvar al menos las vidas de sus mujeres é hijos y evitar la nota infamante que les esperaba en España si se les hacía formar tribus aparte en los pueblos en que morasen, con el nombre de barrios ó colonias de los conversos. Otro gran número, sin temor al saqueo ó á la muerte, permanecieron quietos en sus casas; pero enterraron en las cuevas todos los objetos de valor; dispusieron refugio seguro para los alborotos repentinos; establecieron guardas y vigías y se ampararon dentro del recinto murado del antiguo barrio construído por los atemorizados judíos antes de su gran desastre. Los que deseaban vivir con más cautela y seguridad se repartieron entre sí los diferentes cargos que imponía el velar por ellas, y se tenía gran cuidado en sofocar todo ruido ó altercado, las riñas de los chicuelos, las reyertas de los mayores y todo género de provocaciones. Y por si todas estas precauciones no bastaban á refrenar los encarnizados odios enemigos, los conversos sevillanos alistaron secretamente una milicia de 300 jinetes y 5.000 peones armados, de ellos 3.000 escuderos, el resto ballesteros ó espingarderos, preparados para resistir todo ataque. Así se proponían aguardar el remedio del Duque, de los demás adinerados y de los templados del pueblo, todos manifiestamente inclinados á dirimir más bien que á concitar los tumultos, porque sólo los recelos de hombres licenciosos daban pábulo á estas inquietudes, principalmente á causa de la apatía del cobarde Rey y de la intolerable perversión del malvado Maestre.



CAPÍTULO III

Frecuentes choques por este tiempo ocurridos entre el duque de Medina Sidonia y el marqués de Cádiz por culpa del Rey.—Llamamiento del príncipe D. Fernando.

FUERTEMENTE indignados los sevillanos y el Marqués con tan gran perversidad, diéronse á maquinar la destrucción de sus enemigos que, poseídos de igual odio, buscaban asimismo la de éstos.

Dispuso el de Cádiz una escuadrilla de carabelas y lanchones tripulada por muchos soldados con orden de dirigirse rápidamente al puerto de San Lúcar de Barrameda y apoderarse de cuantos barcos encontrasen. El en persona con unos 500 caballos y suficiente infantería había de apoyar la expedición marítima desde la costa, cosa fácil en opinión de los que la proyectaron. Todo fué bien al principio, y rápidamente apresaron en la boca del puerto á cuantos encontraron desprevenidos para la lucha. El éxito les animó á penetrar por el Guadalquivir hasta los más recónditos parajes, donde los marineros atracan sus embarcaciones sin la menor precaución por no temer ataque alguno en tan impenetrables fondeaderos. Mas esta

vez falló su confianza, y acometidos de repente, fueron todos apresados, llevándose el enemigo, sin la menor lucha, abundantes despojos. Así navegaron por el río hasta el sitio de más seguro abrigo llamado vulgarmente por los marineros *Furcadas*, sin preocuparse de las grandes naves que habían hallado en la boca del puerto, por creer imposible que pudiesen alistarse en tan poco tiempo. Poco tardó, sin embargo, el valiente y enérgico alcaide de San Lúcar Diego de Villalán en reunir número suficiente de soldados para tripular las naves en guerra y cortar la vuelta á los ensoberbecidos gaditanos, cubriendo de tal modo una y otra costa con los navíos y con las carabelas y lanchones repletos de soldados, que era imposible el paso sin pelear ó morir. Considerando el apurado trance los de Cádiz, y creyendo poder escapar con el auxilio de las fuerzas de tierra del Marqués, empeñaron desdichadamente combate con los sevillanos; pero fatigados de la reciente expedición, y sin el menor apoyo de las tropas de tierra, aquellos insolentes piratas fueron vencidos por los que antes despojaran, varias de sus embarcaciones, con el botín robado, quedaron en poder del enemigo, y el resto apenas salieron del puerto se dirigieron á alta mar á toda vela.

Volvió el Marqués á Jerez sin gloria, y gracias á la energía del excelente alcaide de San Lúcar, que tan rápidamente, contra lo que el enemigo creía, dispuso la expedición, vino á merecer alabanza la cobardía del Duque D. Enrique y una imprevisión merecedora de completo desastre. No tardaron los caballeros del Marqués que guarne-

cían á Alcalá de Guadaira, muertos ya los hermanos del Duque, en molestar á los de Sevilla con frecuentes incursiones, cosa no difícil para unos cuantos bandidos en tan gran ciudad, quebrantada por los sufrimientos de tantos ciudadanos y forasteros, y sin nadie que mereciese el nombre de caudillo de la defensa. El Duque, ya olvidado de la muerte de sus dos hermanos, sólo se cuidaba de las obras y pinturas de su palacio, y los otros nobles de la ciudad, aunque censuraban su conducta, á nada procedían. Llegó á tanto la temeridad de los de Alcalá que los caballeros sevillanos, avergonzados ya de presenciar sus diarias correrías, y sacudiendo su apatía, resolvieron salir á media noche con 200 caballos y disponer celadas al enemigo que, á menudo, y con imprevisor atrevimiento, corría el campo ante sus ojos. Dos veces salieron silenciosamente de la ciudad y permanecieron sin resultado ocultos en emboscada; pero á la tercera, ya los enemigos, en número poco inferior al suyo, vinieron de repente á la aurora á correr con su acostumbrada audacia los campos próximos á Sevilla y con amenazas se apoderaron de cuantos ganados pastaban fuera de los muros. Pronto acudieron multitud de ciudadanos para favorecer la captura del enemigo, con cierta esperanza del auxilio de los caballos ocultos en las celadas. Recelosos con esto los de Alcalá, abandonaron la presa y escaparon por la llanura; pero quedaron unos 30 en manos de sus enemigos y á duras penas lograron los demás ponerse en salvo. Con tan continuos sobresaltos la prosecución de la guerra iba haciéndose intolerable á los sevilla-

nos, porque al paso que el Marqués, confiado en la autoridad real, parecía proteger los crímenes, el Duque, resguardado con alguna otra protección, rechazaba la infamia de los ciudadanos. Las vacantes por defunción en los cargos públicos se proveían por el rey D. Enrique, y en vida de sus poseedores se les acusaba por los enemigos de emprender la guerra contra la voluntad del Rey. Por todo ello pareció necesario buscar algún remedio para la defensa de aquellos dignísimos ciudadanos que forzados por la necesidad hubiesen sido arrastrados á algún desmán.

Penetrado el Duque del fundamento racional de estas quejas, creyó que debía llamar al Príncipe D. Fernando, cuyas virtudes por la fama de probidad habían movido los ánimos de los sevillanos á darle sus sufragios para la exaltación al trono, á fin de contar con un Monarca bien querido en todas las Españas, fuerte con el favor de los pueblos, y á quien pudiesen acudir todos los oprimidos hasta que la maldad de D. Enrique tuviese su término ó se viese completamente despreciado de todos.

Dióme el Duque el encargo de la secreta negociación que había de entablar en Talamanca, donde á la sazón, y bajo la égida del arzobispo de Toledo, aguardaban los Príncipes el desarrollo de los sucesos.



CAPÍTULO IV

Sitio de Perpiñán.—Marcha el Principe Don Fernando al socorro de su padre.

Mientras los reinos de Castilla y León se veían castigados con tales vejaciones, y cuando ya los catalanes se consideraban algún tanto aliviados de trabajos é infortunios con el recobro de Perpiñán, sin que apareciese otro obstáculo que la permanencia de guarnición francesa en la villa de Colibre, el rey Luis de Francia tomó tan á mal la defección de las plazas de Perpiñán y Elna, que, medio arregladas sus diferencias con el Duque Carlos de Borgoña y sus aliados, juntó ejército para sitiar la primera de aquellas plazas, eligiendo los soldados más aptos para la empresa á las órdenes de aguerridos capitanes. Como le era conocida la ferocidad del cardenal de Albi, le envió con otros caudillos como supremo consejero é instigador.

Al tener noticia de la expedición los caballeros catalanes y aragoneses que permanecían con su Rey en Perpiñán, le suplicaron que en atención á su avanzada edad, les dejase encomendada la defensa de la plaza, si por caso los franceses se

atrevían á atacarla, y se retirase él á sitio más seguro, sin exponerse á tanto peligro, puesto que desde fuera podría atender á los sitiados mejor que encerrándose con ellos en la ciudad. Además debían enviarse mensajeros al Príncipe D. Fernando para que, dejados todos los asuntos de Castilla, se encargase de traer socorro, por serle más fácil al animoso joven recorrer todas las regiones obedientes al cetro aragonés y reunir tropas suficientes para imponer respeto ó para exterminar al enemigo. No haciéndolo así el anciano Rey, y si con su genial tesón quería insistir en el primer propósito, el posible riesgo de la toma de la ciudad, que Dios no permita, decían, acarrearía general trastorno, su desgracia personal y miserable servidumbre de sus vasallos.

Contestó el indomable anciano que se maravillaba de cómo además de prescindir de los respetos del honor, siempre lo primero para los buenos, escapaba á la perspicacia y prudencia de tan insignes varones que el resguardo de los de Perpiñán, la salvaguardia y sostén del Rosellón todo, consistía en que permaneciese él en aquella plaza, porque con su presencia ningún temor podía infundir el numeroso ejército francés; pero marchándose, inmediatamente, achacándolo á miedo, aquellos mismos que pelearían como bravos junto á su Rey, lejos de su lado se inclinarían á miserables tratos de rendición ó á indignas traiciones. Por otra parte, antes se moverían los aragoneses, valencianos y sus fidelísimos catalanes á acudir, en caso necesario, en socorro de un Rey anciano que por la libertad de sus vasallos

arrostraba los mayores peligros, que si á fuerza de ruegos les aconsejaba que enviasen tropas auxiliares en favor de los de Perpiñán. No debían, por tanto, insistir en aconsejarle y rogarle el cobarde y siniestro recurso de salir de la plaza, ni tampoco era su voluntad que se llamase al Príncipe, á la sazon envuelto en difíciles negocios, sino que él y su hijo, cada uno por su parte, trabajasen con ardor en las comenzadas empresas.

Dicho esto con enérgica resolución, el anciano y magnánimo Monarca convocó solemne junta en el templo y ante todos prometió con solemne juramento que jamás abandonaría á los de Perpiñán hasta verlos libres de todo temor de ataque de los franceses.

No tardaron éstos en presentarse ante los muros de la ciudad, muy esperanzados de oprimirla juntamente con su Rey, con estrechísimo cerco, hasta rendirla ó á los destrozos de la artillería ó por la falta de mantenimientos. Dábales mayor confianza el espacio al parecer insuficiente para la defensa que el Rey había mandado dejar entre la fortaleza y la ciudad, y la esperanza en la traición de algunos de los principales vecinos, inclinados al partido francés. Creían además que el anciano Monarca, agobiado por largos trabajos y vigilias, no tardaría en echar sobre otros hombros el peso de la defensa, y estos jefes serían desacatados, especialmente los primeros, por la envidia que excitaría su preeminencia.

Engañáronse, sin embargo, grandemente, porque el esforzado Monarca desde las primeras horas de la mañana, y sin detenerse á tomar el me-

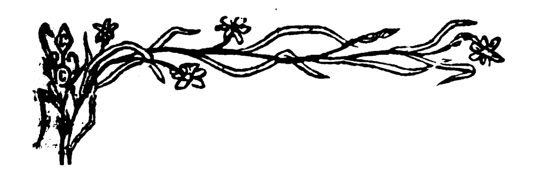
nor descanso, recorría armado y á caballo todos los puestos y con admirable solicitud proveía á cuanto incumbe al más experimentado general y fortísimo guerrero. Todos estos esfuerzos del Rey pensaban frustrar los franceses, que merced á la traición de cierto caballero de la ciudad, avanzaban con las minas en dirección á su casa, suponiendo al Rey muy ajeno de la estratagema y atento sólo á inspeccionar estancias y centinelas. Burló su esperanza la pericia militar del que pensaban engañar, pues en cuanto el enemigo asomó la cabeza por las minas, el Rey, que había dispuesto patrullas por todas las calles contra aquel riesgo, acudió rápidamente con 400 caballos y á media noche, dentro de la casa citada, empeñó feroz combate con los franceses desembocados de la mina, que quedaron allí muertos ó prisioneros. Contra el resto acometieron con tal ímpetu por la misma galería subterránea, que pocos volvieron incólumes á sus reales. Desde aquél día todo el ejército enemigo se dedicó á cortar los víveres á la plaza, perdida ya la confianza en el ataque ó en los efectos de la artillería. Fortificaron tres de sus estancias, á fin de estrechar dentro de los muros á los aragoneses y catalanes, tan pocos en comparación de sus numerosos soldados, y obligados, creían, por la prolongada falta de mantenimientos, á entregarse juntamente con los moradores.

Entretanto la gente que en Elna capitaneaba el arzobispo de Zaragoza, don Alfonso, hijo natural del Rey, metía por todas partes provisiones en la ciudad, y como ya en Elna se ha-

bían reunido grandes fuerzas, hubo ocasiones en que los franceses, al atajarles el paso y pelear con los que intentaban introducir mantenimientos y con los que de Perpiñán salían á recibirlos, quedaban bien escarmentados. Precaviendo sin embargo los catalanes los peligros de un largo sitio, enviaron mensajeros al Príncipe don Fernando para avisarle del tenaz propósito de su padre, y pedirle con instancia pronto socorro, porque el cerco amenazaba cada vez más la ruina de la ciudad, dado el diario aumento del ejército francés y la resolución de su Rey de tomar la plaza á toda costa, así que de no empeñar campal batalla, dificilísimo, mejor dicho, imposible parecía no sucumbir de hambre los sitiados. Oídos estos avisos, el Príncipe D. Fernando resolvió acudir inmediatamente en auxilio de su padre y arrostrar con él todos los peligros; pero antes quiso consultar á la Princesa y al Arzobispo. Bien advertía ella los peligros de la expedición; pero la gravedad del caso la obligó á no aconsejar sino lo que exigiese. D. Alonso expuso las grandes dificultades que para las cuestiones de Castilla ocasionaría la ausencia del Príncipe, pero dijo que debían preferirse las empresas de más empeño, y que todos los buenos considerarían como desgracia cualquier triunfo que se pospusiese á la vida del padre y á la libertad de los leales caballeros y de los probadísimos soldados, por cuyas razones no debía demorarse la partida del Príncipe en auxilio del esforzado Rey. Al efecto él suministraría cuantos recursos pudiese, si no grandes, dada la voluntad del donante y lo grave del apuro, tam-

poco de poca monta en atención á la carga que pesaría sobre sus débiles hombros en ausencia del Príncipe, y á los pocos medios sobrantes después de gastos tan extraordinarios. Ofreció, pues, los 7.000 florines aragoneses situados á su hijo Troilo en Sicilia en compensación del condado de Agosta, para el sostenimiento durante dos meses de 200 caballos escogidos, sin que el Rey ni el Principe tuvieran que darles la menor soldada.

Elogió D. Fernando la perseverancia y magnanimidad del Prelado, y comunicó inmediatamente su marcha á los demás Grandes de su partido. Todos le prometieron auxilio más importante que el del Arzobispo; pero en realidad ninguno cumplió la promesa, excepto el almirante D. Alfonso Enríquez, que acudió con 70 hombres de armas. Los caballeros de menor rango y fortuna aumentaron luego las fuerzas de la expedición en número no despreciable, de modo que el Príncipe pudo llevar á Aragón unos 400 caballos. A la vista de esta tropa, los zaragozanos resolvieron aumentarla con otros 200 hombres de armas mandados por Jimeno Gordo. Movió el ánimo de los valencianos tanto el nombre del Príncipe don Fernando, como la necesidad de la empresa, y lo mismo á los catalanes en cuanto sonó la voz de Príncipe, pues por sus leyes están obligados á tal apellido á marchar contra el adversario siguiendo algunos días sin estipendio las banderas en defensa de la libertad.



CAPÍTULO V

Pretende ir á Sevilla la princesa D.ª Isabel.—Disuádenla del propósito.—Vergonzoso altercado entre fray Alonso de Burgos y Alarcón.—Insta el cardenal Valentino á la Princesa para que se traslade á Guadalajara durante la ausencia del Príncipe.

Nada de lo que en Cataluña ocurría llegaba á noticia de los sevillanos, envueltos en los horrores de la guerra civil que devastaba la Andalucía toda con innumerables tumultos. A tal punto llegaba la audacia de asesinos y ladrones, que rara vez los viajeros se atrevían á arrostrar los peligros de los caminos; así que la expedición de D. Fernando á Cataluña en auxilio de su padre quedó ignorada de los andaluces.

Ya dije cómo el duque de Medina-Sidonia resolvió enviarme á llamar al Príncipe en favor suyo y en defensa de Sevilla; pero cuando salí de esta ciudad, y para evitar los peligros iba caminando en su busca por los más ocultos y extraviados senderos, ya se había marchado de Salamanca hacia Aragón, sin que por las causas dichas tuviésemos el menor aviso. Al acercarme á Toledo

supe que mi trabajo había sido inútil; sin embargo, me decidí á ir á Salamanca para hacer conocer á la Princesa y al Arzobispo la ansiedad del Duque y las calamidades que pesaban sobre Andalucía á causa de la desidia del inicuo Rey y de las astucias activamente empleadas por el malvado Maestre.

Comprendió la Princesa la gravedad del caso y en presencia del Arzobispo me contestó que esperaba poder por sí misma procurar á los de Sevilla remedio bastante para que no les causara tanto perjuicio la expedición del Príncipe. No oculté yo las muchas incómodidades y obstáculos que tal resolución ofrecía, principalmente por ser impropia de la mujer la varonil actividad exigida por las circunstancias para la rápida marcha y para la cautela necesaria si habían de evitarse sus peligros. Era notoria la imprudencia de tal viaje, y así traté de disuadir á la Princesa de su inútil conato, echando mano además del argumento que me ofrecían los altercados recientemente ocurridos en su palacio entre dos hombres tan turbulentos como Alarcón y fray Alonso. Y como muchas veces de hechos al principio insignificantes se originan al cabo daños terribles y graves pesadumbres, creo oportuno referir la disensión y ligera pendencia que entre ellos hubo. Alarcón, más osado y astuto, y que autorizado por el Arzobispo asistía asiduamente á los consejos é intervenía con excesiva familiaridad en las conversaciones, llevaba muy á mal estas preeminencias en fray Alonso, y sembraba sin cesar la cizaña para que el enojo del Toledano recayese

en daño de su rival. Ardía el palacio en rencillas y murmuraciones de uno y otro bando, en acusaciones y virulentas calumnias, y faltos ya los ánimos de la acostumbrada prudencia, fué preciso que compareciesen ambos calumniadores ante la Princesa para arrancar tan perniciosa semilla. Las recíprocas acusaciones dejaron al descubierto la malvada astucia de Alarcón y el carácter colérico de fray Alonso, porque éste con el báculo que llevaba arremetió contra su contrario, provisto de otro, y tan furiosamente se aporrearon, que era imposible separarlos por no hallarse allí hombre alguno y ser muy pocas las doncellas que á causa del calor acompañaban en el tileno al mediodía á la Princesa. Dieron gritos sin atreverse á intervenir en la pelea; acudieron los criados, y en cuanto la Princesa los vió desasidos, desahogó su reconcentrada ira prohibiendo á fray Alonso la entrada en la cámara durante algunos días, y mandando arrojar á Alarcón del palacio. El Arzobispo le acogió liberalmente y aun se mostró algo sentido de que pareciese desterrado de la corte.

Cuando los Grandes que estaban en Guadalajara tuvieron noticia de estas discordias de la corte, creyeron más fácil convencer á la Princesa de lo que antes intentaron sin fruto, y así la despacharon á Camarena, familiar del cardenal Valentino, para que unido con Pedro Vaca, residente en Palacio, y con fray Alonso, muy enojado entonces con el Arzobispo, la aconsejasen la marcha á Guadalajara. No se decidía la Princesa, ni el terco Prelado la disuadía del viaje. Hízose preciso

entonces que tratase yo de convencerla, exponiendo los daños, ó más bien, la torpe locura de aceptar tal consejo, y confirmé el parecer con los argumentos que me prestaba la indignación contra los que, ó por imprudencia ó por malicia, aconsejaban á la hermosísima Princesa, mujer del príncipe D. Fernando y legítima heredera de estos reinos, que ausente él, se trasladase allí donde se la preparaba infame cautiverio y funesto infortunio. Triunfó la verdad y se trocó el efecto de mi comisión, pues si acudí inoportunamente para una cosa, en cambio llegué á tiempo para otra.

No es fácil referir la contrariedad que á los sevillanos causó la expedición del Príncipe y cuán desesperanzados quedaron del anhelado socorro. Tampoco podría explicarse bastante la satisfacción con que respiró el Maestre cuando vió al Príncipe y á sus partidarios envueltos en más graves complicaciones con su marcha á Cataluña, seguro de que la dificultad de la empresa había de ser de gran consecuencia, y por lo menos muy oportuna para el éxito del deseado matrimonio que trataba de concertar entre el rey de Portugal y la supuesta hija de D. Enrique.



CAPÍTULO VI

Triunfo de los de Perpiñán. — Muerte del cardenal de Albi. — Gloriosa empresa del príncipe D. Fernando. — Alianza entre éste y su padre.

CONTRA las esperanzas del Maestre, tuvo feliz éxito la expedición del Príncipe, á quien por el camino se le fueron agregando todos sus leales aragoneses, valencianos y catalanes, ansiosos sobre todo de combatir á las órdenes de tan gran general contra los soberbios enemigos que impulsados por inveterados odios, habían causado á los últimos principalmente innumerables quebrantos. Por su parte, y mientras el Príncipe reunía tropas y trataba de recoger por todas partes aprovisionamientos para meterlos en Perpiñán, realizaban sus defensores, con no menor resultado, notables hazañas. Diariamente trababan escaramuzas con el enemigo, quedando siempre victoriosos, y aquél gastaba sus fuerzas en vano en interceptar los convoyes de víveres que los de Elna, mandados por el arzobispo D. Juan de Aragón, introducían constantemente en la plaza.

Imposible sería reseñar los ardides y el arrojo empleados por los aragoneses en defensa del

honor y libertad de su Rey, y en evitar que los muchos combatientes encerrados en Perpiñán sucumbiesen por fuerza ó por hambre ante el numeroso ejército francés acampado en fortísimos atrincheramientos, y provisto de abundantes víveres que les llegaban oportunamente de Colibre ó con más seguridad de la provincia de Narbona. Por el contrario los catalanes ni aun de noche y por caminos bien conocidos podían aproximarse á la ciudad sin peligro, á causa de los numerosos retenes distribuídos por bosques y encrucijadas. Para evitarlos, el astuto condestable Pedro de Peralta, egregio caudillo de los navarros, discurrió un ardid con que burló al enemigo. Despidió á sus compañeros de armas, y disfrazado en hábito franciscano, caminó por extraviados senderos por tierra francesa próxima al Rosellón hasta penetrar en los reales de los enemigos. Con ellos vivió algunos días, y aprovechando repentina escaramuza, se acercó á un caballero caído en tierra como para prestarle auxilios espirituales, metióse disimuladamente á favor de la confusión entre los enemigos que regresaban á la plaza y entró en ella con extremada alegría del Rey, gran estimador de su pericia y relevantes hazañas, y muy confiado en que con su venida mejoraría el aspecto de las cosas, como sucedió.

Así este Condestable como los dos hermanos navarros, Beltrán de Armendáriz, esforzado capitán durante la rebelión de los catalanes, y Juan de Armendáriz, caballero ilustre, fatigaban á los franceses con diarias y sangrientas correrías, sin permitirles libertad para la aguada y

provisión de leña, porque en cuanto se alejaban de los reales, los jinetes españoles los acometían y los daban muerte ó los apresaban. Hacíaseles ya imposible sin combatir llevar á forrajear los caballos á las praderas próximas, y muchos los perdían, volviendo desmontados y á duras penas á sus campamentos. Mas como creciera de día en día con tales triunfos la audacia de los navarros, que muchas veces acuchillaban á los enemigos á las puertas mismas de sus reales, en un encuentro dentro de la estacada fué muerto Juan con otros tres caballeros, porque contra las leyes de la guerra, no satisfechos los franceses con llevar prisioneros á tan valientes capitanes, cebaron en ellos su saña destrozándolos cruelmente. No quedó impune el crímen, porque el Rey aragonés, aunque clementísimo, sintió tanto la infame crueldad, que á voz de pregón mandó matar á los prisioneros del enemigo, y entre los muchos que perecieron fueron degollados en la plaza pública algunos principales caballeros. Cuando los generales franceses lo supieron, enviaron al Rey emisarios á pedirle el perdón del crimen cometido por bárbaros leñadores y plebe, sin conocimiento de los jefes, con promesa de cumplir en adelante en cuanto les fuese posible con las leyes de la guerra, si el clementísimo Monarca se compadecía de los miserables prisioneros. Asintió éste, más propenso siempre á la misericordia, y desde entonces ya los franceses guardaban mejor las leyes de la guerra. Cuando luego supieron que se acercaba el príncipe D. Fernando con grandes tropas de castellanos, aragoneses, valencianos y catalanes, se

propusieron realizar alguna memorable hazaña antes de llegar el poderoso ejército. Para ello, un escogido pelotón de hombres de armas se metió antes del alba por las minas que desde su fortaleza se dirigían á las murallas, y atacando de improviso á los descuidados centinelas, arrimaron las escalas á los muros por la parte menos expuesta á los tiros de los defensores y consiguieron algunos subir á las almenas. Al querer uno de ellos tomar la torre, un humilde hortelano á quien aquella noche tocaba la guardia de las tres de la madrugada, peleó con él tan bravamente que no sólo le rechazó, sino á los que le seguían, y así, merced á su solo esfuerzo, pudieron correr á la defensa los valientes soldados aragoneses. Tras ellos acudieron otros muchos, que dieron muerte á no pocos franceses, y trabado combate dentro de la mina, pagaron cara su frustrada intentona.

En otras relaciones hallará el lector más detallada noticia de varios encuentros como el referido. Mi principal propósito es describir fielmente la expedición del príncipe D. Fernando, y por ocurrir este notable hecho de armas antes del paso del Pirineo desde Ampurias á Elna, quise mencionarle.

Trataban los que guarnecían esta villa de llevar los víveres recogidos durante muchos días á Perpiñán, muy necesitada ya de ellos. Supiéronlo los caudillos franceses, y disponiendo numerosa y escogida hueste de caballos, se prepararon á interceptar el convoy de los enemigos, débiles en su opinión para combatir por tener que cuidar de las provisiones, y en todo caso siempre impoten-

tes, aun reunidas todas las fuerzas de los de Perpiñán y Elna, para pelear con éxito contra su fuerte y escogido ejército. Los españoles, por el contrario, como tantas veces vencedores en reencuentros y algaradas, creían seguro el triunfo si á un tiempo los de Perpiñán y los de Elna atacaban por frente y retaguardia á los petulantes enemigos, y así aquéllos fijaron día á los primeros para que acudiesen con oportunidad. Preparados ya para la acción franceses y españoles, vinieron á las manos antes del alba no lejos de Perpiñán, trabajando los unos por apoderarse del convoy y los otros por meterle en la plaza. Al cabo fueron derrotados los franceses, cuyos capitanes Dolans y el senescal Belcayre con otros muchos caballeros quedaron en poder de los nuestros. El resto, que logró escapar de su furia, fué á todo correr á refugiarse á los atrincheramientos más cercanos. Ocurrió este encuentro el 22 de Junio de 1473.

Dos días después, el 24, fiesta de San Juan Bautista, el príncipe D. Fernando, al frente de 1.300 caballos y 7.000 infantes, atravesó el Pirineo por el sitio llamado en el Ampurdán Coll de Masana. Trabajosísima fué la subida á causa de la extraordinaria violencia del viento en aquella estación, y del contratiempo tomaron pie muchos nobles para aconsejar al Príncipe que no se empeñase en luchar contra tan cruel temporal. Pero el joven Príncipe, ó bien impulsado por su natural arrojo, ó movido por fuerza sobrenatural, siguió trepando tan impertérrito hacia la cima, que á su ejemplo todos, antes de las cuatro, emprendieron animosamente la subida de la cumbre

que sobre Elna se levanta. Aquel esfuerzo general tuvo completo éxito, y los mulos llegaron á lo alto sin pérdida de una sola carga. Antes de las cinco descubrió el Príncipe al enemigo, y presintiendo el efecto que produciría en su gente el inmenso espacio por donde los reales se extendían y los escuadrones que en orden de batalla á lo lejos se divisaban, previno al ejército con corta arenga á fin de infundirle alientos y esperanzas de victoria. Díjoles que á ninguno era desconocida la maldad de los franceses y los prodigiosos triunfos con que todos los leales aragoneses y catalanes habían visto favorecer la Providencia constantemente á la justicia. Ni cabía dudar de que fuese más difícil recuperar del enemigo la parte ocupada en Cataluña cuando sus poderosas fuerzas cedían ante reducida hueste de españoles, que peligroso había sido pelear en batalla campal con escogidísimo ejército contra una confusa y floja muchedumbre, tantas veces rota y puesta en fuga por un puñado de gente de Perpiñán y de Elna, y dos días antes aniquilada con pérdida de sus caudillos. Si allí había quien otra cosa pensara, le agradecería que lo declarase antes de la batalla, para que los que acaso sintieran miedo no perjudicasen á los valientes, pues más seguro es acometer con pocos, pero escogidos, las más arriesgadas empresas, que sacudir con arengas la cobardía de los tímidos, que al cabo en los combates el desastre es hijo de la confusión.

Inmediatamente los caballeros próximos al Príncipe exclamaron en altas voces:—¡Adelante, general! ¡Aquí no hay cobardes: todos preferimos

marchar contra el enemigo á perder así el tiempo! ¡Adelante!—Y entre el estruendo de trompetas y atabales el ejército se puso en marcha.

Por su parte el Rey, en cuanto vió en llamas los reales y á los escuadrones enemigos en haces ordenados para batalla, estableció retenes así en el espacio que mediaba entre la fortaleza y los nuevos reparos, como en las torres y puertas; colocó ante las murallas, cara al enemigo, á la juventud perpiñanesa juntamente con los aguerridos peones navarros, con orden de seguir las banderas hacia donde se dispusiera. El anciano Rey á caballo y con resplandeciente armadura fué revistando los escuadrones y colocando á su frente á los más esforzados caudillos, como su hijo D. Alfonso, legítimo maestre de Calatrava; Juan de Cardona, conde de Pradas; el prior de San Juan ó castellán de Amposta, Bernardo Hugo de Rocaberti; Pedro de Peralta, condestable de Navarra; Fernando de Rebolledo y Beltrán de Armendáriz, para que, llegado el Príncipe, se deliberase acerca de la batalla inminente y se resolviese al punto, como el caso aconsejara, si se había de acometer al enemigo por la espalda con la flor de la caballería, ó reunir á su tiempo ambos ejércitos en uno, porque no parecía hacedero envolver en tan dilatada llanura á la multitud de los franceses que aún ascendía á 45.000 hombres, después de perder desde el principio del sitio 15.000 en encuentros parciales y diversos accidentes como la disentería y las fiebres.

El cardenal de Albi, atacado de grave dolencia, había tenido que retirarse del campamento. Hin-

chada la cabeza, exhalaba por la coronilla como por una chimenea el vaho de la fiebre que le devoraba; extraña enfermedad sólo explicable por la maldad y estragadas costumbres del corrompido Prelado que pagó con amarguísima muerte una vida de torpezas. Fué en esta guerra quien primero aconsejó el incendio de los templos y excitó á los mayores desmanes.

Los otros caudillos franceses, impresionados por la reciente prisión de los principales, y viendo extenderse en derredor el ejército que traía de Castilla el Príncipe y las fuerzas de su padre prontas á la batalla, adoptaron una resolución bien distinta de la que ambos habían imaginado. Dejando en llamas el campamento, comenzaban á marchar los franceses hacia Salsas, frontera de la Narbonense, cuando divisaron al Príncipe que movía su ejército por la falda del monte lejano. Ni uno ni otro detuvieron su marcha. El Rey entretanto esperaba con los suyos á conocer la dirección de los franceses, y no quería romper con ellos hasta estar próximo á su hijo, todavía distante con el grueso del ejército. Iban aquéllos caminando lentamente á banderas desplegadas, como dispuestos al combate, y cuando ya vió clara su intención, despachó corredores á enterarse del incendio de los reales. Allí encontraron medio carbonizados á muchos hombres imposibilitados de marchar ó de huir por hallarse gravemente enfermos, porque lo rápido de la marcha borró todo sentimiento de humanidad de los pechos de los capitanes, aunque por naturaleza son los de esta nación más que los de otras inclinados

á la crueldad y se mueven por livianos impulsos. Enterado ya de todo el anciano Monarca, se dirigió con su caballería al encuentro del respetuoso hijo, y cuando cerca de Elna ambas huestes estuvieron á unos trescientos pasos, los caballeros del séquito del Príncipe se adelantaron á saludar al Rey. Lo mismo y con gran gozo hicieron los que acompañaban á éste para recibir al ínclito joven, modelo de cariño filial. Al acercarse el Príncipe á su padre para besarle las manos, éste le abrazó y le besó tiernamente diciendo:—«¡Dichoso yo que puedo llamarme padre de mi libertador y del libertador de la patria! Vamos juntos á Elna á tomar con los nuestros algún descanso, y después de comer volveremos á Perpiñán.»

Así se hizo, y tras breve refacción, se dirigieron á la ciudad en ordenada hueste antes del anochecer. La población en masa recibió al triunfador Monarca y al Príncipe con ruidosos aplausos, vivas y cánticos de júbilo, sin que faltase demostración alguna de la más entusiasta acogida. Matronas, doncellas y niños se agolpaban á admirar y á vitorear al valeroso anciano y al respetuoso hijo, y sobre todo á dar gracias á la divina clemencia, por cuya suma bondad se veían libres del hambre y de la crueldad de los enemigos, alcanzando, tras larga penuria y miserable sufrimiento, abundancia de víveres y la libertad tanto tiempo deseada.



CAPÍTULO VII

Presenta batalla á los franceses el Príncipe al siguiente día.—Varios sucesos ocurridos antes de las treguas.—Regreso de D. Fernando.

Al otro día el Príncipe se dirigió con la flor del ejército á los lugares comarcanos de la Narbonense, donde sabía que se habían ido reuniendo las fuerzas enemigas. No juzgó digno de su arrojo el esforzado joven retardar, por sólo el alivio del sitio, el retar á batalla campal á los soberbios franceses, hasta aquel día confiados en el número, aunque faltos de todo valor mientras el padre se disponía á combatir la guarnición francesa de la fortaleza. Mas aquéllos que antes habían recorrido el Rosellón devastando sus poblaciones, no bien supieron la llegada del Príncipe, cejaron y se acogieron al núcleo mayor de fuerzas para marchar adonde sus capitanes les encaminaron. Con esto varias villas próximas á Perpiñán, como Canet, Argiles y otras muchas de la costa se entregaron á su Rey, quedando así la fuerza enemiga reducida á la posesión de un solo lugar. Inmediatamente D. Fernando sacó su ejército al llano, y sus jinetes fueron cogiendo á cuantos franceses encontraban, replegándose á sus

banderas. A muchos dieron muerte, porque ya se reputaba vergonzoso el cautiverio, y á la masa de los prisioneros se la condenaba á remar en las galeras. Los caballos cogidos á los franceses, en número de 7.000, se vendieron al ínfimo precio de un florín de Aragón cada uno.

Dióse al fin vista al enemigo, pero rehusó la batalla, por más que no recelase celada alguna, pues bien se distinguía en la abierta llanura la hueste entera de D. Fernando formada en batalla, muy inferior en número á la suya. Sólo los españoles auxiliares de los franceses se lanzaron á trabar escaramuza en número de 200 jinetes mandados por D. Dionís de Portugal, tiempo antes familiar y benignamente acogido por el rey de Aragón, pero que luego, al estallar esta guerra, se pasó al enemigo con algunos navarros, movidos, más que por impulsos del valor, por el ansia del botín ó el interés de mayor soldada. Fueron derrotados en el encuentro, y á duras penas escaparon de manos de los esforzados guerreros con quien pelearon. Los demás del ejército, encerrados en sus fuertes campamentos, temblaban ante la idea de batalla y no daban la menor señal de aceptarla. Volvió, pues, D. Fernando sus tropas á Perpiñán, eficazmente favorecido por los naturales que, recordando sus antiguos deberes, sacudían alegres el yugo francés y se pasaban con espontáneo entusiasmo á su Rey, abandonando á los crueles franceses, de costumbres tan opuestas á las de los naturales del Rosellón.

Conviene aquí mencionar los cuidados que agitaban el ánimo del rey Luis mientras su nume-

roso ejército sitiaba á Perpiñán. Achacando todos sus descalabros á la cobardía de sus capitanes, poco antes de la prisión de los jefes Dolans y mariscal de Belcayre, mandó venir á la Narbonense la escogida caballería que á las órdenes de otros había enviado á vigilar los movimientos de ingleses, bretones y borgoñones. Ya retirados los primeros caudillos del inútil sitio de Perpiñán, los recién llegados creían encontrarlos en los reales; mas como á causa de la torpeza de aquéllos las tropas andaban vagando por la provincia, reuniéronse á su obediencia, según el real mandato, y los culpables, llamados por el Rey á dar cuenta de su cobarde conducta, fueron castigados, algunos severísimamente. No podía el Monarca francés ver sin rabiosa indignación que un Rey pobre, agobiado de años y envuelto en mil dificultades, no sólo hubiera recobrado con un pelotón de caballos Tarragona, el Ampurdán y Barcelona, sino defendido á Perpiñán, que se había pasado á él, y á la sazón combatiese la casi inexpugnable fortaleza tan sobradamente guarnecida. Encendía más su ira el haber conocido la feracidad del Rosellón, y la comodidad que ofrecía una provincia de tan pingües productos así marítimos como terrestres, por lo que no sin razón prefería aquel reducido territorio con sus puertos contiguos, á otras provincias más extensas de Francia. En esta guerra, por tanto, concentró todo su interés, descuidando las demás empresas.

El rey de Aragón creyó después de la llegada del Príncipe, que para batir la fortaleza no se necesitaba numerosa caballería, y así licenció á los

caballeros valencianos y aragoneses y á los peones de Ampurias y Tarragona. Muchos de los castellanos venidos con el Príncipe regresaron también á sus casas, de modo que apenas quedaron con ambos unas 500 lanzas escogidas y algunos aguerridos infantes navarros. No sospechaba el animoso anciano que en aquellos días pudiese presentarse el enemigo, verosímilmente falto de toda energía, como tan maltratado por el reciente descalabro. Esta falsa conjetura del Monarca aragonés estuvo á punto de convertir en funesto desastre los alcanzados triunfos, si la fortuna no se hubiera puesto de su parte. De repente corrió la voz de que se aproximaba un poderoso ejército francés. Los Grandes que con el Rey y con el Príncipe estaban temieron al oirlo peligro mayor que los arrostrados; sólo el impertérrito anciano dispuso salir al encuentro de los franceses. Su obedientísimo hijo, conocedor de la tenacidad del padre en sus resoluciones, obedeció sus órdenes, que ninguno de los Grandes se atrevió tampoco á contradecir, confiados, sin embargo, en que la patente imposibilidad de que aquel puñado de gente hiciese cara á la numerosa hueste enemiga, haría al cabo al Rey variar de consejo. Hubiéranse, no obstante, equivocado en sus juicios, á no haber tomado las cosas diverso rumbo.

Marcharon los de Perpiñán al encuentro de los franceses; unos cuantos caballos se adelantaron para reconocer su número, y cuando ya los ejércitos se hallaban á unos dos mil pasos uno de otro, volvieron los corredores y dijeron al Príncipe (porque el Rey con parte de la caballería venía detrás)

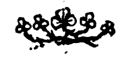
que los enemigos eran más de 30.000, y que en aquel día perecería el nombre español y se perdería completamente la gloria antes alcanzada si con 500 lanzas y 2.000 peones, aunque en cada uno se encontrase el valor de César, se atrevían á combatir contra 30.000 franceses, en su mayor parte caballeros de aspecto aguerrido. Apoderóse el temor de los ánimos; pero nadie quiso encargarse de aconsejar al Rey el partido que juzgaban más prudente, por serles á todos notoria la tenacidad demostrada por él en los mayores riesgos. Al cabo, después de deliberar entre sí, pareció lo más conveniente que un Lope Alfonso, huéspede de los cortesanos, muy de la intimidad del arzobispo de Toledo, y bien quisto del Rey y del Príncipe, le expusiese lo crítico de la situación. Púsole de manifiesto el desastre que amenazaba si se venía á batalla con el poderoso enemigo, y en elocuentes razones le hizo ver el peligro que corrían su hijo y todos los suyos; la total ruina de España y la perpetua servidumbre impuesta por los feroces enemigos, si se desatendían los consejos de la razón. A estos argumentos respondió el Rey: «A los que nunca fuisteis testigos de la cobardía de los franceses os infunde repentino pavor su numeroso ejército; pero nosotros, amigo Lope Alfonso, que durante muchos años hemos peleado derramando nuestra sangre por la libertad de la patria, miramos más friamente los peligros y desastres que puede ofrecer el atrevernos unos pocos españoles contra tantos franceses. Seguramente ninguno de mis compañeros de armas hubiera sobrevivido al terror si á la vista de la muchedumbre enemiga se

hubiera amilanado. Os aconsejo, pues, que cobréis ánimo y quiero que sepas que antes del anochecer, tal vez dentro de una hora, compartirás con nosotros la común alegría, asegurándote que ha de infundírtela nuestro triunfo.»

Asombrado quedó Lope de semejante respuesta; pero en medio del asombro y del inminente peligro, el Príncipe y los Grandes no pudieron contener la risa cuando Lope les refirió haber dicho al Rey que á no ser en el infierno, no sabía otro sitio donde pudiera alegrarse, dado lo mortífero de un combate en que ó cada español había de matar cien franceses, ó morir á sus manos. Pronto se trocó en franca alegría el desaliento de los que escucharon al Rey, pues providencialmente, á la falsa noticia de la defección repentina de muchos pueblos á espaldas de su ejército, los franceses volaron furiosos, según su costumbre, hacia donde el mensajero les llamaba. La artillería que el miedo había impedido á los franceses sacar del pueblo próximo, fué llevada á Perpiñán por orden del Rey, como señal de victoria, en cuanto se supo la marcha de los enemigos. Estos, aterrados por las numerosas defecciones, y como poseídos de cierta locura, empezaron á augurar el mal éxito de toda nueva empresa, declarando que nadie, por numerosas fuerzas que acaudillase, conseguiría ocupar el Rosellón mientras tuviera que habérselas con el rey D. Juan. Estos rumores, y las nuevas revueltas ocurridas en las fronteras de Borgoña y de Bretaña, obligaron al rey Luis á enviar legados para entablar alianza y procurar algún arreglo de futura concordia. El anciano Monarca, cansado ya de tan

largos trabajos, facilitó á los embajadores su tarea, y mientras su hijo regresaba á Castilla, nombró á dos de sus Grandes, á D. Juan de Cardona, conde de Pradas, y á Bernardo Hugo de Rocaberti, castellán de Amposta, para cumplir el deseo del rey Luis, enviándolos á Francia con gran ostentación y aparato, á fin de demostrar al soberbio Monarca extranjero con aquella manifestación del poder aragonés que no se había extinguido la nobleza de aquellos reinos. A los dos embajadores, además de su respectivo séquito, mandó que acompañasen cincuenta caballeros. Para impedir al enemigo el paso desde la fortaleza á la villa de Perpiñán, hizo levantar gruesa y elevada muralla, y en ella colocó piezas de artillería, unas, de las preparadas ya para el ataque de la primera, y otras de las abandonadas por los franceses, como se dijo.

El Príncipe recorrió en son de triunfo varias poblaciones de Cataluña y Aragón para adoptar muchas disposiciones que reconocidamente exigían la presencia del padre.





CAPÍTULO VIII

Pásase Aranda al partido de los Príncipes.—Sucesos varios ocurridos en Italia y en Castilla durante la permanencia de D. Fernando en Cataluña.—Regreso del Príncipe.—Falacia y perfidia del rey de Francia.

Mientras ocurrían estos sucesos, los moradores de Aranda, acordándose de la benignidad del clementísimo Rey aragonés, á cuya obediencia estuvieron en otro tiempo cuando por derecho hereditario, como hijo del difunto rey de Aragón D. Fernando, había poseído la citada villa y otras muchas de Castilla y de León, iban inclinando los ánimos en favor de los príncipes D. Fernando y D.ª Isabel, heredera legítima de estos reinos. Movíales también á ello el verse sometidos á hombres inicuos, más inicuamente nombrados para las magistraturas por la reina doña Juana, investida contra toda justicia por el rey don Enrique con el señorío de la villa, y además los ultrajes y daños que de día en día iban aumentando la discordia entre los ciudadanos y las divisiones entre los caballeros, los cuales y los magnates vecinos hacían grandes extorsiones y empeñaban encarnizados combates, en daño de todos. Tal fué el ocurrido entre algunos vecinos de

Aranda y la gente de cierto Pedro de Estúñiga, para ambas partes desastroso, porque después que nobles y plebeyos habían sufrido sus injustas vejaciones, resolvieron, como poseídos de rabia, salir con unos cuantos caballos y peones en busca del soberbio enemigo, más poderoso en caballería, y encontrándole en las cercanías de una aldea, cerraron contra él con tal ímpetu, que hicieron prisionero á Pedro, dieron cruel muerte á varios caballeros y los peones inutilizaron gran número de caballos. Así saciaron en cortos momentos rencores durante mucho tiempo acumulados; pero todo ello produjo luego escándalos para unos y otros funestos. Ni la Reina ni sus cobardes comisarios ponían remedio á tales revueltas, y entonces los de la villa, guiados por impulsos del afecto, volvieron los ojos al partido de los Príncipes.

Hallábase por aquellos días en Aragón D. Fernando, y fueles preciso aceptar la guarnición que les envió la Princesa al mando de Diego de Rojas, noble sujeto á quien varios de Aranda llamaron de la cercana villa de Gumiel del Mercado.

La defección de Aranda causó hondo disgusto á la reina D.ª Juana; pero fué más dolorosa para el conde de Miranda D. Pedro de Estúñiga, que durante mucho tiempo tenía tiranizada la villa. Como propia desgracia consideró también la pérdida el maestre Pacheco, que contra su opinión y contra la voluntad de D. Enrique había visto días antes pasarse á los Príncipes la villa de Sepúlveda, y ahora, y por iguales impulsos, á los de

Aranda, en los momentos en que con mayor furia conspiraba por su ruina. En su angustia no halló mejor contrapeso á tales fracasos que confirmar las alianzas entabladas con los Mendozas y con su suegro el condestable D. Pedro de Velasco, después de consumado el matrimonio con su hija. Al efecto, pidió al duque D. Beltrán, para mayor celeridad de las bodas, que le permitiese celebrarlas en Cuéllar, próxima á Segovia, con lo cual, además de otros fines, procuraría el astuto Maestre saciar su venganza en los segovianos, conocidamente tan hostiles á su persona como el alcaide Andrés de Cabrera. Fomentaría asimismo en aquellos días la discordia entre los de Aranda, y tendería otros lazos emponzoñados con su maldad. Sobre todas estas intrigas, brindábanle cierta oportunidad de granjearse el favor de los Mendozas dos altas honras á que juntamente aspiraba el obispo de Sigüenza, el Cardenalato y la Sede sevillana, vacante por muerte de D. Alfonso de Fonseca, el viejo, ocurrida el año antes tras larga enfermedad de anginas. El rey D. Enrique había pedido al Papa la vacante para el de Sigüenza, y frente á esta propuesta, el duque de Medina Sidonia, don Enrique, secundando la elección del clero de Sevilla y la manifiesta voluntad de los ciudadanos, y confiado en el favor de los Príncipes y del arzobispo de Toledo, había suplicado al Pontífice que proveyese el cargo en su tío D. Fadrique de Guzmán, obispo de Mondoñedo. Satisfizo el Papa los deseos del Rey en cuanto al Capelo para el de Mendoza; pero no accedió á su propuesta ni á la de los sevillanos respecto á la Sede vacante que

dió á fray Pedro, su supuesto sobrino. Tan inicua provisión fué origen de varios escándalos así en la curia romana como en España.

Aferrado el Papa en su erróneo juicio, llamó á Roma, como dije, á los legados pontificios diseminados por la cristiandad. Al primero, el griego Besarión, obispo de Túsculo ó de Nicea, no sólo no había querido admitirle el rey Luis de Francia, sino que por medio de cartas y mensajeros, y cuando ya se aproximaba á la frontera francesa, le había conminado con soberbias amenazas si se atrevía á pasar adelante ó á permanecer en cualquier lugar del territorio. Al regresar, ya agobiado por los años é incapaz de resistir los trabajos de los caminos, cayó gravemente enfermo de una angina que le llevó al sepulcro. Así murió aquel varón elocuentísimo, nuevo Platón en nuestros días, al que tiempo antes el Emperador griego había llevado á Ferrara con el Patriarca de Constantinopla y los griegos de mayor alcurnia para discutir, en presencia de Eugenio IV, acerca de los artículos. Allí, con beneplácito de la Iglesia romana, se le concedió el capelo, como premio debido al joven Prelado por sus dotes de intérprete de sana doctrina y hábil polemista. Luego en la vejez, con el aumento de honores y riquezas, se ensoberbeció algún tanto, especialmente cuando, poco á satisfacción suya, fué elegido Papa su familiar fray Francisco de Savona con el nombre de Sixto IV. Mientras permaneció á su lado, Besarión jamás le había permitido trato con el joven fray Pedro, y al odio que esto le acarreó se atribuye el que al regresar á Roma fuese asaltado junto á Rávena.

El cardenal valentino Rodrigo de Borja, para acudir al llamamiento del Papa, escogió la vía marítima, por la mayor comodidad que para el transporte de la familia y del considerable equipaje le ofrecían dos galeras fletadas al efecto. Pero cerca del mar de Toscana, al salir del puerto las naves, levantóse repentina borrasca, y maniobrando para capearla, naufragaron cuantos iban en la primera. Los Prelados, cómplices de tantos crímenes, recibieron su castigo, y las profundidades del mar tragaron las riquezas mal ganadas. Grave riesgo corrió el cardenal de Borja en la otra galera, medio destrozada por los vientos y el oleaje; pero á favor de las cuerdas que desde la costa vecina les tendieron, logró salir á tierra con unos cuantos. Sus fámulos, á quienes por menos aprecio había hecho marchar por tierra, siguieron más seguros su camino. Tampoco regresaron en paz á Roma los demás legados de las diversas regiones, pues todos tuvieron que sufrir varios percances.

Iba entretanto creciendo la arrebatada necedad del cardenal de San Sixto, que cada día, después de la muerte de Besarión, manchaba más descaradamente con crímenes la gestión de los asuntos eclesiásticos. Por sugestión suya el Papa, que deseaba congraciarse con el rey D. Enrique, creó cardenal de Santa María á D. Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza que, más hinchado con la nueva dignidad del capelo, comenzó á llamarse cardenal de España. Halló también medio, bien merced á una pensión que había de pagarle don Fadrique de Guzmán, electo arzobispo de Sevilla, ó por otro ajuste simoníaco, de que con el apoyo

del Rey y de los Príncipes no prosperase la funesta provisión de aquella sede en favor de fray Pedro, el cual la había obtenido por escandalosa gracia del Papa, y aunque no había tomado la posesión, se hacía llamar arzobispo de Sevilla. El veneno ó la enfermedad acabó al mismo tiempo que con su concubina con la vida de este Prelado, el más infame de los hombres. Entonces el cardenal de España, confiado en el favor de D. Enrique y de la facción más numerosa de la nobleza, empezó á trabajar por conseguir la suspirada provisión de la sede hispalense, causa de grandes agitaciones en Andalucía y en todos los reinos de Castilla y de León. Especialmente en el cabildo sevillano las opiniones estaban muy divididas; los más preferían á D. Fadrique; algunos al Cardenal. Los que habían dado sus votos al primero, confiaron desde luego á la guarda de su hermano Alfonso Pérez y de sus secuaces las villas y fortalezas de la jurisdicción de la sede hispalense, como Cantillana, Villaverde y Almonastér la Real.

Otros muchos trastornos habían ocurrido por aquel tiempo en Andalucía. Pérfidamente empleó su poder el conde de Cabra cuando, so pretexto de vengar supuestos ultrajes de D. Alfonso de Aguilar, ocupó el fortísimo castillo de Almodóvar, orillas del Guadalquivir, cual si desde él hubiera de combatir al aborrecido contrario; mas luego que éste, reuniendo de todas partes considerables fuerzas, se manifestó dispuesto á aceptar combate si el Conde intentaba algún desmán contra los cordobeses, satisfecho con la posesión de la fortaleza, espontáneamente dada por su hermano Gon-

zalo Fernández al Obispo, el de Cabra rehuyó la batalla. De aquí nació en muchos la sospecha de que el Conde no había ido á pelear, sino á ocupar el castillo con cualquier pretexto. Comprobaron esta maldad muchos indicios. Entre otros, Alfonso de Aguilar avisó al alcaide Gonzalo que se precaviese contra esta violencia de su hermano; pero no considerándole capaz de tal felonía, permitió al Conde permanecer allí á su talante, y abusando del permiso, acabó por echar de la fortaleza al hermano, y le despojó de la mayor parte de sus riquezas, que eran grandes. Este atropello causó grave enojo al príncipe D. Fernando, unido por lazos de parentesco con el culpable y con su víctima. Tampoco pudo sufrirlo con calma el duque D. Enrique, que profesaba gran cariño á los dos hermanos, al Conde por mutuo afecto y recíprocos servicios, y á Gonzalo por trato familiar, y así nos envió al excelente sujeto Jorge de Medina y á mí para que aconsejásemos al usurpador la restitución de la fortaleza. Inútil fué nuestro trabajo, pues si bien el Conde dió plácida y benigna respuesta, movido por consejos de los hijos y del obispo de Córdoba D. Pedro, á la sazón residentes con él en Baena, difirió el asunto pérfida y vergonzosamente, por más que propusiera restituir más adelante lo usurpado, como lo verificó. La ocupación de la fortaleza inspiró á D. Alfonso de Aguilar la idea de proponer al Conde por mi mediación casarse con su hija Francisca, si noblemente ponía término á las rivalidades. Al fin los odios que los dominaban subyugaron sus corazones, y no se halló medio de reconciliación.

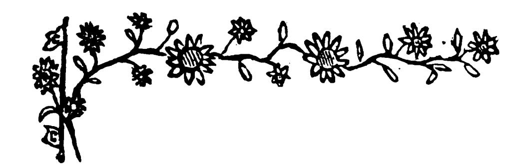
Al mismo tiempo, y mientras el príncipe D. Fernando trabajaba en Aragón por el arreglo de las dificultades, el rey Luis de Francia, más atento á la venganza que á la concordia concertada, se alegró de haber atraído á los magnates catalanes so pretexto de embajada; pero al principio suscribió á pactos de futura amistad, verosímilmente más concordes, porque con la esperanza del futuro enlace del Delfín con Isabel, hija única de los Príncipes, en primer lugar accedería á la ocupación del Rosellón y Cerdaña, siempre que el rey de Aragón, á quien había enviado tropas contra los catalanes rebeldes, dentro del año de firmados los pactos le pagase 300.000 coronas de oro. La solemne confirmación de estos arreglos había de encomendarse á aquellos personajes investidos con el cargo de embajadores. Mas cuando el rey Luis supo que habían entrado en Francia con lucidísimo séquito y gran ostentación de riqueza y poderío, aplazó el recibirlos, dejando entrever cierta malevolencia que les fué haciendo temer por su libertad, pues ni podían dar cartas ni recibirlas, ni ir á donde querían, acción que el Parlamento de París llevó muy á mal y reputó infame.

Despidió el Rey á 50 de los enviados y mandó quedar á dos de los principales con escasa comitiva, fingiendo que lo hacía, no por privarles de la libertad, sino porque muy ocupado con los asuntos de Bretaña, Inglaterra y Borgoña, no podía tratar de los de España.

Dícese que todo se hizo por indicación y con anuencia de los embajadores, vendidos ya por dinero, y esperanzados de mayores aumentos, por

lo que no veían mal que pasase el tiempo hasta prepararse nueva expedición para ocupar totalmente el Rosellón y la Cerdaña. Lo mismo en Cataluña que en Aragón y en todo aquel territorio del reino, hubo muchos y manifiestos indicios de la deslealtad de los Grandes, por igual corrompidos y ansiosos de la ruina de España, en conformidad con los dañados deseos del maestre Pacheco.





CAPÍTULO IX

Ardid del Marqués de Cádiz para apoderarse de la fortaleza y de la ciudad de Medina Sidonia.

Su yerno el Marqués de Cádiz perseguía incesantemente el exterminio del Duque de Medina Sidonia y de cuantos buscaban el favor del príncipe D. Fernando, y no le preocupaban tanto las rivalidades, que no le permitiesen trabajar siempre preferentemente por el público daño, de los pueblos más inclinados al partido de los Príncipes. Reunió poderosa armada para destruir al Duque, y no le faltó ocasión de poner en aprieto á hombre tan cobarde que, con su natural apatía, jamás proveía lo conveniente, convencido de poder defender sus estados con las vigilias ajenas y apoderarse de los de los otros.

Quejábanse los ciudadanos de Medina Sidonia (que así y por concesión pontificia se llamaban entonces, por estar aneja su iglesia á la diócesis gaditana) de las innumerables extorsiones sufridas á causa de la avaricia y crueldad de Bartolomé de Basurto, y era manifiesta la verdad de sus clamores. Pero este malvado aborrecía la justicia y su rudeza estaba reñida con el acierto, especialmente

ofuscado por el falso juicio de muchos que, si no le proclamaban varón justo, elogiaban sí su valentía y vigilancia, engañados por ciertos alardes suyos, por la ferocidad de su rostro, ó bien porque de ninguno de los íntimos del Duque fuese bien quisto, excepto del advenedizo Gómez de León, cuyo trato prefería por cierta analogía en las respectivas condiciones. Para que no se percibiesen las quejas de los metinenses, se interponía éste como antemural impidiendo que los vejados se acercasen al de Medina á protestar de los ultrajes sufridos. Fuerte con esta inicua benevolencia del de León, y con la maldad del Duque, Basurto se apoderaba sin temor de los bienes de los vecinos; colmaba de afrentas á los buenos; corrompía las hijas de honradas familia no había torpezas; negada á su liviandad, y sus violencias le habían hecho aborrecible á todos, hasta á su misma hija, ya en edad nubil, y á la que, muerta su mujer, había recluído en la fortaleza, confiándola, con las muchas riquezas allí acumuladas, á la guarda de un niño y dos ancianos.

Satisfecho con la fama de alcaide diligentísimo, pasaba las noches con sus concubinas fuera de la fortaleza, dejando incautamente en ella á dos prisioneros de Arcos, bajo la custodia de los viejos, con orden de no permitirles comunicación con ninguno de sus amigos. Uno de ellos hizo llegar por medio de un mensajero á noticia del valiente corregidor de Arcos, Pedro de Vera, el descuido de Basurto, y Pedro enteró al Marqués de Cádiz de los medios oportunos para ocupar la fortaleza. Fijado el día 26 de Diciembre para ello, el Marqués, siem-

pre en armas en tiempo de guerra, y aparentemente ocupado en disponer otras expediciones, se puso en marcha con 500 caballos cerrada ya la noche. Pedro de Vera, con unos cuantos, se aproximó cuando ya mediaba á la parte de la fortaleza más inaccesible por lo enrocada y, por consecuencia, más desatendida de los cansados guardianes, y arrimando las escalas, ocupó aquel lado de la fortaleza, se apoderó de los dos viejos y del mancebo, hizo al Marqués que se acercaba la señal convenida para penetrar en la fortaleza, dejó levantado el puente levadizo, y pasada la media noche, dando voces de que se presentaban los del Marqués, llevó á casa de Basurto á algunos soldados escogidos, dejando otros que se posesionasen de la fortaleza.

El mísero Basurto se arrancó despavorido de los brazos de la manceba, y á medio armar voló con tres compañeros de armas contra el enemigo. Los de la ciudad que le aborrecían, le negaron todo socorro al ver ocupada la fortaleza por los del Marqués, y se encaminaron hacia la parte indefensa de la población. Entretanto caía muerto Basurto, y poco después, sin la menor contradicción, aceptaban al Marqués por su Señor los ciudadanos.

Ocurrió esto el 27 de Diciembre de 1473 ó el 3 de Enero de 1474 si se cuenta el año desde el Nacimiento de Cristo.

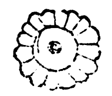
Inmediatamente se apoderaron de la hija de Basurto, que se encontraba sola en la torre del homenaje; y los soldados cogieron todas sus riquezas, gran cantidad en oro; siete caballos berberiscos; otros tantos andaluces y preciosas ar-

mas. Fué más desastrado el caso del Alcaide, porque á causa de su avaricia había encomendado á dos viejos y á un adolescente las guardias que debían hacer muchos caballeros, y conservaba en el arca las 40 monedas del diario estipendio de otros tantos centinelas.

Hondo pesar causó al Duque la noticia; pero consolóle algún tanto la creencia de que los vecinos se opondrían á la ocupación de la ciudad, pues con sus 200 caballos y 3.000 peones podían aguardar muy bien un socorro que superaría al de los enemigos. Con esta vana esperanza, reunió rápidamente un escuadrón de sevillanos y marchó hacia Medina. No tardó en convencerse de ser cierta la pérdida de la ciudad, y al mismo tiempo del inminente riesgo de otras villas como Vejer, Chiclana y Conil, pues ocupada Medina, era muy de temer la opresión de sus moradores y de los de otras poblaciones, y que por fuerza ó por necesidad se entregase todo el Estado al enemigo, pasando al Marqués la pingüe renta de las almadrabas, fuente de grandes ingresos para el Duque en el mes de Mayo de cada año.

Estos temores decidieron al de Medina á buscar el amparo del ilustre príncipe D. Fernando, y así me dió el encargo de llamarle porque sabía estaba en Aranda, de vuelta de Aragón, y se ocupaba en el remedio de las comunes urgencias. Al ir á desempeñar mi encargo me anunciaron la extraña novedad de haber regresado de Aragón D. Fernando, y que reuniéndose en Aranda con la Princesa, se habían ido á Segovia, donde, ó por fuerza ó por voluntad,

residía á la sazón el rey D. Enrique. Aunque estupefacto, como otros muchos que se maravillaban de tamaña novedad, no abandoné mi encargo. Pero para el orden de la narración conviene explicar el extraño suceso.





CAPITULO X

Inopinado triunfo de los Príncipes que les permitió dirigirse á Segovia.

Dejo referido cuán profundo era el odio del maestre Pacheco á los cristianos nuevos, y no hice misterio de su causa. También referí la recíproca malevolencia de los segovianos y Andrés de Cabrera, alcaide del Alcázar y guarda del tesoro allí depositado, pues todavía contaba el Rey con sobradas riquezas. Su cobarde ánimo vacilaba entre el temor y la esperanza, no atreviéndose á contrariar la voluntad del inicuo Maestre, ni á desagradar al amado guardián de sus tesoros. Este, por su parte, reflexionando sobre las futuras contingencias, consideraba atentamente lo más ventajoso para él y para su mujer D.ª Beatriz de Bobadilla, y en la confianza de la amistad discurría acerca de si sería más oportuno ó parecería menos útil someterse á la tiranía de Pacheco con perjuicio de todos, ó prescindir de la voluntad del malvado Monarca y conservar de este modo cuanto convenía para sí y para los hombres de buenas intenciones. Era el más íntimo de sus amigos Abraham *el Viejo*, judío segoviano de gran experiencia y fiel observador de las leyes de la amistad. Inspirado en su rectitud, aconsejaba

á Cabrera que despreciase la repugnante abyección de D. Enrique, falto de toda energía y privado del libre albedrío común á los demás hombres, pues al que no sabe amar ni aborrecer con razón se le reputa, no sólo inhumano, sino necio. De semejante monstruo no podía esperarse manifestación alguna de virtud; tal vez algún apoyo en la desgracia, pues si se viera en crítico trance, indudablemente ensalzaría á quien en otro caso condenara.

Convencido Andrés con estas razones, habló del caso con Alonso de Quintanilla, antiguo amigo suyo y de D.ª Beatriz y muy á la devoción de los Príncipes. Este fué el alma de los tratos, pues antes que el Príncipe volviese de Aragón, descubrió las buenas disposiciones del de Cabrera á doña Isabel, que desde niña había querido mucho á Beatriz, distinguiéndola con su intimidad entre las demás compañeras de juegos infantiles, distinción que hubiera conservado siempre si, como se dijo, no se hubiese acogido desde Madrigal al favor de D. Enrique. Pero ambos cónyuges supieron con tiempo mirar por su bien, y siguiendo el consejo de Abraham *el Viejo* y de su intérprete Quintanilla, convinieron en que los Príncipes, aun sin conocimiento y contra la voluntad del Rey, viniesen á Segovia y tomasen posesión de la ciudad, del alcázar y del tesoro allí guardado. Si por caso don Enrique quebrantaba los antiguos pactos, permanecerían á su lado en benévola concordia, y contra el maestre de Santiago y los demás seductores. Aceptó la Princesa, en ausencia del marido, lo que la proponían; elogió las buenas disposicio-

nes de Andrés, expuestas por Quintanilla, y sin dificultad volvió á admitir á Beatriz á su afecto; pero creyó debía esperarse á que llegara el Príncipe. Algunos días después se reunió en Aranda con la Princesa y con el arzobispo de Toledo; dió su aprobación á lo concertado, y accediendo á los deseos de los que los llamaban, marcharon á Segovia á media noche, contra lo que muchos creían, y se entregaron confiadamente á la salvaguardia de Andrés, entrando el 27 de Diciembre en el alcázar, en el mismo día y hora en que, como dije, ocupó á Medina Sidonia el marqués de Cádiz.

Rápidamente cundió la noticia por la ciudad y llenó de terror al rey Enrique; pero le tranquilizó algún tanto el alcaide, asegurándole con mesuradas razones que obraría en todo conforme á á su voluntad, como estaba obligado. Falto el infeliz monarca de todo consejo, se allanó al parecer del alcaide, á quien se había entregado con el resto de sus tesoros, confiando en poder ganarle con promesas y con los halagos del cardenal de España y del conde de Benavente, á la sazón muy en la gracia de la Bobadilla. Creyó también en su maldad que podría destruir los pactos concertados con los Príncipes, y apeló á las astucias sugeridas por los consejos más secretos del maestre de Santiago, en aquellos días residente en Cuéllar con la recien casada, el suegro, el Condestable y el duque D. Beltrán. Todos estos enviaban emisarios al Rey para consolarle y aconsejarle que, no sólo disimulase su pesar, sino que hasta fingiese la mayor satisfacción posible, ma-

nifestándose en las entrevistas indignado contra el Maestre por su deslealtad y sus funestas maldades, á fin de traer engañados con este disimulo á los Príncipes y al Prelado toledano, su rudo y crédulo consejero. Tanto el Cardenal como el conde de Benavente, consumados maestros en astucias, tomaron parte en ésta, reforzada con la fingida indignación del duque D. Beltrán, que se declaraba de acuerdo con Andrés, á quien era notoria la profunda y constante enemiga del perverso Maestre contra su persona, y de cómo por intermedio de Luis de Mesa, igualmente grato á él y á los Príncipes, había aprobado por completo el proyecto de recibirlos en Segovia para daño del perverso Pacheco, pseudo Maestre, mejor dicho, intruso en el Maestrazgo que á él de derecho le correspondía.

Excelentes parecieron aquellas sugestiones al Rey, persuadido de que así quedarían burlados y destruídos los Príncipes y el Arzobispo, completándose á toda su satisfacción la empresa si se lograba traer á Segovia desde Aranda á la única hija de los Príncipes, la princesa D.ª Isabel, niña de tierna edad, con lo que se extinguía todo germen de ulteriores contrariedades, y á un tiempo se arrancaba toda aquella rama, legítima heredera de los reinos de Castilla, León y Aragón.

Con capa de interés amistoso, el Cardenal aconsejó á D.ª Beatriz que al trabajar por la ajena prosperidad no descuidase la propia y la de su marido, el cual habiendo pospuesto los grandes beneficios recibidos del rey D. Enrique por vengar las maldades del perturbador Maestre, debía cier-

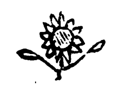
tamente exigir de la gratitud de los Príncipes alguna prenda más segura, y que no se veía otra tan suficiente como la custodia de la niña, pues á los Príncipes, espontáneamente confiados á la lealtad de Andrés, sería inicuo privarles de la libertad en ningún caso, y si el alcaide mismo había aceptado tan grave compromiso sin gran premio había sido inconscientemente. Lo mismo, y con igual apariencia de afecto, aconsejaba á Beatriz el de Benavente; y persuadida ella, convenció á su vez al marido de que deliberadamente debían valerse del Arzobispo, porque con su intervención se obtendría con más facilidad la prenda del futuro premio. Como albricias de la gratitud se propuso la villa de Moya, de extenso señorío en la diócesis de Cuenca. El ser Andrés natural de esta ciudad le hacía desear recibir tal recompensa, y por saber que la villa se había pasado desde el partido de D. Enrique al de los Príncipes porque el Rey había querido enajenarla de la Corona para dársela á Pacheco, y los ciudadanos hostiles al Maestre habían llamado á Juan Fernández de Heredia, principal magnate aragonés, que había fortalecido el castillo con guarnición y obras de defensa. Dependía, pues, sólo de la voluntad de los Príncipes el conceder su señorío á quien quisiesen. Aprovechando esta oportunidad, Andrés se valió primero de Alonso de Quintanilla y luego del Arzobispo de Toledo para pedirla para sí; pero como se aplazase la recompensa por la dificultad de otorgarla contra la voluntad del de Heredia, se trató de la prenda, añadiendo nuevas promesas de que en caso de no

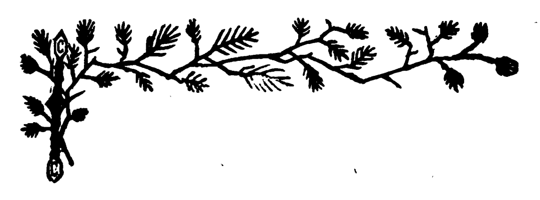
cumplir el Rey todo lo pactado en Guisando en favor de la Princesa D.ª Isabel, Andrés entregaría inmediatamente á los Príncipes el alcázar con sus tesoros y las puertas de la ciudad. Satisfecho con estas promesas el Arzobispo, se esforzó por persuadir á D.ª Isabel á que confiase á su única hija á la guarda del alcaide. Resistiólo D.ª Isabel, y en cuanto á prenda de la futura recompensa, dijo que bastaba y sobraba su palabra hasta que pudiese darse á Andrés el prometido señorío de Moya. No llevó á bien esta respuesta el Prelado y se quejó de la tenacidad de la Princesa que de ningún modo quería asentir á lo propuesto, siendo así causa de general trastorno y confusión. No menos enojado Andrés, exponía su peligro y el de los Príncipes y decía que todo lo había sacrificado á su felicidad; pero que ya se le hacían intolerables los gastos de soldadas indispensables para sobrellevar la enemistad del Maestre ó la tenaz resistencia del Rey á conceder lo pactado mientras los Príncipes no diesen seguridad de cumplir lo prometido. Todo parecía ya en camino de ruina, porque no se daban cuenta del engaño, y el mismo príncipe D. Fernando, más inclinado al parecer del Arzobispo, no se oponía á la entrega de su hija, y en cierto modo acusaba á su mujer de obstinación.

Por casualidad yo que había salido de Sevilla comisionado para llamar al Príncipe por el duque de Medina Sidonia, muy intranquilo desde el descalabro sufrido con la ocupación de Medina por el marqués de Cádiz, me dirigía á Aranda creyendo encontrar allí á los Príncipes; pero sabidas

las novedades en el camino, marché á Segovia, y precaviendo los peligros que me amenazaban si el Rey sabía mi llegada, procuré tener una entrevista secreta con los Príncipes. Como á D. Fernando le constaba que mi presencia había de disgustar al Arzobispo, temeroso del enojo del Rey á causa de su animadversión á mi persona, me escondió en la despensa con los camareros para que ni el Rey ni sus secuaces se apercibieran de mi venida. Hizo la suerte que yo pudiera salir disimuladamente á media noche de mi escondite para amonestar al Arzobispo que no se dejase engañar por los seductores; que apoyase la perseverancia de D.ª Isabel y se guardase de aquellos perversos dispuestos á descubrir sus feroces intentos en cuanto viesen á la niña recluída con sus padres, para destruirlos luego á todos. Una dichosa casualidad vino en apoyo de mis constantes ruegos y exhortaciones. En la cámara donde yo estaba escondido, y cuando ya se habían retirado los principales criados, solían reunirse el conde de Benavente, D. Rodrigo Pimentel, el licenciado de Ciudad Rodrígo Antonio Ruiz, y García Franco, ministros todos de la mentira, y muy ajenos de mi presencia, se comunicaban en secreto sus más ocultos planes. Así pude confirmar mis primeras sospechas y avisar á los Príncipes y al Prelado de los peligros que debían evitar. Este, que ya me escuchaba con más atención, se propuso entonces descubrir por sí mismo la verdad; averiguó que iba á entregarse á Pacheco un portillo de las murallas, y uniéndome al alcaide Andrés para frustrar las maquinaciones,

evité el inminente peligro y logré atraerle á mi opinión, constantemente sustentada desde las primeras entrevistas, de que, no sólo no debía llevarse á la niña á Segovia, sino que D. Fernando debía marchar á Avila ó á Turuégano, pues en su ausencia estaba segura la Princesa en Segovia.





LIBRO IX

CAPÍTULO PRIMERO

Trasládase el Príncipe á Turuégano.—Prisión del clavero de Alcántara D. Alfonso de Monroy.—D.ª Isabel se dirige á Avila donde habían llevado á su hija.—Nuevas intrigas de los falaces Grandes, también desbaratadas por un feliz acaso.

El año de 1474 puso término á una situación indigna por la oportuna salida del Príncipe de aquella reclusión de Segovia, no sólo execrable, sino vergonzosa, pues en el callejón sin salida entre la ciudad y el alcázar había centinelas que no dejaban pasar á ninguno de los servidores de D. Fernando hasta convencerse, después de muchas pesquisas, de que no llevaban armas. En cambio entraban armados todos los maquinadores de la traición, y sólo la mano de la Providencia pudo apartar la funesta é inminente ruina, permitiendo que los traidores estuviesen pendientes de la tan vana como anhelada esperanza de la reclusión de la niña. Así

mientras el Rey desde la llegada de los Príncipes fingía serle grata la compañía, los recibía cortés y afectuosamente el día de Reyes en el solemne banquete y les daba otras muchas pruebas de fingido afecto, los demás cómplices de la intriga se esforzaban por ocultar sus pensamientos con falsas apariencias y disimulos; pero al conocer la repentina marcha del Príncipe á Turuégano con voz de conferenciar con el almirante D. Alfonso Enríquez, quedaron atónitos, y ya no fué posible prolongar el fingimiento, porque la palidez de los rostros y la alteración en los semblantes descubrían claramente los ocultos propósitos. El pueblo segoviano, resueltamente en favor de los Príncipes, no se recataba para recriminar á los inicuos que así hacían manifiestos sus reprobados fines, y el vulgo les acusaba sin rebozo. Habló D. Fernando con su tío y produjole tristeza la entrevista al observar qué poco se parecía el hijo al magnánimo varón, abuelo del Príncipe, D. Fadrique, á quien había sucedido en el Maestrazgo, pues á poco de su muerte, marchó con 200 lanzas á Turuégano, y proponiéndose ir á Segovia, le detuvo la simple orden del alcaide Cabrera, que, á excepción del Arzobispo de Toledo, no permitía la entrada en la ciudad á los Grandes adictos á los Príncipes, aunque sí á los del partido contrario, excusándose con fútiles pretextos. De aquí nació la primera sospecha de que Cabrera, ni quería entregarse al arbitrio del Maestre, ni decidirse resueltamente por los Príncipes, sino seguir por entre ambos partidos camino que le condujese al apogeo de su fortuna. Así cuando hablaba con el

Rey le reconocía como su gran bienhechor, y juraba que nunca dejaría su servicio con tal que D. Enrique en interés propio se mostrase enemigo del Maestre. A los Príncipes prometía no consentir jamás que en aquella ciudad sufriesen el menor perjuicio, antes resistiría á quien intentara causársele. Su mujer parecía obedientísima á la causa de la ilustre Princesa, y no reprobaba las intrigas del Cardenal y del de Benavente; para uno y otra era objeto de veneración el Arzobispo; de modo que ya ni á los intrigantes ni á sus víctimas repugnaban ni avergonzaban las frecuentes y procaces promesas. La marcha del Príncipe interrumpió, sin embargo, las perversas maquinaciones, porque había cierta esperanza de que permaneciese pocos días en Turuégano con su tío el Almirante y con el obispo de Segovia, por atraerle á esta ciudad el amor de la esposa. De aquella villa se trasladó á Sepúlveda para que le trajesen desde Aranda á su hija y llevarla en su compañía, ó dejarla en aquella fortísima ciudad bajo buena guarda, porque había sabido que algunos naturales de Aranda meditaban traición y que el Maestre había salido de Cuéllar con 500 lanzas para apoderarse de la niña, maldad que le fué avisada á tiempo. Librada del peligro la Princesa, y dejándola bien custodiada, regresó á Turuégano por haber venido nueva de la prisión del valiente Alfonso de Monroy, muy querido del Príncipe á causa de su gran renombre. Algún tanto mitigó la pena la esperanza luego frustrada de librar al prisionero, pues confiado el Príncipe en la utilidad de participarle sus intenciones, despachó á

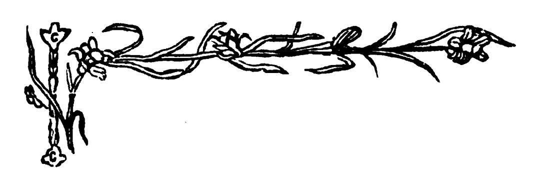
un portugués, llamado Juan Pérez, con embajada para Francisco de Solís, de quien era muy conocido, y que con pérfido engaño se había apoderado del Clavero ó Maestre de Alcántara Monroy. Pero ni el enviado era á propósito para el encargo que se le confiaba, pues, contra lo que creía el Príncipe, prefería la prisión á la libertad del Clavero, ni Solís hubiese soltado al suegro por exhortaciones ú ofertas. Era alcaide del castillo de Magazela, y meditando durante largo tiempo la ruina de Monroy, ningún medio le había parecido más seguro para apoderarse de su persona que casarse con la hija á satisfacción del padre. Este estrecho parentesco é íntima amistad esperaba el Solís, conforme con el parecer de su tío Diego de Cáceres, alcaide del castillo de Benquerencia, que, no sólo desvanecería las sospechas del cauto caudillo, sino que le inspiraría confianza para firme comunidad de intereses. Los dos trabajaban de consuno por la ruina del esforzado capitán, desesperados de vencerle por armas en buena lid, y al fin tuvo éxito su depravado intento, porque los frecuentes mensajes de los intermediarios haciendo creer al suegro en el natural cariño del yerno, le inspiraron confianza para visitarle dentro del fortísimo castillo. Así cayó en manos de su enemigo, que le sepultó cargado de grillos, en oscuro calabozo. No tardó el astuto Clavero en buscar manera de evadirse concertando con cierto amigo suyo que en hora determinada le aguardase con un caballo al pie de los muros. Descolgóse por una cuerda con los grillos puestos; pero quiso su mala es-

trella que anticipase la hora, y no hallando al amigo, tuvo que esconderse en lo intrincado de un bosque. Allí le encontraron los guardias que salieron en su persecución, y le encerraron de nuevo en más profundo calabozo.

Quise hacer aquí breve mención de estos sucesos para continuar luego la serie de los ocurridos cuando salió el Príncipe de Sepúlveda después de la primera prisión del Clavero. Ante todo dispuso que sacasen de allí á la niña y la llevasen á Avila, después de visitar en Segovia á su madre. Luego se despidió del Almirante y se propuso volver él también allá desde Turuégano. Ni el tío ni el Obispo de Segovia aprobaban esta resolución, por creer todos poco seguro el regreso. Lo mismo aconsejaba yo, y por cartas y emisarios rogaba al Arzobispo que hiciese iguales advertencias. Pero el Prelado contestó que consideraba muy segura la permanencia de D. Fernando en Segovia, con tal que el cariño de su esposa no le detuviese más que dos ó tres días. El Príncipe no pudo resistir á su deseo de visitar allí á D.ª Isabel; pero habiendo resuelto que el Almirante le aguardara durante tres dias en Turuégano y yo con él, para evitarse mis constantes y serias advertencias, me juró, respondiendo á mis súplicas, que al terminar aquel plazo se reuniría allí con nosotros. Pasó, sin embargo, y entonces yo, lleno de ansiedad, marché á Segovia á persuadirle, según mi firme convicción, de lo peligroso que era permanecer más tiempo entre aquellos malvados, y de lo conveniente de trasladarse á Avila. A los pocos días vino á Turuégano, con gran contrariedad de los

maquinadores de la traición, que discurrieron nuevo ardid para lograr su infame propósito, apelando á los sentimientos de mujer de la Princesa para inducirla á llamar al Prícepe con pretexto del torneo que, contra las disposiciones del catolicismo, había de celebrarse el domingo de Pasión. Ya había resuelto tomar parte en él don Fernando, é indudablemente hubiera caído en el lazo que se le tendía, si la ocupación de Carrión, que se había pasado al Conde de Treviño, dejando al de Benavente, no hubiese ofrecido oportunamente mayor dificultad, pues éste, que había de llevar socorro á los suyos encerrados en la fortaleza, no logró apoderarse de Segovia antes de salir con la expedición, porque el Arzobispo, ya sabedor de toda la trama, lo dispuso todo de tal suerte que dejó frustrada la intentona del Conde y del Cardenal para hacerse dueños de Segovia. Descubierta la traición, el de Benavente, reo de maldad semejante, se vió forzado á marchar á otra parte y el Cardenal decidió tratar de composición con el Arzobispo.





CAPÍTULO II

Sedición de los Grandes divididos en bandos.— Diverso auxilio del Rey y del príncipe D. Fernando. — Desidia del Almirante D. Alfonso Enríquez.

No fué grata al Príncipe esta alianza entre el Cardenal y el Arzobispo, aunque se alegró de haber conocido claramente los intentos de la traición, á veces disfrazados con lisonjeras razones, preñadas de amistosas promesas, para que no se percibiesen los ocultos fines del engaño, pero se admiró de la torpeza del Arzobispo que no había penetrado ni las anteriores ni las últimas trazas de los engañadores.

Ya estaba resuelto D. Fernando á socorrer al conde de Treviño, que sabiendo que el Rey favorecería al de Benavente, le había enviado mensajeros á pedir su pronto auxilio. Diósele al punto, saliendo de Avila con el Almirante al frente de unas 400 lanzas, por constarle el decidido empeño de D. Enrique en destruir el bando del conde de Treviño, lo que en modo alguno hubiera favorecido sus intentos. A lo mismo tendía la ingénita maldad del maestre Pacheco, si bien empleaba mil rodeos, y procuraba mostrarse ami-

go y enemigo de ambos bandos, sin negar á ninguno su ayuda, por más que en aquel caso parecía tener en mucho el parentesco con su yerno el de Benavente que le enviaba emisarios á pedir su socorro.

Con igual benevolencia contestaba á los del conde de Treviño cuando también se le pedían, asegurándoles que como el de Benavente siempre le había sido contrario, acudiría á tiempo en favor del amigo, prescindiendo de las obligaciones para con el deudo hostil. Grave obstáculo halló aquél en sus tratos con el Cardenal en el decidido propósito del Marqués de Santillana que, llamado por el de Treviño en socorro de Carrión á fin de que recobrase su libertad esta villa, antes sólo obediente al cetro real, accedió á ello de buen grado, sin hacer caso del contubernio entablado entre el Cardenal y el conde de Benavente, ante la consideración de la libertad del solar paterno donde yacían los huesos de sus antepasados, y aunque su alternativa y tiránica ocupación por el de Benavente ó por el de Treviño causaba viva angustia al marqués D. Diego Hurtado de Mendoza. Aceptó pues de muy buen grado el ofrecimiento del conde de Treviño D. Pedro Manrique, declarando al fin que no había ocupado la villa con intención de retenerla, sino para acabar con la cruel tiranía del de Benavente. Reunió el Marqués las tropas necesarias y voló al socorro. Al pasar por Valladolid le refirieron que uno de sus moradores, mal avenido con la tiranía con que agobiaba á los vallisoletanos el de Benavente, había dicho: «Lástima que al Marqués no se le hubiese caído aquí el único

diente que le queda y le cencerrea en la boca! ¡Tal vez por respeto á ese hueso nos hubiera devuelto nuestra antigua libertad!»

Inmediatamente empezaron á reunirse tropas, unas en favor del de Treviño, otras del de Benavente. La mayor parte de los Grandes con 2.000 jinetes y unas 300 lanzas siguieron al primero; el segundo pudo reunir 1.000 de los primeros y 800 de las últimas. Ya todo parecía depender del Príncipe, que acaudillaba escogido escuadrón de nobles jovenes y se esperaba auxiliaría poderosamente al de Treviño; pero el Almirante halló medio de retrasar su rápida marcha, haciéndole torcer el camino desde Simancas á Medina de Rioseco, mientras aquél combatía la fortaleza de Carrión y el de Benavente demandaba auxilio á sus amigos de Villalón para socorrerla. Hubiera deseado ver á D. Fernando neutral entre los dos bandos, é interviniendo sólo como mediador, pues aunque se creía al Almirante enemigo de su primo hermano el de Benavente, infundíale gran temor su dureza y las posibles correrías por sus tierras antes por él con menores motivos devastadas. La madre del Almirante, D.ª Teresa de Quiñones, tía materna del de Benavente, con el anhelo de ver triunfante á su sobrino, aconsejaba á su hijo que trabajase por retener la marcha del Príncipe. Penetró el perverso intento el Arzobispo, y por frecuentes cartas y emisarios echó en cara á D. Fernando su lentitud para acudir al socorro de sus leales, y aún más el manifestarse en cierto modo propicio á los enemigos. Halló un correctivo tan reprensible tardanza en la actividad de D. Rodrigo

Manrique, conde de Paredes, que rápidamente se trasladó desde Andalucía á su villa de Paredes y dió al Príncipe prudentes consejos enderezados á convencerle de que las exigencias del verdadero honor obligaban á dar el prometido auxilio. Quería el Príncipe marchar al punto á Carrión; pero todavía el Almirante, imposibilitado de demorar por más tiempo la permanencia en Medina, buscó medio de hacerle pasar por Dueñas, inventando pretextos para tal camino antes de tomar el de Carrión. No consiguió el astuto Almirante engañar á su primo el de Paredes, y en cuanto tuvo noticia del nuevo rodeo del Príncipe, resolvió ir á su encuentro para descubrirle de palabra mejor que por cartas lo que se tramaba. Luego que le escuchó el Príncipe determinó ir á Paredes; pero que el Conde se adelantase á observar los movimientos del de Benavente, entonces en Villalón, y después á los cuatro días, en el lleno de luna, emprender él la marcha á media noche para entrar antes de salir el sol con sus tropas en aquella villa.

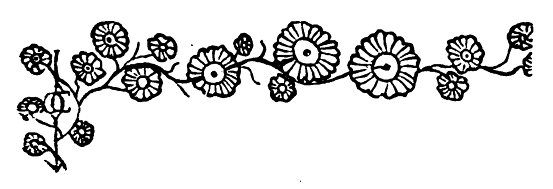
Cuando al alba pasaba el Príncipe por Villaumbrales, el Almirante logró convencerle de que debía tomar algún descanso, y se entregaron incautamente al sueño sin disponer avanzadas, como aconsejan las prácticas de la milicia. Poco faltó para que el Príncipe y sus tropas pagasen harto caro el descuido, pues si el de Benavente hubiese acudido con más presteza con su gente á Becerril, sin duda se hubiese apoderado de los desprevenidos. Estorbólo la exquisita vigilancia del de Manrique, atento á prevenir todo peligro.

Todo aquel cuidado se necesitó para salvar al Príncipe y á sus gentes, y aun con ello no resultaron incólumes, porque al pasar junto á los muros de Becerril, en otro tiempo destruídos por D. Rodrigo Manrique, divisaron á lo lejos pelotones de caballería del de Benavente que se apoderaban de los rezagados. Frustrada la primera tentativa, ocupó éste á Becerril, á cuatro mil pasos de Paredes, y desde allí acechaba la ocasión para trabar escaramuza con los enemigos. Todos los días colocaba en las colinas soldados en atalaya, y como los continuos alardes de las fuerzas y sus palabras diesen claramente á entender que estaba dispuesto á la batalla, el Príncipe tuvo que llamar mayor número de caballeros. Por su parte el Almirante reforzó su gente con 150 caballos, y ya pudo oponer D. Fernando unos 700 á la acometida del enemigo.

No pudo ver con paciencia el de Paredes la incuria del Príncipe, entretenido en juegos y distracciones en tan críticas circunstancias, y se lo recriminó con severas palabras, propias de tan íntegro consejero. Sobre todo se mostró indignado contra el Almirante, tan diferente de su padre, y que de tal modo abusaba de las circunstancias. D. Fernando entonces corrigió su descuido haciendo de manera que el de Benavente le viese preparado á la batalla; pero como supo que el castillo de Carrión, día y noche combatido por las minas y la artillería, forzosamente tendría que rendirse, aceptó el acomodo propuesto por el Cardenal y otros intermediarios de parte del Rey, muy apesadumbrado de aquella bélica empresa.

Quedó por ambas partes aceptada la libertad de la villa y la demolición del castillo y de las murallas, condición esta última ingerida en el convenio por el de Benavente con el propósito de volver á ocuparla en cuanto se alejasen las tropas. Adivinó el astuto conde de Treviño el ardid del adversario, y aceptó la destrucción parcial de las murallas, con tal que se arrasase el castillo, á fin de evitar la necesidad de tan grandes fuerzas militares. Pero cuando ya los pactos estuvieron asentados, el de Treviño engañó astutamente al de Benavente, pues como en ellos no se prohibía nueva edificación de lo derruído, el primero hizo levantar una muralla mejor construída que la arrasada con ayuda del pueblo, á quien persuadió de ser aquello la salvaguardia de su libertad, si querían evitar la dura tiranía del de Benavente. Este se halló imposibilitado de contrarrestar las maquinaciones del adversario, porque licenciada su gente y vueltas á sus casas las milicias auxiliares, ya no pudo reunir caballería bastante que oponer á la del enemigo, y éste se había reservado tropas demasiado numerosas, atendida la unanimidad del pueblo de Carrión para realizar la reconstrucción de los muros.





CAPÍTULO III

Ataque á la villa de Alcalá de Guadaira.—Llegada del marqués de Cádiz.—Pactos ajustados en Marchenilla.

Mientras las gentes de ambos bandos se disponían al combate en Carrión y villas circunvecinas, en Andalucía trabajaba con igual empeño y no menores tropas el duque de Medina Sidonia por recobrar esta villa, ocupada, como dije, por el marqués de Cádiz. No se descuidaban los suyos en sostenerse en ella y alejar de Jerez al enemigo, protegiendo al mismo tiempo á Alcalá de los ataques que pudieran intentarse, así que todas las fuerzas de Sevilla, Jerez, Córdoba, Ecija y Carmona, de la Andalucía entera, estaban divididas en favor de uno ú otro bando. El Duque reunió unos 3.000 peones ligeros y 8.000 lanzas y con ellos emprendió marcha simulada hacia Jerez. El Marqués, que en repetidas ocasiones había pedido el auxilio de la gente del maestre Pacheco, en ésta en que había de pelearse por tan decisivo empeño, no dejó uno que no se atrajese por dádivas ó por ruegos, llegando á disponer de unos 2.500 caballos y numeroso peonaje, en espera de los movimientos del

enemigo. En cuanto supo que el Duque, contra la opinión de muchos, había torcido la marcha hacia Jerez para ir con todo su poder contra Alcalá de Guadaira, y que ya había empezado á batirla, sacó tropas de aquella ciudad en socorro de los de Alcalá, aterrados con el primer ataque de la artillería y grandes máquinas de guerra del Duque, y más atemorizados aún porque muchos de sus convecinos, y de los más principales, eran sospechosos de parcialidad hacia el de Medina, peligro el mayor de todos para cuantos lo conocían. No era menor la perfidia de algunos caballeros sevillanos que en secreto trabajaban por hacer fracasar el ataque. Uno de los primeros era Alfonso Pérez Martel, de gran influjo con el Duque, pero infiel á su causa, pues ó bien por tener dos hermanos muy queridos del Marqués, ó por su natural pérfido, revelaba, según se dice, á los enemigos, cuanto tramaban los vecinos secretos favorecedores del Duque. También entorpeció gravemente el sitio cierto (1) Mosquera, Comendador de Santiago, instigado, á lo que se cree, por Pacheco, que veía ya próxima la rendición, de continuar el destrozo de la artillería. Fingióse herido por maestre Alfonso, artillero peritísimo, y cuando le vió ocupado en poner fuego á una gruesa bombarda para lanzar la piedra, le asestó con la espada tan terrible golpe sobre el cuello que le derribó por tierra casi exánime. Cuando el Du-

---

(1) El nombre en blanco. En G.-29 parece verse una *S* inicial.

que, de suyo pacífico é inofensivo, tuvo noticia de la felonía, se encendió en cólera y atravesó con su espada al malvado Mosquera. Pero la muerte de uno no influyó nada en los muchos traidores que siguieron dificultando el ataque, aun cuando los soldados del Duque se dirigiesen por la parte del Guadaira al arrabal de San Miguel y lograsen su propósito ocupándole. Mas trastornó estos trabajos de los sitiadores el rumor de la llegada del Marqués que, contra la opinión general, se avisó hallarse cerca de la villa al frente de numerosas tropas. Y cómo hubiera sido insensato despreciarlas, y como los más aconsejaban que, dejando encomendado el sitio á los soldados aguerridos con el resguardo de puestos bien fortificados, el resto marchase contra el enemigo, mientras otros creían más acertado levantar el sitio y presentar batalla con todo el ejército, y finalmente Alfonso de Velasco y el conde de Tendilla, D. Iñigo de Mendoza, opinaban que ante todo debían enviarse emisarios á sondear las intenciones del Marqués por si acaso prefería algún acomodo al trance de la batalla, el Duque aceptó este tercer consejo como el más conveniente. Así lo consideraron también muchos, pues la generalidad conocía cuáles eran los anhelos de uno y otro caudillo, porque el Duque, muy amante del sosiego, sólo había emprendido cosa tan contraria á su carácter como aquella guerra, por el intento de recobrar á Medina, convencido de que la ocupación de esta ciudad traía consigo la pérdida completa del resto de su Señorío; y el Marqués, exhausto de recursos pecuniarios, consumidos en

tan larga campaña, no podía diferir la batalla, habiendo de dar estipendio militar á casi todas sus tropas, en especial á los auxiliares, reconocidamente el nervio de su ejército, y tenía que optar entre su abandono ó el combate inmediato. Le constaba además que sus amigos repugnaban la guerra, ponderando el número y los recursos del ejército sevillano, y acusándole de temerario si se decidía á empeñar con él la batalla.

Estos y otros cuidados traían angustiado al Marqués, cuando se le presentaron el conde de Tendilla y Alfonso de Velasco, acompañados de D. Fadrique Manrique, capitán de las tropas de Ecija. Este entendido caudillo era contrario á estas discordias y rivalidades porque además de sus relaciones de parentesco con el Duque y del singular afecto que profesaba á Pedro de Estúñiga, sobrino muy querido de aquél, con quien hacía vida común, no esperaba sino pesadumbres del resultado de la batalla. No les fué pues difícil convencer al Marqués que, poco animado á darla, ordenaba sus huestes á la vista de los sevillanos, en su mayor parte, especialmente los peones, ansiosos de pelea, al mismo tiempo que el Duque procedía con no menos desanimación que su adversario. Así, como preliminar de las negociaciones y por acuerdo de los intermediarios, el Duque y el Marqués se dirigieron al castillo de Marchenilla, cerca de Alcalá, en tierras de Alfonso de Velasco. Este y el conde de Tendilla, como árbitros componedores de las pasadas alteraciones, asignaron al Duque parte del territorio, otra al Duque, cierta porción á D. Fadrique Manrique y

otra pequeña al obispo de Cádiz D. Pedro Solís, cuyos deseos satisfacía grandemente este arreglo. Ajustándose á los compromisos de ambas partes, los árbitros pronunciaron por sentencia el olvido real ó fingido de la sangre derramada y remisión de los daños ya irreparables; pero propusieron que se restituyese al Duque de Medina Sidonia esta ciudad, largo tiempo ocupada por el Marqués, y que aquél cediese perpetuamente el derecho de la pesca en las almadrabas que desde el principio de las hostilidades se ejercía anualmente en Cádiz en el mes de Mayo, sin tener en nada los antiguos privilegios del Duque. Todo lo demás que fuera posible había de devolverse á sus legítimos dueños. En menos de tres días quedaron resueltas estas bases, y si fué dolorosa al Marqués la restitución de la ciudad, no lo fué menos á sus vecinos, aborrecedores declarados del Duque, y muchísimo más al maestre Pacheco, imposibilitado de evitarla por lo rápido del arbitraje y la larga distancia á que en aquellos días se encontraba.





CAPÍTULO IV

Los embajadores del duque de Borgoña traen las insignias del Toisón al príncipe D. Fernando.

HALLÁNDOSE el Príncipe en Paredes recibió aviso de haber arribado á las costas de Vizcaya embajadores del duque de Borgoña, ilustres personajes encargados principalmente de confirmar la antigua fraternidad entre los respectivos padres establecida por la Orden del Toisón de Oro, insignia que llevaba constantemente desde la muerte del duque Felipe el rey D. Juan de Aragón, en recuerdo de la antigua amistad.

Escribió al punto D. Fernando á los embajadores rogándoles que mientras se hacía la entrega de Carrión aguardasen en Burgos, como hospedaje más cómodo; pero terminada aquélla, decidió darles audiencia en Palenzuela, villa del Almirante su tío, que podría atender al recibimiento, pues él, á causa de su gran pobreza, se veía forzado á evitar los agasajos y fiestas exigidos por semejantes actos. El Almirante, de suyo poco espléndido, si bien al principio aceptó el hospedaje, poco después calculando más despacio la canti-

dad de los gastos y la calidad de los huéspedes, inventó dificultades para recibirlos por la poca comodidad del lugar, y por evitar las murmuraciones de los émulos que dirían que el Príncipe torcía el camino hacia Aragón. Parecíale mucho más conveniente el hospedaje en Dueñas, pues allí parecería que el Príncipe los recibía al dirigirse á Segovia, donde iba á visitar á la amadísima esposa obedeciendo impulsos del deber y del deseo. Aprobó D. Fernando esta opinión, al menos en apariencia, porque como joven conocidamente más avisado de lo que de su edad podía esperarse, no se le ocultaba seguramente la mezquindad de su tío. Escribió pues al conde de Buendía D. Pedro de Acuña manifestándole su deseo de oir á los embajadores en aquella villa, y cuán grato le sería que dispusiese el recibimiento con la acostumbrada bondad y esplendidez de huésped tan cabal, porque había resuelto escogerle entre todos sus amigos para aquel encargo. Era sí el Conde, liberal y generoso para tales casos; pero vivamente indignado de la ruindad del Almirante, consideró como una ofensa la carga á él impuesta por su avaricia, pues después de dejar pasar muchos días haciendo gala del honor del hospedaje, al llegar al cumplimiento, eludía el compromiso antes aceptado y repentinamente le rechazaba. No lo hizo él así de palabra; pero aceptó la honra de mal talante, y á solas con sus más íntimos se quejó amargamente del Príncipe, que concedía los más altos honores al Almirante, tan poco merecedor de ellos, y daba los cargos dispendiosos á personas beneméritas sin más te-

soros que su buena voluntad. El Príncipe oyó á los cortesanos estos rumores á las puertas de la posada y resolvió ir á Medina de Rioseco, donde el Almirante instaba por que fueran los embajadores á fin de que el enojo del Príncipe hiciese inútiles los gastos del conde de Buendía. Estorbó el siniestro propósito la superior habilidad del excelente conde de Paredes, que logró disuadir al Príncipe de la marcha y convencer al de Buendía para que en debido obsequio de aquél hospedase á los embajadores. De los cuatro enviados el primero traía las insignias del Toisón para el Príncipe, que así había de ser uno de los doce obligados con juramento militar á observar amistad inviolable y prestarse mutuo auxilio en los peligros, lazo de afecto con que el duque Carlos procuraba unir á sus más leales amigos á fin de que la firmeza de la fe triunfase de los vaivenes de la fortuna. Así lo declaró uno de los embajadores en elocuente discurso, exponiendo las intenciones del Duque y los estatutos de la Orden, que entre otras muchas ventajas, no como las adquiridas por Jasón en Colcos, sino como las alcanzadas por Gedeón, alegó una reciente, á saber, la recuperación de la corona de Inglaterra por el rey Eduardo, debida al apoyo hallado en la amistad que con el Duque Carlos le unía por obligaciones de la Orden. Al orador que con tanta elocuencia había expuesto todas aquellas obligaciones de tal unión en la iglesia de Santa María después de la misa solemne, contestó brevemente por orden del Príncipe Francisco de Noya, y al día siguiente marcharon los embajadores á la corte del rey de Por-

tugal y D. Fernando volvió á Avila y de allí á Segovia á visitar á su amadísima esposa, á la que había dejado amenazada de mil peligros cuando cundió la noticia de la empresa de Carrión. Antes de salir de Dueñas supo el Príncipe el arreglo de las cosas de Andalucía concertado entre el Duque de Medina Sidonia y el marqués de Cádiz, y yo que había venido á llamarle, fácilmente conocí cuán penosa le había sido la necesidad que había obligado al primero á aceptar pactos que seguramente hubiera rechazado si D. Fernando le hubiera socorrido á tiempo.





CAPÍTULO V

Conferencia del Príncipe en el camino con el marqués de Santillana y con el conde de Haro. —Lo que el maestre de Santiago y sus cómplices hicieron para dar cima á lo comenzado.

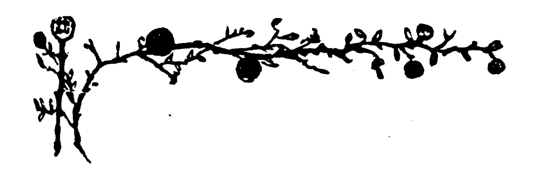
PARA la mejor comprensión de los sucesos, conviene referir ahora la conferencia que en el camino, y previo acuerdo, tuvo el Príncipe con el marqués de Santillana D. Diego Hurtado de Mendoza y con el condestable D. Pedro de Velasco, conde de Haro.

Mucho le había complacido al Marqués que el Príncipe en la pasada contienda de Carrión hubiese auxiliado al conde de Treviño contra el de Benavente, porque en aquel asunto aparecía claramente entre los demás Grandes el de Santillana principal favorecedor del de Treviño al contener los impulsos del Cardenal su hermano, decididamente inclinado al de Benavente; pero, sin embargo, entonces ni el Cardenal, ni Pacheco, ni el duque de Alburquerque, todos muy amigos del de Benavente, hallaron fácil inclinarse á su partido, porque por no violar lo esencial de la alianza, muchos de los Grandes consideraban al marqués

D. Diego como principal, y sabían que sobre él principalmente recaía la gloria de la libertad de Carrión ó la vergüenza de la desgracia. El Rey recelaba también que se maquinaba algo contra el honor del Marqués, aunque, como dije, para él era esto más importante que la libertad de los de Carrión, y ya hecho el convenio, todas las tropas auxiliares de uno y otro bando se habían diseminado. El Marqués y el de Haro pensaban lo mismo, y ambos trabajaban por que se celebrase la entrevista, en especial el de Santillana, que no conocía personalmente al joven Príncipe, pero que se había visto con oportunidad y provecho favorecido con su auxilio. Este, que deseaba ganarse al Marqués, acogió muy bien sus propósitos, hijos de iguales aspiraciones, y por medio de cordial y frecuente correspondencia convinieron en el lugar de la entrevista, que había de parecer ofrecido por la casualidad al caminar, evitando así que el Rey, suspicaz y receloso por carácter, le creyese concertado de antemano. Así pues, en cuanto los dos Grandes citados con escogida servidumbre salieron de Monzón hacia Palencia, marchó tras ellos el Príncipe, y sabida su llegada, detuviéronse ellos aguardándole para besarle la mano. Acogióles él cortés y amablemente, y los del séquito de los Grandes, por agradarles, le saludaron como al legítimo heredero de la corona, le aclamaron por futuro soberano de los pueblos de Castilla y León y de toda la nobleza, y después de oir á los Grandes muchas razones placenteras, el Príncipe se entretuvo aparte con el Marqués, el cual declaró que á nadie reconocía por heredero

de los reinos sino á él y á D.ª Isabel, á quienes tocaba de derecho. Afablemente aceptó el Príncipe estos ofrecimientos, y en sus palabras descubrió lo profundo de su agradecimiento. De seguida habló también á solas con el Condestable, y le escuchó y le contestó con tal bondad, que desde aquel momento parecía haber quedado grabado en sus corazones afecto entrañable. Dirigióse luego el Príncipe hacia Dueñas por el camino que los habitantes llaman Imperial, y los Grandes entraron al anochecer en Palencia.

Oída, como se dijo, la embajada del duque Carlos de Borgoña, el Príncipe marchó á Medina del Campo, donde se proponía tener una entrevista con el duque de Alba D. García; pero no se sabe bien qué obstáculo impidió que se celebrara. Prosiguiendo el viaje, entró en Simancas, y allí trató con algunos de sus moradores de la entrega de Tordesillas, mucho antes intentada en vano, y se señaló plazo oportuno para realizar esta empresa por tanto tiempo deseada. Como la pronta marcha del Príncipe se creía ser un impedimento para su conferencia con el duque de Alba, entró en Avila la víspera de Pentecostés del año de 1474, para marchar cinco días después á Segovia. En el monasterio del Parral, extramuros de la ciudad, le aguardaba el Rey, que mientras le acogía con fingido afecto, maquinaba con el maestre Pacheco y sus cómplices el exterminio de ambos Príncipes, que por consejo de aquél difería hasta tener seguridad de conseguir lo que se proponían.



CAPÍTULO VI

Toma de Tordesillas.

No se descuidaban tampoco los Príncipes en aumentar su partido, halagando á los populares, largos tiempos oprimidos por la maldad de D. Enrique, y sólo esperanzados en la virtud del príncipe D. Fernando, á quien cierto favor divino había ganado el cariño de los pueblos. Entre los otros, el de Tordesillas encerraba muchos vecinos ansiosos de proclamar por su Señor á quien presagiaban había de llegar á ser Monarca afortunadísimo, y se arrepentían de su prolongada oposición á los conatos de los que, como dije, querían entregarle la ciudad, poco después ocupada por Pedro de Avendaño, el facineroso capitán de tantos bandidos, azote de los pueblos de la provincia, sólo alabado por el Rey, que confesaba serle querido por devastador de aquellas tierras. Tanta era la perversidad de Don Enrique, que prefería hasta la tiranía ejercida por otros á la paz de los reinos y á cualquier manifestación honrada! Cuando el Alcaide, conocida la intención del Rey, se propuso apoderarse con engaño de Tordesillas, empezó por favorecer á

los Alderetes, enemigos de los Cepedas, como contrarios que habían sido del Príncipe, y con astucia se ganó en varias entrevistas la cooperación de algunos incautos, luego bien arrepentidos cuando, ocupada pérfidamente la ciudad, fué desplegando sus malvadas artes, y levantó sin tardar una fortaleza en lo más elevado de la muralla sobre la puerta que mira al collado. Además reforzó con nuevas construcciones la torre del puente sobre el Duero que pasa al pie de las lomas que por aquella parte ciñen la población. Así los de la guardia del puente como los que en la fortaleza estaban con la mujer é hijos del Alcaide, atormentaban con frecuentes correrías á los pueblos circunvecinos y se hacían intolerables á los desdichados habitantes de la ciudad. De aquí, como dije, se originó el anhelo de algunos por llamar al Príncipe, valiéndose de agentes secretos del Almirante. La primera tentativa fué funesta para los que la ejecutaron, pues sorprendidos por Avendaño, hizo morir á algunos entre crueles tormentos. No se amilanaron por eso los demás para proseguir el plan comenzado. Observando que la parte más alta sobre el río, desprovista de murallas á causa de lo abrupto é inaccesible de las crestas de los montículos, quedaba sin guardia por la noche, formaron su plan, y en una obscurísima, en que el viento tempestuoso había obligado á encerrarse en sus garitas hasta á los mismos centinelas, unos 200 hombres arrojados, muy aptos para estas empresas militares, subieron por aquellos precipicios siguiendo una senda conocida, y cuando los de delante aseguraron á sus compa-

ñeros que podía caminarse por lo alto de la colina, cogidos por las manos, casi todos se encerraron en las casas de los vecinos más de su confianza á esperar que los habitantes ofendidos por la crueldad del Alcaide ó ansiosos de libertad, supiesen que tenían á su lado el socorro, y que en cuanto amaneciese acudirían otras fuerzas de caballería. Impaciente el pueblo, levantó antes del alba gran vocerío, arrebató las armas, se lanzó á las casas de los secuaces de la tiranía y de los ministros del Alcaide, y tras leve lucha, pues algunos intentaron resistirse, quedaron todos vencidos. En seguida empezó el ataque de la fortaleza.

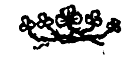
Entretanto Avendaño, después de inútil lucha, montó á caballo y huyó hacia Castronuño con intención de volver al frente de algunas lanzas, figurándose que en tres ó cuatro días podría ahuyentar á cuantos presumieran arrebatársela á los defensores allí encerrados con su mujer. Pero era tal la furia con que los que la combatían, en unión de sus recién llegados auxiliares, apretaban el cerco, que en cuanto se presentó el Príncipe con su caballería cayó en su poder la fortaleza con la mujer é hijos del Alcaide. Dejando luego fortificada aquella parte de las murallas y de las puertas, se lanzaron á tomar el puente, muy contra lo que pensaba Avendaño, ignorante de que el Príncipe, para esta empresa, y con pretexto de avistarse con el duque de Alba, había ido desde Segovia á Medina del Campo, y llamando fuerzas de caballería, había acudido con gran diligencia, consiguiendo que los 70 soldados que resistían tenaz-

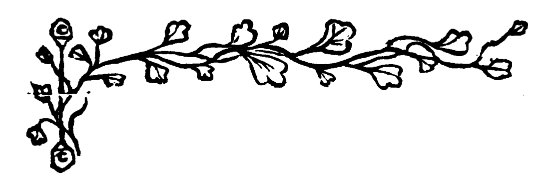
mente en la fortaleza cejasen en la defensa, y apoderándose al cabo de todas ellas. Luego intentó el ataque del puente; pero vista la dificultad de tomarle al primer esfuerzo, le dejó amenazado por ambas entradas con artillería y á su tío el Almirante encargado de combatirle, previa seguridad á los de Tordesillas de ser siempre exentos del señorío de los Grandes y sólo vasallos de la Corona. Algunos recelos abrigaban de recaer en nueva servidumbre, conocido el grandísimo empeño del Almirante en ocupar la villa; mas ante la palabra del Príncipe obedecieron, desecharon toda sospecha y se unieron á D. Alfonso para combatir el puente, cuya guarnición tuvo que rendirse á la constancia de los sitiadores después de muchas penalidades y muertes por ambas partes sufridas. Sin duda el Rey hubiera deseado evitar una pérdida que tanto sentía, socorriendo á la guarnición en su apuro; pero le fué absolutamente imposible.

Por aquellos días celebraron una junta los Grandes, á la que acudieron el Maestre Pacheco; el Cardenal; D. Rodrigo Manrique, Conde de Paredes; su hermano Gómez Manrique y Luis de Antezana en representación del Arzobispo de Toledo. El Príncipe envió á uno de sus continuos á manifestar al Rey cuán obedientes estaban á la voluntad regia él y la Princesa, y que no significaba otra cosa el intento de apoderarse del puente de Tordesillas, empresa por él acometida movido de lástima de los infelices vecinos, tan castigados por la caterva de bandidos é infames sicarios que acompañaban al ladrón Avendaño, no sólo sustentados, sino fomentados por la abun-

dancia de aquella villa situada en el centro del reino y tan á propósito para sus devastadoras correrías. Por ello había creído secundar la voluntad regia y hacer cosa grata á sus ojos procurando aquel alivio al mísero pueblo, y devolviendo la seguridad á los caminantes con la destrucción de los ladrones.

El Rey despachó al enviado con secas palabras, sin ocultar sus sentimientos, antes declarando cuán amarga le había sido la noticia.





CAPÍTULO VII.

Regreso del Príncipe á Segovia.—Aviso de la enfermedad del Rey su padre.—Maquinaciones del Maestre.—Acompaña al rey D. Enrique á Madrid y luego á la frontera de Portugal.

VUELTO el enviado, el Príncipe se dispuso á marchar á Aragón por haber venido aviso de que su padre estaba enfermo y luchaba con amargos cuidados superiores á la resistencia de sus años. Otra consideración seria aconsejaba el viaje, porque, como queda explicado, no se creía que las maquinaciones se dirigiesen contra uno solo de los Príncipes, sino al exterminio de ambos á la vez, y de la permanencia de Doña Isabel en Segovia se esperaban las ventajas que se tuvieron en cuenta al llamarles la vez primera. Presente la Princesa, siempre conservaban los segovianos esperanza de algún pacto secreto con D. Enrique en contra del maestre Pacheco, tan odiado por los pueblos, y aun podría alejársele de la ciudad por cuya ocupación tanto había trabajado y seguía trabajando todavía, pues vuelto de Carrión, empezó á conspirar para ello con el Cardenal y otros cómplices como el de Alburquerque. Tropezaron sus propósitos en la vigilante cautela de

todos los partidarios del alcaide Cabrera, tan defensores de la seguridad de los Príncipes como enemigos de la perversidad de un Rey empeñado sólo en la ruina de todos, y por su tendencia á la servidumbre y á la ignominia, más resuelto favorecedor de todo aquello de que la prudencia aconsejaba guardarse. Así, por ejemplo, deseaba cumplir su antiguo propósito de satisfacer los deseos del rey D. Alfonso de Portugal, más inclinado al casamiento con D.ª Juana; pero como no se lograba ocupar á Segovia, anhelo tan antiguo del Maestre, resolvió ir á una montería á las fragosidades de la villa de Adrada, tan abundantísima en caza, que en recuerdo de los primeros tiempos de felicidad en que allí se había entregado á ese deporte, dió aquella villa y la de Colmenar al de Alburquerque, con privilegio de cambiar el nombre de esta última por el de Mombeltrán.

La cacería sirvió al Maestre para tener secreto por entonces lo que tramaba en los confines de Portugal. Había enviado allá á su hijo ilegítimo Alfonso Pacheco para que, mientras venían las bulas de Sixto IV en favor de D. Juan Pimentel, hijo del de Benavente, ocupara aquél á Zalamea, villa de la Orden de Alcántara, siguiendo el parecer de éste de que retuviese el citado Alfonso cuanto le fuera dado ocupar en territorio de La Serena, so pretexto de pertenecer al Maestre de Alcántara, porque, muerto tiempo hacía Gómez de Cáceres y preso en Magacela Alfonso de Cárdenas, tenía el campo libre aquel insaciable usurpador, especialmente de los bienes de las Ordenes militares que presumía apropiarse como por derecho fun-

dado en la costumbre. Así, aunque había hecho conceder á su sobrino, mancebo de tierna edad, el maestrazgo de Calatrava, él percibía las rentas y ocupaba los castillos, dejando, con lo estrictamente necesario para la vida, el nombre sólo de Maestre al niño, bien desdichado si hubiese comprendido la gran carga impuesta por el Maestrazgo. Finalmente, el tirano Pacheco gozaba á su sabor del maestrazgo de Santiago; ocupaba parte del priorato de San Juan, y había logrado colocar á un intruso en el maestrazgo de Alcántara mientras se detenían las bulas pontificias injustamente concedidas, á fin de que si por caso luego en la provisión ofrecía alguna sombra de derecho, su hijo Alfonso le cediese al del conde de Plasencia, consiguiendo así su gracia, y éste á su vez renunciase en él la antigua concesión del Rey de la ciudad de Trujillo, la más importante de las fronterizas á Portugal y cuya posesión jamás había conseguido el Conde. Por medio de intrigas el Maestre había logrado que recayese en él la donación; no desconfiaba de ocuparla, y tenía la seguridad de que el Conde accedería á cedérsela, por cuanto entre otras dificultades suscitadas por su mujer D.ª Leonor, el reciente sitio del castillo de Alcántara había agotado sus recursos, y no le quedaba otro que el amparo del Maestre desde que corrió más válida la voz de hallarse el de Alburquerque resueltamente empeñado en libertar de la prisión á Alfonso y del sitio al castillo de Alcántara. Era, por tanto, de esperar una generosa correspondencia por ambas partes, á saber: la persistencia del Conde en el consentimiento para el matrimonio del rey

de Portugal, reconocido por D. Enrique como tan de su agrado; la cesión por el Conde de su citada donación, y además la astuta intimidad de Pacheco con el Conde, cómplice suyo en la conspiración, creía había de serle más útil para sus intentos.

Todo sucedió cual deseaba. Con el apoyo del Maestre el Conde alcanzó del Papa á su satisfacción las bulas del Maestrazgo; prolongó el sitio del castillo de Alcántara hasta rendirle; consiguió hacerse dueño de Zalamea, ya antes cercada por Alfonso Pacheco; abrazó la causa del matrimonio de D.ª Juana con el rey de Portugal, y á cambio de la cesión de Trujillo, el maestre de Santiago se comprometió á ser amigo de los amigos y enemigo de los enemigos del conde de Plasencia.

Ya inspiraban enojo al rey D. Enrique los asuntos de Segovia, y así desde la Adrada atravesó los montes en dirección á la frontera de Portugal, con esperanza de ganarse en el camino las voluntades de algunos Grandes de aquel reino y de otros de Andalucía hasta entonces opuestos al matrimonio de D.ª Juana con D. Alfonso, como el duque de Medina Sidonia y el comendador mayor de León D. Alfonso de Cárdenas. En otros asuntos parecía el último obediente á la voluntad de Pacheco; mas en este del matrimonio le contrariaba abiertamente. Tampoco el Duque, más dócil para otros de los pactos que se movían, se prestaba al daño que con éste se preparaba á los reinos. Esperábase sin embargo ablandarle, y así lo anunciaba Diego Bernal, comendador de Bodonal y Trebelli, que enviado por los secuaces de Pacheco para otros asuntos, prometía hacer de manera que el

Duque accediese á lo que antes rechazaba. Y tal promesa no era vana, porque á no haber visto luego el de Medina que las cosas tomaban distinto rumbo del que llevaban al principio, indudablemente hubiera cedido á las persuasiones de Pacheco. Igualmente Alfonso de Cárdenas, en su empeño por retener la jurisdicción de la provincia legionense, no se mostraba intransigente á dar su consentimiento para el matrimonio, y lo subordinaba al celebrado entre su hija única y el hijo del Maestre, Pedro Portocarrero. Por ello se consideraba en cierto modo unido á la fortuna del consuegro, aunque á veces le asaltaba el temor de la tiranía de un hombre como él no dominado por odio ni afecto que no supeditase al ansia de dominar ó á la venganza de los contrarios, y que probablemente habría concertado el matrimonio del hijo para oprimirle después de tenerle entregado á su arbitrio. Con este recelo, el de Cárdenas, para precaverse de toda sospecha, adoptó el sistema de abstenerse de toda conversación con el Maestre; pasar su vida al amparo de sus fortalezas; confiarse sólo de sus más íntimos, y apartar por completo al yerno de su trato familiar. Pero poco consecuente con esta conducta, siguió aconsejando al Duque la aquiescencia á las sugestiones de Pacheco, y ya iba haciendo ceder aquella su primera resistencia, en especial por el aliciente del prometido señorío de Carmona, cuya posesión sólo del Maestre podría recibir como donación hecha del Rey, pues aunque abiertamente no pudiese alcanzar la posesión por las muchas dificultades por aquélla suscitadas, era lo cierto que al-

caides del Maestre guardaban los dos castillos. Ya dije que había intentado por sutiles é ingeniosos modos removerlos; pero opúsose Luis de Godoy, á cuya lealtad estaban encomendados, y el astuto Maestre ni abiertamente demostraba coartar su libertad, ni del todo concedérsela, sino que adoptando un procedimiento ambiguo, trabajaba entretanto por engañar al Duque, ambicioso de un honor tan grande y tan á poca costa logrado y sólo atento á convertirlo todo en su lucro.





CAPÍTULO VIII

Marchan á Gibraltar numerosos conversos de Córdoba.

La misma conducta siguió por aquel tiempo el Duque aparentando dolerse de la desgracia de los conversos cordobeses y hallarse dispuesto á darles acogida, cuando cierto Pedro de Córdoba, en nombre de muchas familias, le suplicó les concediese en Gibraltar un refugio para dejar de estar á merced de aquellos sicarios. Contra el parecer de sus íntimos, el Duque no sólo accedió á ello, sino que ajustó reservadamente con Pedro pactos opuestos á todo bien y justicia, deshonrosos y únicamente inspirados por la avaricia, porque conocido el temor de aquellos infelices, les vendió cara su fingida humanidad haciendo que se obligasen á vivir en Gibraltar cuantos la ciudad permitiese en las casas que dejasen los principales ciudadanos y que los conversos tenían que comprar; á edificar otras y á tener caballería á su costa para la custodia de la plaza y sin gasto alguno del Duque. Éste sólo en los dos años primeros pagaría para aquellas atenciones cierta cantidad, pequeña respecto de la considerable que anualmente exigía á los barqueros y

á los recaudadores de las rentas reales de Sevilla para la guarda de Gibraltar y sustento de los cristianos moradores cerca de los muros, ó sea, la quinta parte de las 5.000 doblas consignadas para aquel menester. Había de quedar por alcaide de la fortaleza Pedro, hombre ciertamente de vivo ingenio y de reconocida pericia; gobernar en los primeros tiempos la cosa pública y elegir los regidores. Pasados los dos años, el Duque contribuiría con mayores sumas.

Tropezaron los pactos iniciados en las sugestiones de los amigos del Duque que le rogaban no admitiese en Gibraltar á los conversos entregados á sus perversos ritos y supersticiones judaicas; muelles y cobardísimos para la defensa de la ciudad, y que, en opinión de los avisados, habían escogido con preferencia aquella extrema población marítima para desde allí pasar más libremente muchos de ellos á Egipto y á Jerusalén, la ciudad amada por todos los hebreos desde la antigüedad. Los que no se atreviesen ó no pudiesen absolutamente marchar, libres de las denuncias de los fieles y del temor infundido por las supersticiones, harían cuanto les pluguiese; circuncidarían á los niños; pervertirían la disciplina eclesiástica con las ceremonias de la Sinagoga; propagarían más libremente la disolución de las viejas fábulas para corrupción de niños y jóvenes, constando como estaba averiguado que las madres reservaban su cariño para los hijos hostiles á la fe católica y sus odios para los fieles. Tales eran las funestas consecuencias que presagiaban los sesudos amigos del Duque si se acudía á la solicitada transmigra-

ción de los conversos, y algún tanto estorbaron su cumplimiento; mas después del desastre de Córdoba, instigado, como dije, por el maestre Pacheco con el fin de suscitar en Sevilla el ansia de saqueo, algunos malvados, siempre dispuestos al crimen, comenzaron á fingir un reciente fervor religioso y á acusar á todos los conversos de la ciudad de que no santificaban el domingo, sino el sábado; que no sólo esquivaban el trato con los cristianos viejos, sino que se les mostraban hostiles, y que por las noches asistían á las sinagogas á entonar sus salmodias judaicas, ó por lo menos á llevar aceite para el constante alimento de las lámparas. Seguramente habría á la sazón algunos conversos apegados á tales prácticas supersticiosas; pero la intención de los acusadores era manifiesta: querían el saqueo y el derramamiento de sangre, á ejemplo de lo sucedido en Córdoba. Por eso todos los cristianos viejos no contaminados con tan aviesos propósitos andaban de casa en casa trabajando por contener la rabia de todos aquellos sicarios por apoderarse de los bienes de los ciudadanos pacíficos. Ninguna persona acomodada dudaba de que aquellos ladrones declararían herejes á cuantos considerasen opulentos; y así los hombres de bien, que veían sumada para daño de la ciudad la perversa intención del Maestre con los propósitos de los sicarios, atendían con igual solicitud á la seguridad propia y á la destrucción del malvado. La sed desatentada del pillaje de las riquezas ajenas que devoraba á hombres desenfrenados y de baja ralea les excitó á provocar cuestiones con los conversos, hasta con

el pretexto de casuales riñas entre niños. Inútil buscar medios de templanza allí donde á causa de la corrupción de las autoridades, que habían permitido á la juventud artesana licencia omnímoda para crímenes, la plebe desconocía el imperio de las leyes y era imposible reprimir sus desmanes. Contaban además con la aquiescencia de los jóvenes nobles, entre los que no escaseaban los Catilinas complicados en funestas conjuras.

De muy ligera causa se originó al cabo repentino tumulto. Un joven converso dió una cuchillada á un cristiano viejo. Era en verano y hora de siesta, cuando pocas gentes salen de sus casas, y en tales momentos, con pretexto de vengar la injuria del correligionario, corrieron á la casa del converso multitud de sicarios, cometieron mil desmanes y acabaron por entrar á saco en el barrio de los drogueros, donde la mayor parte de los vecinos tenían tiendas de perfumes. Pronto se extendió por los demás barrios la noticia del repentino saqueo, y así los conversos que, atemorizados al principio, se habían preparado lugares de defensa, como algunos nobles y varones honrados, acudieron inmediatamente, rechazaron á las turbas, se apoderaron de algunas cabezas del motín, y para escarmiento de los otros, ahorcaron á dos de ellos.

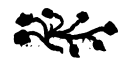
Estos sucesos aumentaron en los conversos, hasta en los de Sevilla, el deseo de trasladarse cuanto antes, en unión con los cordobeses, á Gibraltar. A fin de dar fuerza á la causa de éstos, el astuto Pedro fingió que el temor de sus amigos era general por toda España y que, como ellos,

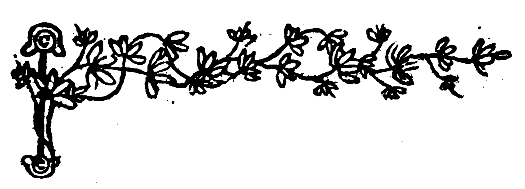
deseaban ir á vivir á Gibraltar, donde con su conducta honrada y sus prácticas católicas demostrarían palpablemente que entre los conversos se observaba mejor la fe católica; que el juzgarles tímidos procedía de su natural inclinación á la paz; pero si en Gibraltar ocurría algún peligro, pronto verían los cristianos viejos cuán fuerte era su lealtad á la fe religiosa y cómo sabían arrostrar los riesgos de la guerra.

Así congregados, acudieron muchos conversos sevillanos de los más opulentos, juntamente con los cordobeses, y para trasladarse á Gibraltar vendieron sus alhajas y compraron barcos de pasaje. Algunos enviaron delante sus ajuares y parte de las familias; pero padecieron grave daño y ultraje en la navegación, porque los piratas les robaron sus haciendas y se llevaron algunas mujeres. Los que eligieron la marcha por tierra, en número de 350 caballos y 2.000 peones, caminaron alegremente el 15 de Agosto y entraron en aquella ciudad, muy necesitada así de soldados aguerridos como de zapateros y otros artesanos.

Mas para corresponder al favor recibido, los tímidos y poco varoniles ciudadanos establecidos en Gibraltar quisieron aparentar fortaleza y pericia para expediciones terrestres y marítimas, y tal simulacro de fortaleza produjo funestos resultados. Por otra parte el precio de los alimentos encareció extraordinariamente; con dificultad se levantaban nuevas casas, porque eran escasísimas las existencias de aprovisionamientos, é insuficiente el acopio de materiales. Luego estalló entre sevillanos y cordobeses la discordia, que terminó por el regreso

de aquéllos á sus antiguos lares. Los cordobeses que permanecieron en los suyos se persuadieron de la necesidad de acomodarse á las circunstancias, y de día en día iban adquiriendo fortaleza bajo la acertada dirección de su Alcaide que incesantemente les aconsejaba la práctica del bien.





CAPÍTULO IX

Marcha el príncipe D. Fernando á Aragón.
Muerte de Jimeno Gordo.

En este mes de Agosto de 1474 resolvió don Fernando marchar á Aragón, dejando en Segovia á la Princesa. En tanto el Rey y el Maestre trabajaban por dar cima á lo comenzado en la frontera portuguesa. Inspirábanles nueva confianza de realizar más fácilmente sus planes los recientes apuros del Príncipe al tenerse aviso del gran ejército reunido por el rey Luis de Francia para evitar que se prolongase la defección de Perpiñán y Elna y de otros muchos pueblos perdidos para él en el Rosellón. La noticia impulsó principalmente á D. Fernando á dirigirse á Cataluña, vacilando entre el temor y la esperanza, porque los leales se amilanaban al contemplar á su Rey agobiado por los años, falto de recursos, y con un ejército insuficiente para resistir al opulento y poderosísimo enemigo. El anuncio de la próxima guerra llenaba en cambio de júbilo á los desleales, porque entreveían la esperanza de eximirse del yugo del Rey legítimo, á quien antes habían combatido y de quien recelaban á veces recibir el castigo de su crimen.

Estas preocupaciones angustiaban el ánimo del Príncipe cuando se encaminaba á visitar al Arzobispo de Toledo, tiempo antes salido de Segovia, después de dejar al Cardenal acompañando á la Princesa. Detúvose breves días en Alcalá, y de allí marchó á Guadalajara para hablar con el marqués de Santillana, ya su partidario, y darle pruebas de tener en mucho el afecto de personaje tan esclarecido y apreciar su conversación amable y utilísima, porque, si como otras veces había hecho, pasaba cerca de Guadalajara por el camino de Galiana sin visitarle, le haría pensar que había perdido su amistad. Para evitar esta sospecha, el Príncipe se entretuvo dos días con el Marqués, que se mostró huésped obsequioso, hombre amabilísimo y unido al Príncipe por lazos de comunidad de intereses. Entre los agasajos y festivo regocijo no se descuidó tratar de los asuntos importantes para ambos.

Marchó luego el Príncipe á Zaragoza, donde, deseoso de apaciguar los tumultos suscitados, como dije, por la noticia de la guerra, averiguó los muchos desmanes é insolencias á que se había entregado Jimeno Gordo. Hijo de hidalga familia, este hombre, para conseguir los cargos públicos negados á la nobleza por los fueros de aquella ciudad, había renunciado su condición hidalga y preferido formar en clase más inferior de los ciudadanos. A su desenfrenada ambición acumuló hechos criminales, valiéndose de su perspicaz ingenio para ganarse al pueblo y anular el poder de los ciudadanos honrados. Como los cargos públicos de Zaragoza se elegían anualmente por mayoría de

votos, Jimeno, por medio de hábiles intrigas, burlaba á los electores, y sin que los magistrados fueran parte á contrarrestar sus malas artes ó su astucia, conseguía que la elección recayese todos los años en él, en sus hijos ó en su pariente más favorito. Con la confianza que le daba esta continuada posesión del poder, lanzábase á mayores atrevimientos, y como su prodigalidad consumía todos sus recursos, había escogido para reponerlos agentes desalmados que por todas partes iban ejecutando violentas exacciones. Esperaba la impunidad para sus crímenes y los de los suyos, ya más patentes, porque en los apuros de guerra que de largo tiempo angustiaban al Rey, siempre era el primero en aconsejar el inmediato socorro, y á veces con el nombre de Capitán de la caballería, reforzaba las tropas, pedía ayuda á los ciudadanos, recriminaba la apatía de los nobles, y con la hueste puesta á sus órdenes se dirigía rápidamente adonde la urgencia lo reclamaba. Al mismo tiempo se ocupaba en robar el erario público, ó en vejar desaforadamente á los ciudadanos en sus hogares hasta en las horas de la noche. Tal era su insolencia, que con pretexto de pesquisas administrativas, sus agentes, verdaderos bandidos, registraban á los caminantes solitarios y los asesinaban si consigo tenían algún dinero. Algunos ciudadanos de Zaragoza fueron víctimas de este audacísimo crimen, perpetrado varias veces para sostener las prodigalidades de su inspirador.

El Rey, decrépito y de condición blanda, no adoptaba ninguna disposición enérgica; pero llegado el Príncipe, le envió cartas secretas en que

le manifestaba la calidad de los delitos cometidos y la necesidad de que no quedasen impunes. El joven D. Fernando, poco remiso para tales castigos, adoptó profunda reserva; no mostró enojo al hablar con Jimeno, á la sazón en Zaragoza, antes como si apreciase la lealtad de la persona, simuló habérsela agradecido siempre mucho, y que se la agradecería más si trabajaba celosamente por el ascenso de algunos de sus más íntimos, elevando en las futuras elecciones de cargos públicos á la segunda categoría á los de tercera y á ésta á los de cuarta. Ante la amabilidad del Príncipe, Jimeno aceptó gustoso el encargo, y ya á la hora señalada por D. Fernando para las audiencias diarias se presentaba el primero á saludarle, y empezaban á redactar las escrituras relativas al importante asunto.

No sospechaba propósitos siniestros en quien diariamente le llamaba el primero y le recibía echado en un diván; y esta amabilidad del Príncipe aumentaba su hinchada vanidad y disipaba todo recelo. Un día, antes de salir el sol, el Príncipe le llamó, como de costumbre. Presentóse él inmediatamente, y D. Fernando le pidió los documentos de que tanto habían tratado relativos á los ascensos de sus familiares. En cuanto se los presentó, mandó á Ramón Despés, enterado de sus intenciones, que subiese con Jimeno al piso alto de la casa y allí discutiesen los asuntos con el secretario mientras él bajaba al vestíbulo para oir misa. Cuando el Príncipe vió que Jimeno estaba arriba, volvió como para repetir algunas órdenes y encargó que diesen completa solución al asunto.

«Así lo haré», contestó Jimeno, y entonces D. Fernando le dijo: «Mejor harías en arrepentirte ahora mismo de tus crímenes y en mirar por tu vida futura antes de abandonar esta fugaz existencia.»

Entonces, advirtiendo Jimeno la presencia de un clérigo y de otros tres hombres además de Despés, preparados para darle muerte, pidió á grandes voces ser oído ante los ciudadanos reunidos en ayuntamiento en la casa contigua. Confiaba en el derecho de *manifestación*, que prohibe al Rey ó al Príncipe ¡castigar á cualquiera si antes apela al pueblo para ser juzgado con arreglo á sus fueros. Pero el Príncipe desvaneció su esperanza amenazándole con hacerle degollar al punto sin confesión si persistía en sus apelaciones, y leída la sentencia en que se relataban sus manifiestos delitos, se reconcilió con el sacerdote y pidió perdón de ellos al Príncipe en consideración de los muchos servicios con que los había compensado. Contestó D. Fernando que hubiera preferido agradecer éstos á castigar los primeros, si su enormidad no lo impidiera, y que los hijos recibirían la recompensa de lo bien obrado. Luego se alejó y al punto echaron á Jimeno un dogal al cuello y le estrangularon, sin que nadie, fuera de los presentes, se apercibiera de ello hasta que se acabó la misa.

En seguida el Príncipe llamó á un transeunte y le mandó subir á la casa y cargar sobre el primer mulo que pasase el cadáver del estrangulado. Cuando el hombre vió á Jimeno, bajó lleno de espanto creyendo que al saberlo el pueblo levantaría gran tumulto; pero D. Fernando atajó sus temores disponiendo que el cadáver, cargado á

lomo como un fardo, fuese llevado á la plaza pública; que se le dejase tendido debajo de la horca, y que á voz de pregón se mandase que nadie fuese osado á quitarle de allí antes de la noche. Apoderóse con esto el terror de todos los ánimos y temblaron por su vida los regidores, especialmente Ferrer de Lanuza, culpable de consentimiento en los delitos de Jimeno, pues por su cargo como delegado del Rey y del reino tenía obligación de castigar á los culpados, ó al menos reprimir sus desmanes. Pero la avaricia se había enseñoreado de todos, hasta de los que se consideraban más honrados.

Antes de encaminarse el Príncipe á Barcelona para visitar á su padre dejó ordenado al corregidor de Zaragoza, Juan Torrellas, que en cuanto él saliese de la ciudad, hiciera estrangular á Esteban de Urrea, bien ajeno de tal fin, por falso notario; cómplice en los crímenes de Jimeno y auxiliador de otros culpables zaragozanos. Cumplióse la orden entre el estupor del pueblo y el espanto de los regidores y de los nobles que no habían presenciado en su tiempo la ejecución de órdenes tan terribles.





CAPÍTULO X

Ejército francés reunido en Narbona.—El Rey y su hijo el Príncipe tratan detenidamente en Barcelona de la guerra y del matrimonio de Doña Juana, hermana de D. Fernando.

La energía del Príncipe parecía más admirable en los momentos en que se recibían avisos de haber reunido en Narbona el rey de Francia poderosa hueste de infantes y caballos y de que preparaba artillería y máquinas de guerra para el sitio de Elna, próxima al Pirineo y división del Rosellón por aquella parte del Ampurdán, á fin de que, tomada la plaza, se pudiesen interceptar los aprovisionamientos y rendir por hambre á Perpiñán con las muchas tropas allí dejadas por el Rey para defensa de la villa y sitio de la fortaleza. Estos cuidados traían angustiado al anciano Monarca, y deseaba mucho consultar á su hijo en Barcelona acerca de las prevenciones de guerra necesarias contra el pérfido enemigo, y del medio de retener, sin apelar á recursos violentos, aquellos pueblos que hubieran abandonado u causa, cosas ambas de difícil solución:

Salió el Príncipe de Zaragoza, obediente al deseo del padre, y llegando á Barcelona, el anciano le explicó detenidamente sus planes, y el hijo le descubrió los peligros con que en secreto le amenazaban á él y á la Princesa el rey D. Enrique y el Maestre.

No podía dar crédito el anciano á la iniquidad que le decían abrigaba el rey D. Alfonso de Portugal, porque siempre había profesado tan entrañable afecto á este su sobrino, que las pruebas más evidentes de su ingratitud no habían bastado para quebrantarle.

Cuando los rebeldes catalanes tenían casi aniquilado el poder del Monarca navarro, el portugués se mostró con él inhumano, añadiendo mayores tormentos á sus contrariedades, pues, llamado por los de Barcelona durante la ausencia de aquél, su adversario D. Pedro de Portugal, acalló su antigua enemiga contra éste, y con tal de poner en más aprieto al anciano Rey, le dió todo su favor con el apoyo de las tropas portuguesas. Nada de esto veía con malos ojos D. Alfonso, antes parecía gozarse en el daño de su tío.

A pesar de tantas pruebas de enemistad, no se persuadía D. Juan de que su sobrino anduviese mezclado en las perversas cábalas de D. Enrique sugeridas por el maestre Pacheco, con asentimiento de los Grandes portugueses y del pueblo, siempre aborrecedores de la deslealtad de los de Castilla y hasta del nombre castellano.

Al principio también el Príncipe se había mostrado incrédulo; mas luego reconoció abiertamente la certeza de lo que yo aseguraba al decir que

todos aquellos rodeos de falsas negociaciones matrimoniales de D.ª Juana en Francia, en Italia y en Cataluña se habían fraguado para que de repente se aceptase el de D. Alfonso de Portugal á quien el anhelo de venganza por haber sido despreciado había hecho imprudente. Ya tantos indicios de la perversidad del portugués empezaron á convencer al rey de Aragón, á quien su hijo había explicado las constantes maquinaciones del maestre Pacheco, enemigo nunca ablandado por ruegos ni confiado jamás en promesas. En consecuencia, resolvieron que el anciano fuese al Ampurdán, dejase bien guarnecida á Castellón en las estribaciones del Pirineo, y reforzando con caballería valenciana la guarnición de Figueras, enviase delante á Elna algún peonaje de veteranos navarros y vascongados con la caballería italiana enviada por D. Fernando de Nápoles, para no sacar de Perpiñán á ninguno de sus defensores.

Al Príncipe encargó su padre que fuese á presidir las Cortes aragonesas; que sancionara las leyes adoptadas y las que se discutieran, y que pidiese el estipendio de 300 caballos, á su elección, para enviarlos inmediatamente al Ampurdán. Debía también reunir por todas partes dinero para los demás gastos y apresto de la armada necesaria, sobre todo porque, contra la costumbre francesa, el enemigo había preparado esta vez grandes navíos para transportar abundantes provisiones al ejército.

Trataron asimismo en Barcelona el Rey y su hijo de si convendría más el matrimonio de doña Juana, hija del primero, con D. Fadrique, hijo se-

gundo del rey de Nápoles D. Fernando, ó con este mismo, pues había que dar respuesta sobre ello á ilustres Embajadores que la demandaban. Para una ú otra solución ofrecía no pequeña dificultad el estrecho parentesco, y la resistencia durante muchos años del rey viudo D. Fernando á contraer segundas nupcias, por no dar una madrastra á los muchos hijos de su amadísima esposa, el mayor de los cuales, D. Alfonso, príncipe de Capua y duque de Calabria, casado con una hermana del duque de Milán, Galeazo, hija de Francisco Sforza, tenía hijos, y al primogénito correspondía la corona. No parecía, por tanto, que la noble doncella, dotada de singular belleza y distinguida sobre las más ilustres jóvenes, hubiera de casarse con el rey D. Fernando, tocando la herencia del reino napolitano al hijastro y al hijo de éste; ni tampoco con su segundo hijo don Fadrique por idéntica razón partido poco ventajoso. En despreciar este último se corría, sin embargo, riesgo no pequeño, porque no se ofrecía otra esperanza más cierta de conveniente socorro que el del rey D. Fernando, unido así por estrecho parentesco como por la común enemiga contra el francés, y que en todos los apuros había favorecido al tío, ya con tropas, ya con recursos pecuniarios.

Si por acaso ahora, á causa de este desprecio, se convertía en enemigo, no sólo dejaría de auxiliarles, sino que, cumpliendo su gran anhelo, podría apoderarse de la Sicilia, inmediata al reino de Nápoles, sujeto al rey D. Fernando. Por esto resolvieron padre é hijo consultar á la doncella, á

quien aquél convencería de la necesidad de aceptar uno de los dos partidos, pero dejándola luego la elección entre ambos. Sabían que para la felicidad del hogar debe preferirse principalmente el consentimiento de la mujer, porque si al principio se apodera la tristeza de su ánimo, y contra lo que siente finge aceptar el matrimonio, la herida causada en su dignidad es eterna, las uniones son desgraciadas y suelen originarse contrariedades vergonzosas.

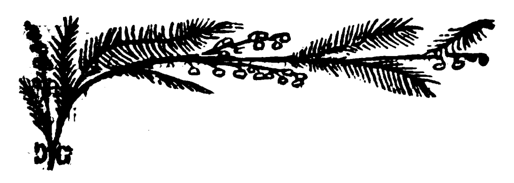
La nobilísima y ruborosa doncella apeló á todo su valor, y contestó por último: que sabía haber nacido para contraer matrimonio, porque así lo exigía la razón y porque de su felicidad esperaba el Estado grandes ventajas. Pero esta suspirada dicha debía confiarse á la voluntad divina, que se dignaría mirar con ojos misericordiosos los largos trabajos de aquella Casa Real, para los que se juzgaba cierto consuelo su feliz matrimonio en edad adulta con alguno de aquellos Príncipes amigos, ambos ilustres, y como necesariamente tenía que escoger entre ellos, elegía á su tío don Fernando.

Otras razones honestísimas añadió la pudorosa doncella para justificar su elección. Aprobólas el padre y merecieron por lo sensatas el elogio del hermano. Los Embajadores del rey de Nápoles, muy contentos de la respuesta, la anunciaron á su Soberano con correo volante, é inmediatamente acudió otro Embajador napolitano para acompañar de continuo al Príncipe, porque, por su gran experiencia en estos asuntos, el rey D. Fernando procuraba tener en todas partes embajadores que

por cartas le tuviesen al corriente de cuanto sucedía en los reinos y en las cortes de los Príncipes.

Tomados estos acuerdos en Barcelona, D. Fernando volvió á Zaragoza para atender á los asuntos con arreglo á las órdenes paternales.





LIBRO X

CAPÍTULO PRIMERO

Sucesos de Portugal.—Muerte de D. Juan Pacheco, maestre de Santiago.

Voy á referir ahora lo que entretanto maquinaba el rey D. Enrique y lo que el maestre de Santiago y sus cómplices hacían en las fronteras de Portugal. Así se verá cuán poco valen los vanos planes del hombre, y la narración de los hechos enseñará á detestar la tiranía lanzada á empresas que aspiran á imperecedera fama en el curso de una vida tan efímera y falaz como la humana.

Había procurado el maestre Pacheco ejercer una especie de tiranía á ninguna otra semejante, porque aleccionado con el miserable fin de D. Alvaro de Luna, de quien desde sus juveniles años fué secuaz, creyó ver la causa de tal ruina en la abierta ostentación que el valido había hecho de su poderío, y en presumir de capacidad para mayores empeños de los que podía acometer. Cuando aspiró al Maestrazgo de las Ordenes militares quiso aparecer como imitador, y antes de obtener la dignidad, y siendo conocido por marqués de Villena, apa-

rentaba desdén para expresar en cartas ó en documentos oficiales de su mano su nombre y título, trazándolos como si no supiese escribir, en irregulares líneas y en caracteres informes. Luego, obtenido ya el Maestrazgo, demostró que aquella impericia por tanto tiempo sostenida, era fingida, y con bien formados y artísticos trazos escribía el título de su nueva dignidad. Así fué en todo maestro inimitable en fingir y disimular. Si alguno se acercaba á pedirle ayuda, no se avergonzaba de alegar impotencia; si dinero, pobreza; si favor, falta de influjo. Con nadie se enojaba abiertamente. Tejía larga trama de escándalos; pero se esforzaba en aparecer como ministro de paz. En las juntas y entrevistas de los Grandes alardeaba siempre de tener por naturaleza gran interés por la concordia de todos. Discurría sobre la virtud con gran ingenuidad, y se entregaba á los vicios más funestos. A nadie profesaba afecto; pero decía que amaba á muchos.

Tales eran las condiciones del hombre que pretendió envolver en sus redes al rey de Portugal, tenido á la sazón por el más sagaz de los Príncipes cristianos, que regía en paz sus reinos sin más cuidado que la guerra contra los marroquíes, bastante gloriosa para la nación lusitana, y que habiendo recibido un reino exhausto de riquezas, le hizo opulentísimo merced á las excursiones marítimas á las costas de Guinea, comenzadas por iniciativa de su tío D. Enrique *el Viejo*, durante cuya estancia en Portugal aprendieron aquel comercio los navegantes lusitanos. Pero con todas sus inmensas riquezas y su gran renombre, no pudo librarse el

rey D. Alfonso de los traidores lazos que el maestre Pacheco le tendía, por más que á las primeras embajadas dirigidas al fin de urdir tales tramas, pareció que el Rey se burlaba del Maestre, porque, siendo bien conocida su falacia, y nacido en Castilla de padre tránsfuga del reino lusitano, se lisonjeaba de que le diese oídos un Monarca portugués, enemigo, según decía, de todos los hijos y nietos de traidores, y que, no escuchando las palabras de estos infames, aun cuando le decían verdad, menos iba á oir á tan reconocido embustero, que había inficionado con su venenoso influjo gran parte del mundo, y ni se avergonzaba de la ignominia, ni se arrepentía de la maldad, antes le satisfacía haber merecido una fama execrable.

Dióse maña Pacheco para ablandar el firme propósito del rey D. Alfonso, empleando astutos circunloquios á fin de ganarse su atención. Así le confesó que para su encumbramiento había seguido el único camino abierto á quien aspirase al poder en reino como el de Castilla, donde tuviese el cetro un Monarca abiertamente enemigo de toda virtud, despreciador de la propia honra y refractario á toda tentativa para volverle al aprecio de las sanas costumbres. En vano él había empleado en este empeño repetidos é ingeniosos recursos, y habiéndose acarreado el odio del inicuo Rey, había preferido incurrir en la fea nota de ingratitud, con tal de alcanzar en favor de la nación, próxima á su completa ruina, el apoyo de los Grandes, muchos de los cuales aparentaban abrigar iguales deseos. Al cabo, viendo arraigada en sus corazones la tiranía, y muerto D. Alfonso,

proclamado Rey al destronamiento de D. Enrique, otra vez había intentado unirse al caído, creyendo que las persecuciones le habrían inspirado algún arrepentimiento, y la desgracia propósitos de seguir los dictados del honor. Convencido de lo infundado de tales esperanzas, consultó á los que tenía por verdaderos amantes del bien, como el conde de Plasencia, duque de Arévalo, entre todos los Grandes de Castilla, el más constante partidario de la verdad y el más resuelto paladín para buscar los medios de la futura felicidad del reino.

Muerto D. Alfonso, obligó á D. Enrique á declarar sucesor en el trono, casando á su hermana D.ª Isabel y posponiendo toda mención de doña Juana, su hija, en armonía con los deseos de los pueblos; pero D.ª Isabel rechazó también el ventajoso enlace con el Monarca portugués, único capaz de lograr la regeneración del reino, y renovó los inveterados escándalos de la Casa aragonesa, siempre funesta para las de León y Castilla.

No podía, pues, hallarse la completa fidelidad sino en el matrimonio de la hija de D. Enrique con D. Alfonso de Portugal, su tío. Por tanto, si como sus ilustres hazañas demostraban, era dechado de varón perfecto, forzosamente debía dignarse aceptar la corona que se le ofrecía con autoridad de D. Enrique y público asentimiento de los Grandes y de los pueblos.

A estas repetidas insinuaciones del Maestre no se había mostrado esquivo desde el principio don Alfonso, como ambicioso que era, y ya medía en su imaginación la grandeza de los reinos que iba

á regir y se consideraba poderosísimo; mas procedía con suma parsimonia mientras sondeaba el ánimo de sus Grandes. Por sugestión de Pacheco y del conde de Plasencia, no había llevado á mal las prolongadas y fingidas negociaciones matrimoniales con otros Príncipes. Al fin accedía, como forzado por las referidas embajadas, á aceptar el matrimonio con su sobrina D.ª Juana. Terminados aquellos fingimientos, segura la aquiescencia del rey D. Enrique y el consentimiento de D. Alfonso, ofrecía favorable coyuntura para la aceptación del matrimonio el hallarse el primero en la frontera portuguesa con el propósito de dar al maestre Pacheco el señorío de Trujillo.

El de Plasencia, como ya se dijo, había cedido su antiguo derecho á la provisión del maestrazgo de Alcántara, y uno de los Condes se había empeñado en el ataque de esta plaza, mientras el Maestre se esforzaba por alcanzar la posesión de Trujillo. Obtenido este Señorío, era llegada la ocasión de trabajar por el matrimonio de D. Alfonso y D.ª Juana.

Luego que el Rey regresó á Madrid, el maestre Pacheco se valió de la autoridad real para ablandar el ánimo de los trujillanos, y se ganó el asentimiento del alcaide de la fortaleza Gracián Despés, hasta entonces, y mientras se decía que el Señorío de la ciudad recaería en el conde de Plasencia, firmemente resuelto á mantenerse en su cargo. Desde la villa de Santa Cruz, donde residía, no lejos de Trujillo, enviaba sus agentes á sondear el ánimo de los Grandes de Andalucía; disponía varios planes para el futuro matrimonio

de D. Alfonso y cooperaba al primer fraude del arzobispo de Toledo, tendiendo nuevas redes á los incautos por medio del falaz agente de tales maldades, Alarcón, de quien ya me ocupé con algún detenimiento y al que más tarde volveré á citar.

Ahora referiré la repentina muerte de Pacheco, fraguador de todas estas intrigas. Como su hermano el maestre de Calatrava, murió en Simancas (1) y de la misma enfermedad, una repugnante y mortal apostema en la garganta que, impidiendo la respiración, puso término á sus constantes embustes. Sublime y manifiesto juicio de Dios que permitió que los burladores quedasen burlados, y los arrancó del trato de los humanos en el momento en que creían haber tocado la cumbre del poderío. Porque á ningún hombre de experiencia le cabe duda de que el Maestre había preferido á otros matrimonios de la doncella por él supuestos, éste del rey D. Alfonso con el fin de echar sobre el excelso nombre del ilustre Príncipe el odio de los naturales al aparecer procurando algún remedio si accedían á dulcificar la enemistad de ambas naciones. En ello fundaba el Maestre su esperanza de alcanzar todo el ansiado poderío, si al fin, después de perpetrar á satisfacción suya el gran crimen de envolver en guerras á los demás reinos de Europa, conseguía introducir

(1) *«Uterque finivit vitam Simanche»*. Aquí le faltó la memoria al autor, puesto que en el cap. IX, lib. VIII, de la 1.ª *Decada*, dijo que D. Pedro Girón falleció en Villarrubia, como lo confirma Rades Andrada, y luego escribe que el maestre Pacheco murió en Santa Cruz.



tal virus en Portugal por tanto tiempo libre de semejantes conflictos.

Esta fué la gran alegría (si honradamente puede llamarse así á la que la ruina general produce en los corazones perversos) que sirvió de último consuelo al Maestre cuando ya agonizante se la anunciaron. Hacía largo rato que no pronunciaba palabra y sus familiares le creían ya exánime, sin atreverse á publicarlo por los peligros que preveían, cuando llegó un mensajero con la noticia de la entrega de Trujillo. El Maestre percibió la disputa entre los que deseaban acercársele y los que lo estorbaban, y llamando á los presentes, les preguntó si se había entregado la fortaleza. Al oir la grata respuesta, mandó acercarse al mensajero, y con gran dificultad le dirigió algunas palabras de congratulación. En seguida expiró. Los criados de sus hijos ocultaron el cadáver entre grandes tinajas de vino, peculiares de aquella tierra, y se lanzaron á robar el dinero y alhajas que guardaba el difunto, cuyos funerales se realizaron así abyecta y cobardemente entre el robo y los llantos. Ni de testamento legal ni de muerte cristiana hay exacta noticia (1). Y todavía hubiera sido su fin más detestable si el noble y severo D. Fadrique Manrique no hubiese reprimido muchos desmanes de aquella turba, así durante la enfermedad del Maestre como después de muerto. El cadáver quedó depositado en el monasterio de Guadalupe, para ser conducido más tarde al enterramiento señalado.

(1) En el Apéndice se publicará algún documento curioso sobre esta última circunstancia.



Murió D. Juan Pacheco el 4 de Octubre de 1474 en la villa de Santa Cruz, jurisdicción de Trujillo. Heredó el Marquesado su primogénito D. Diego Téllez Pacheco, el cual consideró superior á todas las grandes riquezas y honras heredadas la de que se le encomendara la guarda de doña Juana, futura esposa del rey D. Alfonso.

A D. Pedro Portocarrero dejó el Maestre el gobierno de Sevilla, la casa materna y las demás rentas pertenecientes al padre en dicha ciudad, la villa de Moguer y otras de la frontera portuguesa. Otra pequeña parte de las rentas tocó á D. Alfonso Téllez, hijo también legítimo del difunto. Inferiores á las que en vida de su padre esperaba heredar fueron las que correspondieron á D. Alfonso, comendador de Guadalerza (1), en la Orden de Calatrava.

(1) Según Rades, fué comendador de Villafranca de Castilveras y pretendió el Maestrazgo de esta Orden de Calatrava.





CAPÍTULO II

Diversas tentativas de los Grandes que aisladamente trabajaban por obtener el Maestrazgo. — Perturbación del arzobispo de Toledo.

Es difícil expresar cuánta fué la alegría de los pueblos al saber la muerte del Maestre, pues desaparecido aquel astuto tirano, instigador de las perversas costumbres de los demás Grandes del reino, parecía vislumbrarse fundada esperanza de futura regeneración. Muchos creían desaparecida, juntamente con el Maestrazgo, la maldad de sus secuaces, y que volverían sus pensamientos al camino de la verdad, vista la vanidad del siglo y cómo aquellos dos hermanos habían perecido en el mismo punto (1), arrebatados por idéntica dolencia, cuando falsamente creían haber tocado la cumbre del poder.

Muy diferentes eran los juicios de los Grandes. Amargábales el temor de que el triste fin de aquellos perversos fuese también el de la tiranía, á cuya

(1) Vuelve á insistir Palencia en su error, escribiendo... *eodem morbo Simanchiis periissent.*

sombra iban de día en día adquiriendo mayor poderío. Sin embargo, olvidando las funestas consecuencias que para otros había tenido la dignidad del Maestrazgo, eran muchos los pretendientes, aunque algunos jamás habían poseído el menor cargo en la Orden, como preceptúan sus Estatutos; pero, á ejemplo de D. Alvaro de Luna y de Pacheco, ya despreciaban las antiguas prescripciones, atentos sólo á disfrutar por cualquier medio de las pingües rentas. Entre los Grandes desprovistos de todo cargo en la Orden, el de Medina Sidonia fué el que con más ardor trabajó por alcanzar aquella suprema dignidad. El conde de Benavente volvió á intentar la intrusión, origen de tantas contiendas entre él y su suegro. También el marqués de Santillana, impulsado por el Cardenal, aseguraba corresponderle el Maestrazgo si había de intentarse la reforma de la Orden, y protestaba de su desinterés en cuanto al disfrute de las rentas. Sólo abrigaba móviles inspirados en los deseos heredados de su abuelo D. Lorenzo Suárez de Figueroa, ilustre reformador de aquella milicia. A todos superó en ambición el marqués de Villena, Diego Téllez Pacheco, primogénito del Maestre. Apenas sepultado el padre, acudió al rey D. Enrique. Hallóle grandemente apesadumbrado por la pérdida de su señor, pues su apatía le hacía suave la abyecta servidumbre, y con gusto había descargado el peso del mal gobierno en el favorito para entregarse él á sus perversas costumbres. Muerto Pacheco, y para continuarlas, confió al hijo el mismo poder. Consolábale y le halagaba con dulces pa-

labras, á fin de que viese en él el cariño y hasta el nombre del padre que perdiera. Cuando le veía triste, iba á visitarle al alba y cantaba, acompañándose dulcemente con la cítara, para distraer á Diego que le escuchaba echado en su lecho. A tal punto llevaba sus halagos con el joven, que daba harto motivo para la murmuración. Prometióle también facilitarle los medios de conseguir el Maestrazgo vacante, y en la petición dirigida al Papa se supuso que en vida del difunto Pacheco había solicitado del Pontífice le admitiese la renuncia de la dignidad en favor del hijo. Con esto ya el Rey, el joven Marqués y sus secuaces creyeron echados los cimientos para conseguirlo.

Y como ya antes de morir el Maestre, el arzobispo de Toledo se había reconciliado con él por consejo de Alarcón, por su mediación se había granjeado la benevolencia del Rey, y era grande la familiaridad entre tío y sobrino. El primero, al arbitrio de Alarcón, deseaba que el Maestrazgo recayese en el Marqués y no hacía el menor caso de sus amigos, sólo confiado en aquél glotón impudente y abyecto, superior en su concepto á todos los varones religiosos elogiados por santidad ó doctrina. A tal punto dió pábulo con esto á su dañosa vanidad, que declaró haberle sido revelados secretos más sublimes que al apóstol San Pablo, y aunque seglar y completamente indocto, el Toledano obligaba á sus criados á escuchar atentamente sus pláticas, en que despotricaba, durante cuatro ó cinco horas, cuantas chocarrerías había aprendido cuando vagaba por el mundo. Luego, en sus coloquios con el Arzobispo, le hacía creer que se le

había dado gracia infusa de doctrina y revelación. Con la confianza que le daba tan necia credulidad, había aumentado la demencia del Prelado, añadiendo patrañas á patrañas.

Trabó amistad con otro farsante más estúpido y más entregado á embustes y fraudes, por sobrenombre Beato, y autorizando el uno los del otro, robustecieron la fe del Prelado en los dos. Alarcón decía haber visto á Beato, después de un ayuno de tres días, elevarse por los aires en actitud de suplicante oración. Refería Beato (más bien desventurado) cuán grato era Alarcón á los ojos de la Divinidad y qué sublimes secretos se le habían revelado. Con estas farsas alternaban los desórdenes de la lascivia, pues, aparentando púdica santidad, atraían á jovenzuelas que decían aspiraban á participar de su pureza. Estas ridiculeces y otros excesos semejantes traían pervertida la residencia del Arzobispo, centro de corrupción y blanco de las murmuraciones.

Desesperanzados de reformas, los buenos iban alejándose, á medida que los corrompidos engrosaban el número de los malos, doble calamidad origen de universal daño que alcanzó hasta á la provisión del Maestrazgo. Eran varios los Comendadores que le pretendían, y entre todos se consideraba más idóneo el conde de Paredes, D. Rodrigo Manrique, así por su reconocido abolengo, como porque ya antes el rey D. Enrique le había dado la provisión de aquella dignidad que le arrebató inicua violencia cuando, muerto el infante don Enrique de Aragón, se concedió el Maestrazgo al intruso D. Alvaro de Luna. Además confiaba

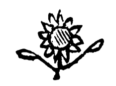
obtener el importantísimo voto del arzobispo de Toledo, suponiéndole convencido de sus superiores méritos. Engañóse en esto, porque inclinaron su ánimo en favor del Marqués las predicciones de Alarcón, á quien había sido revelado que la provisión en el Marqués sería causa de positivas venturas. El comendador mayor de Castilla, D. Gabriel Manrique, aspiró también á la elección, alegando, además de su cargo en la Orden, títulos de nobleza y antiguos servicios en la milicia. Don Alfonso de Cárdenas, comendador mayor de León, aspiró en tercer lugar al Maestrazgo, y seduciendo al intruso prior de San Marcos de León, Gómez de Miranda, ministro de Pacheco, se hizo elegir con el apoyo de tres ó cuatro de los trece Comendadores electores. Otros ocho votaron á D. Rodrigo Manrique, con la autoridad del elector máximo, el prior de Uclés, por más que Alfonso de Cárdenas protestara de que, con arreglo á las constituciones de la Orden, la elección correspondía al Prior en cuya provincia hubiese muerto el último Maestre, y como había ocurrido en la de León, su elección era legal y nula la del conde de Paredes.

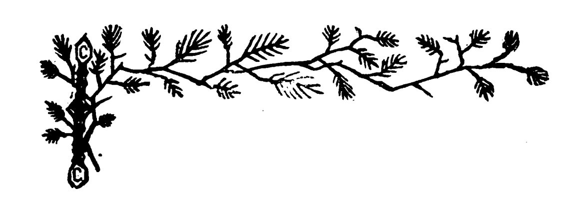
Como cuarto pretendiente se presentó el duque de Medina Sidonia, pretextando futura renuncia en favor del noble y esforzado Comendador de Lobón, Juan de Alvarado, que, obediente á los deseos del Duque, no rehusó el título de Maestre.

También el duque D. Beltrán de la Cueva, en otro tiempo electo para aquella dignidad, creyó poder aspirar á la provisión del Maestrazgo mediante el favor real. Pero D. Enrique tenía enton-

ces á empeño la sublimación del Marqués de Villena sobre todos los demás pretendientes.

La princesa D.ª Isabel apeló á medios más eficaces, escribiendo á su marido, á la sazón en Barcelona, que trabajase por alcanzar del Papa Sixto las bulas de la provisión del Maestrazgo en favor de la Corona, dándole por motivo principal la imposibilidad de resistir, si así no se hacía, á las múltiples influencias de los pretendientes, cuando la provisión en favor del Príncipe anularía las rivalidades de los aspirantes y la Orden recibiría reforma é incremento conveniente. Aconsejóle, por último, que si alguno de los Grandes pedía su favor, se mostrase benévolo en la respuesta, pero no en la promesa.





CAPÍTULO III

Embajada enviada por el Rey acerca del cautiverio de Gonzalo de Aguilar, y respuesta del arzobispo de Toledo y del conde de Paredes.— Recuperación de la fortaleza de Canales.

Este anhelo traía grandemente enardecidos los ánimos de muchos Grandes, y en sus múltiples y encontradas rivalidades esperaba el duque de Medina Sidonia, D. Enrique de Guzmán, hallar favorable coyuntura para sus pretensiones, principalmente por habérselas fomentado en otra ocasión el conde de Paredes y otros Comendadores y haber obtenido el asentimiento del Príncipe y el apoyo del arzobispo de Toledo. Había conocido además qué decisivo influjo alcanzaba el dinero en la Curia romana, y él era el más opulento de los Grandes españoles, congratulándose del éxito de su avaricia que, atestando de oro su erario, le permitía en caso necesario de concurrencia vencer á sus competidores así en la facilidad de dar, como en la cantidad de la suma dada, porque las dificultades que tenían para encontrar

dinero para él no existían. En esta demanda del Maestrazgo se propuso vencerlos en liberalidad, según costumbre de los avaros raras veces espléndidos, pero, decididos á serlo, por nadie aventajados. Así, mientras enviaba á Roma mercaderes genoveses con encargo de aprontar cuanto dinero exigiera la Cámara apostólica, creyó oportuno despachar agentes á pedir el voto del Conde de Paredes, el apoyo del arzobispo de Toledo y el consentimiento de los Príncipes, por parecerle inútil intentar que el Rey cambiara de propósito. Para estas comisiones eligió las respectivas personas. A mí, como antiguo mediador en las alianzas iniciadas con los Príncipes y con el Arzobispo, me hizo aceptar, después de muchos ruegos, el encargo de hablarlos; pero, á ruego mío, me dió por compañero á un familiar suyo, Pedro del Algaba, para que yo aconsejase temperamentos de benevolencia, y él interviniera alegando las antiguas obligaciones, en caso que el Príncipe ó el Arzobispo se mostrasen remisos. Finalmente, me mandó visitar al conde de Paredes, que en otro tiempo, como dije, le había prometido su ayuda para la provisión del Maestrazgo.

Por disposición del Duque emprendimos el camino por territorio de Córdoba, tanto para mayor seguridad, como para que de su parte diésemos amplias explicaciones al conde de Cabra, á quien el Duque deseaba reconciliar con D. Alfonso de Aguilar, desposado con Francisca, hija del Conde, pero que rehusaba el matrimonio y durante largo tiempo vivía enemistado con él por las profundas rivalidades, origen de las guerras entre aquellos

Grandes y de la prisión de Gonzalo Fernández de Aguilar, hermano de Alfonso, que mantenían vivos los enconos en daño de la mayor parte de la Andalucía.

Poco antes de la muerte del maestre Pacheco, Diego Fernández, primogénito del Conde, escalando antes del alba las murallas de Santaella, penetró en la villa y cogió prisionero, en unión con otros caballeros que trabajosamente se defendieron por breve espacio al incauto Gonzalo Fernández de Aguilar, herido al intentar tardía resistencia. Tomada la villa, el Conde encerró á Gonzalo en el castillo de Baena; pero en cuanto lo supo su hermano D. Alfonso de Aguilar, reunió tropas cordobesas y otras auxiliares de capitanes partidarios del Maestre, y ardiendo en furia comenzó á batir los muros de Santaella. Con tal vigor se defendieron los sitiados, que llegó la noticia de la muerte del Maestre antes de que los sitiadores hubiesen alcanzado la menor ventaja. Dispersáronse entristecidas las gentes de Alfonso de Aguilar; el Conde, sabida la noticia, reunió tropas, y el duque D. Enrique envió 300 caballos al mando de don Martín, hijo del Conde, al mismo tiempo que nosotros llegábamos á Baena á procurar la concordia de los caballeros de Córdoba, pues en aquellos mismos días el alcaide de los Donceles del Rey, Martín Fernández, principal favorecedor del partido de los de Aguilar, había ocupado á Castro del Río, y sabida la muerte del Maestre, me había rogado que fuese á verle, porque entre los andaluces no veía á ningun otro tan acepto á los dos bandos. Al mismo tiempo esperaba más ventaja

de mi decisión, por cuanto se creía, conforme á la voluntad del Príncipe, completamente aceptado cuanto los dos partidos concediesen y yo aprobase, porque ambos se decían prontos al servicio de D. Fernando.

Así nos recibieron con alegre semblante, y como preludio de la futura concordia licenciaron las tropas auxiliares. Sólo quedó con poca gente en Santaella D. Martín, el hijo del Conde, mientras su hermano, acaso para prevenir futuras contingencias, disponía estacada y trincheras y reparaba el castillo y las murallas en gran parte derruídas. Dos días, mientras este temor traía acobardado á D. Alfonso de Aguilar, empleamos en conseguir la reconciliación de los dos partidos, á la que aquél, angustiado por la reciente muerte del Maestre, se prestaba más que el Conde, no tan deferente á nuestras propuestas, y entre otras concesiones declaraba estar pronto á aceptar cuanto antes á la prometida esposa.

No pudiendo nosotros detenernos allí más por tener que acudir inmediatamente á otra parte, confirmamos las bases de la concordia entablada, y, en nuestro lugar quedaron otros sujetos, aún más amigos de ambas partes, encargados de procurar en ausencia nuestra la entrevista sumamente necesaria del suegro con el yerno. Hecho esto, y entregados rehenes, D. Alfonso recibió ya al Conde en el fortísimo castillo de Aguilar. Mas luego, viendo la excesiva familiaridad del marqués de Villena con el Rey, libre ya de todo temor, volvió á las andadas, y cada día hallaba más escrúpulos para casarse con la hija del Conde, porque en vida

el Maestre había aspirado á la mano de una de sus hijas. Renováronse, pues, por ambas partes las antiguas discordias.

Entretanto nosotros, sabida la marcha de don Rodrigo Manrique, ya investido con el Maestrazgo y llamado por muchos Maestre, nos dirigimos á Toledo, pensando que allí se encaminaría él también á consultar al Arzobispo. Cuando éste nos hubo oído, contestó, muy diferentemente de lo que esperábamos, que ignoraba lo que se proponía el conde de Paredes, por otra parte persona muy grata; mas, si intentaba alcanzar el Maestrazgo en son de guerra, debía saber que nadie podía disputárselo al Marqués, su predilecto, á quien le tenían otorgado el parecer del Rey y la voluntad del Papa expresada en las bulas en favor del hijo aun en vida del padre, sin que la muerte de éste fuese impedimento alguno para la concesión. Por lo demás, él no negaba que en otro tiempo, y atendiendo á la causa de los Príncipes, blanco de la oposición del Maestre, había excitado al Duque á optar al Maestrazgo, con asentimiento de muchos Comendadores que así lo deseaban; pero ya las actuales circunstancias exigían otra resolución y otros procedimientos, supuesto que el Maestre, antes de su muerte, había vuelto al cariñoso trato del estrecho parentesco, y le había sucedido el hijo, por cuya sublimación estaba pronto á sacrificar rentas, riquezas y hasta la vida. Para otras ocasiones, sin embargo, protestó hallarse en la mejor disposición respecto al honor y ventaja del Duque.

Maravillados de tal respuesta, adujimos muchos argumentos, y luego, más familiarmente, y

aparte con el Arzobispo, para que Pedro del Algaba no cohibiese nuestra libertad, le eché en cara su alejamiento del camino de la verdad, pues hacía tiempo que me había apercibido de estar sugestionado por el Maestre en virtud de las perversas artes de Alarcón, y había puesto la mano en la llaga con más blandura de lo que exigía. Al punto el Arzobispo, deseando, en parte, darme una satisfacción ante las exhortaciones que le hacía, me dijo que su entusiasmo por el marqués don Diego Téllez tenía por causa el haber prometido adoptar el único y seguro remedio conocido para todas las calamidades sufridas en el reino y para disipar todo temor, á saber, darle á él en guarda á D.ª Juana, con lo que ya no quedaría tropiezo para la sucesión de los Príncipes, pues en cuanto le entregaran á la doncella, él sabría apagar las chispas del vasto incendio. Y yo, que en tanto grado y durante tanto tiempo había suspirado por aquel remedio, no debía desaprobar un plan tan convenientísimo, pues claro veía su ventaja sobre las ambiciones de otros de los amigos, como más por extenso podrían explicarme sus familiares el arcediano de Toledo Tello y Luis de Antezana, sujetos integérrimos á quienes había encomendado las negociaciones de todos estos puntos, mientras él atendía al ataque de la fortaleza de Canales.

Muchas cosas hablaron después conmigo aquellos dos comisionados del Arzobispo; pero nada pudieron oponer á mis réplicas cuando pusimos de manifiesto la causa del lamentable engaño, facilísima de achacar á los artificios con que Alarcón había trastornado el ánimo del anciano

Prelado que, en su chochez, prefería á la verdad las cautelas y ridículas patrañas de los dos glotones. Todos nos condolimos de la triste situación del Arzobispo.

Al día siguiente marchó al cerco del castillo, largo tiempo ocupado por los ladrones, y nosotros nos encaminamos á Mora, adonde se dirigía desde Baeza el nuevo Maestre D. Rodrigo Manrique. Tuvo el Prelado la suerte de poder combatir la fortaleza de Canales con tiempo sereno, á pesar de ser el mes de Noviembre, cuando los de la tierra deseaban lluvias; efecto que persuadió Alarcón al Arzobispo era debido á sus oraciones á fin de abreviar la toma del castillo. Entregóse al cabo; Alarcón se atribuyó la gloria; la vana credulidad del Toledano le dejó contentísimo, y la atención de todos se concentró en la lucha por el Maestrazgo.





CAPÍTULO IV

Consecuencias de nuestra embajada á D. Rodrigo Manrique.—Nuestro viaje á Aragón.

En busca del nuevo Maestre caminábamos cuando nos salió al encuentro no lejos de Mora. Pedro del Algaba le expuso en favor del Duque los mismos argumentos que al Arzobispo, á los que contestó el Maestre: que no había olvidado las gestiones hechas cuando por cartas y mensajeros había ofrecido al Duque D. Enrique, juntamente con el de otros Comendadores, su voto favorable para la provisión del Maestrazgo, cual reclamaba en una ocasión en que la índole del asunto y las condiciones de la Orden militar exigían cosa muy diferente que en los días anteriores á la muerte de Pacheco, pues durante su vida, los Comendadores de sana intención, atendido el poder del tirano, hubieran querido llamar á cualquiera de los más poderosos, á fin de sacar, como vulgarmente se dice, un clavo con otro; mas luego que el Omnipotente, compadecido de la Orden, la había librado de tan violenta y fuerte tiranía, todo debía restituirse á su pristina

pureza. Así lo habían determinado varios Comendadores, principalmente los que le habían dado sus votos, sujetos íntegros, prudentes y juramentados para proclamar no ser lícito á ningún caballero de la Orden conceder su voto á los que hubieran vivido fuera de ella, ni contra sus constituciones violar las leyes sancionadas que prohiben elegir á extraños, ni despreciar méritos como los de nobleza, constancia, antigüedad y trofeos alcanzados del enemigo, muy tenidos en cuenta por los probos electores. Y en este terreno, si había que confesar que su ilustre abolengo corría parejas con su benemérito pariente el duque D. Enrique y con algunos otros Grandes de los reinos de León y Castilla, en cambio en ninguno reconocía tan largos años de servicios en la Orden de Santiago, pues contaba cincuenta y seis y había librado 40 batallas campales contra moros granadinos, derrotándolos ó combatiéndolos en sitios de plazas. Parecía, por consiguiente, inicuo que en su senectud se concediese el premio de tantos trabajos á cualquier otro extraño, máxime cuando en el reinado de D. Juan había ya obtenido la misma dignidad, que únicamente la causa de la república fué poderosa para arrebatarle de las manos. En el trastorno general de las cosas muchos Grandes españoles prefirieron expatriarse á guerrear; sólo él permaneció impertérrito, reteniendo con la fuerza de su espada durante largo tiempo la dignidad aceptada, para defenderse con los suyos contra D. Alvaro de Luna, y hasta aceptando el auxilio enemigo, que sólo así hubiera podido permanecer en el reino sin grave menoscabo de la pública debida fidelidad.

Por preferir guardarla resignó entonces el Maestrazgo; mas ahora la cuestión era muy diferente, pues conservando la dignidad aceptada se favorecía el público interés, mientras que cediéndola á los rivales se contribuía al daño general. Debía, por consiguiente, el Duque tener por resolución recta lo que el nuevo Maestre se había propuesto, á saber: conservar enérgicamente el Maestrazgo, sin cederle á nadie mientras viviese, y para su defensa llamar amigos, parientes y á todos los de sana intención. En caso que el temor á conflictos ó la cobardía alejase á sus auxiliares, debía tener por seguro que se defendería mientras le quedase aliento de vida con los 300 caballos que entonces le seguían y no rehuiría hacer rostro con tan poca gente á cualquier peligro. Finalmente, que por todo ello comprendería el Duque su firme propósito de no favorecer jamás á los extraños á la Orden como había favorecido al Duque, mientras persistía la corruptela.

En mi respuesta recapitulé los obstáculos de la ocasión presente; el favor contrario del Rey; el cambio del arzobispo de Toledo y el encumbramiento del Marqués; todo lo cual aconsejaba conservar los amigos constantes, bien por necesidad, bien por mutua cortesía. A mi juicio, no eran insignificantes los méritos del Duque para con el nuevo Maestre, pues hubiera querido y quería trabajar por todo aquello que fuese grato á la ilustre estirpe de los Manriques, y en especial á tan egregio varón como D. Rodrigo, siempre tenido y digno de tenerse en la mayor estima. Le rogué, por tanto, que se sirviese escribirle cartas en

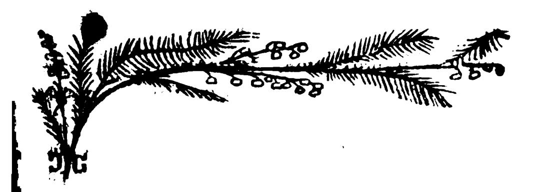
que claramente explicase nuestras gestiones y su parecer. Asintió afablemente á mi propuesta, y nos enseñó su caballería, más escogida que numerosa, mandada por tres de sus hijos, Pedro, el primogénito, Jorge y Rodrigo. Al cuarto, D. Fadrique, había dejado en Úbeda, ya para defensa de la ciudad, ya para que oportunamente acudiese á la causa del Conde de Cabra, á quien tenía grande afecto.

Tuvo D. Rodrigo estos hijos, y además á doña Leonor, en su primera mujer D.ª Catalina de Figueroa. Casó en segundas nupcias con la hija de D. Diego Hurtado de Mendoza, de la que no tuvo sucesión, y ya viejo, volvió á casar con Doña Guiomar de Ayala, hija de D. Pedro López de Ayala, caballero toledano, y de D.ª María de Silva, y también de ella tuvo descendencia. Prohibían las Constituciones de aquella Orden militar á los Caballeros pasar á segundas nupcias; pero en aquel tiempo todo el que la pedía alcanzaba dispensa del Papa, siempre que la esplendidez de la paga correspondiese á la liberalidad del permiso, y esto, no sólo en lo tocante á la Orden, sino en otras dispensas contrarias á toda probidad.

Terminada la entrevista, el Maestre marchó á Mora y nosotros á Cuenca, de donde pasamos á Aragón, con ánimo de entrar en Barcelona, por decirse que allí estaban reunidos á la sazón, como dije, el Príncipe y su padre, tratando de resolver muchas cosas que necesitaban detenido examen. Pero cuando llegábamos al paso del Ebro supimos que el Príncipe había regresado á Zaragoza. Inmediatamente le seguimos, temerosos de que esta

vuelta significase más largo viaje, y que, muerto ya Pacheco, quisiese ir á Segovia, donde permanecía la Princesa. En aquella ciudad le encontramos interviniendo en las Cortes generales del reino, mientras el padre se disponía á salir al encuentro de las tropas francesas, si por caso, como se susurraba, invadían el Rosellón.





CAPÍTULO V

Continuación de nuestra embajada.—Consulta del Príncipe. — Diverso camino que emprendimos, descubierto ya el intento del ejército francés.

Por un mensajero de Castilla llegado antes que nosotros supo el Príncipe mi viaje desde Toledo con propósito de hablarle, y suponiendo importancia á mi precipitado viaje, temió que, como anteriormente, hubiese caído también ahora en manos de sanguinarios ladrones. Así nos recibió con doblada alegría, y oyó con mayor satisfacción cuanto le dijimos, especialmente el gran deseo del duque D. Enrique de que fuese á Sevilla, ansiosa de conocer tan gran majestad, porque ya era yo el tercero que venía á solicitar la visita.

En lo relativo á la provisión del Maestrazgo de Santiago y repetición de las promesas, contestó con bastante extensión, aunque en todas las demás cosas, y según los dictados del honor, manifestó su deseo de favorecer la causa del Duque.

En el asunto del Maestrazgo, dijo, la condición de los tiempos había cambiado su índole, debiendo procederse después de muerto Pacheco diferente-

mente de cuando vivía. Inclinábanse á la provisión de la dignidad todos los que antes la combatían, especialmente D. Rodrigo Manrique y don Alfonso de Cárdenas; el primero, más antiguo y más noble; el otro en posesión de la mayor parte del Maestrazgo con título de Comendador de León. También aspiraban á él D. Gabriel Manrique, conde de Osorno, comendador de Castilla, y entre los extraños, el conde de Benavente y el marqués de Santillana para sí ó para su yerno el duque D. Beltrán, que ya antes había logrado la provisión, y en cuyo favor trabajaba el duque de Alba, si para sí mismo no la conseguía. Por todo lo cual parecía al Príncipe recurso más pacífico dirimir la contienda de los competidores, siguiendo la propuesta de la Princesa, con pedir al Papa la provisión del Maestrazgo; reformar la Orden próxima á su ruina, y trabajar al mismo tiempo por la concordia de los discordes y por el propio afianzamiento, buscando luego por otros caminos la mayor utilidad del Duque cuando, acalladas las rivalidades de los Grandes, pudiera darse satisfacción á sus méritos.

Con templadas razones combatió este parecer Pedro del Algaba, y luego intervine yo afirmando con largo razonamiento cuán injustamente se trataría al Duque negándole, muerto el adversario, lo que cuando vivo se le ofrecía para poder hacer frente al trabajo, á los gastos y á los peligros; expuse los muchos inconvenientes de este nuevo arreglo, en caso que se aspirase á la legítima provisión, y probé que el subterfugio de aquél era insuficiente para dirimir las rivalidades de los

Grandes. Dije finalmente al Príncipe que, si estaba resuelto á hacerlo así, por lo menos no se negase á manifestar de algún modo la estimación que le merecía el Duque, puesto que á un tiempo podría diferir el hecho y granjearse la gratitud; que le contestase con la amabilidad correspondiente al afecto que le profesaba; que en las cartas al Papa se le mostrase favorable, y que encomendase su presentación á aquellos de sus leales á quienes incumbiese la exclusiva dirección del asunto. Entretanto, le aconsejé considerase lo que en reino tan movedizo y agitado por tantas convulsiones podría deparar el porvenir, y que se dignara no eximirse tan precipitadamente de la antigua gratitud debida á sujeto tan benemérito.

A estas razones asintió el Príncipe, y aun se alargó á mayores ofrecimientos, prometiendo escribir según mis deseos y reforzar el motivo de preferir al Duque á los demás Grandes de España con el poderoso de tener proyectado el matrimonio de su hija primogénita Juana, no por ilegítima menos querida, con el único hijo del Duque. De aquí resultaría más fácil, amplia y decorosa correspondencia en el trato para prestar mutuamente mayor atención á los asuntos que pareciesen más útiles á unos y otros. Realizado esto, ningún Grande se atrevería á oponerse á la debida provisión, viendo que se prefería al yerno del Príncipe sobre los demás pretendientes. Sin embargo, toda la eficacia del cambio que se meditaba dependía del secreto en las negociaciones.

En cuanto á su ida á Sevilla, dijo que deseaba acceder á nuestros ruegos; pero le parecía asunto

difícil, que necesitaba meditarse despacio y consultarse con sujetos experimentados y de su afecto, cuya opinión decidiese lo más conveniente. Reuniéronse en efecto algunos de su mayor intimidad, y entre ellos Alfonso de la Caballería, sujeto docto, notable por su ingenio y perspicacia en las discusiones. Siempre se había opuesto al viaje, y principalmente en la ocasión presente en que con más interés se solicitaba; mas después de los diversos pareceres de los consultados y de oir el mío apoyado en poderosas razones ante el Príncipe, confesó que su oposición al viaje obedecía al deseo de comprender mejor los motivos de mi empeño, los cuales le obligaban á favorecer mi dictamen, por ser evidente para cuantos anhelasen la general reparación que el remedio de los males de España dependía de este viaje. Entonces el esclarecido joven, impulsado por mis excitaciones, resolvió que mientras Pedro del Algaba iba á Sevilla á explicar lo concerniente á la provisión del Maestrazgó y causa del matrimonio, fuese yo á Castellón á pedir á su anciano padre el debido consentimiento. Al secretario Luis González mandó que me acompañase, sin separarse un ápice de mi voluntad, sino uniéndose á mis ruegos para obtener del Rey el permiso para el utilísimo viaje y para otras muchas cosas que en la entrevista de Barcelona había negado al Príncipe.



CAPÍTULO VI

Prisión del marqués de Villena y descuido del que le apresó.—Tentativas que para libertarle hizo el arzobispo de Toledo por sugestión del rey D. Enrique.

En tanto muchos Grandes de Castilla y de León trabajaban ardientemente por rechazar el yugo con que nuevamente amenazaba á la nobleza la preponderancia del joven Diego Téllez, marqués de Villena, probable sucesor de su padre y de sus cargos, y que ya alcanzaba el lugar más preeminente cerca del cobarde Monarca, con evidentes aumentos de algunos secuaces al parecer aborrecedores de la tiranía del padre, pero claramente favorables al hijo. Uno de ellos era el arzobispo de Toledo que, entregado ya por esto en absoluto á la voluntad del Rey, trabajaba con empeño por el encumbramiento del Marqués. Entre los resueltos á oponerse al futuro contagio, el conde de Osorno, D. Gabriel Manrique, concibió el plan de apoderarse del joven Marqués. Como Comendador mayor de Castilla aspiraba al Maestrazgo confiado en su ilustre abolengo, en su calidad de veterano en la Orden y en ser considerado como primer elector si se observaban sus

constituciones. Por todo ello el Rey le había despachado frecuentes mensajeros con apremiantes avisos. También el Arzobispo, ya hostil al conde de Paredes, se esforzaba por inclinar al de Osorno en favor del Marqués. Esta unanimidad del Rey, del Arzobispo y del Marqués, sugirió á D. Gabriel Manrique ideas favorables al acomodo, pues al principio se mostraba intransigente, alegando numerosos argumentos en pro de la negociación lícita, y tachando de inicuo el proceder de los que prescindiesen de los nobles veteranos en la Orden para elegir al joven por heredero en todo de su difunto padre, cuando por derecho estaba en ella prohibida esta nefanda herencia de la dignidad. Mas desgraciadamente todo esto se había ya pervertido, y á ejemplo de su tío, el adolescente Marqués quería obtener el maestrazgo de Santiago, como el otro á la muerte de su padre D. Pedro Girón había sucedido en el maestrazgo de Calatrava, á pesar de ser conocido. Favorézcale quien quiera con tan nefandas iniquidades y escándalos, añadía; á mí me parece hecho horrible, indigno de su nobleza y de su edad, obligado á trabajar por la regeneración de las cosas, y de ningún modo, como se solicita, á condescender con el general trastorno.

Esta severidad del Conde fué ablandándose algo con el tiempo, y ya respondía con menos dureza á los mensajeros que él deseaba mucho la restauración de la decaída Orden, y que si esto se creía posible en lo futuro, tal vez la suprema bondad del Rey, por causa del poderío del joven adepto, accediese á modificar los Estatutos.

Tan grata les fué al Rey y al Toledano esta respuesta del de Osorno, que se extendieron á mayores promesas. Finalmente, con engañosos propósitos y á causa de las dadas por unos y otros, señalaron día y lugar para una entrevista, y se convino en el número de los acompañantes. El joven, confiado en la antigua estrella del padre, que tantas veces despreció las asechanzas, no puso el menor reparo. Aceptó el sitio indicado, convino en la hora, no aumentó el número de los de su séquito y, lo que fué más imprudente, eligió para arrostrar el peligro en su mayor parte á los más ineptos.

El Conde, por el contrario, preparó apartada emboscada por si los que con él iban no lograban realizar el plan concertado. Eligiólos entre los más audaces, y con ellos aguardó en el sitio concertado y más ventajoso para su intento. Reunidos todos, comienza el coloquio, y los compañeros del Marqués, desechado todo recelo, se sientan á la mesa. Entonces da el Conde la señal convenida para apoderarse de los incautos, los cuales, al ver al Marqués prisionero, no opusieron la menor resistencia y huyeron despavoridos ó se entregaron como cobardes.

Preguntó D. Diego qué falta había cometido para ser apresado tan pérfidamente, y se le contestó que por haber su padre, quebrantador de toda alianza ó juramento, prometido al Conde, en vida del rey D. Alfonso, la villa de Maderuelo si cedía el derecho al maestrazgo de Santiago, y luego, alcanzada la provisión, preferido pasar por violador de la palabra empeñada á entregar la

villa. Así no era injusto vengar en el hijo el perjurio del padre.

Cuando el Rey supo la prisión del Marqués empezó á encolerizarse como un loco, y su natural cobarde le impulsó á recurrir en el trance difícil á los que tenía él obligación de defender. Lamentábase, lloraba, no admitía consuelo alguno; todo lo posponía á la libertad del Marqués. Para procurarla acudió al Arzobispo, igualmente angustiado con la prisión del joven, y excitado por Alarcón, devotísimo del prisionero, que le había hecho donación de la aldea de Zafra, de la cual y de otras mercedes percibía una renta de 1.500 florines anuales. También buscó la ayuda del conde de Benavente, interesado en librar á su pariente, con cuya hermana había contraído matrimonio. Muy pronto se tuvieron reunidas fuerzas suficientes para combatir el castillo (1) donde el prisionero estaba encerrado; pero la mayor esperanza de sus amigos estaba en la apatía del de Osorno, que siempre había terminado flojamente cuantas empresas había acometido con la mayor energía, y que cuando desde su primera juventud había contraído el hábito de no perseverar en ningún honroso empeño, menos podía esperarse que lo hiciera en la vejez. Convenía, sin embargo, la mayor celeridad, para estorbar así que los Grandes de diversa opinión, y bien avenidos con la prisión del Marqués, le animasen con sus palabras ó le sostuviesen con su apoyo.

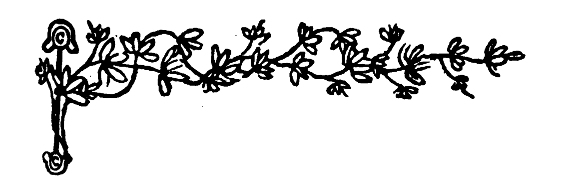
(1) En blanco el nombre.

Reunidas inmediatamente las fuerzas, marchó el Arzobispo á poner estrecho cerco al castillo (1), aunque, entretanto, confiando más en la astucia, se envió delante á Lope Vázquez de Acuña, hermano del Arzobispo, y á Juan de Vivero, hermano de la condesa de Osorno, cual negociadores de los pactos futuros en caso que el Conde se redujera á más templados términos. Toda la trama estaba fundada, sin embargo, en la entrevista con la Condesa, seguramente imposiblitada de negarse á la visita del hermano. Tuvo éxito el ardid, y Lope Vázquez pudo fácilmente apoderarse de la Condesa al acudir á la entrevista, aparentando que el atropello se cometía contra la voluntad de Juan de Vivero. Presa la mujer, desfalleció del todo el apocado ánimo del Conde, y en el acto accedió á los pactos más vergonzosos, que aún lo hubieran sido más sin cierta consideración del Arzobispo á la presencia de Juan de Vivero, á quien tenía gran afecto. Inmediatamente devolvió el de Osorno la libertad al Marqués, á condición de que se le entregara la villa de Maderuelo. Con la noticia de la libertad del prisionero se desvaneció la alegría de varios Grandes y de muchos ciudadanos. No por ello desistió de su propósito el ánimo esforzado del nuevo maestre D. Rodrigo Manrique, y teniendo tan en poco la voluntad del Rey como la diligencia del Arzobispo, recorrió los pueblos de Castilla de la jurisdicción del Maestrazgo y los sometió en la mayor parte á su dominio. Lo mismo quiso hacer

(1) Blanco para el nombre.

en la provincia de León el titulado maestre D. Alfonso de Cárdenas; pero encontró fuerte resistencia en su vecino y rival el conde de Feria, fuerte con el apoyo del duque don Enrique y con tropas auxiliares de algunos comendadores de la Orden partidarios de Juan de Alvarado.





CAPÍTULO VII

Sitio y toma de Elna.—Lamentable ocupación del Rosellón.—Cambia de parecer el rey D. Juan.

Entretanto el rey Luis de Francia que por sugestión de Pacheco hacía tiempo reunía poderoso ejército para el sitio de Elna, no suspendió sus preparativos á pesar de la muerte de su consejero, antes retuvo á los embajadores del rey de Aragón, el conde de Pradas, D. Juan de Cardona y Bernardo Hugo de Rocaberti, Castellán de Amposta, y en Noviembre de 1474 tuvo ya dispuestas las tropas para pasar al Rosellón desde Narbona con gran aparato de artillería y extrañas máquinas de guerra, á fin de quitar á Elna todo recurso de defensa.

Por su parte el Monarca aragonés, desde Castellón, reforzó el contingente de soldados veteranos de la plaza, y confió en el retraso que las grandes lluvias otoñales causarían á la marcha de los franceses. Pero ellos, acostumbrados al sitio de plazas durante el invierno, asentaron primero sus reales, según costumbre, y en seguida hicieron cabañas subterráneas para abrigo suyo y de sus caballos. Luego rodearon el campamento á la usanza roma-

na, con estacada y trincheras, en cuyas obras usan de gran cautela y pericia. Obligan á trabajar en ellas á toda la gente práctica en tales faenas, y sin la menor piedad la exponen á los peligros del ataque, no teniendo en nada la muerte de aquella multitud, al paso que los soldados veteranos pelean con más cautela. Es esta nación impetuosa, fortísima en los primeros encuentros, mas fácil de vencer combatiéndola á guerra abierta.

Cuando se vieron muy superiores en número y se les dejó disponer su ataque, las rocas sirvieron de escaso amparo á los defensores, y no le fué difícil al enemigo apoderarse de los fuertes, á pesar de su excelente situación y obras defensivas.

El rey D. Juan, juzgando inútiles los esfuerzos del enemigo, permanecía en Castellón, y se le oía repetir que le inspiraba lástima la necedad de los franceses, empeñados en anegarse en el diluvio. Los de la guarnición de Elna avisaban también diariamente al Rey que, aun sin la defensa que la estación les ofrecía, no temían peligro alguno por parte del enemigo, pues la muralla baja era invulnerable para la artillería, y mucho más la parte alta de la ciudad, inexpugnable por su posición, donde podrían refugiarse en extremo apuro los aragoneses, si por caso se abriese brecha en la primera, lo cual no ocurriría sin gran estrago de los sitiadores. La confianza de unos y otros fué causa de su perdición, pues no tardaron veinte días en atacar la plaza, y á los ocho después de asentados los reales, ya quedó arrasado el primer recinto inferior, sin que sus 2.000 defensores pudiesen resistir el terrible empuje de los 40.000 ene-

migos. Los paisanos, con las mujeres y niños, se refugiaron en la parte alta, donde se consideraban seguros; pero como acudiesen allí también los soldados veteranos, los aprovisionamientos resultaron insuficientes. Tampoco se sostuvo el reparo donde los aragoneses se creían á cubierto, porque los tiros de las bombardas derrumbaron las defensas, y el enemigo buscó entrada por las minas, protegido por lo elevado de los muros, á cuyo pie trabajaba practicándolas con la mayor seguridad.

En tan terrible aprieto, el terror se apoderó de la ciudad, y ya todos ansiaban rendirse al enemigo con hijos y mujeres, con tal que les asegurasen de la rabia francesa. Esto obligó á la guarnición á proponer la entrega de la plaza, aceptada por los generales enemigos á condición de que, excepto cuatro de los principales que habían de ser presentados al rey Luis, los demás soldados, despojados de armas y caballos, quedasen en libertad, y los paisanos permaneciesen ilesos en sus casas.

Se dice haber influído principalmente en la rendición Julio Itálico, valiente capitán enviado al sitio con 200 caballos por el rey de Nápoles don Fernando; pero que no acostumbrado á la defensa de plazas y poseído de terror, había tratado desde los primeros días de persuadir á los soldados españoles que no confiasen en las murallas y buscasen su salvación por otros medios. Discordes en esto las opiniones, la resistencia de los defensores fué muy desigual.

La toma de Elna fué funesta para los de Perpiñán, combatidos por largo asedio y tan apretados

del hambre que, consumidos ya perros y ratones, desenterraban los cadáveres de los enemigos ó mataban á los prisioneros para devorarlos. Hasta las madres se vieron en la horrible necesidad de comerse á sus hijos. Sería difícil explicar las penalidades sufridas por los de Perpiñán para resistir su entrega hasta el último trance de la vida, aun con la seguridad de no poder ser socorridos con aprovisionamientos por los amigos. Porque los reales de los franceses los tenían envueltos, y tomada Elna, habían puesto estaciones en todos los pasos del Pirineo, cerrándosele á catalanes y aragoneses.

Cuando empezaba el sitio de Elna fuí con el secretario Luis á Castellón; visitamos al anciano Monarca, entonces muy ajeno de temer por la plaza, y á nuestras razones contestó según su costumbre con la mayor bondad, máxime porque se dignaba contarme entre sus más afectos. Gran parte de dos noches y un día invirtió en informarse muy por menor de todo lo ocurrido en Castilla y León, que oyó muy complacido, especialmente los intentos del duque de Medina Sidonia, cuyas pretensiones al maestrazgo de Santiago dijo debían favorecerse, censurando la poca generosidad del Príncipe al escatimar su apoyo al benemérito pariente, en vez de mostrársele liberal hasta de sus propias facultades, cuanto más del Maestrazgo militar que poco honor podía aumentar al que esperaba ceñir la corona de tantos reinos.

Acabó diciendo que escribiría al Príncipe ordenándole que, no sólo cediese el Maestrazgo, sino

que procurase por todos los medios favorecer al Duque, y que inmediatamente encargaría á sus agentes en Roma que recabasen del Papa la provisión de la dignidad.

Así debía obrar el Príncipe si quería agradarle, y dejándolo todo, marchar á Andalucía, conforme al parecer del Duque, posesionándose de Sevilla, lo que redundaría en daño de sus contrarios y ventaja propia, porque siempre el dueño de aquella ciudad había tenido la dirección de los asuntos públicos. Y aunque por la debida obediencia el hijo quisiera conocer antes su opinión, la índole del asunto hacía excusable el que sin consultarle marchase inmediatamente á Andalucía. Por tanto, no debía detenerse, sino seguir el viejo refrán: «Cuando te dieren la vaquilla, acude luego con la soguilla.»

Mi solicitud mereció también elogios del Rey, y persuadido con mis razones, se dignó otorgar todo cuanto antes había negado á su hijo al suplicárselo en Barcelona. Muy alegres volvimos á Zaragoza, donde di cuenta al Príncipe de la sustancia de las cartas de su padre que éste me había encargado le participase.

Ya se disponía á emprender el viaje, cuando la tristísima noticia de la toma de Elna le obligó á interrumpirle, pues el Rey, revocando su anterior acuerdo, le mandaba dirigirse á toda prisa á las fronteras del Ampurdán, aunque tuviese que arrostrar sólo con tres compañeros los mayores peligros. Tal era el parecer de cuantos atendían al reparo de los desastres sufridos, que asignaban al joven Príncipe los trabajos de la guerra y al

anciano padre la permanencia en puntos seguros. Antes de salir de Zaragoza debía dejar dispuestos 3oo caballos pagados con el ordinario estipendio de los pueblos, y resolver todo lo demás necesario para la guerra sin la menor tardanza, si quería evitar la defección de la mayor parte de los pueblos del Ampurdán.





CAPÍTULO VIII

Abatimiento del príncipe D. Fernando.—Después de algunas vacilaciones, se resuelve á marchar á Ampurias, cambiando su primer acuerdo respecto á los asuntos de Andalucía.

A pesar de su grandeza de ánimo, produjo en el Príncipe honda impresión la orden de su padre con la primera noticia del descalabro, y, contra su costumbre, no pudo ocultar la pena. Trató con sus íntimos de los peligros de la funesta expedición á los confines del Rosellón, para la que precisaba numerosa caballería, si había de acaudillarla en persona, pues así como los de Ampurias cobrarían ánimo al verle con ella hacer rostro poderosamente al feroz enemigo, así caerían en el mayor desaliento al contemplar al heredero del reino capitaneando flaca hueste, cual si ya desesperados de todo auxilio, hubieran todos de resignarse á la más triste suerte. Por esto le parecía desacertado el acuerdo del padre de retroceder, confiando á la sola presencia de su heredero el dar ánimo á una región falta de ejército suficiente. Más prudente consideraba haber confiado aquellos pocos veteranos y caballería valenciana estacionada en Figueras y Castellón

al ilustre maestre de Calatrava D. Alfonso (1), el cual, con sólo recorrer el Ampurdán, infundiría cierta esperanza de próximo remedio, mientras se reunían tropas bastantes para resistir algún encuentro del enemigo. Si, por el contrario, los franceses, envalentonados con la reciente toma de tan importante plaza, se apercibían de que con la llegada del Príncipe el ejército no engrosaba, inmediatamente le presentarían batalla, y ó le destrozarían si la aceptaba, causando con ello perpetuo abatimiento á los aragoneses, ó le sitiarían vergonzosamente si la rehusaban, y el sitio sería peor que la derrota, porque el anciano Monarca carecía de tropas para libertar á los cercados atemorizando ó haciendo huir á los enemigos. Aprobaron como muy prudente los consejeros consultados por el Príncipe este su parecer; pero su resolución, aunque magnánima, fluctuaba entre el deseo de obedecer las órdenes del padre y la conveniencia de adoptar el acuerdo que parecía más eficaz, y á fin de encontrar el mejor, les explicaba una y otra vez su pensamiento. Por último, se resolvió que el Príncipe procurase reunir 300 caballos sostenidos á expensas de los aragoneses; que su hermana D.ª Juana le sustituyese residiendo en Zaragoza para presidir las Cortes, y que, en tanto, padre é

(1) En esta época era maestre de Calatrava D. Rodrigo Téllez Girón. Tal vez Palencia equivocó el nombre con el de D. Alonso, hermano del Maestre, ó quiso decir Alcántara, de cuya Orden era en efecto Maestre D. Alonso de Monroy, en vez de Calatrava, ó intentó referirse á Don Alonso, hijo ilegítimo de D. Juan de Aragón.

hijo tratasen de disponer guarniciones en Ampurias en unión con D. Juan, pseudo Arzobispo de aquella ciudad y con D. Alfonso, ambos hijos ilegítimos del Monarca aragonés. No debían por eso abandonarse los asuntos de Andalucía; por lo menos hacerse algo eficaz en pro de la futura utilidad del reino. Al efecto se convino en enviarme á mí y al noble sujeto Gómez Suárez de Figueroa para que visitásemos al duque D. Enrique, é infundiéramos esperanzas á los sevillanos, tan deseosos de ver al Príncipe.

Entretanto no se interrumpían un solo día en Zaragoza las tareas de las Cortes. Algunos Grandes fingían astutamente anhelos del remedio de las necesidades públicas; pero en secreto maquinaban cosa bien diferente, y se alegraban de lo crítico de las circunstancias, porque las largas guerras habían producido general licencia y perversas intenciones, y ya se veía con satisfacción la desdicha de los pueblos que habría de inspirarles ansias de tiranía. Al principio varios nobles habían combatido cuanto podían el matrimonio del Príncipe con D.ª Isabel, por temor del acrecentamiento de poderío que habría de recibir el anciano Rey, cuya avanzada edad y pobreza les inspiraba harto desdén; pero que no dudaban sería el azote de los disolutos si llegaba á recobrar poderío. Cuando se reconocieron impotentes para estorbar el matrimonio y vieron el nuevo apuro del Rey, muchos trataron de buscar en las Cortes de Zaragoza obstáculos para la resolución más conveniente y para aumentar la angustiosa situación del Príncipe, deseoso de dar con el camino más expedito. Para ello día y noche

consultaba á sus fieles amigos, prometía á los vacilantes, excitaba á los tibios y confortaba á los temerosos con perspectivas de futura felicidad. A Gómez Suárez de Figueroa y á mí, ya perfectamente dispuesto al viaje convenido, nos aconsejaba que no le dilatásemos un momento. O por falta de salud ó por no considerarse preparado para el viaje, mi compañero difirió la partida, y prolongándose de día en día, tuvimos ocasión de ver cómo angustiaban el ánimo del Príncipe los diarios rumores y cartas que llegaban de las Ampurias con tristes nuevas de haber cercado ya los franceses á Perpiñán con estrechísimo asedio, y de hallarse en grave apuro por escasez de aprovisionamientos los habitantes desesperanzados de recibirlos y del socorro de tropas de refresco. Aseguraban también que el rey Luis había ganado con dádivas y promesas de mayores aumentos á los embajadores que retenía á su lado, ya á su devoción. Esto incitó á la novedad los ánimos de los catalanes, especialmente de los principales barceloneses, rebeldes en otro tiempo y entonces sospechosos de deslealtad. De Navarra se recibían también frecuentes noticias de amenazar por aquella parte grave peligro, pues la hija del rey de Aragón D.ª Leonor, después de muerto el primogénito, gobernaba desacertadamente el Principado y había proporcionado á su padre nuevas contrariedades favoreciendo al partido de los poco leales Grandes portugueses ó de los beamonteses contra el de los agramonteses, más obedientes al Rey. A consecuencia de esto, el esforzado Pedro de Peralta, principal entre los últimos, sufría tan crue-

les vejaciones que se temía tuviese que apelar aun al amparo de los enemigos.

Hasta tal punto había perseguido el inextinguible fuego de la discordia y la crueldad de los soldados de los diversos bandos á los labriegos y jóvenes de las aldeas, que sólo las mujeres trabajaban en los campos, y crecía el rumor de que la extrema desesperación forzaría muy pronto á los navarros á someterse al yugo francés.





CAPÍTULO IX

Maquinaciones que entretanto se preparaban en Castilla.—Muerte del rey D. Enrique.

MIENTRAS estos rumores y otros avisos de igual índole llegaban de diversas partes á oídos del príncipe D. Fernando, á la sazón en Zaragoza, la ambición del Maestrazgo de Santiago traía sobreexcitados en Castilla los ánimos de los Grandes, unánimes en execrar la desidia de D. Gabriel Manrique y el reciente anhelo del Arzobispo y sus hostiles manejos para despojar del honor del Maestrazgo á su antiguo amigo el conde de Paredes, en opinión general su preferido. Asimismo censuraban al Arzobispo por tener tan en poco la propia honra al someterse hasta tal punto al capricho de Alarcón, que este hombre vil alardeaba públicamente de poder llevarle por donde quisiese, y que si se le antojaba, le haría despojarse de sus ornamentos y vestirse de miserable rufián con broquel, espada y sombrero de cuero, en disposición de provocar cualquier infame desafío. Confirmaban estas seguridades de Alarcón muchas pruebas de la ligereza del Prelado, como el cambio para con sus más constantes amigos y la expedición contra el aprensor del



Marqués; sobre todo porque antes había seguido constantemente al odiado, parecía defender cuanto había aborrecido, y confiaba plenamente en los embustes de Alarcón, atreviéndose en sus públicas conversaciones á preferir á la autoridad de los santos al conocidísimo glotón, y obligando á sus criados á escuchar las patrañas que á manera de apóstol de la verdad vomitaba ante todos aquel abominable chalán.

Todas estas enormidades iban de día en día dando pábulo á la murmuración, y el favor popular, antes tan á devoción del Arzobispo, más inclinado ya á los Príncipes, no sólo le abandonaba, sino que le combatía.

Observando esto, el Cardenal, enemigo del Arzobispo, salió de Segovia y desistió de acompañar á la princesa D.ª Isabel, á fin de trabajar en unión con el conde de Benavente, su compañero, por recobrar su antiguo puesto cerca del cobarde Rey, esclavo ya de la voluntad del de Villena, cuyo partido parecía seguir el Arzobispo, porque cabía la esperanza de que éste dejara el campo libre á los dos Grandes si llegaba á verlos de nuevo al lado del Rey. Así sucedió en efecto. El Arzobispo, desdeñando el segundo lugar que se le ofrecía, marchó á Alcalá de Henares contra la voluntad también del de Villena, que hubiese deseado ver á su tío más perseverante en los propósitos y no fluctuar de acá para allá cual esclavo de la fortuna, con el vacilante impulso de un inexperto mancebo. Y esto en particular por cuanto el conde de Benavente aceptaba la benévola correspondencia del Cardenal, á quien por enemigo del Arzobispo

constantemente obedecía, excepto en aquella expedición contra el de Osorno, dispuesta con mutuo acuerdo.

Después de marchar el Arzobispo, el joven Marqués empezó á atraer con blandas palabras al Cardenal y á su deudo el de Benavente y á animar con promesas al Arzobispo, creyendo engañar á todos con estas artes, mientras él conseguía el primer lugar cerca del desdichado D. Enrique. Parecía favorecer grandemente sus propósitos el tener la guarda de la doncella y hallarse en posesión de grandes riquezas. Mas de repente negra tormenta vino á oscurecer tan risueña perspectiva. El Rey, que ya antes había padecido algunos ataques intestinales, empezó á debilitarse con sus repetidos excesos. Porque era incontinente en la comida, y en esto, como en todas sus costumbres, sólo obedecía á su capricho y jamás á los dictados de la razón. No hacía caso de los médicos, escogiéndolos ineptos ó consentidores de sus antojos. Cuando caía enfermo apelaba á purgas y vomitivos, y despreciaba las demás prescripciones de la medicina. Pero en este último ataque nada aprovechó el repentino y abundante flujo sanguíneo, antes en el espacio de dos días le hizo perder todas sus fuerzas, y desde el primero la extremada debilidad le volvió deforme. Parecióle que podría resistir la dolencia yendo á recrearse con la vista de las fieras encerradas en el bosque cercado del Pardo, y en cuanto cedió algún tanto la violencia del mal, montó á caballo y se encaminó á los bosques. Vano empeño, porque á poca distancia de Madrid faltáronle las pocas fuerzas que le que-

daban, y con gran dificultad pudo volver al Palacio. Allí, y en presencia de algunos de sus íntimos, un nuevo ataque acabó de postrarle. Parecía darse cuenta de la inminencia de su fin; pero ni pidió los sacramentos como católico, ni se acordó de hacer testamento ó codicilo, según universal costumbre. Los pocos y rudos domésticos que le acompañaban empezaron á susurrar por los rincones sobre lo más urgente en tal aprieto. Pidieron parecer al médico acerca de la gravedad de la dolencia; contestóles que le restaban pocas horas de vida, y entonces unos llamaron al Marqués, y otros al Cardenal y al de Benavente. Alguno hubo que acudió al religioso varón fray Juan de Mazuelos, antiguo Prior del convento de Santa María del Paso, y á la sazón residente en este monasterio. Llegó presuroso; saludó al Rey; conoció que se aproximaba su fin y le aconsejó con prudentes y bondadosas palabras que se preparase á morir cristianamente. Pero el Rey permaneció mudo. Postrado en pobre lecho, á medio vestir, y no despojado de las ropas cual corresponde á un enfermo; sólo cubierto con miserable túnica; en los pies botines moriscos, pero al aire los muslos, respiraba angustiosamente y volvía sus apagados ojos hacia los que le rodeaban, imposibilitado de contestar á sus ruegos. Sin embargo, aunque no me consta con certeza, se dice que como uno de ellos le preguntase á quién declaraba heredera de los reinos, si á su hermana ó á Doña Juana, cuya legitimidad era dudosa, había contestado:—«Eso pregúntaselo á mi capellán Juan González, depositario de mi voluntad.» Lo que

sí consta es que cuando fray Juan de Mazuelo, por indicación del Cardenal, le rogó que declarase solemnemente á cuál de las dos Princesas reconocía por heredera, contestó: — «Declaro á mi hija heredera de los reinos.» Una y otra vez, y con gran instancia, expuso el religioso las dudas de los españoles sobre la legitimidad de D.ª Juana, á causa de la reconocida impotencia del Rey, de la liviandad de la Reina y, sobre todo, de la pública declaración hecha en Guisando por el mismo don Enrique, y le amonestó con la mayor vehemencia que no dejase al morir, por ocultar la verdad, entregados á la desolación los dilatados reinos de que iba á desprenderse para siempre. Hacerlo así sería el crimen más abominable, pues todos los pecados hasta entonces cometidos podrían alcanzar misericordia si en el trance en que estaba pedía perdón al Omnipotente con sincero arrepentimiento; pero el ocultar la verdad en daño universal de los reinos sería el mayor de los delitos, imposible de perdonar.

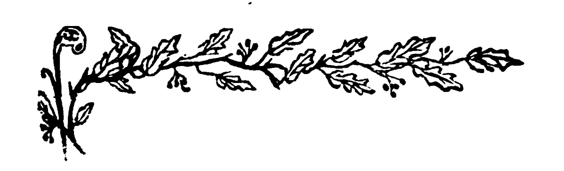
Según declaró el religioso, de nada sirvieron sus amonestaciones, contestadas con breves y secas palabras por el moribundo. En seguida la agitación de los miembros y la torcedura de la boca indicó claramente que la muerte iba á poner término á vida tan licenciosa.

Con la esperanza de moverlo á devoción, colocaron un altar frente al agonizante; pero como si el destrozo de las entrañas le privase de todo sentido, no se apercibió de nada y exhaló el último aliento antes de amanecer el día 12 de Diciembre de 1474.

Duró su mala vida cerca de cincuenta años, y su pésimo reinado diez y nueve y cinco meses.

En nada estimó la honra, é inclinado á obscenidad no vista desde los siglos más remotos, hizo cuanto le vino en antojo con total desprecio del respeto debido á sus súbditos, empleando sólo su autoridad real para cobrar ias rentas, á fin de satisfacer á su capricho sus liviandades y distribuir aquéllas con excesiva prodigalidad entre sus cómplices. Para todo lo demás se mostró hasta avaro mientras duró la primera engañosa apariencia de felicidad, porque después del noveno año de reinado repartió, bien á su pesar, honores, empleos y cuantiosas rentas á los Grandes hostiles, á fin de apartarlos de la intentada rebelión y reducirlos á condescender con la extendida tiranía.

Miserable y abyecto fué el funeral. El cadáver, colocado sobre unas tablas viejas, fué llevado sin la menor pompa fúnebre al monasterio de Santa María del Paso, á hombros, de gentes alquiladas, pues sobrecogidos todos por la confusión producida por la repentina desgracia, se dispersaron en varias direcciones, y los Grandes allí presentes, el Cardenal, el conde de Benavente y el marqués de Villena, atentos sólo á las varias contingencias del porvenir, no se cuidaron de lo que á su vista pasaba.



CAPÍTULO X

Repentina noticia de la muerte del rey D. Enrique, é inmediata proclamación de la reina D.ª Isabel.

Difícil sería explicar la inmensa turbación y los terrores que la muerte del Rey infundió en sus criados. Muchos de ellos, hombres oscuros y consagrados al crimen, perdido el protector, corrían inciertos de una á otra parte, procurando orientarse en el rumbo más ventajoso. Unos alardeaban de protegidos del Cardenal, otros muchos creían poder alegar antiguos méritos para con la princesa D.ª Isabel, ya reina por derecho hereditario. Algunos, entusiastas de la honra y valimiento del arzobispo de Toledo, le avisaron en breves términos, la víspera de morir el Rey, la naturaleza de la mortal enfermedad y luego su fallecimiento á las tres horas de ocurrido. Así pudo él escribir inmediatamente al príncipe D. Fernando, á la sazón en Zaragoza. Otros se apresuraron á comunicar á la Reina la noticia.

Era cortísima la jornada de los que marchaban á Segovia, en comparación de la que tenían que hacer los que iban á Zaragoza. Aquella ciudad dista de Madrid 45.000 pasos, jornada de un

día para un viajero expedito, mientras que en cuatro difícilmente podría llegar á Zaragoza desde Alcalá de Henares. Para este camino escogió el Arzobispo al ágil mancebo Gonzalo Albornoz, muy de su afecto por pariente y por servicial, y le dió cartas para el príncipe D. Fernando en que decía: que el rey D. Enrique, á los dos días de enfermar había muerto al amanecer de aquel día, á consecuencia de un flujo de sangre; que aunque por la naturaleza del mal había sentido mucho la repentina muerte del Rey, mucho más le había apesadumbrado su desdichadísimo fin. Y como todas las esperanzas de los buenos parecían fundadas en las eminentes cualidades del sucesor, leída la carta, debía regresar á sus reinos, donde si por caso hallara á algunos de los Grandes inclinados á intrigas siniestras, y mal avenidos con la verdad, tuviese por cierto que el mayor y más escogido número estaba al lado de los obedientes á su Real Majestad.

En tanto supo D.ª Isabel la muerte de su hermano. La noticia la arrancó algunas lágrimas, y el 13 de Diciembre se vistió de luto, más oficial que la pompa, bien verdadera, de la exaltación al trono, y desplegada por la misma Reina por consejo de los lisonjeros y cortesanos con gran regocijo y complacencia de los que deseaban trastornos y rivalidades en el reino y fuera de él, como se verá más claramente en los siguientes libros.

Levantóse en la plaza un elevado túmulo de madera descubierto por todos lados para que pudiese ser visto por la multitud, y terminadas las fúnebres ceremonias, quitaron los negros paños y

apareció de repente la Reina revestida con riquísimo traje, y adornada con resplandecientes joyas de oro y piedras preciosas que realzaban su peregrina hermosura, entre el redoble de los atabales y el sonido de las trompetas y clarines y otros diversos instrumentos. Luego los heraldos proclamaron en altas voces á la nobleza y al pueblo la exaltación al trono de la ilustre Reina, y en seguida se dirigió la comitiva hacia el templo, cabalgando D.ª Isabel en caballo emparamentado con ricas guarniciones, precedida de la nobleza y seguida de inmenso pueblo. Como símbolo del poder de la Reina á quien los Grandes rodeaban á pie llevando el palio y la cola del vestido, iba delante un solo caballero, Gutierre de Cárdenas, que sostenía en la diestra una espada desnuda cogida por la punta, la empuñadura en alto, á la usanza española, para que, vista por todos, hasta los más distantes supieran que se aproximaba la que podría castigar á los culpados con autoridad Real.

No faltaron algunos sujetos bien intencionados que murmurasen de lo insólito del hecho, pareciéndoles necio alarde en la mujer aquella ostentación de los atributos del marido; pero acalló todos los reparos la adulación de los que proclamaban lo natural del hecho, por cuanto la herencia de los reinos en ningún modo correspondía á D. Fernando, sino exclusivamente á la Reina doña Isabel; más seguros al decirlo de que con mayor agradecimiento y satisfacción se acogería este parecer que si expusiesen otro más severo y conforme á las leyes. De aquí surgió el germen de graves contiendas á gusto de los Grandes, fomen-

tadores de nuevas alteraciones, como más á las claras se verá luego.

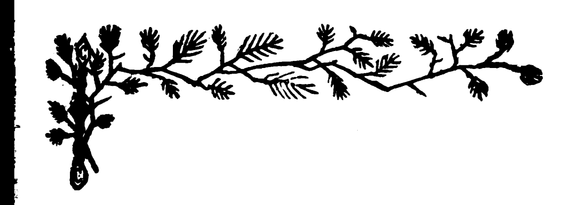
Muerto D. Enrique, vió el marqués de Villena su mayor salvaguardia en la retención de la doncella, y seguro el acrecentamiento de su poder mientras conservara tal prenda, pues si por caso la Reina quisiese sacarla de su tutela, tendría que aumentar la influencia del Maestrazgo de Santiago; pero si intentaba arrancársela á viva fuerza, no había de faltarle el apoyo de D. Alfonso de Portugal á quien el rey D. Enrique y Pacheco la hubiera dado en matrimonio si no hubiese arrebatado á los dos muerte repentina. Mientras uno ú otro procedimiento no aparecía á las claras, resolvió el Marqués reforzar las guarniciones de muchos de los castillos heredados del padre, ya fuertes por situación y obras de defensa, y sobre todo tratar con la mayor amabilidad á la doncella, garantía de su buena suerte. No le pareció mal por otra parte que los más conocedores de la voluntad paterna se acercasen á la Reina para penetrar mejor sus intenciones. Además, y con conocimiento de Alarcón, á lo que se cree, sondeó á su tío el Arzobispo para descubrir cuáles eran sus preferencias; pero como el recuerdo de cosas tanto tiempo esperadas y el entusiasmo presente traía embargado su ánimo, no pudo averiguar otra cosa que su resolución de obedecer al rey D. Fernando, único en su preferencia, pues en la intimidad se quejaba de la Reina, en quien había conocido una estimación de su persona muy inferior á lo que reclamaban sus innumerables servicios á la Princesa. A la muerte de D. Enrique, y por honor del rey D. Fer-

nando, el Prelado toledano levantó pendones por los nuevos Reyes en la plaza de Alcalá de Henares, y á voz de pregón y á toque de trompetas declaró ante el pueblo y ante sus familiares hallarse dispuesto á la perpetua obediencia á su cetro como legítimos sucesores del reino y dueños de la corona de los de León y Castilla. Mas luego, cuando la Reina le escribió mandándole ir á Segovia para permanecer á su lado, contestó al Rey que, por obedecerla, iría á Segovia á su Consejo; pero con cierta reserva mientras no estuviese presente la majestad del Rey, pues sospechaba que no le eran á D.ª Isabel tan gratos sus servicios, por haber conocido siempre en ella alguna antipatía hacia su persona. Sin embargo, se pondría en marcha para añadir éste á otros muchos y para ver si con la exaltación al trono había ganado él algo en estimación á los ojos de la Reina.

Sin tardanza emprendió la jornada, que acaso hubiese diferido, á no impulsarle la esperanza de la próxima llegada de D. Fernando, como luego se vió claramente por evidentes pruebas. Dispuso que Alarcón permaneciese en Alcalá, por recelar que se le tendría por sospechoso compañero en el viaje para lo que se trataba de resolver. Pero como el infeliz Arzobispo seguía al pie de la letra las indicaciones de Alarcón, trató muchas cosas desacertadamente. Añadió también acritud al vacilante ánimo del Arzobispo la ingratitud de la Reina que, por consejo de los que la rodeaban, dió preferencia en todo al Cardenal, hasta entonces su contrario, prescindiendo de los antiguos servicios é incalculables dispendios del Prelado toledano.

Asimismo tuvo en mucho las falacias del Cardenal, que aseguró que, á no ser porlos obstáculos del Arzobispo, ya él en vida de D. Enrique hubiera logrado convencerle del superior derecho de su hermana á la sucesión al trono. La Reina dió más valor á este embuste que á los verdaderos y constantes servicios del Arzobispo.





DÉCADA III

LIBRO PRIMERO

PRÓLOGO

Como los anteriores anales están llenos del relato de hechos criminales, tenebrosos ú obscenos, no parece inoportuno advertir que, muerto D. Enrique, á quien por derecho hereditario de marido de la reina D.ª Isabel sucedió en los reinos de León y Castilla el ínclito príncipe de Aragón D. Fernando, comenzó á enconarse más y más la lucha del mal contra la virtud. Todos aquellos que, apoyados en la tiranía abusaban de su poder, sintieron á par de muerte la de D. Enrique, cuya maldad habia sido germen fecundo de desdichas, y se percataron de la esperanza que entreveía la segunda nobleza y el pueblo de que el fin del Rey inícuo señalara el exterminio de todos los malvados. Muchos de los Grandes se agitaban en busca de ocasión oportuna para

emplear sus acostumbradas y pérfidas artes en frustrar los deseos de la oprimida multitud. Veían despertarse en el ánimo de los pueblos ansias del amparo de las leyes, tanto tiempo sepultadas en el abismo de la abyección, y temían que, si por acaso recobraban su imperio, los opresores hallaran su castigo y libertad los oprimidos. Por esto creían los malvados que debían fomentar los recientes obstáculos para que en ellos se estrellasen las energías del prestigioso Rey y subsistiera la violenta tiranía; cerrando voluntariamente los ojos para no ver que ninguna violencia perdura, y cuán á riesgo viven los que por su perversa naturaleza ansían más y más la desaparición de toda virtud. También dieron al olvido de buen grado los poderosos tiranos muchas de las maravillas que desde los primeros tratos para el matrimonio de los Príncipes manifestó el Omnipotente, cual augurio de otras mayores y aliento á los inocentes para que, libres del poder de los criminales, recobrando su energía, exterminasen á los violentos.

Por esto emprendo la narración de admirables sucesos con la alegría de quien, tras agudos dolores alcanza lícito bienestar; como el que, combatido en alta mar por fiera borrasca, vuelve hacia tierra con viento próspero, y divisa ya el anhelado puerto, y como estremecido de gozo vuelve á ver la luz el que extraviado en las tinieblas permaneció largo tiempo en tristísima lobreguez.



CAPÍTULO PRIMERO

Recibe el príncipe D. Fernando la triste nueva de la muerte del Rey.

PROFUNDA pena angustiaba el ánimo del príncipe D. Fernando por la casi imposibilidad de resistir al poderosísimo ejército enemigo acudiendo al llamamiento del padre, y por ver á los principales aragoneses desviados del buen camino para suministrar los auxilios que se les pedían. Diarios rumores de nuevas dificultades venían á aumentar su pena sin proporcionarle el menor lenitivo. Para encontrar alguno á sus tristes pensamientos se empleaba á ratos en distracciones propias de la juventud, pues consumía la mayor parte del día en los preparativos de la expedición al Ampurdán. En cierta ocasión, esquivando la multitud, escogió algunos diestros ballesteros con los que subió al terrado de la casa, y mientras se escogía el entretenimiento, surgió contienda entre ellos sobre su buena puntería, acordándose al cabo conceder el premio al que de veinte disparos metiera una vez la ballesta por la boca del canalón. El Príncipe se comprometió á meterla al quinto;

pero al primero tuvieron todos que proclamarle vencedor. Cuando más entusiasmados estaban ensalzando su destreza y su habilidad en el arco, interrumpió el regocijo un mensajero con la triste nueva de la cruel muerte de Bernardo Bolon y de Bernardo Dolms, comisarios de la provincia del Rosellón, y la del noble Blancha. Enviados por los generales franceses á su Rey, después de tomada Elna, como prenda de la rendición, el cruel Monarca los había mandado dar muerte. Dolorosísima fué la noticia al ilustre Príncipe, tanto por haber cometido el enemigo esta inhumanidad violando las leyes de la guerra, ya por sí demasiado terribles, como principalmente por serle con razón muy queridos aquellos valerosos sujetos. Su desgracia le afectó profundamente y viósele dar evidentes señales del más vivo dolor, propio de su grande alma. Encerróse con unos pocos en su cámara, y después de permanecer un instante triste y silencioso, declaró estar resuelto á pedir á las Cortes una terminante manifestación sobre si concedían ó negaban el estipendio de los 300 caballos que, como dije, trataba de sacar de Aragón para llevarlos al Ampurdán. Inmediatamente se dirigió á la casa contigua donde se celebraban las Cortes; pero al salir encontró al enviado del Arzobispo de Toledo Gonzalo Albornoz, que echándose á sus pies y cogiéndole la diestra, le dijo: «Esta mano que siempre fué deber mío besar, quiere la razón que hoy la bese una y cien veces, porque es ya la de mi Rey y Señor.» Al mismo tiempo le entregó con la mayor reverencia las cartas del Prelado. En medio de su asombro el

Príncipe contestó:—«¿Luego ha muerto el Rey?» —«Las cartas os lo dirán, ilustrísimo Monarca»— replicó Albornoz.

Oídas estas palabras, D. Fernando se volvió á su cámara, me mandó que vigilase la entrada y comunicó á los cinco familiares presentes el contenido de las cartas en que el Arzobispo le participaba el fallecimiento de D. Enrique, ocurrido tres días antes, y le rogaba encarecidamente que, sin detenerse en arreglar los asuntos de Aragón, partiese al punto á Castilla. Nos chocó ver el triste semblante del nuevo Rey al recibir tan grata noticia, y preguntándole la causa, nos contestó: «Nunca hubiera creído que me causara tanta pena la muerte del rey D. Enrique, constante enemigo de mi padre y mío, y empeñado en procurar nuestra ruina por cualquier medio, hasta con el auxilio de los franceses ó de otra nación enemiga. Pero este su ánimo hostil jamás fué parte para disminuir mi acatamiento y constante disposición á obedecerle ciegamente y á seguir sus órdenes como las de mi mismo padre. Yo creo que esta repentina tristeza procede de haber sabido que al morir no dió muestra alguna de arrepentimiento, tras una vida consagrada á la liviandad. Así que, si en algo he imitado yo las corrompidas costumbres y la funesta perversidad del Rey difunto, desde ahora me confieso reo de iniquidad y ansío mi muerte para que cuanto más pronto llegue tanto menos tiempo me conceda el verdadero Dios y juez universal para hacer daño.»

Estas palabras del ilustre Rey, dichas con lágrimas en los ojos, nos las arrancaron á los que

las oímos, y nos mereció alabanza su resuelta inclinación al bien y al honor.

Luego, difundida la noticia de la muerte del Rey, entraron á saludarle humildemente los Grandes de los reinos. Tras ellos siguió otra multitud de personas que trataron de convertir la tristeza en regocijo; mas el Rey permaneció encerrado en su cámara, según la costumbre en semejantes casos, ocupado en disponer las exequias y en ordenar el luto de la servidumbre. Acerca de todo lo que había de hacerse consultó mi parecer, y discurrimos detenidamente sobre los negocios actuales y algo de los futuros.

Luego me manifestó su extrañeza por no haber recibido carta alguna de D.ª Isabel sobre asunto tan importante, y sólo el mensajero del arzobispo de Toledo; pero después de medio día recibió cartas de un Juan de Barnuevo, regidor de Sigüenza, en que le participaba que el Cardenal se las había enviado muy extensas, encargándole que las remitiese al Príncipe. De su atenta lectura dedujimos cuán astutamente había procedido el Cardenal no dando título de Rey al Príncipe y callando la muerte de D. Enrique; pero reservando para más adelante la excusa de semejante astucia con previsora cautela. Sólo participaba Barnuevo que la naturaleza del mal no dejaba esperanza alguna de que el Rey se salvase; que estaba seguro de que el Príncipe en cuanto tuviese noticia de la enfermedad saldría aceleradamente de Aragón para Castilla, y que tendría gran satisfacción si al pasar por Sigüenza recibía el homenaje de la ciudad y de la fortaleza. Después

de leídas estas cartas, todavía dudaban muchos de que el Rey hubiese fallecido. Yo les convencí de que de su mismo contexto se deducía claramente; pero quedaba el reparo bastante fundado de por qué la Reina no escribía nada sobre el particular. De aquí sospecharon algunos que la noticia se retrasaba por mal acuerdo de sus consejeros, deseosos, según habían empezado á tramar en los primeros días del matrimonio, de que la Reina tuviese el primer lugar en la gobernación del reino. Por esto conjeturamos que escribiría más tarde y no aconsejaría al Príncipè que acelerase el viaje, como en efecto sucedió. A los tres días llegó Gaspar Despés, camarero del Rey, con carta muy concisa de la Reina en que decía que, muerto D. Enrique, no sería inútil la presencia del Príncipe, por lo que debía obrar como mejor le pareciera, atendidas las circunstancias, pues ella no conocía bastante el estado de las cosas de Aragón. En el mismo día supo D. Fernando el fallecimiento del Rey por carta del noble y prudente Gómez Manriquc, en que venía á decirle que el fin de D. Enrique había sido muy conforme con su vida, pues así como en ella había huído del trato de los hombres, así se había visto abandonado de todos en la muerte, que le había sorprendido estando cubierto con miserable túnica y calzado con borceguíes moriscos. Luego, en cuanto exhaló el último suspiro, su cadáver, colocado entre dos tablas, había sido llevado á sepultar pobremente, al modo que en vida había despreciado el ornato digno de la majestad real y todas las pompas y ceremonias honoríficas.

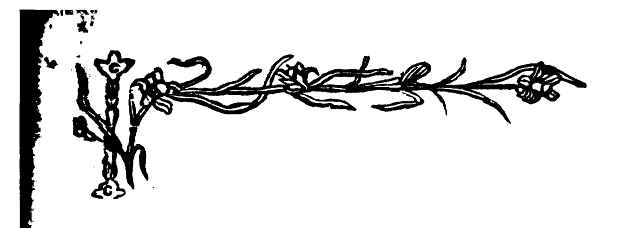
Resolvió en seguida el Príncipe marchar á Castilla; pero antes quiso obtener de las Cortes aragonesas que terminaran sus acuerdos, y se obligó con espontáneo juramento á no permanecer en Zaragoza más que un día, el 19 de Diciembre, y á no tomar alimento mientras no quedara concedida la expedición demandada. Oyó misa y tomó asiento entre los Grandes, oportunamente convocados para tratar de los negocios. Finalmente se acordó enviar á la frontera del Rosellón los 300 caballos, y que la ilustre D.ª Juana, hermana de D. Fernando, le sustituyese en la presidencia del Consejo, á fin de que no se disolviera la Asamblea y cumpliera con las leyes. El acuerdo se tomó y se publicó en la obscuridad de la noche, de modo que, retiradas las luces, el decreto no pudo leerse. Hecho esto, el Rey cenó sobriamente, y en medio de una lluvia torrencial se encaminó con escaso acompañamiento al convento de Santa Fe, á unas ocho millas de Zaragoza. Al segundo día llegó á la Almunia y al siguiente á Calatayud, donde recibió cartas de D.ª Isabel y de sus familiares. Las dirigidas por Gutierre de Cárdenas eran muy extensas y referían detalladamente las solemnes exequias mandadas celebrar por la Reina antes de su proclamación, y la pompa de este acto, según describí al fin de la segunda Década. Cuando el secretario Luis González, que las leía ante el Rey y seis de sus familiares, hizo notar lo inusitado del acto de marchar delante de la Reina Gutierre con la espada desnuda, el Rey dijo: «Quisiera que Alfonso de la Caballería, como jurisconsulto, y tú, Palencia, que leiste tantas historias, me dijéseis si

hay en la antigüedad algún antecedente de una Reina que se haya hecho preceder de ese símbolo, amenaza de castigo para sus vasallos. Todos sabemos que se concedió á los Reyes; pero nunca supe de Reina que hubiese usurpado este varonil atributo. Acaso estoy ignorante de estas cosas por haber visto poco y leído menos; pero vosotros que vísteis mucho y leísteis más, deseo que me ilustréis sobre el particular.»

Confesamos á una que también para nosotros era aquello novedad, y el joven Monarca se maravilló una y otra vez de la insólita acción. Como ya nos había causado pésimo efecto, lo lamentamos, seguros de que había de producir futuras rivalidades y suministrar á los Grandes españoles abundante materia para nuevos trastornos.

En la misma noche los regidores de la Comunidad de Calatayud prestaron humilde acatamiento al Rey, y como heredero del reino de Aragón, se quejaron de las vejaciones que los aragoneses habían sufrido por parte del conde de Medinaceli D. Luis de la Cerda, y como por orden de su Majestad hubiesen suspendido durante algún tiempo las debidas represalias, limitándose á retener los ganados cogidos en los campos de Medina, pero absteniéndose de más dilatadas correrías por cuanto de palabra les había prohibido tomarse por su mano la venganza, le suplicaron se dignase ordenar lo que más fuese de su agrado, para someterse á la voluntad regia. Añadieron que por toda aquella tierra ejecutaba sus fechorías cierto facineroso y sicario, apoyado en el favor de algunos Grandes, y que tenían la seguridad de que

en la aldea de Boberca saldría descaradamente á saludar al Rey á su paso. D. Fernando les respondió que le constaba tiempo hacía con cuánta insolencia había ido el Conde ejecutando sus depredaciones; pero que habiendo él intervenido en bien de la paz entre el de la Cerda y aquellas comunidades prohibiendo ulteriores correrías, mandaba á los aragoneses que, aunque sufrieran nuevos daños, se abstuvieran de represalias, pues prometía poner remedio á tal estado de cosas. El castigo de aquel facineroso corría de su cuenta. En efecto, al día siguiente fué apresado por unos caminantes cuando huía, y el Rey mandó que le ahorcaran. Fuimos testigos en el mismo día del interés grande que puso en que fuese cogido y castigado un infame que, cuando el citado Conde sitiaba la aldea de Olvega, de la jurisdicción de Agreda, pegó fuego á la torre en que se habían refugiado todos los inútiles para la defensa, los muchachos y los niños, en número de unos 300, y los hizo sufrir horrible muerte, porque de otro modo no hubiese podido someter á Agreda, cabeza de aquel territorio, pues los habitantes, combatiendo por su libertad, le habían rechazado varias veces, y en aquella ocasión le habían puesto en vergonzosa huída. Mas el malvado, reo de tan feroz delito, logró escapar de la ira del Rey, poniéndose en precipitada fuga.



CAPÍTULO II

Prosigue el Rey su camino.—Consultas que hizo. Matrimonio de D.ª Ana de Aragón, segunda mujer del conde de Medinaceli.

LLEGÓ el Rey á Ariza, donde sólo permaneció una noche; pero, en atención á ser la línea divisoria de los reinos de Aragón y Castilla, resolvió proclamar al toque de las trompetas algunos de los atributos de la majestad real para que luego, por el pendoncillo que seguía, conociesen los vasallos más fácilmente que era el Rey el que atravesaba sus tierras. A los cinco días de su salida de Zaragoza entró en Almazán, cuyo gobierno tenía Pedro de Mendoza, el joven, poco después conde de Monteagudo por disposición del Rey. Allí se detuvo dos días para dar tiempo á que se le reuniese la numerosa servidumbre que le seguía y poder así celebrar más solemnemente la fiesta de Navidad. La mayor parte de aquel día empleó en hablar en secreto conmigo, pues el desarrollo de los sucesos le había hecho prestar mayor atención á mis repetidas amonestaciones encaminadas á declarar los muchos peligros á que se exponían sus más ínti-

mos por causa de los pérfidos consejos de los aduladores de la Reina, germen seguro de intestinas discordias. Por esta razón yo me había propuesto evitar toda contienda doméstica, y para descargarme algún tanto de cuidados, había conseguido que acompañase al Rey Alfonso de la Caballería, muy á propósito por su perspicaz ingenio para cualquier cuestión difícil, y del que estaba seguro no omitiría nada para contrarrestar las sugestiones de los aduladores de la Reina. Teníasele por uno de los primeros jurisconsultos; su habilidad era grande para desbaratar semejantes ardides; poseía todas las demás dotes necesarias para defender cualquiera prerrogativa Real que por caso pretendiera discutirse, y en el comienzo de aquellas intrigas también parecía más acepto al Cardenal y á toda la familia de los Mendozas, sospechosa de procurar novedades. Habló el Rey conmigo de varios asuntos y quiso conocer mi opinión sobre ellos, insistiendo en que combatiese á los que aconsejaban mal á su mujer, uniéndome para ello con Alfonso de la Caballería, á quien por mi consejo había encomendado semejante cargo. Yo, sin embargo, expliqué con muchas razones cuán inútiles serían mis esfuerzos y cómo vendria á aumentar el influjo de los mal intencionados que rodeaban á la Reina, por haberme hecho frecuentemente, aunque sin motivo, objeto de sospecha en otras muchas cosas.

Algún tanto asintió el ilustre Príncipe á mi parecer, y el resto del día invirtió, bien á pesar suyo, en poco grata conversación con Francisco de Barbastro que, insistentemente, pedía una respuesta á

sus pretensiones. Este antiguo secretario del rey de Aragón se había casado con María de Armendáriz, en otro tiempo concubina del príncipe D. Carlos de Viana, y era, por consiguiente, padrastro de Ana, fruto de aquéllas relaciones.

La peregrina hermosura y las relevantes dotes de esta doncella habían interesado no poco en otro tiempo el corazón del joven príncipe D. Fernando, que en sus frecuentes visitas á su hermana, la veía entre las otras doncellas de su séquito. Luego el conde de Medinaceli D. Luis de la Cerda la había escogido por mujer, repudiando á la primera, doña Catalina Laso de la Vega, acusada de haberle dado hijos adulterinos.

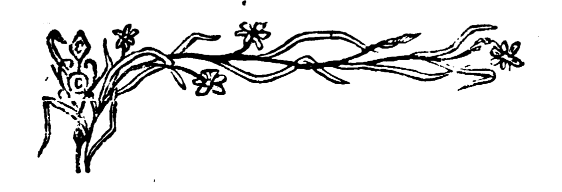
Con gusto accedió el Rey á concederle por mujer á su sobrina Ana, tanto por la elevada estirpe del Conde como, principalmente, para ganarse el apoyo del opulentísimo joven y hacer que el parentesco influyese en la futura tranquilidad de los pueblos confinantes con Aragón, pues ellos y los fuertes castillos del de la Cerda causaban enormes daños á los aragoneses, y por ambas partes se ejercían terribles represalias. El parentesco aumentó, por el contrario, los enconos, porque á Francisco, de natural levantisco, no le costó trabajo incitar á la mujer, María de Armendáriz, y á la hijastra Ana á promover funestas novedades, y soliviantó el ánimo del Conde, sumamente ambicioso, empleando esta añagaza. Le aseguró con gran firmeza que el príncipe Carlos de Navarra se había enamorado tan perdidamente de María, y ella opuesto tal resistencia á entregarse en sus brazos, que para conseguir sus deseos había tenido

que prometerla con juramento tomarla luego por esposa, cediendo ella sólo ante tal promesa. Cuando después se sintió en cinta, el Príncipe añadió á su primera promesa la de declarar por heredero al hijo ó hija que naciese. Como prueba de esta fábula la madre exhibía cartas falsificadas, según se dice, porel mismo Francisco, muy dado á intrigas de este género, y más después del matrimonio que, estimulando su ambición, le impulsaba á locas tentativas.

Nada de esto ignoraba el rey D. Fernando y, por tanto, escuchaba de mala gana aquel día á Francisco, que le pedía en nombre del Conde favoreciese sus pretensiones á la corona de Navarra que por los derechos de su mujer le correspondía. Y si así no lo sentía y, como otras veces, desdeñaba las pretensiones del Conde, no debía extrañarle que se sustrajera al acatamiento de cuantos tuviesen en poco el derecho hereditario de su mujer Ana y juzgasen preferible adjudicarle á los vascongados, hostiles á Navarra, que á los fieles y legítimos herederos españoles. Aseguraba Francisco que esto lo decía sólo en censura de la inconsecuencia del abuelo y del tío, citando los pactos entablados con el Conde, donde primeramente se hacía mención de aquel matrimonio. Al mismo tiempo exageraba el poderío del de la Cerda, y en son de amenaza y con desdeñosas palabras reclamaba el señorío de Navarra para Ana y para su marido el Conde, vasallo sumiso si se le prefería á los vascongados; pero que, postergado, no sólo negaría al Rey el debido acatamiento, sino que defendería con todas sus poderosas fuer-

zas su derecho, acaso, ácaso con exterminio de los que auxiliasen á los vascongados ó simpatizasen con su causa. A las hinchadas razones de Francisco contestó indignado el Rey y más concisamente: que perdonaba la insolente procacidad de tales palabras por cuanto se le decían en nombre del Conde, ausente, cuyo acatamiento tendría en el concepto que le pareciese: que si declaraba la guerra á los navarros ó á los vascongados, reflexionase bien sobre su justicia ó injusticia, y recordara que él jamás le había sido contrario, y que de los asuntos de Navarra no conservaba otro recuerdo que el del sentimiento de las muertes á diario ocurridas y la compasión hacia el pesar de su anciano padre, á quien la corona de Navarra no había traído sino perpetuos cuidados y grandes pesadumbres desde los días del príncipe don Carlos, maquinador y perpetrador de muchos trastornos, y después de muerto, los disgustos del mal gobierno de las hijas y del yerno. Y como si todo esto no fuera bastante, se presentaba ahora el Conde acusándole á él y á su padre, y amenazando con la guerra si, todavía en vida del anciano Monarca, no prescindía de los legítimos herederos y declaraba á su nieta Ana sucesora del trono de Navarra en virtud de un documento amañado. «Déjese, pues, el Conde—acabó diciendo el Rey— de requerir de mí otra cosa, ni de dar oídos á nadie, y tome la resolución que le parezca.»

Aterrado Francisco con esta respuesta, se fué cabizbajo á comunicarla al Conde.



CAPÍTULO III

Diversos asuntos tratados por el Rey durante su viaje.—Maquinaciones de los Grandes que acompañaban á la Reina.

Al día siguiente, fiesta de San Esteban, pareciendo muy perjudicial la detención, llegamos á Berlanga, á pesar de la borrasca de nieve que nos hacía penosísima la marcha. De allí fué el Rey al Burgo de Osma, y como debía partir al amanecer, tuvo que pasar la mayor parte de la noche en conversación con el obispo Don Pedro de Montoya, á la sazón gravemente enfermo, pero muy solícito porque el Rey, viendo convertida en afecto la hostilidad que le demostró cuando gozaba de salud, olvidase antiguos odios y se granjease la devoción de su yerno, Diego de Mendoza, hermano de D. Pedro de Mendoza, luego conde de Monteagudo, que sin consideración á la alcurnia se había casado con Catalina, hija del Obispo, y consumía gran parte de las rentas. El Prelado se vanagloriaba con gran insistencia de haber acrecentado los frutos de su iglesia, como si con este solo anhelo hubiese desempeñado cumplidamente su ministerio pastoral. Así llegó al úl-

timo término de su vida, muy atento á tan vanos cuidados, pero ocupándose poco del verdadero bien obrar. Robó al Rey aquella noche las horas que debía dedicar al descanso, empleándolas en procurarse el favor para el yerno, aunque este fin, á que daba tanta importancia, de nada le aprovechó, pues á pocos días la enfermedad llevó al infeliz Prelado al sepulcro. La vacante de su iglesia originó grandes trastornos, como en su lugar se dirá.

Al siguiente día, á pesar de que la nieve congelada durante la noche nos ofrecía grave obstáculo para caminar, el Rey siguió hasta Aranda, á costa de algún daño en las acémilas. En el dintel de la puerta, ya anochecido, presenció cómo subían por la muralla á hacer centinela hombres rústicos cubiertos con pellejas, y preguntando la causa, le respondieron que por temor á la tiranía de los Grandes, ansiosos del daño de los habitantes, por haber seguido el partido de los Príncipes. Entonces el Rey les dijo: «Desechad ya todo recelo y haced que esos labriegos se vuelvan á sus hogares. No pongáis guardias nocturnas, y que las puertas de la villa estén siempre abiertas para todos los vecinos, pues ya la violencia que temíais está subyugada, y mientras yo viva jamás levantará la cabeza.» Inmediatamente llamaron á los centinelas, y con aplauso de los circunstantes y gran alegría de todos, los mandó recogerse á sus casas.

En cuanto amaneció se puso aceleradamente en camino, porque sus amigos le escribían repetidas cartas encareciéndole cuánto convenía su presen-

cia para la resolución de los asuntos y cuántas dificultades produciría cualquier tardanza. No le detuvo, por consiguiente, ni lo quebrado de los caminos, ni el peligro de las aguas que los cubrían á causa de las nieves derretidas con la lluvia de la noche, y el día 30 llegó á Sepúlveda, y al siguiente, con igual trabajo, á Turégano, donde le ofreció hospedaje, grato como siempre, el obispo don Juan Arias, y le visitaron el almirante D. Alfonso Enríquez y D. Pedro Manrique, conde de Triviño. Según el parecer de la Reina, arreglado á los consejos del Cardenal, del Arzobispo y de los muchos Grandes presentes, se detuvo tres días el Rey en Turuégano, disponiendo detenidamente lo necesario para la coronación. Parecía conveniente permanecer fuera de Segovia el día primero de año para evitar que turbasen la festividad cuidados de gobierno. Era extremo, sin embargo, allí y aquí el afán en unos de dirigir y en otros de dañar, pues el Rey, con su natural cautela, adoptaba profunda reserva sobre las sospechosas astucias de los Grandes encaminadas á perturbarlo todo, y el Cardenal y varios de los principales caballeros no cesaban de fomentar en el ánimo mujeril de la Reina la petulancia que habían empezado á infundirla.



CAPITULO IV

Hácese más patente á todos después de la llegada de D. Fernando la maldad de los Grandes y de sus secuaces.—Motivos verdaderos ó fingidos del enojo del arzobispo de Toledo.

Las maquinaciones de los cortesanos tuvieron el resultado apetecido. Sus diarias adulaciones y fingimientos hallaron acogida en oídos femeninos al afirmar que incumbía á la Reina exigir la debida fidelidad que obligase á todos á defender principalmente el derecho hereditario, y evitar con las convenientes resistencias el yugo que tal vez el ilustrísimo cónyuge, apoyado en la autoridad de marido, intentara imponer á las cervices castellanas. Movieron tales razones el ánimo de la Reina, al fin mujer, y en seguida hicieron mudar de opinión á muchos, antes muy contrarios á la arrogancia y prepotencia de D.ª Isabel, y que ya lo veían con otros ojos al asegurar que los derechos del matrimonio en nada se referían al señorío y regia potestad. Los varones religiosos condenaban estas insólitas y funestas artes, y querían persuadir á la Reina que

rechazase las insinuaciones de los lisonjeros reclutados en la tiránica corrupción de los Grandes para lograr la ruina del reino y de la regia majestad y perpetrar maldad inaudita, decían, si conseguían que la Reina recibiese á su marido envalentonada con tales consejos. Debía, por el contrario, preceder á todo la concordia de los cónyuges, y luego tratar entre ellos las condiciones del gobierno que desde los más remotos siglos favorecían al varón. Asintió algún tanto la Reina á estas más templadas persuasiones, y se empezó á disponer lo necesario para recibir al Rey, que hizo su solemne entrada en Segovia el 2 de Enero.

Aunque se había detenido tres días en Turuégano, no fueron allí á saludarle los principales cortesanos y aduladores de la Reina, fray Alonso de Burgos, Gonzalo Chacón y Gutierre de Cárdenas, ocupados en cuanto llegó el arzobispo de Toledo, por temor á su acostumbrada tenacidad, en estorbar que se aposentase en el Palacio, pues llamado por cartas de la Reina, no había querido alojarse en otra parte, según había hecho tantas veces. Más audaz que los otros, fray Alonso iba propalando la inconveniencia é irrespetuosidad de que el Arzobispo, antes de llegar el Rey, ocupase parte del Palacio y dispusiese de las habitaciones interiores. Hasta entonces jamás se había hecho este reparo; pero á la sazón preocupaba mucho al Cardenal, con quien fray Alonso estaba muy unido, porque recelaban que el Prelado toledano miraría con su acostumbrado interés los asuntos del Rey, ignorantes del reciente cambio operado en las simpatías del Arzobispo por su-

gestiones de Alarcón. Con esta negativa á hospedar en Palacio al Arzobispo creció tanto y tan enconadamente su anhelo de novedades, que no quiso entrar en la ciudad mientras se sostuviese el acuerdo. Al cabo, tras obstinada lucha por ambas partes, consiguió su propósito. No desistió por eso fray Alfonso, antes muy á devoción del Prelado, de maquinar nuevos motivos de contienda, con lo que el Rey encontró el Palacio ardiendo en las más inauditas intrigas. Apenas llegó se vió secuestrado por hombres intemperantísimos, fomentadores de la causa injusta de la Reina, y á cuantos eran conocidos por amigos de la justicia ó por dispuestos á defender la verdad, los porteros de D.ª Isabel les cerraban obstinadamente el paso. Todo lo ocurrido hasta entonces me había servido para predecir al Rey lo que estaba sucediendo, y cuando ya conoció claramente la rivalidad que la Reina abrigaba, fomentada por los malos consejeros, se lamentaba á solas conmigo y se maravillaba principalmente de la impudencia de los que se atrevían á decir á la mujer que, conforme al derecho, su marido no debía en manera alguna llamarse Rey, sino sólo Regente, y de que no les rebatiese con innumerables y evidentes argumentos dimanados de la misma fuente de la razón y de las leyes. Por las de la naturaleza y por el derecho escrito, así divino como humano, el varón tenía tan singular prerrogativa, que por la estirpe regia él era el legítimo heredero del cetro de León y Castilla cuando la mujer faltase, pues tenían un bisabuelo común, y por línea de varón en la Casa Real á él correspondía en primer lugar la corona.

Aun en vida de la Reina él debía ser preferido, porque en estos reinos como en los demás, la mujer no goza de aquella prerrogativa, y fuera de otras leyes favorables al varón, existía una ley promulgada y sancionada por los antiguos reyes de Castilla que decía: «que en el matrimonio de una heredera del reino, aunque el marido sea de inferior estirpe, éste ha de disfrutar juntamente del cetro y del nombre de Rey, con las demás preeminencias otorgadas al varón en todo el mundo.»

Ni las citas de leyes ni otros firmísimos argumentos refrenaron á los pérfidos aduladores, antes opusieron otros que fueron á buscar á la historia de la reina D.ª Berenguela, madre de Fernando II de León y Castilla, la cual, siendo única heredera de este reino, se casó con el rey de León D. Alfonso cuando los dos reinos estaban separados, y en vida del marido conservó el Gobierno y continuó llamándose Reina de Castilla. Con el mayor descaro alegaban estos lisonjeros aquella historia, cuyo texto en manera alguna autorizaba su torcida intención, porque las capitulaciones de aquel matrimonio eran totalmente distintas de las del presente. Era solo Alfonso de la Caballería contra la multitud de los inicuos, pero fácilmente los confundía á todos, al mismo tiempo que tachaba al Rey de excesiva tolerancia. El respondía que confiaba más en vencer con aquella paciencia, y que estaba seguro de conseguir el triunfo satisfaciendo asiduamente las exigencias del amor conyugal, con lo que sin dificultad ablandaría la dura intransigencia que habían infundido hombres malvados en el ánimo de la mujer. Además contaba

con el apoyo que tendría su causa si se nombraban árbitros al Cardenal y al arzobispo de Toledo.

No era aún conocido el cambio operado en la conducta del último; sólo se le oía quejarse frecuentemente de la ingratitud de la Reina al dar la preferencia á enemigos ciertos sobre amigos mucho más seguros. En todo lo demás se le suponía muy á devoción del Rey y partidario resuelto de su causa. Pero en su seno abrigaba el virulento rencor inspirado por el pérfido Alarcón, atento sólo al encumbramiento del marqués de Villena, y á abrir camino á las discordias con el auxilio de los aduladores. Presintiendo yo las intenciones del Arzobispo, aconsejé al Rey que no le confiase ciegamente la defensa de su causa, sin previa entrevista que permitiera penetrar sus propósitos. Convino en ello, se hablaron, y cautelosamente averiguó la disposición de su ánimo. Al despedirse del Prelado sólo me dijo que le había costado gran trabajo escucharle con paciencia hablar exclusivamente en alabanza propia y de Alarcón, asegurando con gran descaro en su presencia que á este inicuo se le habían revelado mayores y más sublimes secretos que al apóstol San Pablo, y que, arrebatado sobre el tercer cielo, se le había hecho ver todo lo futuro. ¡Tristes y amargas resonaron en mis oídos las locuras del Arzobispo, neciamente expuestas ante su joven y católico Soberano! Lloré amargamente y me condolí del rebajamiento de aquel hombre con quien me había unido gran intimidad, viendo seguir tan torcidos caminos al que antes había cono-

cido tan amante de la justicia y del remedio de los males. Así pues, con el corazón atribulado salí de Segovia á los nueve días de nuestra llegada, sin que me detuviesen los ruegos del Rey y de otras personas que me aconsejaban diferir mi partida, creyendo que mi solicitud podría ser de algún provecho, pues veía bien claro que para muchas cosas y para mí mismo sería perjudicial pasar allí más tiempo en vano. Alfonso de la Caballería también fué impotente para aplicar oportuno remedio á la maldad de los Grandes, al orgullo infundido á la Reina y al contagio de los lisonjeros. Solo, forastero, débil respecto al influjo de los Grandes, tuvo que rendirse ante los castellanos, tan superiores en número y en poder, y cejar pronto en su lucha contra los que anatematizaban las cartas de homenaje de los sevillanos legítimamente redactadas y fielmente remitidas, porque daban la debida obediencia nombrando al Rey antes que á la Reina. Por consejo de los aduladores, ésta envió á Sevilla á Pedro de Silva con encargo de persuadir á los regidores á que enmendasen las cartas anteponiendo en el encabezamiento el nombre de la Reina. Esto hizo necesario que Pedro del Algaba, portador de las cartas, y yo fuésemos á Sevilla para aconsejar que no se alterase lo que estaba bien hecho.



CAPITULO V

Indignación del Rey y propósito de salir de Segovia.—Sentencia de los jueces árbitros.

ESTAS intrigas causaron al Rey hondo disgusto, y no pudiendo resignarse más tiempo á ver á su mujer tan engañada, fingida ó verdaderamente manifestó su propósito de volverse á Aragón. Entre otras muchas quejas dijo á la Reina que en ninguna manera seguiría sufriendo tan duras ofensas, ni las murmuraciones del pueblo, que atribuía á bajeza aquel abandono de su cualidad de varón con que borraba por su tolerancia hasta la ley de naturaleza y renunciaba á un derecho tan divino como humano. Prefería, por tanto, retirarse al reino paterno, excusando así lo vergonzoso de tal pleito y controversia, á que su presencia hiciese presumir que se sometía á la voluntad de los intrigantes. La Reina intentó amansar con blandas palabras la indignación de su marido, protestando de que jamás ni por ningún motivo había querido causar la menor contrariedad á su amadísimo consorte, por cuya alegría y honor sacrificaría digna y debidamente, no sólo la corona, sino la propia salud; pero que el debate había sido promovido por los Grandes y

los jurisconsultos encargados de la defensa de las leyes que regulan las herencias, en cuya virtud la intimaban que no permitiese se derogasen en daño perpetuo de la sucesión al trono. En consecuencia, le rogaba y suplicaba encarecidamente que no se separase de la amante esposa, causando la desgracia de la que ni podía ni quería vivir lejos del amadísimo consorte; y que si lo aprobaba, podía encargarse el arreglo de la cuestión al arbitraje de dos magnates, uno, el arzobispo de Toledo, reconocidamente favorable á la causa del varón, y otro, el Cardenal, de la intimidad de ambos cónyuges, y libre de toda sospecha de que favoreciera al uno en perjuicio del otro, pues por igual estaba á devoción de los dos.

Asintió sin vacilar á los ruegos de su mujer el Rey, ignorante todavía del reciente cambio operado en la mente del Arzobispo, el cual, á capricho de Alarcón, se complacía interiormente en aquellas controversias y fomentaba las murmuraciones del vulgo, á fin de que la funesta discordia trastornase el presente régimen de gobierno y se le diese luego en él la primera autoridad, pues no podía sufrir por más tiempo la arrogancia del prepotente Cardenal. Propúsose que el alma femenina de la mal aconsejada Reina recibiese nuevas perniciosas influencias, y que los pueblos, frustrada su esperanza en el favor que aguardaban de la exaltación al trono del rey D. Fernando, volviesen á caer en las antiguas desdichas.

El acuerdo de los Reyes por el que sometieron el litigio al arbitraje de los dos Prelados acalló algún tanto los rumores públicos. Todos estaban

pendientes de su resolución, y entre ellos dos solos se agitaba la controversia y á ellos acudía el revuelto montón de los jurisconsultos, en su mayoría partidarios de la discordia. El mismo Alfonso de la Caballería, convencido por la astucia del Cardenal sobre muchos puntos, no se mostraba ya tan enérgico como al principio en defender la justicia contra los inicuos. Todo ello fomentó grandemente la corrupción, porque nadie abrigaba propósitos desinteresados de hacer el bien, y por un inveterado hábito no vacilaban en alcanzar lucro con el favor de la Reina. Difícilmente podría explicarse el dañado intento de Grandes y de letrados, ni la vanidad de la Reina, inclinada á una inconsistente prepotencia, como persuadida de que la postergación del marido redundaría en su propia gloria y poderío.

Pronto pronunciaron los jueces esta inicua sentencia: Que sólo la Reina pudiese otorgar las recompensas por servicios prestados, siendo el castigo de los culpables prerrogativa común á los dos cónyuges: que la Reina nombrase los alcaides de los castillos y señalase las soldadas de las tropas; pero que á D. Fernando incumbiese la distribución de las guarniciones, y por su pericia en la guerra, como acostumbrado á las armas desde sus más tiernos años, tuviese el mando supremo de toda la hueste: que las cartas se autorizasen con los nombres de los dos cónyuges, precediendo el del Rey por sus derechos de varón; pero cuando las escribiesen separadamente, la autoridad de la Reina debía ser en todo valedera. Las del Rey referentes á la guerra, al castigo de los delincuentes

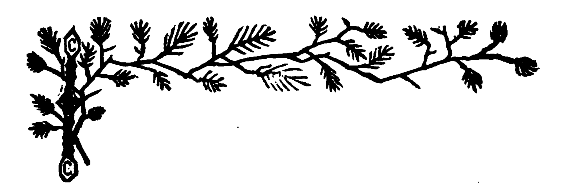
y á la ordenación de las expediciones, tendrían asimismo validez; pero no las que tratasen de otros asuntos, particularmente del cobro de las rentas. La Reina, en fin, debería tener omnímodas facultades, hasta para derogar lo que su marido hubiera otorgado en sus cartas.

Esta sentencia de los jueces árbitros, enteramente inicua y desatentada, y tan amarga para toda persona justa, irritó el ánimo del Rey, que no queriendo contemporizar más, insistió en su primer intento de marcharse.

Parecióle que los Grandes á una, impulsados de pérfida intención, se proponían trastornarlo todo por completo, cuando vió al Arzobispo desempeñar su arbitraje tan contra toda justicia, cosa que antes nunca había visto en él, creyéndole firme en el afecto hacia su persona, y capaz por ventura de cometer algún otro desacierto, pero jamás el que pudiese originar pública desdicha. Conociendo el Prelado el enojo del Rey contra él y el descontento del pueblo, echó en cara á los Reyes el mal pago que daban á sus largos servicios, y salió de Segovia. Aunque inútilmente, muchos fueron á rogarle de parte de la Reina que permaneciera á su lado. El Rey, por su parte, con la reciente ofensa, y ya dispuesto á la marcha, no dió entonces la menor importancia al alejamiento del Arzobispo. La Reina, sin embargo, ante el temor de novedades más funestas con la ausencia de don Fernando, intentó ablandar con sus lágrimas la indignación del amado esposo haciendo recaer toda la culpa sobre el Arzobispo, achacándole lo desatentado de la sentencia dictada y prometiendo mo-

derar la dureza del fallo. Corrigió, en efecto, algunas cosas de las resueltas por los árbitros acerca del cobro de rentas, castigo de culpables y facultad de premiar servicios. El cariño de la esposa, á quien amaba entrañablemente, calmó el enojo del Rey, y obedeciendo á sus propios sentimientos, asintió de buen grado á las instancias de su mujer para que no se marchase. A los que le censuraban por su dañoso consentimiento, recibía con aire indignado; confesaba á otros que su tolerancia sería temporal; respondía á algunos despreciativamente, y así eran varios los juicios, ya en elogio, ya en censura, de su conducta.





CAPÍTULO VI

Falaces sugestiones del marqués de Villena para persuadir al rey de Portugal á que aceptase el matrimonio de D.ª Juana.—Preludios de la guerra.

Al mismo tiempo que ocurría esto en Segovia, así los Grandes allí presentes, como los ausentes, tramaban por todas partes nuevas intrigas, tomando por base la empleada en otro tiempo por el maestre de Santiago, y luego confirmada por el rey D. Enrique, cuando al morir pareció declarar heredera del trono á D.ª Juana. El marqués de Villena, que conservaba en su poder á la hija y á la madre, empleaba doble engaño para ganarse el favor de unos y de otros. Al rey de Portugal, más inclinado ya al matrimonio con su sobrina, hacía que agentes secretos le ofreciesen la mano de la joven y fuerte apoyo para la futura posesión de los reinos, pues prometía que seguirían su partido casi todos los Grandes de Castilla y León, á saber: el duque de Arévalo y Plasencia, desde luego, pues le constaba al rey don Alfonso su disposición favorable, y el duque de Alburquerque, D. Beltrán, á la sazón residente en

Segovia bajo fingido pretexto. Ofrecía asimismo el concurso del maestre de Calatrava D. Rodrigo Girón, conocidamente de acuerdo con él para este propósito. El Arzobispo, manejado siempre por Alarcón, desde que salió de Segovia seguía las huellas del Marqués; pero mientras se disponía de mayores fuerzas, le aconsejaba que no dejase de seguir infundiendo vanas esperanzas en el ánimo del Rey y de la Reina, la cual conservaba á su lado incautamente y favorecía á Juan de Oviedo, al Adelantado de Galicia Fernando de Pareja y á Alfonso de Herrera, todos instrumentos del engaño y en otro tiempo muy queridos del rey don Enrique. También escuchaba plácida y bondadosamente al pérfido engañador Antón Núñez, licenciado de Ciudad Rodrigo, y á otros agentes del Marqués que la aseguraban que su mayor deseo era ver el término de las discordias, siempre que recibiese el premio debido á sus buenos oficios, ó sea el Maestrazgo de Santiago y su pacífica posesión.

Al rey de Portugal le ofreció prendas más firmes de su fidelidad, y le convenció del antiguo disimulo de su padre el Maestre y de su ulterior solicitud para atraerse las voluntades de los Grandes, ya por él movidos á prestarle oportuno favor. Declaró por de los suyos al conde de Benavente; indicó que lo sería también el duque de Alba; presentó como seguros compañeros de armas al marqués de Cádiz y á D. Alfonso de Aguilar, y anunció que fácilmente podía contarse con los Grandes de las tierras confinantes con Portugal, como el conde de Feria, Gómez Suárez de Figueroa y don

Alfonso de Cárdenas, comendador mayor de León, el uno, como Señor de pueblos indefensos de aquella frontera, temerosos del poder lusitano, y el otro, pronto á abandonar la causa de los Reyes de Castilla á causa de repetidos disentimientos y de lo contrarios que se le mostraban á concederle el Maestrazgo á que aspiraba. A D. Pedro Portocarrero, hermano del Marqués, y casado con hija única de éste, sin duda podría inclinarle al partido que quisiese, máxime porque por concesión suya poseía el yerno la ciudad de Jerez de los Caballeros y el fortísimo castillo de los Santos.

Por otra parte, entre los sujetos de origen portugués, á algunos nobles al par que poderosos, como Alfonso de Valencia, alcaide de la fortaleza de Zamora, y el duque de Valencia, D. Juan de Acuña, incitados por la oportunidad con que les brindaba el ventajoso matrimonio, su mismo orgullo y sus perversas costumbres les impulsaban á promover dañosas novedades. Oriundo de Portugal el de Acuña, prefería el idioma de sus abuelos al materno, y en su manera de andar y de vestir gustaba de imitar á los antiguos portugueses. Contrastando con su corta estatura, ponía su empeño en ostentar en todas las demás cosas grandeza; hablaba á sus caballeros imperiosamente, como arengándoles, y suscitaba de buen grado rivalidades con los más poderosos. El valor del almirante D. Fadrique y su título en Castilla le fueron singularmente odiosos, y muerto el anciano, hizo á los hijos herederos de su animosidad. En sus conversaciones ponía en las nubes la ilustre prosapia del yerno, y no quería reconocerse inferior á na-

die. Fomentó no poco su vanidad el rey D. Enrique al llamarle duque de Gijón, título llevado en otros tiempos por ilustres vástagos de estirpe regia. Por esto principalmente siguió constante el partido del rey D. Enrique cuando la mayor parte de los nobles le declararon indigno del trono, y aunque su tío el Arzobispo de Toledo, D. Juan Pacheco, D. Pedro Girón y los demás de la familia de los Acuñas hubiesen proclamado rey al infante D. Alfonso, como dije en los anteriores anales. Cuando luego vió al Maestre Pacheco por completo á la devoción del rey de Portugal, con asentimiento del rey D. Enrique, quiso que se le contase entre los primeros partidarios de aquella causa, y se comprometió á someter por fuerza ó por ardid la ciudad de León y la mayor parte de la provincia de Toledo. Lo mismo ofrecía hacer en Burgos el obispo de esta ciudad D. Luis de Acuña, tanto más fácilmente cuanto que era poderoso en ella, y la causa del rey D. Alfonso recibía no poco apoyo con estar el Alcaide de la fortaleza á la merced del conde de Plasencia y seguir el mismo partido el Adelantado de Castilla Pedro López de Padilla, poderoso magnate de aquella provincia y yerno del Maestre Pacheco. No era, pues, difícil someter estas dos ciudades, Burgos y León, cabezas de los reinos. La de Toledo, grande y fortísima, llamada imperial porque su posesión da el dominio de las demás, también parecía fácil de ocupar, principalmente porque á la sazón el Arzobispo, su sobrino el joven conde de Cifuentes y Juan de Ribera, tío de éste, muy afecto al Marqués, parecían dueños de toda la

ciudad. Un Capitán del primero guardaba con su gente la torre de la catedral; el Conde, con la suya, el alcázar y el puente de Alcántara, y en su poder estaban las puertas, consideradas como fortalezas. Por esta causa no temía asegurar el Marqués por medio de sus agentes al rey de Portugal que las ciudades principales, Burgos, León y Toledo, obedecerían su mandato. Igual confianza tenían respecto á Córdoba, Ecija y Jerez, porque D. Alfonso de Aguilar había ocupado la primera; Luis Portocarrero, secuaz de D. Alfonso, la segunda, y el marqués de Cádiz la tercera, y todos ellos seguían firmemente el partido del de Villena. Había ocupado éste enteramente á Baeza, y tenía guarniciones en defensa de algunos castillos de tierra de Jaén, así que, á excepción de esta ciudad, de Ubeda y de Sevilla, la mayor de Andalucía, las demás de la provincia nadie dudaba que seguirían al rey de Portugal. Lo mismo pensaba el Marqués que haría Salamanca, porque la mayoría [de los caballeros y de los demás ciudadanos obedecía á sus secuaces, principalmente al licenciado de Ciudad Rodrigo, promovedor de estas maquinaciones. De Zamora y Toro, la una, como dije, estaba ocupada por Alfonso de Valencia, alcaide de la fortaleza, y la otra por Juan de Ulloa, hombre muy depravado. Defendía la de Toro su hermano Rodrigo de Ulloa, no mal visto del rey D. Fernando, y compartía el cobro de las rentas con Gonzalo Chacón y Gutierre de Cárdenas, tan apreciados por la Reina. En la frontera portuguesa Plasencia había de seguir á su Señor el duque de Arévalo; ocupaba en absoluto á Trujillo el marqués de Vi-

llena, cuyos secuaces dominaban en Ciudad Rodrigo, y lo mismo podía suponerse de Cáceres pues era de esperar que los dos bandos en que los ciudadanos estaban divididos se rendirían á la mudable fortuna. Badajoz, aunque obediente al conde de Feria, no se creía que pudiera oponerse al rey de Portugal.





CAPÍTULO VII

Solicitud de D. Alfonso para comunicar su propósito á los Grandes portugueses y recabar su apoyo.—Diversas opiniones de éstos.

Excitado por tan lisonjeras relaciones y por repetidos mensajes, resolvió el Monarca portugués aceptar, muertos ya Pacheco y el rey D. Enrique, lo que había ido difiriendo mientras vivieron, y cual obediente á decretos del destino, anhelaba ya la posesión de los dilatados reinos de León y Castilla.

Con gran calor consultó con sus Grandes si veían este plan enderezado al logro de feliz ensanche de fronteras; y en la consulta tenía buen cuidado de persuadirles del afortunado incremento que recibirían los intereses de Portugal si sin violencia alguna pudiese entrar en posesión de los extensos reinos tan sin riesgo, decía, atendida la justicia del hecho, y la importancia de los Grandes que le favorecían y de casi todos los pueblos inclinados á su obediencia. A fin de decidir antes á los magnates portugueses á concederle su asentimiento, les enseñó cartas autógrafas de los Grandes de Castilla, á la usanza española firmadas

y selladas con sus sellos secretos, grande garantía entre los humanos, pero en tiempos tan corrompidos confederación infame, y por esto principalmente despreciable para el Rey portugués, que siempre había tachado de perfidia á los Magnates castellanos llamándoles desleales. Pero cuando se resolvió á aceptar el infausto matrimonio con la sobrina, concedió ante los suyos gran importancia á las cartas del marqués de Villena y de los demás Grandes, de quienes tantas veces había condenado el crimen de deslealtad. Así elogiaba al conde de Plasencia y creía deberse encomendar á su lealtad todo el negocio, olvidado ya del dictado de crimen abominable que él mismo aplicó á la intervención principal del Conde en el destronamiento del rey D. Enrique. Del Arzobispo de Toledo, á quien ahora aseguraba confiaría su causa, había formulado también en otro tiempo terrible juicio, diciendo que se maravillaban sin razón muchos de la perfidia y deslealtad del Prelado, del Maestre Pacheco y del conde de Benavente, cuyos antepasados, por la nota de traición, habían huído desde Portugal á León y Castilla. Y, sin embargo, ya no se recataba de elogiarlos y repetía que debía confiarse en la lealtad del Arzobispo, en las promesas de Diego Téllez, hijo de Pacheco, y en el autógrafo del conde de Benavente, pasando revista á las fuerzas de éstos y á las de sus secuaces, como el Maestre de Calatrava, el conde de Urueña, el duque de Alburquerque, el duque de Gijón ó de Valencia, entre los Grandes toledanos, además de D. Alfonso de Aguilar y el marqués de Cádiz con sus partidarios, todos los cua-

les fácilmente podrían reunir un ejército de 7.000 hombres de armas escogidos. Contaba luego las ciudades, villas y fortísimos castillos, y ya no veía posible el menor obstáculo en cuanto se dignase aceptar el rendido homenaje de los Grandes de Castilla, pues reuniendo á su considerable hueste, otra no menos importante de portugueses, no sólo estaba seguro de aniquilar las fuerzas de don Fernando, á quien en son de burla daba el título de Rey de Sicilia y llamaba pobre, abandonado de todos, prófugo y abyecto, sino las de la Europa entera, si por caso intentaran oponérsele.

Ante estas y otras seguridades dadas por el Monarca portugués en el Consejo de sus Grandes, (algunos ya persuadidos por él en secreto y conformes con sus propósitos,) otros más prudentes presagiaron probables desventuras y aconsejaron que no se envolviese á la nación portuguesa, íntegra y no agitada por ningún peligro, en las veleidades y perfidias sin cuento de los Grandes castellanos, antes se guardasen como de las mordeduras de las víboras de las embajadas y entrevistas de gente tan corrompida, desde los días de D. Alvaro de Luna acostumbrada al veneno de dañosa tiranía, y que, como nutrida con tal ponzoña, rechazaba todo otro manjar, pues tenía la perfidia por honor, la ignorancia por decoro, el fraude por prudencia, la traición por magnanimidad y ensalzaba los hechos más perversos, cuya nefanda alianza, en fin, seguramente no acarrearía á los portugueses otra ventaja que introducir la depravación en un estado hasta entonces libre de toda corruptela. No debía, por tanto, intentarse

confundir á los inocentes con los culpados, á los perversos con los leales, pues de tal mezcla y contubernio resultaría más difundido contagio para los portugueses, y para los Grandes castellanos más propicia ocasión para extender su tiranía.

Estas razones parecieron imponer algún silencio al rey D. Alfonso, que en cierto modo interrumpió sus juntas con los Grandes; pero por medios indirectos procuraba recabar el asentimiento de los que seguían su opinión. Para todo se valió del Prior de Crato, hombre inclinado al mal, y á cuya diligencia había encomendado la empresa para amañarla en secreto juntamente con el conde de Plasencia en vida del Maestre Pacheco, porque sólo de sus ficciones y engaños se confiaba poder conseguir cambio en la opinión de los portugueses. Por último, dos de los nobles de mayor alcurnia, los condes de Villarreal y de Faro, proclamaron la excelencia de los propósitos del Rey. Fuese por adulación, fuese por estar tocados de igual contagio, no cesaban de infundir en los oídos de las gentes las fábulas más absurdas, y de brindar á los portugueses obedientes al afortunadísimo Monarca oportunidad para grandes aumentos, de modo que sin traspasar los términos del derecho y sin el riesgo de éxito dudoso en la contienda, ó de otro cualquier obstáculo en el debate, pudiesen mirar por el propio decoro y por su honor perpetuo. Si alguno objetara con la superioridad del número de la gente castellana respecto de la portuguesa, no teniendo en cuenta su extraordinaria fortaleza, y exigiese igualdad en las

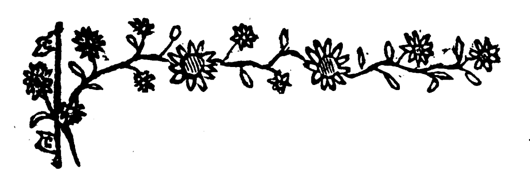
huestes para empeñar batalla, fácilmente podría convencérsele de que hasta la superioridad numérica estaría por ellos, pues les ayudarían escogidísimos escuadrones castellanos.

Calculaban, como dije, en 7.000 los hombres de armas prontos á seguir al rey D. Alfonso; montes de oro decían estar señalados para las soldadas, y los portugueses gozarían de amplia facultad para extender su dominio por las feraces campiñas de España, que les ofrecerían abundancia de toda suerte de bienes y satisfarían la noble ambición de los magnánimos lusitanos con más dilatado señorío. Su fuerte brazo además sabría recuperar gran porción del territorio ocupado por los moros granadinos, cuya tranquila posesión no habían turbado en tantos siglos las campañas del cobarde y apático castellano. Y esta guerra contra los valientes poseedores del reino de Granada sería más justa y más gloriosa que la navegación de los portugueses por el estrecho de Cádiz para ir á empeñar fiera pelea en Marruecos con los mal armados moros, con escasa gloria para los vencedores é insignificante pérdida de dominio para los vencidos, pues sólo podían entonces atacar las armadas algunos puntos comerciales de la costa oceánica como Ceuta, Alcázar Zaguer, Arcila y Tánger. Pasar más allá no era hacedero por las condiciones de la tierra, pues el soldado de marina no podía pelear con las innumerables falanges de jinetes moros del Setif; y la posesión de esos cuatro puntos sería dificilísima por la necesidad de llevar incesantemente desde Portugal refuerzos y aprovisionamientos á las guarniciones. Así, que

la conservación de tan reducido dominio sería á costa de grave riesgo y considerables gastos, sin otra recompensa que la vanagloria para el ansia de guerrear que les hacía pasar de Europa al Africa. Por esto sería más justa la guerra que los portugueses hiciesen á las órdenes de su Rey, ya poseedor de los reinos de León y Castilla, para arrojar de España á los moros, que desde los tiempos del rey D. Rodrigo llevaban casi setecientos años de ignominiosa ocupación.

Ante estos y otros semejantes razonamientos los consejeros del rey D. Alfonso, conformes con sus planes, se dieron á convencer á muchos nobles y á varios pueblos de que el matrimonio proyectado sería prenda de venturas. De los que le habían combatido no pocos empezaban ya á defenderle.





CAPÍTULO VIII

Oposición del duque de Braganza al proyecto.— Respuesta de un religioso que procuraba entorpecer el plan del Rey.—Inutilidad de estas contradicciones. — Embajada del rey de Francia y tratos de confederación entre las dos naciones.

Sólo el duque de Braganza, D. Fernando, el de mayor autoridad y nobleza entre los Grandes, después del Rey, se atrevió á combatir abiertamente el temerario proyecto. Don Alfonso, ante esta grave contrariedad, trató de convencer al anciano magnate, valiéndose primero de su hijo el conde de Haro y después del Prior de Crato, que ya más resueltamente intentó recabar el asentimiento del Duque al propósito del Soberano. Entonces el de Braganza se presentó ante los del Consejo con sólo una ligera túnica, á pesar de estar en el rigor del invierno, y habló en estos ó parecidos términos:—«He oído con pena el propósito del Rey, en todas las demás cosas siempre tan prudente. Pero antes de demostrar con irrebatibles argumentos que con él se prepara la ruina de Portugal, voy á contestar á la pregunta que me hicísteis cuando al saludarme quisísteis saber por qué yo, á mi avanzada edad, y en medio

del invierno, venía en traje tan ligero. Y es, excelentes varones, porque tal vez el vasto incendio de nuestra nación que abrasa mis entrañas, no toca á vuestros ánimos; de otro modo, también hubiérais adoptado mi traje. Y como no precavimos lo futuro, cuidamos mal también de lo presente, repugnando acordarnos del pasado y dando voluntariamente al olvido aquella pobreza nuestra convertida por nuestra inteligente actividad en opulencia, que nos sumirá de nuevo en miserable condición á causa del dañado afán de ensanchar nuestros dominios. Sueña nuestro Rey ó le engaña la ambición si cree poder sojuzgar fácilmente los reinos de León y Castilla. Sin duda lo deduce del éxito de la guerra de Marruecos, ó lo cree realizable por confiar en las promesas de los Grandes de Castilla. Pero si equipara aquélla con la de España, se equivoca por completo.

»También se engaña si confía en la lealtad de los Grandes de Castilla, ó si espera ganarse el amor de los pueblos, por naturaleza enemigos de la voluntad de los tiranos. Así pretende locamente reunir en natural compuesto el fuego y el agua, y no duda de que la lealtad de los quebrantadores de toda fe y de sus discípulos sea firme cimiento de la alianza concertada. ¡Gran Dios! Terrible es tu indignación contra los míseros portugueses á quienes la continuada dicha hizo soberbios é ingratos en demasía. Entre todos los cristianos ellos solos se reputan felices, por cuanto pueden á su antojo hacer la guerra á los otros, ó disfrutar de la paz en tiempos en que ningún estado de Europa vive exento de peligros. Y esta felicidad nuestra me ins-

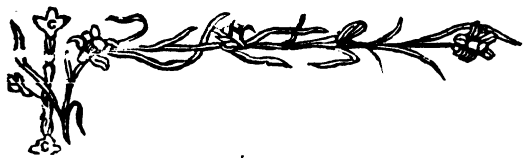
pira á mí gran temor por amenazarnos con próxima desventura y mayor ruina si soberbiamente nos arrojamos á nuevas empresas.

»Decídselo así á nuestro afortunadísimo Soberano, y rogadle de mi parte que acoja imparcialmente el parecer de su anciano tío y conceda algún valor á mi cariño y á mis años.»

Cuando comunicaron á D. Alfonso estos consejos del duque de Braganza, como estaba ya resuelto á obrar tan diferentemente, lo achacó todo al especial afecto que se creía tener á la reina D.ª Isabel, nieta de su difunto hermano; pero no dejaron de impresionarle algún tanto, por lo cual resolvió consultar á un religioso de singular virtud y á quien se atribuía espíritu profético. A solas con él le declaró todo su pensamiento; pero como su respuesta coincidiese con el parecer del Duque, acabó por no tenerla en nada. Lo mismo hizo con las cartas de otro religioso de gran doctrina, muy al tanto de los procederes de los magnates castellanos, en las que, no sólo resumía el anterior juicio, sino que con abundantes y eficaces argumentos hacía patente lo inicuo del proyecto y aseguraba que aquella doncella cuya mano pretendía D. Alfonso se llamaba falsamente heredera del rey D. Enrique, y que un Monarca, en todas las demás cosas afortunado, no debía buscar la desgracia en aquel infausto matrimonio.

Don Alfonso, sin embargo, universalmente reputado por Rey prudente, no hizo el menor caso de los adversos consejos de sus leales, y dió entero crédito á los lisonjeros. Ya no parecía oponerse otro obstáculo que el del estrecho parentesco, por

ser la doncella hija de su hermana y tener que obtenerse del Papa la necesaria dispensa, acaso con alguna dificultad por la índole del asunto. Pero se confiaba alcanzarla, así por la avaricia de la curia romana, como por no ser inclinado el Papa al rey D. Fernando, sino más bien al de Francia, naturalmente enemigo de éste y de su deudo y de todos sus favorecedores. Esta tenaz enemiga hizo que el rey Luis enviase inmediatamente sus embajadores al de Portugal, y conocido su propósito de invadir los reinos de León y Castilla, pactó con él una alianza bajo las mismas condiciones de las anteriormente hechas con los reyes legítimos de Castilla. Pero por cuanto el portugués, excitado á la guerra, pedía auxilio al ejército francés, se convino en ceder al rey Luis el título y señorío de los vascongados que, sometidos por las armas, podría lícitamente reunir á los de Gascuña bajo su cetro. Si por trances de la guerra el resultado fuese distinto, y los franceses y portugueses no pudiesen tan fácilmente conquistar los reinos, y D. Fernando se sostuviese en ellos arrojando á sus enemigos, D. Alfonso quedaba obligado á pagar á la hueste francesa la soldada á que tuviera derecho. Por último, temiendo el rey de Francia alterar las alianzas aprobadas por su nación y confederarse con los adversarios contra los amigos, pues durante largos tiempos lo había sido de los castellanos contra los portugueses, aseguró que precisamente favorecía á D. Alfonso por considerarle como verdadero sucesor en el reino de Castilla, á causa del matrimonio con su sobrina.



CAPÍTULO IX

Agentes y embajadores que, por consejo de la Reina, envió D. Fernando al rey de Portugal.— Fracaso de sus gestiones.

ALARMADOS con estos rumores, los reyes D. Fernando y D.ª Isabel empezaron á dar crédito á los que tantas veces les habían excitado al remedio de los daños que preparaban el rey de Portugal y los Grandes de Castilla, y resolvieron manifestarle por cartas y embajadas su grave disgusto á causa de la inicua alianza pactada con Francia con el principal intento de invadir los reinos de que eran ellos exclusivos soberanos. A fin de penetrar si en las intenciones de los Grandes se abrigaba alguna perfidia, juzgaron oportuno trasladarse desde Segovia á Valladolid, como ciudad más á propósito que otra alguna en Castilla para los consejos y para las juntas del pueblo. Principalmente les decidió al viaje el odio de los vallisoletanos al duro yugo del conde de Benavente, que sólo confiaban sacudir por el poder del rey D. Fernando, pues el Conde había ganado el apoyo de los principales ciudadanos y metido guarnición en la fortaleza nueva contigua á las murallas. A los que contrariaban sus intentos, ó les desterraba ó les imponía fuertes multas; á los demás vejaba de mil maneras,

manifestaciones todas de feroz tiranía. Erales conocido á los vallisoletanos cuán aficionado estaba al rey de Portugal, y cuán contrario á los Príncipes, y á espaldas suyas murmuraban y comentaban sus sospechosos manejos encaminados á pérfidas resoluciones, por lo cual se proponían llamar á D. Fernando y ofrecerle todo su favor. Apenas entraron en la ciudad los Reyes, enviaron por sus Embajadores al rey de Portugal al valiente capitán Vasco de Vivero y al sabio doctor Andrés de Villalón, con encargo de rogarle que no prefiriese la guerra injusta á la paz de los reinos y al mutuo amor entre los Soberanos, y para afirmar y estrechar los lazos de la amistad, que quisiese aceptar por mujer á la ilustre hermana de D. Fernando, D.ª Juana, doncella tan amada por el estrecho parentesco. Y si deseaba casar á su sobrina D.ª Juana, falsamente llamada hija por el rey D. Enrique, podía ofrecerla un matrimonio muy ventajoso con el duque de Viseo. A nada de esto accedió D. Alfonso, y los Reyes, á pesar del fracaso de la primera embajada, enviaron otra á cargo de dos religiosos, fray Pedro de Marchena, franciscano, y fray Alfonso de San Cipriano, dominico, ambos distinguidos por su doctrina, honradez y severidad. A éstos se les encargó que con la mayor habilidad tratasen de hacer desistir al rey de Portugal de sus propósitos, haciéndole ver las justísimas causas que se lo aconsejaban. Reservadamente se envió antes como familiar de los religiosos al honrado varón Diego García de Hinestrosa, con cartas en que exhortaban á D. Alfonso á seguir el camino de la rectitud. Además debía

recorrer el reino, visitar á los caballeros más ilustres y á las señoras que, ó por razones de amistad ó de parentesco creyese más propicias á la causa de la reina D.ª Isabel. Alguna como su tía materna D.ª Beatriz, se preocupaba mucho de la salvaguardia de su sobrina y se congratulaba de su elevación al trono. También tenía el beneplácito de los varones de más justificación; pero como todos estaban excesivamente identificados con su Rey, unos disimulaban, otros no osaban arriesgarse y otros se excusaban de no cumplir bastante con la amistad y el estrecho parentesco, á causa de la resolución del Rey execrable para todos los buenos. Escasísimo fué, por tanto, el fruto de la excursión de Diego García.

Los dos religiosos visitaron al Rey, y ante su Consejo le expusieron el objeto de su embajada. Citóles para el día siguiente, en que á solas escucharía con más detención cuanto quisiesen decirle. Habláronle entonces más por extenso, y como el secreto de la entrevista les infundía más audacia, le hicieron ver la injusticia de lo que se decía iba á intentar, pues en España nadie ignoraba la impotencia del rey D. Enrique, como tampoco D. Alfonso, antes era cosa corriente en estos reinos que su hermana D.ª Juana, con asentimiento suyo, había aceptado el falso nombre de cónyuge sólo para alcanzar el ilusorio título de Reina. Y todo lo demás para nadie era un misterio. Por lo cual le suplicaron se dignara desistir de su propósito si prefería la justicia á la iniquidad, y no tuviese en tanto las ofertas de los Grandes, dignas del desprecio de toda persona sensata, pues que inficionados

por larga tiranía, no les refrenaba el sonrojo de la mentira, antes sobre las conocidas maldades se arrojaban á más y más traiciones, mientras veían á la multitud inclinada á las disensiones y lisonjas, fuente para ellos de más amplío poderío. Tampoco debía esperar que los pueblos de Castilla consintieran el predominio de su nación; por el contrario, el antiguo odio de los naturales á los portugueses había fortalecido en ellos el deseo de obedecer á D. Fernando, tan universalmente amado desde que era Príncipe. Si se dignaba reflexionar sobre todos estos extremos, inmediatamente podría resolver con tal acierto las cuestiones de gobierno, que en medio de una paz dichosa conservase la gloria adquirida y se reconociese su prudencia al frustar los planes de los que trabajaban por empañar la gloria de un nombre hasta entonces tan celebrado.

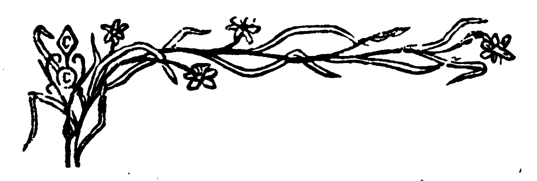
Su respuesta fué la siguiente: Que el argumento de más fuerza para convencerle, y lo que más impresión producía en su ánimo era la reflexión que se le hacía acerca de la duda tan divulgada sobre la legitimidad de la doncella; pero que esta sospecha más bien le preocupaba por la liviandad de la hermana que por la impotencia del supuesto padre. Así que no lo consideraba obstáculo para desistir de su propósito, y tenía que confesar que más bien un secreto impulso del destino que los dictados de la razón le hacían no dilatar más la entrada en los reinos de Castilla y la aceptación del matrimonio con su sobrina. Por lo cual debían cesar en sus insistentes amonestamientos que disposiciones de lo alto venían á refutar.

Ante tan insustancial y desagradable respuesta los religiosos abandonaron el Palacio. En seguida el Rey llamó á Consejo para un día determinado en Arronches á sus Grandes y á los procuradores de las ciudades del reino, y pronunció ante ellos una arenga en que, disfrazando sus fines egoístas con la máscara de compasión generosa, expuso abiertamente sus intenciones diciendo que se disponía á nuevas empresas con el principal objeto de librar de perpetua ignominia á la doncella, única heredera de los reinos de León y Castilla, hija legítima del rey D. Enrique, hermano del Monarca lusitano, y muy amigo suyo mientras vivió, á causa del afecto fraternal que profesaba á D.ª Juana, su mujer; así que si la nobleza portuguesa no acudía en auxilio de la hermana y de la sobrina de su Rey, heredera de los reinos, que se lo demandaban, esta sola falta bastaría para empañar la gloria á tanta costa conseguida. Por su parte estaba resuelto, acaso por fatal disposición de lo alto, á acometer la nobilísima empresa, aunque tuviese que entrar con un puñado de gente por la frontera castellana, porque las profecías de los Santos Padres le habían revelado que aquellos reinos habían de obedecer al rey de Portugal. Los que nada hiciesen por alcanzar esta prometida grandeza serían tenidos por desnaturalizados y cobardes; aunque él que conocía la lealtad y fortaleza de la gente lusitana estaba seguro de que se emplearía en todo lo conducente al bien. Luego con arreglo á cierta norma que explicó para la reunión de la hueste, todos recibirían instrucciones para presentarse oportunamente en lugar y día determinado. Al mismo

tiempo exponía D. Alfonso los sucesos que cada día se anunciaban como favorables al propósito, y de que ya hice mención.

Convirtiéronse en defensores de sus planes muchos de los que antes los combatían, y de los Grandes que los impugnaban sólo perseveró en su primera opinión el duque de Braganza que, recogido en su monasterio de Villaviciosa, lamentaba el miserable destino de la gente lusitana y la suerte de sus cinco hijos, que debían acompañar al Rey.





CAPÍTULO X

Contiendas entre el duque D. Enrique y el comendador Alfonso de Cárdenas.—Desastre de Guadalcanal.

Al par de éstas, también en la frontera de Portugal estallaron otras disensiones entre el conde de Niebla D. Enrique y el comendador de León D. Alfonso de Cárdenas. Dos fueron sus causas: una, las ambiciones que abrigaban muchos Grandes por el Maestrazgo de Santiago; otra, la rivalidad del conde de Feria, Gómez Suárez de Figueroa, molestado por la insolencia del Comendador que, ensoberbecido con su título de Maestre, vejaba á los pueblos circunvecinos, especialmente á la ciudad de Zafra, en cuyas cercanías se levanta la fortaleza de los Santos Maimona, perteneciente á la Orden de Santiago. Su ventajosa posición y las frecuentes correrías y exacciones que amparaba habían dado motivo para que fuese arrasada; pero el maestre Pacheco la levantó de nuevo á gran costa y se la dejó á su hijo Pedro Portocarrero, yerno del comendador D. Alfonso, y con asentimiento de éste, muy enemigo del conde de Feria. El cual, no pudiendo to-

lerar por más tiempo la enemiga del joven, se propuso, en represalias, apoderarse de Jerez de los Caballeros, para lo que secretamente excitó á uno de los bandos de la ciudad á la destrucción del otro, favorable al comendador Cárdenas y á su yerno, y con daño de muchos jerezanos del bando contrario, tomó la ciudad. No pudo, sin embargo, combatir la fortaleza defendida por Pedro Portocarrero, cuya guarnición en frecuentes salidas peleaba con el enemigo en las mismas calles. A poco llegó el Comendador con bastantes fuerzas de caballería é infantes, y entonces la lucha dentro de la ciudad fué terrible. La superioridad del número le dió ventaja y sus tropas pudieron despojar á muchos contrarios de armas y caballos, porque las más veces los peones combatían en tortuosas y empinadas calles que facilitaban al vencedor apoderarse de su presa. Algunos de la gente del Conde fueron pasados á cuchillo; otros quedaron prisioneros, y él, tras larga y porfiada lucha, consiguió no sin dificultad escapar, porque quiso ser entre sus compañeros de armas el último en ceder el campo al enemigo. Pocos de ellos, en efecto, se batieron con tesón y fortaleza iguales á la suya. Conocida la derrota del Conde, el duque D. Enrique, que recientemente y por causa del Maestrazgo se había unido al partido del de Figueroa, le envió unos 300 caballos de socorro, que habían de ser capitaneados por D. Lorenzo, y él por previo acuerdo les siguió con grandes fuerzas de caballería, aun contra el más maduro parecer de algunos sevillanos que le aconsejaban dejase pasar el rigor del mes de Enero, poco á propósito para la

guerra, y cumplir con el Conde prometiéndole acudir oportunamente en su auxilio cuando pudiera emprenderse el ataque de fortalezas y acampar las tropas. Despreció el Duque tan sanos consejos y se figuró que la fama de su poder de tal modo aterraría á sus contrarios, que sabida su llegada, las villas fortificadas se le entregarían, y permaneciendo él en sus casas, obligaría también con largo sitio á las fortalezas á rendirse. Daban alientos á su impericia hombres ajenos á toda disciplina ó dañosos lisonjeros que incesantemente infundían en el ánimo del inexperto Duque el desprecio al parecer de los que señalaban lo que debía evitarse, y alejaban de su lado con afrentosas burlas á los que seguían la norma del honor. El conde de Feria, discreto y experimentado, aunque intentaba evitar todo esto con sus consejos, no quería combatir abiertamente los propósitos del Duque, así que en cuanto llegó resolvió marchar á Jerez de los Caballeros para tantear las disposiciones de los moradores, con arreglo á las secretas entrevistas con algunos de ellos, pues se creía que si llegaban á ver las huestes del Duque y del Conde, habría en el interior de la población revueltas y el otro bando podría admitir al Duque y á sus gentes, con lo que se lograba excelente apoyo para lo que se pretendía acerca del Maestrazgo de Santiago, á cuya jurisdicción pertenecía la noble ciudad. Llegaron el Duque y el Conde con 1.200 caballos y muchos infantes hasta las huertas de Jerez, y formando las batallas, se presentaron dispuestos al ataque. Confiados en la posición y en las defensas de la plaza, los moradores no mani-

festaron el menor miedo, antes en una salida mataron algunos caballos, y mientras escaramuzaban, cuantos se acercaban á las murallas caían á los tiros de ballesteros y espingarderos. Toda tentativa de ataque quedó frustrada; cayó la noche, las tropas vivaquearon en las huertas, cortaron los árboles y en los reales se encendieron grandes hogueras. Casi todas las feraces huertas de la ciudad quedaron en aquella noche arrasadas ó quemadas, no sin grave daño también de muchos de los invasores, que en ella perdieron sus caballos á causa del riguroso frío, teniendo que abandonar una empresa mala é insensatamente acometida y meterse de nuevo en Zafra.

De allí Pedro del Algaba y yo marchamos á Segovia, como dije, para avisar al Duque de cuanto parecía convenir al bien público, pues toda persona sensata condenaba aquella funesta guerra. Escuchó nuestras protestas de los nuevos escándalos y, contra lo que esperábamos, nos contestó bastante neciamente, pues al exponerle lo dañoso de una agitación guerrera en la frontera de Portugal mientras el rey D. Fernando estuviese bajo la amenaza de las nuevas tentativas de D. Alfonso, respondió que nada le importaban tales temores; que él miraría por sus propios intereses y seguiría de mejor grado los consejos de los que con más acierto aseguraban una y otra vez cuánta mayor ventaja habían logrado los Grandes rebeldes al Rey que los que le habían obedecido. Había resuelto, por consiguiente, ocupar hasta donde le fuera posible el Maestrazgo de Santiago, que el príncipe D. Fernando, en vida del maestre Pacheco,

le había ofrecido en momentos muy difíciles para excluir al poderosísimo poseedor de aquella dignidad, para luego, muerto el Maestre, decidirse á darla á otros á quienes estaba mucho menos obligado. Y tamaña afrenta no creía deberse tolerar, antes trataría de someter ante todo por la fuerza al pérfido comendador D. Alfonso que, muerto Pacheco, le había prometido otra vez su voto y de repente había cambiado de opinión. Y como ya el derecho estaba en las armas, cuanto más revueltos estuviesen los asuntos del reino, tanto más oportuno sería romper la guerra, por cuanto el rey de Portugal, á la sazón en Ronches, cerca de Badajoz, apenas entrase en Castilla con su hueste, atacaría al rey D. Fernando, y el fragor de la lucha más empeñada en otra parte le facilitaría á él ocupar con sus mesnadas la provincia leonesa.

Yo le contesté: «Ilustre Duque, vuestra injusta resolución me maravilla, y, omitiendo cuanto convendría exponer, voy sólo á resumir lo que me es permitido recordar. Considero la guerra que intentáis romper tan dañosísima para vos como poco eficaz contra el comendador Cárdenas, porque ni en esta estación del invierno podéis asentar vuestros reales ni combatir las fortalezas; al paso que el enemigo, enteramente á cubierto dentro de sus reparos, y sin temor á la penuria, por los pocos gastos que necesita, aguardará la oportunidad para destruiros, y si se dilata mucho, os molestará con diarias escaramuzas; acometerá con un puñado de gente á vuestras tropas cada día más mermadas, y todo lo que ahora os parece incontrastable fuerza quedará aniquilado. Muy diferente

debería ser vuestro plan; porque al resistente poder del enemigo debe oponerse hueste más considerable dirigida por expertos capitanes que eviten las emboscadas y se apoderen de sus víveres y bastimentos.»

Ningún caso hizo el Duque de mis consejos, y en presencia mía y de Pedro del Algaba pidió el parecer del conde de Feria y de los principales caballeros. El acuerdo fué que, antes de licenciar las tropas, y á fin de demostrar que el Duque no estaba ocioso, procurase ocupar alguna villa ó fortaleza del Maestrazgo, exceptuando, por su gran población, á Fuente de Cantos y Guadalcanal, especialmente la última, aun cuando el peonaje sevillano, que ansiosamente esperaba, se juntase con sus tropas, por ser parecer unánime de aquellos señores que sería funesta la estancia nocturna en Guadalcanal, hasta con escuchas y centinelas, y aun enviando astutos corredores á sorprender los planes del comendador Cárdenas. El Conde robusteció su opinión con evidentes razones y los demás nobles la aprobaron.

Nosotros marchamos á Sevilla, y el Duque con sus tropas se encaminó á la fortaleza de Ribera, poco antes ocupada por el enemigo, y la tomó. Luego, ensoberbecido con tan pequeño triunfo, y contra el parecer de los suyos, atacó á Fuente de Cantos, y en una noche se apoderó del llano, desnudo de toda defensa. Desde allí se dirigió á Guadalcanal, dejando encomendado al conde de Feria y á sus tropas auxiliares el ataque del castillo de Medina de las Torres. Él, con sólo 600 lanzas, apostó el ejército cerca de Llerena, pasó adelante

y presentó batalla al comendador Cárdenas que, encerrado en la villa, retenía á los suyos para que no aceptasen el reto, aun cuando sus 400 caballos y sus 1.000 peones le permitían pelear en iguales condiciones. Conocía de antiguo el descuido del duque D. Enrique y prometió que, difiriendo un poco el combate, se presentaría mejor oportunidad para vencer, porque sabía que á la noche siguiente, noche de Carnaval, cuando la caballería sevillana durmiese profundamente con los vapores del vino, le sería facilísimo acometerla de repente y destruirla, ahorrándose al mismo tiempo graves dificultades. Pero todavía fué mayor de lo que esperaba la cobardía é imprudencia del Conde, que entró en Guadalcanal cerrada ya aquella noche, consagrada por los habitantes á la algazara, haciéndoles con la llegada de los andaluces enojosísimo el intempestivo hospedaje. A la molestia de los vecinos vinieron á sumarse los recelos acerca de los recién llegados; pero no por eso emplearon más vigilancia el Duque y sus capitanes, aun cuando sabían por algunos de sus huéspedes que aquella noche había de llegar el comendador don Alonso de Cárdenas seguramente, y los sorprendería en las camas desarmados y sumidos en el sueño si no se precavían apostando escuchas y poniendo de centinela algunos hombres conocedores de los caminos en la garganta del monte que domina la población y hace frente á Llerena, único punto por donde se temía la entrada del enemigo. Mas ni las exigencias de la guerra, ni el recelo del molesto alojamiento, ni la amenaza de la venida del Comendador fueron bastante para que el

Duque y sus comisarios Martín de Córdoba y Gómez de León adoptasen algunas medidas de vigilancia, antes acogieron con risotadas los avisos de sus huéspedes, y todos en completa embriaguez se arrojaron sobre sus camas. A poco llegó el Comendador con 300 caballos y unos 600 peones, algunos naturales de la villa. Ni el mismo D. Alfonso podía suponer en el Duque tal desidia que dejase sin guardia alguna el monte y los alrededores del pueblo, por lo cual, llegando en las primeras horas de la noche, se engañó creyendo encontrar algunos corredores en Llerena, con lo que el Duque, que había pasado con sus tropas al pie de sus muros, hubiera al menos excusado la vergüenza de la pasada arrogancia y prevenido también la audacia del enemigo y el terrible aprieto en que iba á poner á los sevillanos en medio de las tinieblas. Así, pues, atravesando el monte, donde no encontró guarda alguno, envió delante algunos corredores por si el enemigo había empleado más vigilancia en el interior de la población. Volvieron al punto diciendo que no habían encontrado persona viviente, y que la soledad y el silencio de la noche brindaban á aprovechar el descuido de los enemigos. Dispuso entonces el Comendador un minucioso registro, y para cerrar la salida á los sevillanos cuando se despertasen, hizo sujetar con anillas de hierro los muchos cerrojos con que se cerraban las puertas por fuera. Dispuestas ya las tropas por las calles, don Alfonso penetró en la casa del Duque, á quien rodeaban 20 jóvenes que habían cenado en su compañía. Aterrorizados con el estrépito y vocerío

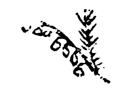
de la multitud que invadía la casa, corren á las armas mientras los enemigos echan abajo las puertas, é inmediatamente empieza el ataque y la defensa. Mas convencidos los jóvenes sevillanos de que la importancia de la lucha dependía de la salvación del Duque, porque, puesto en salvo, el descalabro era poco grave, le persuadieron á que, guiado por el huésped, escapara por la parte de atrás de la casa, donde nadie podía verle. Así lo hizo, y acompañado tan sólo por Martín Suárez de Jerez, logró saltar las tapias. Ya resonaba por todas las calles terrible estruendo y gritería; los sevillanos se abrían paso peleando y corrían á casa del Duque; algunos, guiados por la luz de los faroles, cargaban sobre los enemigos; otros valientes jóvenes, medio borrachos, no rehuían la lucha, antes más osados, como más ignorantes del peligro, atravesaban combatiendo por las calles atestadas de enemigos bien armados. Entretanto el Duque, sin ser reconocido, quedó tres veces prisionero y otras tantas en libertad, luego que, según costumbre española, declaraba haber entregado ya á otro su espada. Sin oponer la menor resistencia se rindió Martín Sánchez, á fin de dar tiempo á la huída del Duque, á quien iba guiando entre la oscuridad un leal vecino, y al que tuvo que prestar su propio calzado, porque á D. Enrique le era imposible caminar sin él por aquellas asperezas. Al mismo tiempo encontraron á un jinete que caminaba hacia Alanís, y que reconociendo al Duque, le cedió su caballo.

En la villa iba encarnizándose entretanto la pelea; el ansia del botín hacía flojear á la gente

del de Cárdenas, y el primer ímpetu de los jóvenes sevillanos había logrado reunir á la multitud de los suyos que habían acudido en bandas, de modo que ya en muchas partes se combatía en iguales condiciones. El núcleo de la resistencia le formaban unos setenta mancebos que detuvieron por largo rato al enemigo confiado en su gran número, y luchando cuerpo á cuerpo, muchas veces se mostraron vencedores, aterrorizando con su esfuerzo á los que temieron en la primera confusión. Esta hazaña permitió á Martin de Córdoba, noble y valiente comisario del Duque, reunir á la salida del sol unos 300 ginetes sevillanos y apostarlos en escuadrón en las afueras mientras por las calles iba enardeciéndose la dudosa pelea. El Comendador llegó á temer un desastre si el de Córdoba acometía con la caballería á los soldados dispersos entregados al saqueo, así que á grandes voces les ordenó que cesasen en su empeño si querían salvar la honra y la vida, con lo que reuniendo sus hombres de armas, logró hacer cierto alarde de ordenados escuadrones. Pero sin duda hubiesen perdido el botín robado y la gloria alcanzada, á no amenazar á los sevillanos nuevo peligro la herida de Martín de Córdoba, causada por un dardo envenenado. Ambas partes cambiaron de plan: los de Cárdenas se contentaron con los despojos de los vencidos; los sevillanos desdeñaron lo perdido por asegurar el resto. Grande fué la presa de los invasores: cerca de 200 caballos, más de 300 acémilas, 700 libras de plata labrada y preciosísimos collares de oro. Y aún hubiera sido mayor el despojo si los vecinos de

Guadalcanal, sospechosos al principio, no se hubiesen mostrado bondadosos y observado en general estrictamente las leyes de la hospitalidad, devolviendo á los sevillanos la plata labrada que habían confiado á su buena fe ó que habían arrojado á los pozos.

El Duque sufrió el desastre con ánimo sereno, satisfecho por haber escapado á la ferocidad del enemigo, y los sevillanos, compensada la pérdida sufrida con su valiente conducta en la pelea, regresaron poco abatidos á sus casas.





LIBRO II

CAPÍTULO PRIMERO

Entra el rey de Portugal por tierras de Castilla. —Vuélvese á poco, y por segunda vez penetra en España.

ESTE descalabro tuvo graves consecuencias. Sentido el Duque de la afrenta, concibió mayor odio contra el Comendador, y como su yerno D. Pedro Portocarrero, hermano del marqués de Villena, parecía también del bando del rey de Portugal y éste ostentaba con secretas embajadas atraerle así como á otros Grandes á su partido, empezó á parar mientes en aquellas sugestiones.

El rey D. Alfonso había enviado previamente á Castilla y León al noble y elocuente Rodrigo de Melo para que hablase á los Grandes conocidos por su afición á las novedades, y había escrito muchas cartas en que procuraba ganarse la voluntad de los pueblos alardeando de compasión hacia el abandono y desconsuelo de su sobrina, única heredera de los reinos, y mostrándose dispuesto á

trabajar con empeño por que recuperase los reinos á que el testamento del rey D. Enrique la daba derecho; pero protestando de no moverle ningún otro interés sino la lástima de la infeliz doncella, y que sólo por acudir á la demanda de socorro de esta pupila y de la hermana viuda se había resuelto á afrontar cualquier peligro, y aun, si preciso fuese, á tomar las armas hasta conquistar para ella los reinos que la pertenecían, si bien estimaba necesario emplear antes que la fuerza las súplicas. Por tanto, que manifestásen sus preferencias, para no ser acusado de inconsiderada prevención.

Además de las cartas de este tenor, Rodrigo empleó con los Grandes muchos y secretos estímulos, á que ellos contestaron con otras tantas vanas promesas. En cambio en los pueblos no escuchó nada conforme con sus propósitos; por el contrario, tácita ó expresamente, todos le demostraron su disgusto. Llevó luego tan allá su atrevimiento, que hasta amonestó á los Reyes que no pretendieran, con afrenta de D.ª Juana, heredera de estos reinos, ocupar ajenos dominios que el rey D. Alfonso, tío de la abandonada doncella, podría y debería reclamar cuanto antes para evitar la mancha de inhumanidad y dureza de corazón hacia la afligida viuda y la desamparada pupila.

Don Fernando le respondió con tanta templanza como cordura que él no poseía otros reinos que los que por derecho le pertenecían, ni jamás había ocupado en perjuicio de otro territorios ajenos; que ya antes había enviado á unos religiosos al

rey de Portugal á enterarle del estado de las cosas y á aconsejarle que desistiese de turbar con indignas controversias la paz y ventura de su reino y de romper las antiguas alianzas, y que lo mismo le amonestaba ahora una y otra vez; mas que si, desdeñando la paz, pretendía emprender una guerra injusta, reclamaría los derechos de la antigua confederación con el favor del cielo siempre enemigo de los quebrantadores de alianzas.

No detuvieron al rey Alfonso las advertencias de D. Fernando y de D.ª Isabel, y reuniendo el ejército en Arronches, cerca de Badajoz, quiso oir antes los pareceres de sus Grandes, seguro de que no habían de discrepar del suyo, así por haberles hecho previamente cambiar de opinión, como por la inveterada enemiga y desprecio que contra los castellanos abrigaban. Allí se alardeó jactanciosamente de cosas que más tocaban en la vanidad que en la fortaleza, como considerar indudable la flojedad de la resistencia castellana, por saber que un solo portugués bastaba para cuatro escogidos castellanos y para poner fuera de combate á diez soldados bisoños. Además, si se reparaba en la superioridad numérica de los enemigos, debía tenerse en cuenta la seguridad de que los mejores seguirían á D. Alfonso, y los 7.000 hombres de armas aguerridos se inclinarían al partido á que se inclinasen el arzobispo de Toledo, los condes de Plasencia y de Benavente, los marqueses de Villena y de Cádiz, los duques de Jijón y de Alburquerque, el maestre de Calatrava y su hermano el conde de Urueña, D. Alfonso de Aguilar y algunos gobernadores de Andalucía. Aludíase también

al duque de Medina, y se susurraba que había algunas esperanzas en el conde de Treviño. Los demás que se opusiesen no inspiraban más que desprecio.

Resolvió el Rey marchar á Plasencia, y puso aparatosamente en movimiento sus batallas; mas entrados ya en territorio español, se cambió de propósito y se acordó retroceder y detenerse algún tiempo en Arronches. La causa de este retroceso no es bastante conocida; pero por el momento causó alguna sorpresa en uno y otro bando. Finalmente, el rey D. Alfonso despachó mensajeros al conde de Feria para aconsejarle que no se opusiese al paso del ejército por Badajoz, orillas del Guadiana, ni estorbase el aprovisionamiento de las tropas, porque de otro modo habría que apelar á vejaciones acaso durísimas. Desprevenido el Conde, como temblaba la guerra y no se decidía á acceder á lo propuesto, entabló pláticas con algunos Grandes portugueses y les expuso muchas razones para que el rey D. Alfonso, en vez de pasar por Badajoz, entrase por Alcántara.

Convencidos los portugueses, pasaron de nuevo la frontera con su Rey á la cabeza; pero esta vez con la mayor solemnidad. Abrían la marcha las cruces de oro y plata, y llenaba los aires el cántico de los himnos sagrados en alabanza del Dios de los ejércitos, cuyo favor falsamente creían conciliarse los que los entonaban, llevando en su alma el odio á lo bueno y á lo justo. Increíble parecía á los que recordaban entonces el antiguo poderío lusitano que hubiesen podido reunir tan considerables fuerzas; pues, contra el cálculo de

los castellanos que hacía subir las del rey don Alfonso á unas 3.000 lanzas, reunió cerca de 5.000, dejando 500 en las guarniciones y siguiéndole el resto, con más de 15.000 infantes, al dirigirse á Plasencia.

Llevaba también artillería y otras máquinas de guerra, y hasta cierto aparato de reales fortificados con empalizadas de madera. Eran muchas las vajillas de plata cincelada, y la moneda de oro y plata abundaba de tal modo, que el Rey tenía dispuestos para las soldadas 600.000 cruzados del valor de los florines de Venecia. Esto sin contar las riquezas de los Grandes y de los opulentos caballeros. En suma, los tesoros de Guinea de tal modo habían enriquecido al Rey y á sus magnates, que su antigua soberbia se había convertido ya en orgullo desenfrenado.





CAPÍTULO II

Primeros augurios de la guerra.—Prodigios.

Hallándose todavía en Arronches el rey de Portugal ocurrió el primer augurio de la guerra, funesto para los portugueses y feliz para los castellanos. Antes de pasar el ejército la frontera, los caballeros lusitanos hacían frecuentes visitas á Pedro de Baeza, alcaide de la fortaleza de Trujillo, que tenía todas sus simpatías, como de la intimidad del maestre Pacheco y obediente á las órdenes del marqués de Villena. Cenando con él una noche, y ya entre los vapores del vino, comenzaron con su acostumbrada garrulería á lanzar las más necias fanfarronadas. Todo se reducía á la comparación entre las dos naciones, y como el Alcaide, con la mayor circunspección, se atreviera á decir que los castellanos eran diestros en las armas, y no debía juzgárseles por la victoria en otro tiempo alcanzada por los portugueses, sus cuatro comensales montaron en cólera, y fuera de sí dijeron que ellos solos bastaban contra doce castellanos. Después de larga controversia, unos caminantes que entre

otros habían entrado por casualidad á hablar al alcaide, llevaron tan á mal la afrenta, que en secreto combinaron un plan y le pusieron por obra. Sabían adónde habían de dirigirse los cuatro portugueses, y alejándose cautelosamente, aguardaron en la frontera hasta que vieron venir á lo lejos á los soberbios caballeros. Entonces uno de los cuatro castellanos se adelantó á su encuentro y les dijo que no les permitirían el paso hasta que las armas decidiesen si el valor portugués había superado siempre al de sus vecinos, y que se diesen por notificados del desafío, porque allí habían de medirse los dichos con los hechos. Los provocados no admitieron el reto, diciendo que no querían combatir contra hombres á quienes jamás se les había ocurrido aborrecer. Contestaron los nuestros que bastante motivo de odio sería para unos y otros contendientes la gloria que unos tratarían de conservar y otros de adquirir.

Ante la resuelta actitud de los españoles, los contrarios, igualmente ágiles y con iguales caballos, empezaron el combate; pero al primer encuentro cayeron muertos dos de ellos; los otros se entregaron á discreción y fueron llevados al mismo sitio donde habían proferido tantas bravatas.

La influencia que este parcial encuentro ejerció en otros más importantes después ocurridos sería difícil de explicar.

También se tuvo por milagro en aquellos días un prodigio, si diferente en su esencia, análogo en su significación. Pastaban varios ganados en am-

bas orillas del Guadiana; los de la izquierda pertenecían á un pastor portugués de Morón, los de la derecha á otro español de Villanueva de Barcarrota. Sin que los azuzaran los pastores, los toros del primero, como poseídos de repentina furia, atravesaron el río y acometieron con tal ímpetu á los que pacían tranquilamente en la opuesta orilla, que éstos, obligados á defenderse, lucharon con los cuernos hasta forzar á los portugueses á repasar el río; pero con tal rabia, que derribaron á la mayor parte de sus contrarios, hecho lo cual, y volviendo á pasar el río, se pusieron de nuevo á pastar, con asombro de los pastores testigos del temeroso prodigio.

No impresionó menos á los caballeros y al pueblo otro portento ocurrido por los mismos días en Andalucía en las aves, como el anterior en los cuadrúpedos. A la salida del sol vieron los labradores estupefactos trabarse en los aires fiera pelea entre tordos y maricas, y aguardaron pacientemente el resultado sin percibir otra cosa que los lastimeros graznidos de los dos bandos contendientes. Pero al cabo comenzó á caer multitud de picazas y tordos atravesados por los picos enemigos, con gran admiración de los aldeanos, que llamaron á todos sus convecinos para perpetua memoria del prodigio.

El tercero sucedió casi por el mismo tiempo, y se le concedió no menos importancia. Cerca de Gibraltar vivía despreciado un hombre á quien la pobreza y los infortunios habían obligado á mezclarse con los conversos cordobeses, dueños á la sazón, como dije, de aquella ciudad. Recorría á me-

nudo las calles como un loco haciendo profecías, y como varias veces salieron ciertas, algunos le escuchaban atentamente. Un día excitó su curiosidad presagiando que dentro de tres aparecería un águila de descomunal tamaño, y después de estar revoloteando la mayor parte del día, se dejaría caer á plomo en Gibraltar, no opondría resistencia al que la cogiese y, enteramente domesticada y en completa libertad, se la vería andar entre las gentes. Algún crédito se le concedió recordando sus anteriores aciertos; pero lo estupendo de la profecía inspiraba no pocas dudas, y tuvo suspenso el juicio de las gentes hasta que á la primera luz del día se vió en las alturas al águila, que luego se precipitó sobre la torre del Espolón, bajó á los tejados, sin dar muestras de huir de las gentes que la presentaban comida; se aproximó á ellas, y durante treinta días permaneció en Gibraltar, dejándose tocar de todos.

El corregidor de la ciudad y alcaide de la fortaleza, Pedro de Córdoba, no cabía en sí de gozo, viendo en el prodigio augurio de prósperos sucesos; pero su alegría se trocó en hondo desaliento cuando, pasado aquel plazo, vió al águila volver de repente á su natural salvaje y remontarse de nuevo por los aires.

Casi en los mismos días, asistiendo á la misa mayor del domingo en la villa de Lepe Pedro de Estúñiga con algunos de los suyos, fueron testigos de un terrible portento. El sacerdote celebrante observó aterrorizado que le arrebataban de la mano derecha la hostia que acababa de consagrar, y no descubriendo al ladrón, ni pudiendo hallar la

sagrada forma, enloquecido y sin saber qué hacer, comunicó su espanto á los fieles, que, como él buscaron también en vano la causa.

Otro prodigio no menos triste y casi análogo había ocurrido antes en Almagro. Cuando el sacerdote se disponía á consumir la hostia, al aproximarla al cáliz para hacer las señales de la cruz, ya no pudo separarla de él y quedó firmemente unida, como vieron todos los presentes y los que después acudieron á contemplar el milagro.

Al ocupar el trono D. Enrique había ocurrido también otro prodigio semejante. Pero los que dejo referidos, ó sucedieron cuando el rey D. Alfonso se disponía á invadir ajenos territorios, ó poco después cuando toda España lo veía con espanto ó temblaba ante el ejército que atravesaba sus fronteras. Hizo su entrada D. Alfonso en Abril de 1475, sin que todavía nadie hubiera logrado persuadir á D. Fernando y á D.ª Isabel de la posibilidad del suceso.





CAPÍTULO III

Burlas y falacias empleadas por los Grandes.—Embajadas recibidas por los Reyes.—Marcha la Reina á Tordesillas y regresa á Valladolid.

Cuando ya hubieron de rendirse á la verdad del hecho, arrepentidos de su imprevisión, convocaron á aquellos magnates que pudieron reunir entre los que en los primeros días de su reinado habían prometido obediencia á la corona. Muchos fueron los que acudieron á Valladolid, y como la mayor parte no había temido prometer fidelidad, mejor dicho, perfidia, á uno y á otro partido, empezaron á burlarse de la presunción del rey de Portugal al intentar empresas superiores á sus facultades, todo á fin de encubrir las promesas antes hechas á D. Alfonso. No dejaba de serles sospechoso á los Reyes tal disimulo; pero la necesidad les compelía á disimular á su vez y á mostrar alegre semblante en presencia de los que en su interior condenaban.

Iba entretanto el portugués convirtiendo en realidad sus proyectos, al mismo tiempo que muchos de los Grandes traían engañado á D. Fernando con vanos pasatiempos para que no adoptase resolu-

ción alguna y para que, casi exclusivamente ocupado en juegos y distracciones, sin hablar de otra cosa que de las justas y torneos publicados, perdiese en aquellas futilidades el tiempo, consumiera el dinero que hubiese juntado, y luego, desprevenido para resistir, se viese, por la misma fuerza de las circunstancias, en la precisión de obedecer á los mismos que poco antes juraban en falso ejecutar sus órdenes. De este modo, contrariando alternativamente á uno y á otro Monarca, emplearon el perjurio y la perfidia, para que del común abatimiento del poder Real surgiese robusta la tiranía á que aspiraban.

Movidos los Grandes por tan perversos intentos, incitaron al joven Rey á pasatiempos juveniles. Señalóse un día para celebrar suntuosas justas en que cada campeón debía sacar la divisa que escogiese. Unos descubrían su secreto pensamiento presumiendo ocultarle; otros, por el contrario, insinuaban lo que más tarde pensaban realizar. El Rey, más formal que lo que sus años exigían, sacó por cimera un yunque (1), á fin de indicar á la multitud circunstante que no merecía censura su temporal tolerancia, pues si su ánimo estaba re-

---

(1) Véase el CANCIONERO GENERAL DE CASTILLO *(edición de los Bibliófilos madrileños*, pág. 569*)*, donde se lee: «Sacó el Rey, nuestro señor, en otras justas una yunque por cimera y dixo:

No me hace mudamiento
mal ni dolor que me hieran,
pues traigo en el pensamiento
la causa de mi cimera.»

(N. del Tr.)

presentado en el yunque era porque aguardaba ejecutar el papel del martillo.

No faltaron censores de aquellas mal intencionadas fiestas que condenaron las grandes sumas en tan fútiles cosas empleadas cuando amenazaba el azote de la guerra y harían falta para la soldada de las tropas. A todas estas ridículas invenciones de las justas puso término la noticia cierta de la repentina entrada del rey de Portugal que, abandonando la dirección hacia Andalucía, había ido á consultar al conde de Plasencia, y con arreglo á los planes portugueses, se disponía, ó á empeñar combate con el enemigo, ó á ponerle en fuga si se amilanaba. Decían ellos que su Rey estaba resuelto á no retroceder jamás ante ningún peligro, ley de suprema fortaleza á que le obligaba la Orden de la Jarretiera que impone á cuantos la reciben del rey de Inglaterra el deber de no cejar nunca en batallas ó en combates singulares.

El rodeo de los portugueses para encontrarse con el conde de Plasencia fué la salvación para la causa de D. Fernando, pues era seguro el desastre de haberse dirigido hacia Sevilla, plaza rodeada de enemigos é impotente para resistir el cerco. Tomada esta ciudad, por la vía de Carmona, Ecija y Córdoba, todas inclinadas al portugués, tenía éste franco el paso á las fronteras de Aragón; y si optaba por encaminarse hacia Toledo, ningún obstáculo podía hallar hasta los bosques de Segovia, porque D. Alfonso atravesaría territorios sujetos á los Grandes de su partido. Mas por complacer al de Plasencia, tomó otro rumbo, creyendo probable llegar así antes adonde D. Fer-

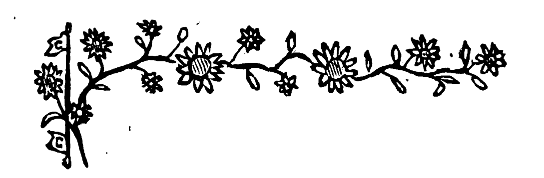
nando se hallaba enteramente desprevenido. No realizó, sin embargo, este plan con la necesaria celeridad, y se detuvo con el Duque el tiempo suficiente para proporcionar á su adversario cierto respiro y poder evitar el inminente desastre.

Su mujer, D.ª Isabel, marchó á Tordesillas y reforzó su guarnición, porque Toro estaba ocupada por Juan de Ulloa, hombre avieso, y aunque su posesión convenía mucho para el caso, y el alcaide de la fortaleza, Rodrigo de Ulloa, continuaba á su lado, las sospechas que así éste como su hermano Juan inspiraban disminuían mucho las esperanzas que el Rey pudiese fundar en aquella ciudad.

Después que la Reina dejó asegurada Tordesillas, el Rey, poniendo término á los frívolos pasatiempos de las justas dispuestas por los caballeros, recibió en Valladolid á los embajadores á un tiempo enviados por los reyes de Inglaterra y de Francia y por los duques de Bretaña y de Borgoña. Los franceses sólo pronunciaron frases envueltas en doblez y disimulo, más confiados en la astucia de los exploradores que en la probidad de los legados. Los demás, inspirados en verdaderos sentimientos de amistad, prometieron auxilio de tropas ó de dinero. Oídas las embajadas, D. Fernando encargó á los Grandes que alistasen sus respectivos escuadrones, y mientras ellos marcharon á sus tierras á cumplimentar la orden, los Reyes se detuvieron aún algunos días en Valladolid. Hacíaseles, sin embargo, enojosa tan prolongada inacción y deseaban mucho poder disponer para el pago de las tropas del tesoro reunido en el

Alcázar de Segovia y confiado á la guarda del alcaide Andrés de Cabrera, porque, de otra parte, escasa ó ninguna facilidad se veía para procurarse recursos. Pero para que no dudase de sus promesas hubieron de resignarse á confiar á su custodia á la Princesa, porque la mujer D.ª Beatriz de Bobadilla insistía mucho en que no se fiase de sólo palabras, sino que conservase como prenda el tesoro ó la niña.





CAPITULO IV

Desconfianza inspirada por el arzobispo de Toledo y tentativas para conciliarse su gracia.— Marcha la Reina á Toledo y regresa á Avila.

La coincidencia de enviar el marqués de Villena á D.ª Juana á Trujillo cuando el rey de Portugal preparaba su entrada por la frontera aumentó en el ánimo del rey don Fernando las sospechas acerca de los propósitos del Arzobispo, hasta entonces reducidas á enojo poco declarado, creyéndose que si salió de Segovia bastante resentido fué porque la Reina correspondió con escasa gratitud á sus continuados servicios, pues el mismo Prelado declaraba, y muchos de los oyentes lo creían, que jamás abandonaría el partido de D. Fernando, y si no le seguía con su celo acostumbrado debía achacarse ó á la considerable merma de sus recursos ó al impedimento de sus muchos años. Mas en cuanto se supo que la hija de la reina D.ª Juana había pasado el Tajo por el Puente del Arzobispo y que caminaba en perfecta seguridad por el apoyo de las guarniciones del Prelado, ya hubo que dar más crédito á los hechos que á las palabras, y se buscaron maneras de desagraviarle. Para este difícil cometido

eligieron los Reyes á Alonso de Quintanilla, excelente intermediario, siempre bien quisto del Arzobispo. Con blandas palabras procuró templar su enojo; pero él ni rechazaba abiertamente los ruegos del amigo, ni se afirmaba en los antiguos lazos sino que, ya negando, ya concediendo, le hacía poco caso, y á veces con ligeras seguridades le dejaba en la incertidumbre, viéndose precisado á apelar, ya á las peticiones, ya á las promesas, porque todavía los Reyes abrigaban algunas esperanzas de congraciarse con su antiguo amigo, mientras el Prelado, ocultando en lo profundo de su pecho la anhelada venganza, discurría medios para mantenerlos algún tanto engañados á fin de que no se previniesen á tiempo y la imprevisión originase el desastre.

Muy ajeno Alonso de Quintanilla de tales sospechas, aconsejó á la Reina el viaje á Alcalá de Henares, en consecuencia con el parecer de D. Fernando, convencido de la eficacia de la presencia de su mujer, porque, siendo contra ella el enojo del Arzobispo, seguramente al verla acudir en su busca y disculparse de lo hecho, su vano orgullo se desvanecería en el acto. Así se resolvió, é interrumpiendo todos los demás asuntos, emprendió la Reina su camino. Apenas había salido del palacio cuando se la ocurrió que debía anunciarse previamente su llegada para evitarse tal vez alguna grosera repulsa. La contestación no se hizo esperar. Decía en ella el Arzobispo que llegaba ya tarde el arrepentimiento en la Reina de las afrentosas ingratitudes con él cometidas; que bastaba ya que él no pidiese otra recompensa de sus innumerables ser-

vicios que el que se le dejase pasar lejos de los negocios mundanos los últimos días de su trabajada vejez, porque aunque quisiera de nuevo ocuparse en sus antiguos cuidados, ni sus años ni su pobreza le permitirían cumplir con lo que el Rey deseaba y las circunstancias exigían, pues la guerra que amenazaba requería persona más joven y más rica. Por todo lo cual rogaba y suplicaba encarecidamente á la Reina que no diera un paso más ni agravara la ofensa contra aquél, cuya amistad no supo conservar; bien entendido que si así no lo hacía, antes de llegar ella ya habría él abandonado su palacio y, huyendo de la ciudad, andaría errante por los caminos para esquivar la entrevista. La grosera terquedad del Prelado indignó de tal modo á la Reina que no quiso seguir su camino, y desde lo alto del monte, cerca de Buitrago, torció hacia Toledo, donde reclamaba su presencia el rumor cada vez más divulgado de las hostiles disposiciones del Arzobispo. Temíase, en efecto, que valiéndose de agentes turbulentos se apoderase de la ciudad que siente antes que ninguna los más ligeros trastornos ocurridos en el reino y como salamandra en el fuego, recoge en sí el pábulo de las rivalidades y no sabe vivir si no se alimenta con el veneno de las discordias. Inspiraba además sospechas porque dos magnates toledanos, á la sazón dueños de la ciudad y del Alcázar, eran muy amigos del Arzobispo. Uno de ellos, el conde de Cifuentes, era nieto de la hermana del Prelado, y el otro, Juan de Ribera, sobre ser decidido partidario del marqués de Villena, era conocido como activo instigador de los tumultos populares. Llegó, pues,

la Reina cuando empezaban á excitar á la ciudad á novedades los primeros rumores de la entrada en estos reinos de D. Alfonso de Portugal. Su repentina llegada ahogó los rebeldes movimientos de la gente y detuvo los planes de los dos Grandes citados, si por caso algo maquinaban, lo cual no consta con certeza respecto al Conde, aunque del mariscal Juan de Ribera sí parece saberse que no observó mucha lealtad. Aparentó, sin embargo, rendido acatamiento hacia la Reina, empleando esta astucia, á lo que se cree, para mantenerse dentro de los muros; pero ella con mayor previsión se llevó consigo al salir al conde de Cifuentes con algunas tropas y á su tío Juan de Ribera le obligó á permanecer fuera de las puertas. Luego puso en ellas nuevos retenes, así como en el Alcázar, y en las torres del puente de Alcántara y de la catedral; al frente de los ciudadanos y de la plebe, siempre favorable á los regios cónyuges, colocó personas de reconocida probidad, excluyendo á los que conocía como adictos al Arzobispo, y extirpó los demás gérmenes sospechosos para que las novedades no causasen escándalo en el ánimo de los habitantes, dejando con esta previsión asegurada la ciudad de traiciones.

En Madrid no pudo reducir á los moradores á la entrega de la villa, porque la guarnición puesta por el marqués de Villena en el Alcázar les infundía respeto, y el alcaide de la fortaleza Rodrigo de Castañeda, hermano del conde de Cifuentes, imponía duros castigos á los sospechosos de inclinación al partido de la Reina. Cuando ya se fué extendiendo el rumor de que el rey de Portugal se dis-

ponía á pasar la frontera con numerosa hueste para aterrorizar de improviso al rey D. Fernando, aquel joven malvado y arrebatadamente cruel para los vecinos de buenos sentimientos, se desató en denuestos contra la Reina, descubriendo el virulento rencor que en su corazón abrigaba.

El 28 de Mayo marchó la Reina á Avila, más aceleradamente de lo que su reciente embarazo exigía, pues se dice haber abortado, con gran sentimiento de los cónyuges, que deseaban sucesión masculina. A los dos días se puso en camino para Tordesillas.





CAPÍTULO V

Gestiones de los embajadores del conde de Plasencia y del marqués de Villena mientras éstos recorrían las provincias de Portugal y de Andalucía.—Respuestas que se les dieron.—Matrimonio frustrado.

En tanto el rey D. Alfonso, después de entrar en Plasencia, oyó complacido á los embajadores de los Grandes favorables á su causa, y sobre todo al enviado por el Arzobispo de Toledo, cierto familiar suyo, llamado Salazar, elegido por Alarcón entre sus más adictos, para que, en unión con sus dos compañeros, los agentes del conde de Plasencia y del marqués de Villena, tratasen de averiguar cuál de los Grandes andaluces era más inclinado á promover novedades, porque del duque de Medina Sidonia no se tenía claro concepto. Como si ya todo hubiera tenido el éxito deseado, estos tres, más bien engañados que engañadores, marcharon á Sevilla, y en secreta habla con el Duque trataron de ganarse al desprevenido joven asegurándole del indudable triunfo del rey de Portugal. Ciertamente le hubiera obtenido si en vez de dirigirse á Plasencia hubiese

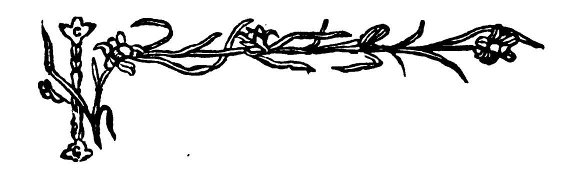
tomado el camino de Andalucía; pero cuando los tres agentes llegaron á Sevilla ya se había borrado del ánimo de sus habitantes y del de los demás andaluces la excitación producida por la incertidumbre acerca de los propósitos del rey D. Alfonso, de modo que encontraron libres de miedo á los que al principio amilanó el terror, y humillados á los que una ilusoria esperanza había llenado de orgullo.

Uno de los agentes, Salazar, en otro tiempo muy amigo mío, vino á verme y quiso darme cartas del Arzobispo, previa explicación de su contexto, según encargo recibido del Prelado. Como sus intenciones me eran conocidas, ni quise recibir las cartas ni oir explicaciones, y me desaté en invectivas contra el cambio de opinión del Toledano, con que empañaba tan constantes y loables servicios. Viéndose rechazado, Salazar quiso decidir al Duque en favor de la causa del rey de Portugal, ya que, según decía, la del rey D. Fernando estaba perdida; pero viendo ineficaces sus persuasiones, marchó á Alcalá de Guadaira, adonde, durante su estancia en Sevilla, habían llegado sus dos compañeros con encargo de hablar al marqués de Cádiz. De éste, dueño á la sazón de Jerez, se dice que lograron satisfactoria respuesta, así como de Luis Portocarrero, partidario de D. Alfonso de Aguilar y de éste mismo, Señor de Córdoba, todos los cuales aplazaron más patente demostración de sus propósitos, creyendo bastante por el momento emplear astutas artes en favor de la causa portuguesa, mientras su Rey, alejándose de Andalucía, trataba de penetrar en Castilla. La respuesta del

duque D. Enrique fué tan ambigua, que no dió prenda segura de amigo ni de enemigo. Recorrieron luego aquellos tres ministros de corrupción el territorio de Toledo, tratando de inficionar con farsas é imposturas los ánimos de los naturales, que no dudaban ganarse, bien por favor, bien por el terror de la inesperada invasión de los reinos por tan gran ejército á las órdenes de un Rey tan poderoso. Confiaban, sobre todo, en el prestigio del Arzobispo, en otro tiempo tan amigo de la verdad como diligente ahora por envolver en sus engaños á la nobleza y al pueblo.

No trabajaba con menos empeño el marqués de Villena en afirmar las bases de la empresa que meditaba, pues antes de desprenderse de la tutela de la doncella, prenda de las futuras primicias del honor, se propuso atribuirse la honra principal. Para esto obtuvo el consentimiento de D. Alfonso, eficaz, según éste creía, para asentar el matrimonio sobre válidos cimientos, y con ello asegurarse el título de rey de Castilla. Persuadido por el joven Marqués, accedió á lo que tan mal cuadraba con la dignidad de un soberano, y envió con plenos poderes á cierto barón Biltri, de su intimidad, para que en su nombre diese su aprobación á las ceremonias de los esponsales. Así que con sólo el nombre de promesa, y sin contar con la dispensa no concedida aún por el Papa, se llamó esposo de la doncella, y por el derecho que esto le concedía, se tituló también rey de Castilla y de León. Después de esta comedia representada en Trujillo el 1.º de Mayo entre los aplausos de las gentes y gran vocerío de heraldos y pregoneros, se asignó esposo

á la doncella y se la llamó esposa del rey Alfonso, á la sazón en camino de Plasencia; se levantaron pendones y se enarbolaron en lo alto de las torres de la fortaleza, como si aquellos espectáculos sancionasen la posesión del cetro y el asentimiento unánime de todos los españoles. Así el conde de Plasencia como su mujer D.ª Leonor Pimentel, activa promovedora de estas novedades, hubiesen querido ser únicos en recoger su fruto; pero el marqués de Villena, dueño de aquella prenda que le dejó el Maestre su padre, manifestaba iguales pretensiones. Comenzó, por tanto, á disputarse la posesión de la funesta doncella y á reclamarse con instancia cuando, llegado D. Alfonso á Plasencia, fué forzoso llevarla allá desde Trujillo, que sólo á este precio confiaba el Rey en la lealtad de la hospitalidad del Conde. Tampoco por otro medio podían acallarse entre sus Grandes y sus caballeros rivalidades hostiles á los castellanos, porque ni los portugueses reprimían sus ofensivas fanfarronadas, ni los castellanos podían tolerar las afrentas, de modo que, alternativamente ofendida ú ofensora, una y otra gente á duras penas contenía sus antipatías y su deseo de venir á las manos. En cuanto llegó la desposada, falsa heredera de estos reinos, se resolvió marchar apresuradamente á Castilla en busca de oportunidad para empezar la guerra.



CAPITULO VI

Empeñada lucha por la posesión de Alcaraz.—Rendición de su alcázar, primer revés del de Villena.

YA á las primeras noticias de los planes fraguados por el rey D. Alfonso temieron los moradores de Alcaraz que, de continuar el marqués de Villena en pacífica posesión del poderío heredado del Maestre su padre, jamás podrían sacudir su tiranía, así que acogieron con amarga pena las victorias del portugués. Dos de ellos, amantes de su libertad, visitaron secretamente á los reyes D. Fernando y D.ª Isabel, y en nombre de sus convecinos les expusieron sus vivos deseos de sacudir el yugo de los tiranos, y una vez libres, ofrecérseles por leales súbditos, para lograr lo cual les bastaría tener al Rey propicio. Suplicáronle, por tanto, encarecidamente que se dignase prometerles su ayuda, pues esta sola promesa les infundiría alientos para tomar las armas contra el tirano. Escucharon los Reyes complacidos los deseos de los de Alcaraz, y D. Fernando les respondió que él y su mujer veían con entusiasmo el valor de aquellos buenos ciudadanos prontos á arrostrar los peligros por la liber-

tad y por la fidelidad á la corona; pero que había que proceder con cautela para evitar el daño de una audacia intempestiva, como ya lo habían experimentado ellos mismos en otro tiempo cuando, fiados en las fuerzas auxiliares de D. Pedro Manrique, hijo del Conde de Paredes, tomaron las armas contra el maestre Pacheco. En caso que contaran con fuerzas bastantes para defender regularmente las murallas, les prometió enviarles socorro de allí á un mes, luego que él tuviera seguridad en la empresa acometida, y aunque por lo crítico de las circunstancias, por la distancia de los lugares y por las dificultades que le rodeaban él no podría ponerse á la cabeza de las tropas, les enviaría 300 caballos al mando de un esforzado caudillo que les ayudase á conquistar la anhelada libertad. Comunicaron los comisionados á sus convecinos las buenas disposiciones de los Reyes, é inmediatamente se dispusieron á sacudir el tiránico yugo, cada día más insoportable, pues el Alcaide de la fortaleza, irritado con la nueva agitación de los habitantes, en cuanto los delatores le señalaban á alguno como sospechoso, empleaba para aterrarlos diversidad de tormentos. Pero á medida que él extremaba sus crueldades reconcentraban ellos más su odio, hasta que al cabo le hicieron estallar de repente con redoblada furia, arremetiendo locos de ira contra los antiguos opresores, los satélites del Alcaide, degollando á unos y forzando con irresistible empuje á otros á buscar refugio en el Alcázar. En breve espacio los redujeron á encerrarse en el más estrecho recinto, y ya, libre completamente la ciudad de

aquellos sicarios, todas las calles quedaron en poder de los vecinos. En tal aprieto, el Alcaide avisó al Marqués la defección y su peligro y le suplicó le enviase oportuno socorro. Por su parte los de la villa buscaron el auxilio más cercano del maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique, dueño á la sazón de Ciudad Real, á causa de los siguientes hechos. Los moradores que tiempo atrás habían perseguido repetidas veces á los conversos de la ciudad, acabando por saquearles sus casas y dar muerte á muchos, habían logrado rechazar al maestre de Calatrava D. Rodrigo Girón, que acudió en favor de los expulsados é intentó por fuerza de armas reinstalarlos en sus moradas. Mas para tener á raya en adelante los ataques del poderoso joven á quien obedecían todas las villas limítrofes, llamaron en su auxilio al egregio caudillo D. Rodrigo Manrique, garantía cierta de la seguridad de la población.

También pidieron su ayuda, como arriba dije, los de Alcaraz para acudir al grave riesgo que les amenazaba; pero envuelto entonces en varias contiendas por la posesión del Maestrazgo y por la defensa de la villa, mostrábase más remiso de lo que la urgente necesidad de los de Alcaraz exigía; por lo cual acudieron de nuevo en su angustia á D. Fernando en demanda de inmediato socorro. Cumplió el Rey sus promesas disponiéndose sin demora á enviársele, y concedió capital importancia á la empresa, por considerarla ocasión para que sobre la parte á quien entonces favoreciese la fortuna recayese la gloria total de la guerra. A todas las demás urgencias que por todas partes le

cercaban antepuso ésta, viendo que los Grandes contrarios á su causa, todos á una, se disponían á esta expedición, pues en cuanto supieron la defección de los de Alcaraz enviaron al Marqués tropas para defensa de la fortaleza. Difícilmente, en efecto, hubiera podido sostenerse mucho tiempo en ella el Alcaide si, cercándola con foso y trincheras, se le cortaban los víveres y refuerzos para la guarnición, porque la ciudad, bien protegida por su posición y defensas, no ofrecía por ninguna parte otro punto de ataque que el Alcázar, y á su alcaide no le quedaba esperanza de salvación en caso que los de la villa, rodeándolo con foso, y con el apoyo de tropas auxiliares, persistiesen en la empresa acometida. Por eso mientras el Marqués pidió á sus amigos el mayor auxilio posible, el rey D. Fernando, con no menor diligencia, envió al obispo de Avila D. Alfonso de Fonseca con 300 caballos para que cuanto antes socorriese á los valientes ciudadanos. El largo camino que tenían que recorrer brindaba oportunidad al Marqués para intentar cerrarle el paso; pero antes que sus tropas pudiesen acudir en número suficiente desde Ocaña, ya el Obispo, atravesando el Tajo por el puente de Toledo, salvando también los montes de más allá y sin tener ya nada que temer por el frente ni esperar por retaguardia la venida de más numerosos enemigos, se dirigió á Alcaraz sin haber desordenado nunca su escuadrón, porque sabía que la caballería enemiga que tras él marchaba tenía puesta toda su esperanza en las celadas, y como pasado ya el Tajo y salvados los montes resultaron in-

útiles, el Obispo continuó su camino con seguridad completa y el enemigo volvió á encerrarse en Ocaña. Sabida la llegada de Fonseca, el maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique consideró desgracia suya el que, á pesar de hallarse durante tanto tiempo tan próximo, hubiese tardado en socorrer á sus amigos de Alcaraz, mientras el Obispo había acudido oportunamente desde tan lejos, y poseído de noble emulación, se dirigió á la villa con 300 lanzas y otros tantos infantes.

No es fácil describir la alegría con que los habitantes vieron amanecer aquel día, contemplando ya entre ellos al protector tan deseado, aumentada luego con la venida del Maestre. Libres ya de toda zozobra, y siguiendo las órdenes de éste, rodearon con foso el perímetro; reforzaron la empalizada con estacas; dejaron las aldeas vecinas despojadas de todos los víveres; los llevaron á la ciudad para que al llegar el enemigo no pudiera permanecer en los alrededores, y se adelantaron á ocupar y guarnecer con alguna gente ciertos puestos adecuados para defensas de la población.

Mientras el Maestre, el Obispo y los vigilantísimos ciudadanos se ocupaban en estas y otras atenciones análogas, el Marqués, á quien no se ocultaba el gran peligro con que amenazaba al marquesado y al resto de su señorío aquella defección, reunió tropas auxiliares de los más apartados puntos de Castilla y Portugal, fijó día á sus amigos más próximos para que acudiesen á una con caballería é infantería, y avisó á los de los más remotos puntos de Andalucía, como las gentes del marqués de Cádiz, y las de Carmona, Osuna, Mo-

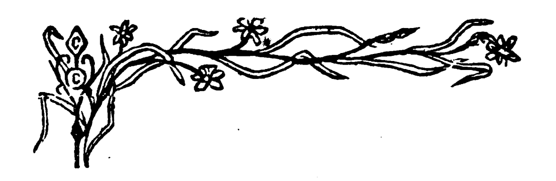
rón y Ecija, para que se presentasen á tiempo. El conde de Plasencia envió buen número de lanzas; el marqués de Cádiz y los demás caballeros andaluces prestaron no menos diligente auxilio, y se juntó un ejército más numeroso de lo que se pensaba, pues el maestre de Calatrava y el conde de Urueña, primos del Marqués, reunieron buen golpe de gente, que hubiera sido mayor sin las novedades que á poco de la muerte del rey don Enrique le sorprendieron, porque el Comendador mayor de aquella Orden, Fernando Ramírez de Guzmán, enemigo del Maestre, había puesto cerco á Belmez, villa muy fuerte por su posición; el clavero García de Padilla había ocupado las minas de azogue, tesoro escondido en Almadén, y los vecinos de Ciudad Real, como digo, le eran también hostiles. Á nada de esto se atribuyó, sin embargo, importancia tan capital como á la defección de Alcaraz, así que el maestre de Santiago pidió á sus amigos rápido y numeroso contingente; su yerno, el Adelantado de Murcia, Pedro Fajardo, acudió con 400 lanzas y escogida infantería; D. Pedro Manrique, hijo del Maestre, trajo fuertes escuadrones, y sus amigos de Andalucía se esforzaron por resistir á las tropas del marqués de Villena y de sus secuaces. Eran, sin embargo, inferiores en número los auxiliares de los de Alcaraz; pero superaron á sus enemigos en valor y en fortuna, hasta el punto de que los 2.000 caballos y la numerosa infantería del Marqués, no sólo temieron atravesar la colina dominada por el Alcázar, sino que todavía lejos de la ciudad, se acobardaron al ver cuán rápidamente se dis-

ponía el Maestre á empeñar con ellos campal batalla.

Lo escogido de la hueste que á las órdenes de tan esforzado caudillo compensaba su inferioridad numérica con su excelente disciplina militar, infundía gran terror en las filas contrarias. No llegaban á 1.300 las lanzas del Maestre; pero entre el peonaje iban valientes veteranos de Murcia y Lorca, con los que se resistieron hasta el último trance á medir sus fuerzas la mayor parte de los del Marqués, en quienes aumentaba el desaliento el rumor de que no debía pelearse en campo abierto con gente tan aguerrida mandada por capitán tan arrojado y con la desventaja para el enemigo de la diversidad de pareceres entre sus numerosos caudillos. Decayó, por tanto, la vana resolución del Marqués; rehusó el combate el numeroso ejército, y volvió sobre sus pasos. A poco se supo el descalabro experimentado por algunos hombres de armas del Arzobispo de Toledo sorprendidos en el camino por unos cuantos del partido de don Fernando. El alcaide de la fortaleza de Alcaraz pactó la entrega con los vecinos, que arrasaron aquel fortísimo baluarte, causando grave quebranto al poder del joven Marqués. De los 80 caballos que su amigo el marqués de Cádiz le había enviado, 30 fueron también sorprendidos en el camino por el enemigo. Por todas partes se mostraba adversa la fortuna á los del rey D. Alfonso, infundiéndoles estos tristes augurios tan gran desaliento para los futuros combates, como alegría á los pueblos que, al celebrar el triunfo, proclamaban que en la empresa de Alcaraz se

cifraba toda la importancia de las cosas, porque había servido desde luego para descubrir las intenciones de los Grandes inclinados secretamente á este ó al otro partido, y que lo disimulaban en su semblante ó lo mantenían oculto.





CAPÍTULO VII

Procedimientos del marqués de Villena.—Resoluciones adoptadas en Plasencia.— Marcha del rey de Portugal.

Ya por ambas partes se atendía más descubiertamente ó á atacar al contrario ó á rechazar los peligros con que amenazaba. El anuncio de la llegada del rey de Portugal, á quien por aquellos días, como dije, se esperaba en Plasencia, fué para el marqués de Villena un falso consuelo. Frustrada esta esperanza, hacíale llevar con menos enojo el descalabro sufrido la seguridad de que el triunfo futuro le indemnizaría del daño presente. Procedió, por consiguiente, con menos actividad en el arreglo de sus asuntos, reservando toda su atención para lo que él consideraba el principal, la defensa del Marquesado, y ésta la creía asegurada con sólo tener guarnecidas las muchas fortalezas y suficientes las lanzas dejadas en Ocaña al mando de Gonzalo de Villafuerte para conservar la provincia del maestrazgo de Santiago cercana á Uclés. Asimismo supuso á su primo el maestre de Calatrava sobrado poderoso para tener á raya á D. Rodrigo

Manrique, más temible desde que se le reunieron los 200 caballos venidos á Ciudad Real desde Andalucía á las órdenes del conde de Cabra D. Diego de Córdoba. Intentaba éste llegar con su gente adonde el rey D. Fernando estaba; pero el Maestre logró detenerle con sus ruegos y le persuadió fácilmente de la mayor ventaja en permanecer allí que en atravesar el Tajo y el Guadiana con la caballería, á la que su pobreza le permitiría dar muy escaso estipendio, no pudiendo tampoco exigirse del rey D. Fernando. No se contentó el prudentísimo Maestre con las súplicas y persuasiones, sino que su gran diligencia aprovechó una corta parada del Conde para que detuviese su marcha el contenido de las cartas del rey D. Fernando en que le aseguraba su entera conformidad con el parecer del maestre de Santiago, resuelto á destruir juntamente al maestre Girón y al marqués de Villena. Los intentos fueron secundados por la compañía del Conde, y por el parecer concorde del comendador Fernando Ramírez de Guzmán y de García de Padilla, Clavero de Calatrava. Estos en otro tiempo, y contra su voluntad, habían aceptado por Maestre de la Orden al mancebo espúreo Rodrigo Girón, cuando el poder de Pacheco era formidable, é imposible oponerse á tantos Comendadores obedientes á su voluntad. Pero muerto éste, al punto Ramírez de Guzmán, como dije, cercó á Belmez, y Padilla intentó apoderarse de Almadén. El ataque de aquella fortaleza exigía largo tiempo, y su rendición parecía poder conseguirse más bien con el prolongado asedio que con los recursos del ataque. Cayó Al-

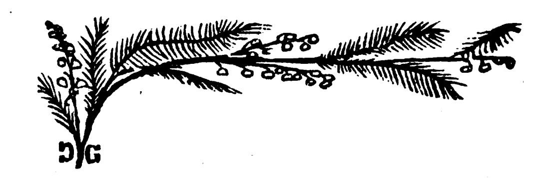
madén en poder del Clavero, pero luego Gonzalo de Mejía, con más gente, le arrojó de la villa y le puso en fuga, despojando de las armas á sus soldados. Por esto Padilla y Ramírez de Guzmán acordaron reunir sus tropas á las del maestre Manrique y del conde de Cabra, á la sazón alojados en Ciudad Real, á fin de proceder de completo acuerdo, ya que era unánime el propósito de combatir al Maestre de Calatrava y tomar las villas del Maestrazgo, especialmente Almagro, donde iba enviando todas las tropas que podía recoger. En tanto él, en Ocaña, disponía otros refuerzos, ya de sus fortalezas, ya de su primo el Marqués, siguiendo ciegamente el parecer de su tío el Arzobispo, en cuyas manos habían puesto ambos jóvenes sus personas y todos sus asuntos, y á su vez, el Prelado, entera confianza en el poder irresistible de los dos Grandes mientras él les favoreciese. No consideraba bastante la diversa condición de los tiempos, pues si es verdad que de haber seguido los tres al rey D. Fernando con razón hubieran podido considerarse superiores á todos los Grandes del reino, en cambio eran impotentes contra él por tener de su parte las fuerzas populares, y regular número de nobles, poseídos todos de tal odio hacia el enemigo que difícilmente encontraba tropas para guarnecer sus castillos, más dispuesto á acoger gozoso el triunfo del rey de Portugal que á rechazar las fuerzas contrarias.

A principios de Junio entró en Plasencia D. Alfonso, vió la constante enemiga de la gente castellana contra los portugueses, y con exquisitos mo-

dos, ya aparentando bondad, ya con profusas prodigalidades, trató de ganarse el ánimo de los desavenidos, olvidando el fracaso seguro de quien se empeña en ir contra la naturaleza; pero como la mayor parte del tiempo se empleaba allí en arreglar altercados entre las dos naciones y en apaciguar tumultos, el Rey, por consejo del de Plasencia, dispuso la marcha hacia Arévalo, impulsado por las noticias de grandes alteraciones ocurridas especialmente en Burgos, de cuyo buen éxito parecía depender todo. Bastante le extrañó el número de los castellanos, tan reducido para los que se había figurado que acudirían al punto; mas no por eso desistió de su propósito, y ya en camino de Plasencia su sobrina, ó sea su futura esposa, tuvo algunas hablas con los Grandes sus amigos acerca del plan concebido. En seguida salió al encuentro de la doncella, aclamada como Reina de León y Castilla por los residentes en la ciudad y acogida con grande aplauso y regocijo por los portugueses. El semblante de los vecinos reflejaba sin embargo abatimiento, y tácitamente acusaban al conde de Plasencia de haber perdido su antigua valía é incurrido en la nota de desleal por dejarse engañar de los halagos de su mujer D.ª Leonor Pimentel. A ésta la imputaban horrendos crímenes, y recordando la caída de nuestro primer padre, funesta para todo el género humano, decían que del mismo modo, por la maldad de aquella mujer, todo caminaría á completa ruina. Execraban la liviandad de la reina D.ª Juana y advertían que mujeres habían sido siempre causa de la perdición de España, pues la doncella, su

hija, era también centella de un vasto incendio, salida de un seno infeliz, á la que primero había dado pábulo el perverso Pacheco y fomento después la perfidia de los Grandes, para al cabo, como originaria de Portugal, propagar por este reino las llamas que habían de destruirle. Cundían también los presagios de futuras calamidades, trayendo á la memoria la infamia en que voluntariamente había incurrido el rey D. Enrique, y de que nunca pareció haber mostrado bastante arrepentimiento, al consentir que su falsa cónyuge se entregase á otros hombres, y achacar á su desgracia el que algunas veces le diese de palos Pedro de Castilla, harto de sufrir la incontinencia de la manceba, sin que al morir se hubiera avergonzado tampoco de suministrar futura ocasión de crueles calamidades. Finalmente, causaba suma extrañeza el proceder del rey de Portugal que pretendía casarse con la hija de su hermana; pero manteniendo á ésta lejos de sí, y mientras reprobaba la conducta de la madre, ensalzaba las dotes de la hija, sin que al entrar en Castilla hiciese otra cosa por el honor de la hermana que el dejarla trasladarse desde la fortaleza de Escalona á Madrid, porque si hubiera tenido interés en visitarla, indudablemente, por consideración á D. Alfonso, el marqués de Villena la hubiese dejado acompañar á su hija.

Pero volvamos á los cuidados que agitaban al rey D. Fernando.



CAPÍTULO VIII

Disposiciones del rey D. Fernando para estorbar al enemigo la entrada en Salamanca, Zamora y Toro.—Intentos de los portugueses.

POR las malas artes de los Grandes, según dije, D. Fernando y D.ª Isabel se detuvieron mucho en Valladolid, con grave perjuicio, pasando el tiempo inútil é imprudentemente, y muy en daño suyo si el enemigo á su vez y con igual desidia no hubiese consumido muchos días en infructuosas consultas. Uno de los partidos tardó mucho en dar crédito á los rumores de la llegada de los portugueses; el otro creyó poder hacer cuanto se le antojara. Cuando D. Fernando supo que el enemigo había entrado por fin en Plasencia con grandes fuerzas, mientras doña Isabel visitaba las provincias de Castilla la Nueva, marchó el 28 de Mayo á Salamanca, donde muchos de los principales caballeros eran sospechosos de parcialidad por el conde de Plasencia ó de obediencia al licenciado de Ciudad Rodrigo Antón Núñez, siempre en favor del bando de los Tomasinos, á causa de su enlace con la hija de un caballero salmantino de la familia de los Harautes (?), por lo

cual se creía que uno de los bandos de caballeros y populares seguiría al Licenciado, y en el otro se recelaba que varios se inclinarían al de Plasencia. Quedaban algunos de los principales de la ciudad, muy adictos al duque de Alba D. García Alvarez de Toledo, de quienes, así como de éste, no se dudaba que secundarían á D. Fernando, y aunque en su conducta el Duque se mostraba tiránico y su excesiva ambición le llevaba á inclinarse ya á uno ya á otro partido, se le creía algo más afecto al rey D. Fernando porque la Duquesa era su tía materna y se gloriaba de haber dado á luz hijos unidos al Rey por estrecho parentesco. Procuró, pues, el de Alba distinguir á aquellos caballeros más principales contrarios á los inclinados al portugués, porque el pueblo entero aborrecía este nombre. A la llegada del rey D. Fernando con un puñado de caballos se concedió por todos gran importancia, y ya enterados de la marcha de los asuntos del reino, se sometieron á su obediencia, se apoderaron de los bienes de los que seguían al lusitano, y hubieran arrasado las casas del perverso licenciado de Ciudad Rodrigo, fiel secuaz de Pacheco, á no haberse opuesto el Rey, dolido de que se demoliese tan hermosa fábrica.

Desde Salamanca pasó á Zamora, ciudad fronteriza de Portugal, cuya situación y obras de defensa la hacían casi inexpugnable. Tenía el alcázar Alfonso de Valencia, primo hermano del marqués de Villena, y ya por este parentesco, ya por la mala fama que le daba su obediencia al perverso cantor de la catedral, tío suyo, se había hecho sospechoso á D. Fernando. Creyó, sin em-

bargo, atraerle á su partido, bien con blandas razones y grandes promesas, bien con el recuerdo de la generosidad demostrada por D.ª Isabel en favor de la hermana del alcaide, D.ª Juana de Valencia, casada con Pedro Hurtado de Mendoza, hermano del Cardenal, que igualmente trabajaba por ganarle para la causa del Rey. También inspiraba sospechas Juan de Porres, caballero muy principal de Zamora, carácter turbulento; en otro tiempo agente de Pacheco y del rey D. Enrique; contaminado de la antigua corrupción y ansioso de novedades, especialmente de las que le facilitasen dominar en la ciudad, antes á devoción del conde de Alba de Liste, D. Enrique Enríquez, tío del rey D. Fernando y enemigo de la familia Valencia por causa de la alcaidía del fortísimo castillo, y del alcaide Juan de Porres por sus diferentes opiniones. El Rey, sin embargo, pensó que con su amabilidad y promesas, y con la obligación del juramento militar, podría desvanecer todas las sospechas, y además confió la guarda del puente sobre el Duero á Francisco de Valdés, uno de sus criados y sobrino de Juan de Porres, cuyo parentesco le pareció garantía de la fidelidad del último. Hecho esto, y asegurado en cuanto á las novedades de Zamora, trató de poner á cubierto á Toro, distante de Zamora 45.000 pasos, y ocupada, á excepción de la fortaleza, por Juan de Ulloa, hombre infame, sin religión alguna, desprovisto de toda humanidad, cruel hasta lo inverosímil, porque por la más ligera sospecha hacía estrangular hasta á inocentes parientes suyos; mandaba arrasar las casas de los principales caba-

lleros para aniquilar á la nobleza y oprimir más á mansalva al pueblo, y se valía de desalmados satélites que no conocían la piedad para la perpetración de otras muchas enormidades. La circunstancia de ser el alcaide de la fortaleza Rodrigo de Ulloa, hermano de aquel monstruo, hizo esperar á D. Fernando que podría atraérsele por medio de hablas familiares, al menos para que por algún tiempo dejase de hacer daño y no se pasara á los portugueses; pero el malvado le engañó con blandas respuestas, mientras se iba acercando el rey de Portugal, con quien ya tenía ajustado pacto secreto, muy conforme con sus aviesas intenciones, encaminadas á oprimir con perpetua tiranía á la patria, desamparada de los esforzados varones arrebatados por la muerte ó viviendo en el destierro. Persuadido D. Fernando de que nada tenía ya que temer en la ciudad por ofrecer suficiente seguridad la guarnición de la fortaleza, que podría reforzar oportunamente cuando quisiese, se dejó engañar de buen grado por las razones de los amigos de Porres, como si prestase fe á un desleal. Asimismo le engañaron los que negaban que pudiese quedar cercada la guarnición de la fortaleza cuando necesitase socorro, y como si ya no le inspirase el menor recelo la defensa de Toro, se consagró á otros asuntos, en su entender más importantes, y para madurar sus planes marchó á Valladolid, adonde también se dirigió la Reina, de regreso de Avila, á fin de tratar juntos de reunir ejército contra el enemigo.



CAPÍTULO IX

Expediciones de los Sevillanos.—Toma de Nodar. Varios encuentros de los portugueses.

La noticia de haber pasado el Tajo el rey de Portugal, alejándose de los antiguos confines de Sevilla, disipó en gran manera los temores de sus habitantes. Si atravesando el Guadiana se hubiera dirigido á aquella ciudad, muy fácilmente se habría enseñoreado de la mayor parte del reino, pues en Jerez, Carmona, Ecija y Córdoba y otras muchas dominaba su partido, y como ella era la única entre las de Andalucía que le era contraria, por su misma grandeza era indudable que podría antes ser reducida, y verse precisada, por los muchos apuros que la rodeaban, á pasarse á D. Alfonso ó á sus secuaces con sólo que el enemigo desplegase sus numerosas fuerzas ante la vista de los atemorizados moradores. Libres ya de temor, en cuanto el rey don Fernando, á quien respetaban mucho, les ordenó por sus cartas romper la guerra contra Portugal, convirtieron el terror en audacia, y al punto marcharon en bandas á recoger botín en la frontera enemiga, aprovechando el descuido de D. Alfonso,

que por excesiva esperanza en la rápidísima ocupación del reino nada había previsto contra las entradas del enemigo en el suyo. Una vana conjetura, enteramente opuesta á las prácticas de guerra, le había infundido engañosa confianza, pues sabiendo que las villas de su territorio cercadas de murallas estaban más seguras que las desmanteladas próximas al de Sevilla, las había dejado mal presidiadas, creyendo á los sevillanos muy ajenos de pensar en romper la guerra. Y sucedió muy al contrario; que inmediatamente se prepararon á acometer á los desprevenidos, y como conocían la apatía del duque D. Enrique y su carácter indeciso, algunos jóvenes resueltos, tan ansiosos de gloria como de botín, tomaron las armas, y sin elegir caudillo y sin hallar fuerzas portuguesas que se lo impidiesen, se entregaron al robo de ganados.

Quiso la suerte que un escuadrón de estos nobles jóvenes encontrase á ciertos compañeros que andaban buscando medios para apoderarse del castillo de Nodar, y considerándose muy pocos para tal empresa, declararon que juntos realizarían facilísimamente lo que para ellos solos era muy difícil. Con esto los animaron á acometer todos á los desprevenidos enemigos á favor de las tinieblas de la noche. Tuvieron además la ventaja de que los escasos portugueses de la guardia abandonaban diariamente por la noche el muro que ceñía la torre del homenaje y se recogían en ella, á pesar de creer que la combatirían grandes fuerzas ó sufriría durante largo tiempo el embate de la artillería. Penetraron en el primer paso estrecho sin encontrar la menor resistencia, y hallando mu-

chos maderos fuera de la torre, los aplicaron á las puertas, los prendieron fuego y, á favor del incendio, buscaron la entrada. Al principio los guardias que primero se habían apercibido de las tentativas del enemigo creyeron dominar el peligro dando voces desde las defensas interiores; pero cuando se vieron sofocados por el humo de las puertas quemadas, no tuvieron más remedio que bajar á pelear con los invasores entre las llamas del incendio, el humo que les ahogaba, el terror de la repentina acometida y los tiros de los arrojados jóvenes empeñados en subir por la estrecha escalera de piedra. A los seis adalides que salieron juntos de Sevilla al frente de 30 caballos, Gómez de Sotomayor, Peón, Francisco de Gallegos, Zerezo y Melchor Maldonado (1) se les reunió en el camino Alfonso de Jerez, gobernador de Encinasola, capitán animoso y muy ducho en estas empresas. Todos ellos á porfía se esforzaron por merecer los primeros lauros, y el 6 de Junio de 1475 se hicieron dueños de Nodar, después de coger prisioneros á los guardianes que en lo alto de la torre, medio muertos de cansancio y asfixiados por el humo, trataban en vano de escapar de sus manos.

Esta hazaña fué tan perjudicial para los portugueses como ventajosa para los sevillanos, como que hizo seguras á muchas villas frecuente-

---

(1) La *Crónica castellana*, fol. 96, cita al margen á Diego de Abreu, Pedro de Esquivel y Juan de Peón ó León, aunque al fin del libro XXVI, capitulo II, vuelve á llamarle Peón.

mente molestadas por los primeros en tiempo de D. Juan I, y en cambio en aquellos días tuvieron que sufrir diarias estorsiones cuatro ó cinco de las de Portugal. Por esta razón, inmediatamente después de la pérdida de Nodar, las guarniciones que en Mora, Morón y Moncaraz habían quedado encomendadas al Almirante portugués..... (1) empezaron á custodiar las villas que el rey D. Alfonso al partir dejó mal presidiadas en la confianza de que los sevillanos no se atreverían á romper las hostilidades y, perdurando en sus ánimos el terror tiempo antes concebido, permanecerían tímidamente encerrados en sus tierras. Engañáronle sus cálculos, porque con el tiempo cambió la fortuna, y los de Sevilla causaron de día en día más destrozos al soberbio enemigo.

A la toma de Nodar siguió la victoriosa facción de guerra que con 80 caballos sevillanos y 150 peones llevó á cabo contra los portugueses el noble Gastón de Castro. Presintiendo que su temeridad les haría caer incautamente en la emboscada, dejó en una la mayor parte de los suyos y con la otra se presentó á la vista de algunos portugueses que se mostraban tan deseosos de pelear que se lanzaron precipitadamente contra los sevillanos en completo desorden. En la lucha quedaron vencedores los nuestros, inferiores en número casi en una mitad; pero ordenados y socorridos oportunamente por un pelotón de infantes que paso á cuchillo á la mayor parte de los portugueses. Allí

(1) El nombre en blanco.

se vió manifiestamente por primera vez su jactancia al considerarse guerreros experimentados, porque ni en cubrir los cuerpos ni en herir al enemigo demostraron suficiente destreza, y en el combate el verdadero valor consistía para ellos en arrojarse sobre el contrario rechinando los dientes y vomitando injurias. Ni en la misma derrota abandonaron su necia arrogancia, en muy diversas manifestaciones, pues, entre otros, uno de los caballeros prisioneros, respetable por sus años, á quien preguntaron qué le había parecido aquel puñado de valientes, respondió: «Buenos; pero más afortunados que valerosos, porque dado el mismo valor en ambas naciones, la cosa hubiera resultado de muy distinta manera.»

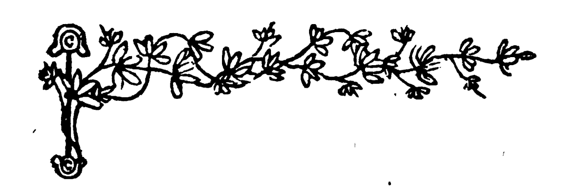
Poco después, Diego de Villacreces y Diego Ramírez de Segarra con unos cuantos caballos y 150 infantes de Sevilla, marcharon por el camino conocido de Nodar á correr los campos portugueses y hacer presas, seguros de poder con tan poca gente talarlos y recoger abundante botín de ganados, gracias al descuido de sus enemigos. Buscando en su correría los prados más remotos, llegaron hasta las murallas de Mora, en opinión de los portugueses seguro refugio de hombres y de ganados á causa de la fuerte guarnición que allí tenía el Almirante (1). Cuando, salido el sol, vieron los de la villa á los enemigos que, pasando el Guadiana, se retiraban con buena presa, se lanzaron en montón contra ellos creyendo vencerlos con facilidad; pero el Almirante, que mandaba nume-

(1) El nombre en blanco.

rosas tropas, no logrando reducir á su obediencia á los furiosos paisanos, dió orden de vadear nuevamente el Guadiana en retirada para no caer, juntamente con aquella indisciplinada multitud, en las emboscadas que temía. Entonces empezó el peligro para ella, porque abandonando al caudillo y pasado el río, dieron tras los jinetes andaluces, pocos en número, pero esforzados y aguerridos, y éstos al punto hicieron frente á sus perseguidores, mataron á muchos y, fingiendo á ratos terror, se dieron á la fuga, de modo que ya resultaron inútiles las celadas dispuestas. El descalabro que tan corto número de enemigos hizo sufrir á tantos portugueses convenció hasta cierto punto á aquella gente ensoberbecida de cuánto convenía la pericia militar para conseguir la gloria, cuando 200 españoles habían dado con facilidad buena cuenta de cerca de 1.000 portugueses que peleaban junto á los patrios muros, pero incauta é indisciplinadamente.

Después ocurrieron otros muchos encuentros semejantes, aunque de menos importancia, y en todos ostentaron los portugueses gran arrogancia, pero dieron escasa muestra de disciplina.





CAPÍTULO X

Camino que siguió D. Alfonso al salir de Plasencia. — Esfuerzos de ambos partidos.

Atento cada partido á estos augurios de la guerra, y tras largas consultas celebradas en Plasencia, resolvió el de D. Alfonso marchar á Arévalo, donde, á juicio del Conde de aquel título, la sola llegada del gran ejército equivaldría á victoria segura, por serle manifiesto cómo había desperdiciado D. Fernando la gran oportunidad de proveer á sus cosas cuando pasó el tiempo en Valladolid en vanas distracciones, y la imposibilidad actual de ponerse en estado de defensa en tan urgente aprieto y reunir ejército poderoso, sobre todo, con Grandes desleales ó poco dispuestos á ayudarle en sus apuros, y cuya perfidia y astucia creía el rey de Portugal había de ceder en propia ventaja. Por esto acordó acelerar la marcha y llevar consigo á la doncella, su prometida, cual prenda del apoyo de todos los españoles. Pasó con su ejército el monte de Vagnos, y entró en Bejar. Allí se detuvo cuatro días, y mandó asentar los reales junto al río llamado Cuerpo de hombre. Era

la estación veraniega, cuando se apetecen las corrientes de agua y los lugares cubiertos de verdor, y así lo ameno de aquellos en que el campamento estaba asentado hacía concebir á los portugueses locas esperanzas de seguro triunfo en cuanto lograran franquear los pequeños montículos que tenían á la vista, porque más temían lo quebrado del terreno que la resistencia del enemigo. Pasaron luego á un extenso llano, y como la traición dispuesta en Salamanca se frustró, como dije, tomaron el camino de Arévalo. Cuando el marqués de Villena lo supo, quiso hacer alguna demostración del poder de que al principio había alardeado, y marchó al encuentro de D. Alfonso con 200 hombres de armas y 300 jinetes; pero las noticias de la terrible guerra que en su marquesado y en tierra de Toledo se hacía á sus alcaides le obligó á retroceder y á dirigirse aceleradamente á los puntos de donde cada día se le anunciaban más graves conflictos.

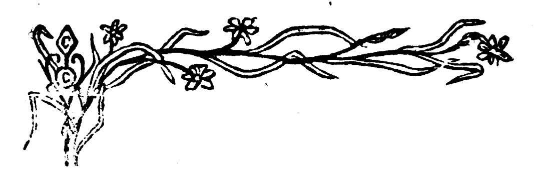
En tanto D. Fernando y D.ª Isabel, merced al tesoro de Segovia que, á cambio de la entrega de su hija en rehenes, les habían franqueado Andrés de Cabrera y su mujer la Bobadilla, empezaron á formar ejército. Ante todo, el Rey ordenó una expedición de 300 lanzas mandadas por su tío el Almirante, y despachó sus cartas á otros Grandes adictos para que marcharan al punto á Valladolid y pueblos limítrofes los que más fácilmente pudieran ejecutar sus órdenes y los que declaraban que acaudillarían fuerzas contra los portugueses, sin interrumpir su ayuda aunque nada se hablase del pago de las tropas.

Muy de otro modo pasaba con los encargados de alistarlas en favor del portugués. Al duque de Arévalo, conde de Plasencia, le fué muy difícil recoger 300 caballos, cuando creía hacedero poder reunir hasta 1.500. Lo mismo le ocurrió á D. Diego Téllez, marqués de Villena, y á los demás cómplices, como indicio manifiesto de su error y de futuro desastre. En poco tiempo aumentaron extraordinariamente las fuerzas favorables á D. Fernando, á quien traían muy preocupado las frecuentes noticias de los tumultos que en Burgos causaban diarias muertes. Una parte de los ciudadanos y todo el pueblo hacían rostro trabajosamente al alcaide de la fortaleza Iñigo de Estúñiga, al poder de su obispo D. Luis de Acuña y al partido de Pedro López de Padilla, adelantado de Castilla. Ensangrentaban las calles las diarias contiendas, y los fieles burgaleses no hubieran podido resistir por más tiempo tan grandes trabajos, á no animarlos la esperanza del favor Real, especialmente porque ya el enemigo portugués aceleraba sus disposiciones para oprimir la ciudad, y sus secuaces más próximos á ella se esforzaban en molestar á la multitud, falta de un general idóneo. Compadecido D. Fernando de sus tribulaciones, lo abandonó todo por acudir al punto en su auxilio, y con su sola presencia infundió nuevos bríos á los burgaleses, largo tiempo abatidos con tantos tumultos y amargas derrotas. Sus enemigos, siempre que sentían afán de pelea, ó los acometían desde la fortaleza cuando atravesaban desprevenidos las calles, ó excitaban á sus cómplices, mandados por sicarios y criminales, á ejercer las ma-

yores violencias contra el pueblo, que no contaba con ningún caudillo principal que le defendiera, porque Pedro de Cartagena, el más esforzado entre los primeros de la ciudad, luchaba con doble dificultad, impedido por sus años de empuñar las armas, y privado del auxilio de su hijo Lope de Rojas, atento sólo á la guarda de la fortaleza. Tampoco el corregidor Alfonso de Cuevas podía dirigirlos en los combates, así por sus muchos años como por su ceguera nocturna, que le quitaban toda aptitud para la lucha. A la vista de su Rey, los que sin jefe alguno habían sostenido tan esforzadamente la guerra, cobraron nuevos bríos y obligaron á sus contrarios á alejarse de la ciudad ó á encerrarse en la fortaleza. D. Fernando distribuyó diligentemente los puestos militares y puso al frente de la guarnición á Sancho de Rojas, noble capitán muy adicto á su persona. No demostró, sin embargo, el valor que el cargo exigía, y dejando á los paisanos los puestos de más peligro, se acreditó de cobarde estableciendo su residencia en la puerta de San Juan, donde se hallaba enteramente á cubierto, como que no se proponía alcanzar el menor lauro. Ya se había marchado el Rey cuando supo la vergonzosa conducta de Rojas, y desde Valladolid envió 150 lanzas al mando de Esteban de Villacreces, adalid valiente, vigilantísimo y experto en las artes de la guerra, para que reprimiese las frecuentes salidas con que el Alcaide de la fortaleza molestaba á los burgaleses abandonados por Sancho, cuya intervención sólo había servido para mayor audacia del enemigo, que ahora se prevalía de su miedo para

llevar en abundancia á la fortaleza provisiones que antes se procuraba muy difícilmente. Con la llegada de Villacreçes cesaron las insolencias de los enemigos, y se vió obligado el alcaide Iñigo á aguardar recluído en su baluarte el socorro esperado del rey de Portugal. Desde allí, sin embargo, continuó lanzando con las lombardas sobre la ciudad enormes piedras para destruir las casas y aterrar á los habitantes, é inspirándole temor la cercanía de la calle más alta de las Armas, contigua á la eminencia que domina la fortaleza, verificó una salida y pegó fuego á unas casas de admirable fábrica, con lo que no sólo causó daño á la ciudad, sino que la despojó de gran ornato. Todas estas desgracias sufrían los habitantes con ánimo sereno por el ardiente anhelo de gozar de libertad, y con tal de lograrla, cualquier desastre les parecía llevadero.





LIBRO III

CAPÍTULO PRIMERO

Esfuerzos del rey de Portugal para socorrer al alcaide del alcázar de Burgos.—Ocupación de Toro.—Intento de combatir el castillo.—Gestiones del rey D. Fernando mientras reunía tropas para resistir al enemigo.—Muerte del conde de Valencia.

Como el conde de Plasencia deseaba vivamente llevar socorro á la guarnición del alcázar de Burgos, excitó al rey de Portugal á ponerse al punto en marcha, cuidando de persuadirle que todo estribaba en la libre posesión de la ciudad, fácilmente lograda si allá se dirigía aprovechando la falta de tropas del enemigo, en la seguridad de que ni le disputaría la entrada, ni tendría que habérselas con ejército de algún respeto, sino que, atendida la importancia de la empresa y lo exiguo de las fuerzas que tal vez intentaran oponérsele, la marcha, la llegada y la vuelta podían tenerse por seguras. Había visto el rey de Portugal cómo desmentía la experiencia casi todas las promesas que se le hacían, y qué escasa é inútil caballería habían reunido los que

antes de su llegada propalaban disponer de numerosas fuerzas, y así aparentó condescender con lo que se le proponía, por más que en su interior no se conformase con muchos acuerdos. A pesar de todo, creyó que primeramente convenía ir á Arévalo, desde donde la proximidad del sitio le facilitaría estudiar el punto á que debiera acudirse, y ver si era ó no más cómodo marchar á Burgos, si tendría ventaja salir desde Arévalo al encuentro del enemigo que iba lentamente recogiendo tropas, ó resolver antes otros casos que pudieran presentarse.

Con tales intentos movió su ejército, y saliendo de Béjar en línea recta, llegó á las tres jornadas á los arrabales de la fortísima villa. Mientras se averiguaba si podría confiarse todo con entera seguridad á la lealtad del conde de Plasencia, acampó el ejército á orillas del Arevalillo, afluente del Adaja, junto á las murallas de la población, y que como corre por el lado opuesto, deja en seco una parte muy pequeña del recinto murado y de las otras defensas. En aquellos reales surgieron de las primeras entrevistas los síntomas de la sospecha, en cuanto D.ª Leonor Pimentel daba preferencia sobre todo al socorro de la fortaleza de Burgos, y el rey D. Alfonso, ante la dificultad de la empresa, muy expuesta á un descalabro, tardaba en decidirse más de lo que la Condesa deseaba. Pesaba en el ánimo del portugués el ver cuán escaso era hasta entonces el contingente de tropas en comparación de las que sus secuaces castellanos le habían prometido reunir inmediatamente. Además, el numeroso ejército de los portugueses, tan aborre-

cido de los españoles, podía fácilmente, si se alejaba más de sus fronteras, ser destruído por la muchedumbre de sus enemigos, cortándole los aprovisionamientos. Por varias consideraciones penetró en el ánimo de unos y de otros angustioso recelo. Veían la Condesa y sus amigos que, perdida la fortaleza de Burgos, era segura la de los estados todos del Conde, y no se advertía en los portugueses la menor disposición para oponerse al riesgo. A éstos les molestaba el anhelo de D.ª Leonor por subordinar á toda otra empresa la posesión de Burgos, y su deseo de volver á disponer, como prenda principal de la campaña emprendida y para sus ulteriores caprichos, de la joven ya confiada al arbitrio de D. Alfonso. De aquí se originaron discordes sentimientos, y aquel primer impulso que guiaba la campaña comenzó á quebrantarse ante la diversidad de proyectos, todos ajenos al primitivo de conquistar una corona y sólo encaminados á fines particulares.

Entre estas discusiones brindó la suerte al portugués oportunidad más favorable de lo que podía apetecer para que el ejército pudiese contar con víveres y aprovisionamientos y estuviera á cubierto de los ataques de la aborrecida gente castellana. Estas ventajas le ofrecía la ocupación de Toro, de que era dueño merced á execrables artes, como dije, el infame Juan de Ulloa, hondamente irritado por no haber conseguido enseñorearse de la fortaleza. D. Alfonso recibió con mucho gozo la noticia de los propósitos de aquel inícuo, entre otras ventajas, porque así podría en adelante obrar enteramente á su libertad y no con sujeción al parecer del

conde de Plasencia y de su mujer. Así pues, so pretexto de acudir al socorro que se esperaba llevaría el portugués á la fortaleza de Burgos, la facción de sus secuaces movió de repente las batallas, y conocedor él de sus intenciones, logró que enemigos y amigos se preocupasen de aquella expedición. Los de D. Fernando, conociendo por los exploradores la marcha de los portugueses desde Arévalo, se detenían inciertos del punto sobre que iría aquél turbión á descargar su furia; si el portugués habría resuelto sitiar á D. Fernando á la sazón desprevenido para el combate; si se propondría ocupar á Medina del Campo desguarnecida, ó acometer á los puestos enemigos establecidos cerca de la ciudad en puntos estratégicos. Al principio de la guerra, inmediatamente después de la entrada de los portugueses, D. Fernando, no sólo había fortificado Tordesillas, sino además Alaejos, Cantalapiedra y Sieteiglesias para estorbar á la multitud enemiga el paso libre hacia Valladolid, antes que se pudiera hacerle rostro con suficiente ejército. Para reunirle cuanto antes trabajaban con empeño ambos cónyuges, y fijado el estipendio militar, habían declarado á los Grandes y á los pueblos más leales cuán conveniente era para el provecho común y para gloria de los castellanos hacer frente á un enemigo irreconciliable, soberbio en demasía y cuya arrogancia é intolerable crueldad demandaba ejército resuelto á resistirle y ánimo constante para destruir sus planes. Urgía oponerse con fortaleza al enemigo, afrenta de Castilla, que de no ser prontamente arrojado del territorio y de no imponer el debido castigo á su audacia, reduci-

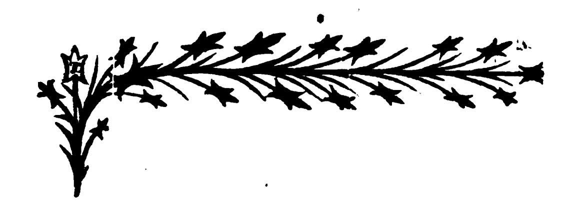
ría á los nuestros, tanto tiempo expuestos á sus insultos, á miserable servidumbre y á perpetua ignominia. La celeridad con que se aprestaron al combate los nuestros fué admirable.

Mas entretanto el rey de Portugal, á la sazón más poderoso porque mandaba fuerzas que ciegamente le obedecían, marchó á Toro, adonde le arrastraba la dañada intención de Juan de Ulloa. Este hombre pérfido y sacrílego, monstruo execrable, quebrantador de toda religión y enemigo de todo sosiego, logró persuadir á D. Alfonso, campeón de la justicia y de la religión, que sería lo más seguro aquello que mereciese su preferencia. Y con tal señuelo, D. Alfonso no vaciló en llevar su ejército desde Arévalo á la defensa de Toro, teniendo en poco la perversidad del que le llamaba y la resistencia de los que defendían la fortaleza bajo las órdenes de D. Fernando. Apenas entró en la población empezó á emplazar la artillería y á disponer máquinas de guerra para el ataque de la fortaleza, preparándose á rechazar las salidas de su guarnición. Estos primeros alardes del poder lusitano les infundieron poco temor, y se creyeron árbitros de conservar su posición y de admitir en ella á cuantos les enviasen sus auxiliares. En cambio el portugués por la parte interior estrechó cuanto pudo á los del Alcázar para que no pudiesen atacar á los portugueses de la ciudad, y por la exterior, atendida la posición, y para hacer inaccesible á los soldados castellanos que acudiesen el elevado cerro sobre que se levanta la fortaleza, cercó con defensas las trincheras que las aguas llovedizas habían destruído, y con cubas llenas

de tierra estableció el parapeto junto al foso, para atajar á los enemigos que llegasen y proteger á sus tropas que, resguardadas así como detrás de un muro, podían á mansalva lanzar contra los castellanos todo género de proyectiles. Además estaban preparados en daño suyo otros muchos artificios. Cooperaba á estas disposiciones del rey de Portugal su perverso satélite Juan de Ulloa con extremada diligencia, esperando del poder portugués entrar en posesión del dominio patrio, por cuya ocupación había cometido tantos delitos. D. Alfonso no se mostraba con él mezquino, y constantemente le hacía promesas, le halagaba con amables palabras, aparentando hacerlo por debida gratitud y estar determinado á guiarse en todo por la voluntad de aquel monstruo execrable, encaminada á la ocupación de la fortaleza. Pero como estaba en poder de su hermano Rodrigo de Ulloa, y éste seguía el partido de D. Fernando, metió gente en la torre de la salida del puente y en la iglesia de Santa María, erigida, como la fortaleza, en lo alto del collado. En este templo los infames sicarios puestos por él de retén se entregaban á los más escandalosos sacrilegios. Confiado en el apoyo de las tropas portuguesas, dábase prisa á levantar trincheras en derredor de la fortaleza. Rodrigo, detenido al lado de D. Fernando, había dejado allí á su mujer D.ª Aldonza de Castilla y á sus hijos, que diariamente le daban frecuentes avisos de los avances del portugués en daño de la guarnición cercada, y así rogaba con gran instancia al Rey que se dispusiese rápido socorro para desbaratar las maquinaciones del enemigo. Además por el postigo

de la fortaleza reforzaba su guarda con buen golpe de tropas antes que en las calles de la ciudad se trabase combate, porque, conocido el odio profundo de la mayor parte de los habitantes á sus detestables huéspedes y al cruel tirano Juan de Ulloa, ó resultaría lo hecho en el interior de la población desastroso para los portugueses, ó se hallaría ocasión para trabar batalla con los que saliesen.

Pareciendo por entonces descubrirse en las intenciones del conde de Valencia hostilidad al rey D. Fernando, bien porque se penetrasen sus propósitos, bien porque á causa de su mala conducta el almirante D. Alonso Enríquez deseara vengarse de antiguas rencillas, conjuráronse para perderle, y el desdichado magnate, después de escapar de muchos peligros, vino al cabo á caer, según se dice, en una emboscada que le tendió su pariente Juan de Robles, único en quien confiaba. Refieren que admitido amistosamente en la fortaleza, allí realizó su criminal propósito precipitando al desdichado Conde desde lo más alto de ella, y por custodiarla, así como la población, soldados de D. Fernando, sobre las muchas sospechas que se despertaron entre los Grandes, vino el suceso á dar mayor motivo de pesadumbre, y al Rey, preocupado con tantos cuidados, vivo deseo de proveer al remedio.



CAPÍTULO II

Numeroso ejército reunido por voluntaria leva de los pueblos. — Fingida solicitud de los Grandes, unánimes en el propósito de engañar á Don Fernando, á quien deseaban ver envuelto en constantes apuros.

AUNQUE tarde arrepentidos los reyes Don Fernando y D.ª Isabel de la funesta dilación, las dificultades surgidas les impelieron á reunir tropas con más actividad de lo acostumbrado, á recoger dinero para su estipendio y á llamar á los Grandes, comprometidos desde antiguo por juramento de fidelidad á la Corona. Probablemente algunos hubieran preferido seguir al rey de Portugal, de quien reservadamente habían recibido cantidades importantes, con secreta obligación de coadyuvar á los propósitos del donante; pero las simpatías de los pueblos y de los caballeros hacia el rey D. Fernando les hicieron comprender que no podrían cumplir sus compromisos, y, por tanto, viéronse algunos obligados á cambiar de propósito, tratando de destruir con

esta astucia lo que abiertamente eran impotentes para aniquilar. Presentáronse los llamados, seguidos de numerosas lanzas, y fué tanta también la prontitud de los pueblos por acudir al llamamiento que, contando el Rey antes con menos de 300 caballos, en pocos días se le unieron considerables fuerzas, entre las que vinieron bastantes criminales, procedentes de varios puntos, por habérseles concedido el perdón en públicos documentos si marchaban á la guerra contra el enemigo portugués. Además, algunos religiosos persuadían á los castellanos á obedecer las acertadas órdenes alistándose para ir contra los inicuos portugueses, siempre insolentes y á la sazón empeñados en subyugarnos. Así que, contra lo que se creía, se reunieron en Tordesillas con el Rey gran número de lanzas; y de Vizcaya acudió muy escogida hueste de infantes, de la que se enviaron unos 500 ballesteros, famosos en aquellas provincias, para combatir la guarnición del alcázar de Burgos. Acaudillados por el marqués de Asturias, primo de D. Fernando, y por el conde de Luna, Diego Fernández de Quiñones, se presentó también numerosa tropa de asturianos, siendo en verdad sorprendente cómo en tan brevísimo tiempo llegaron á reunirse cerca de 11.000 lanzas y 30.000 infantes, ansiosos todos de habérselas con los portugueses, aun contra la voluntad de los Grandes, que en modo alguno participaban de su entusiasmo, antes, conocido el ardor de la multitud, trataron de oponer estorbos á la marcha, á fin de que, consumido en pocos días el estipendio de la caballería, faltase por completo para ulterio-

res gastos, porque para pagar algo á los soldados había sido preciso reducir á pequeñísimos fragmentos los vasos de plata traídos del tesoro de Segovia, y distribuírselos individualmente. La principal causa para la suspensión de la marcha fué esperar al marqués de Santillana, D. Diego Hurtado de Mendoza, en cuya ausencia no era conveniente ponerse al grave trance de una batalla, cuando con aguardar breve tiempo proporcionaría el grande y poderoso refuerzo de 300 jinetes y 200 hombres de armas, y principalmente las egregias dotes de su caudillo serían de inapreciable valor para el resultado del combate, si el Rey lo decidiese con su parecer, ya buscase con afán oportunidad para empeñarle, ya lo rehuyese cautamente si así lo aconsejaba la inspección de las posiciones.

Decían también los Grandes que debía aguardarse á las tropas de caballería andaluza, cuya llegada se anunciaba diariamente, sobre todo porque al aviso de la próxima batalla habían emprendido larga jornada el adelantado de Andalucía, D. Pedro Enríquez, tío del Rey, con 200 jinetes escogidos, y como su llegada era inmediata, convenía tener mucho en cuenta la asistencia de caudillo tan valiente y experimentado. Al cabo el deseo de contar con la gran autoridad del marqués de Santillana, cuya pronta llegada se daba por segura, logró decidir al arrojado joven á que aguardase algunos días. De la del Adelantado y otros nobles andaluces no había tan ciertas noticias. Y como, llegado el primero, ya los Grandes no pudiesen retrasar la marcha, reuniéronse secre-

tamente en la ermita de Santo Domingo, al otro lado del puente del Duero, para tratar de lo que había de aconsejarse al joven Rey, en tantas dificultades envuelto. Allí acudieron solos, sin sus criados, el Cardenal y su hermano el Marqués; el duque de Alba; el almirante D. Alfonso; el conde de Haro, D. Pedro de Velasco; D. Beltrán, duque de Alburquerque; D. Rodrigo, conde de Benavente; el conde de Coruña, D. Lorenzo de Figueroa; el conde de Treviño, Pedro Manrique, y el conde de Salinas, D. Diego Sarmiento. Mas, contra lo que imaginaban, permitió el Dios omnipotente que en un cuarto de la ermita se hallase durmiendo la siesta un hombre honrado, y como al despertarse hallara cerradas las puertas y percibiese la conversación de los Grandes, muy ajenos de que escuchaban su confabulación, parte por vergüenza, parte por el deseo de oir lo que trataban, permaneció inmóvil en su escondite. Rompió la habla el Cardenal, y dijo que ya sabían la causa principal de aquella reunión en tal sitio, y, por tanto, que hablara primero el que mejor conociese las causas de la presente urgencia. Inmediatamente todos apelaron á la autoridad del Cardenal, el cual empezó diciendo que cuantos allí estaban tenían en memoria las innumerables discordias que la maldad de los Reyes había causado en los pueblos y entre los Grandes, especialmente desde los días de Don Juan II hasta la reciente muerte de Enrique IV, y cómo el torbellino de las revueltas había obligado á todo hombre cauto á mirar por su libertad y por su honor. Los pueblos, viéndose cada día más oprimidos con extremas calamidades

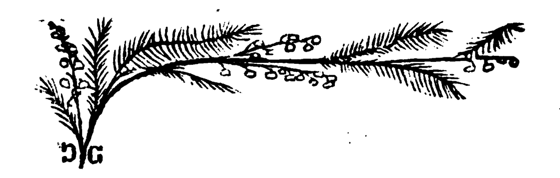
por la desidia, cobardía, maldad é inhumana servidumbre natural en los miserables Reyes, no tenían más amparo que la experiencia de los Grandes, y de éstos, largos tiempos dominados por el solo nombre del Rey, muchos habían sido grandemente vejados, por ser amantes de la virtud, y, por tanto, enemigos de los malos; algunos, desterrados del reino, andaban errantes miserablemente por extrañas tierras, despojados de sus riquezas heredadas; otros, sepultados en mazmorras, ansiaban alcanzar su libertad, aun á costa de la pérdida de sus bienes. Vista ya la universal ruina, resultado de la constante é incorregible perversidad de los Reyes, se hacía preciso recurrir á más enérgicos procedimientos para poner freno al depravado capricho de los que por malas artes manejaban á su antojo la voluntad de los Reyes, y juntamente volver por la pristina gloria á costa de tan insignes hazañas adquirida. Esto no podía conseguirse sino debilitando el absoluto, mejor dicho, el disoluto poderío real de que los Reyes habían abusado según el capricho de sus cortesanos, abuso que había puesto á los Grandes en la precisión de lanzarse á vías de hecho, y justificado las precauciones que adoptaran. Pero lo difícil de las circunstancias había obligado á veces á traspasar los límites de lo justo según el vulgo, por lo que para el pueblo, el valor de los Grandes se consideraba atropello, y se buscaba ocasión de sujetarlos como á disolutos, abyectos é intolerables, calumniosas acusaciones muy arraigadas en los ánimos y que hacían que los caballeros se dejasen influir por la novedad del aura popular, favorable sobre todo

al rey Don Fernando, considerado como futuro pacificador y libertador de la patria desde que casó con la princesa D.ª Isabel. Para nadie que conociese estas inclinaciones de los pueblos era dudoso que si D. Fernando vencía al Rey de Portugal, como ello había de granjearle extraordinario poderío, el peligro para los Grandes aumentaría considerablemente, ya porque se acusaría á algunos de haber apoyado la resolución del rey D. Enrique en el asunto del matrimonio de D.ª Juana, y de haber pactado alianza sobre este punto con el enemigo portugués, ya porque el vencedor revindicaría la antigua posesión de las villas arrancadas por la laudable diligencia de los Grandes á la violencia de malvados que abusaban del favor real. Por tanto, debía procurarse á tiempo que D. Fernando no destruyese al adversario en una batalla con aquel inmenso aparato de fuerzas, y buscarse un medio para que los Grandes pudieran oportunamente apretar ó aflojar las riendas en la marcha de los sucesos. Terminó diciendo que si alguno de los presentes exponía otro medio más eficaz, él le adoptaría.

Dícese que la opinión de los presentes fué unánime, y que el Almirante, tío del Rey, la robusteció más y más, manifestando que pasados algunos días, el pretexto de las soldadas ya consumidas, ya por la penuria de dinero, ya por la escasez de aprovisionamientos, podría aconsejar la separación, aunque entretanto debía aparentarse gran resolución de marchar y de venir á las manos con el enemigo, para que no se conociese lo fingido de aquel afán en tan gran campaña.

No hay que extrañar que coincidiendo en intenciones aviesas los Grandes allí reunidos, deseasen idéntico procedimiento para su provecho, y que, siendo conocida en otras muchas cosas su discorde opinión, estuviera conforme en el punto de prolongar la tiranía.





CAPÍTULO III

Resuélvese la marcha del ejército.—Opinión de la multitud.—Arrogancia de los portugueses.—Toma de la fortaleza de Herreros.—Aviso de la ocupación de Zamora y disimulada satisfacción que causó en los Grandes.—Traición empleada para tomarla.

Ciertos indicios de la mala voluntad de los Grandes habían hecho sospechar á los Reyes que meditaban alguna escisión; mas confiaban en lo inmediato de la batalla, por constarles que los portugueses, en el colmo de su insensatez, no deseaban otra cosa que venir á las manos y poner término á muchos trabajos con una sola batalla. También sabían que el rey Don Alfonso, por estar condecorado con la Jarretiera, tenía la superstición militar de no rehusar batalla por numeroso que fuera el enemigo, no retroceder en el combate y, mientras hubiese proporción de pelear, no permanecer tras los muros de ciudades ó villas, sino en los campamentos. Muchos de los caballeros lusitanos habían dicho que llevaban en la punta de las lanzas colas de zorra para indicar que todo el que la llevara estaba obligado mi-

litarmente á aguardar impertérrito á cuatro enemigos, á combatir esforzadamente con tres, á prender á dos ó á atravesar á uno con la lanza. Mas aunque el rey D. Alfonso no hubiese resuelto otra cosa que permanecer en los reales, lejos de la ciudad, esto solo creyó D. Fernando que bastaba y sobraba para librar de todo ataque la fortaleza. Por todo lo cual no hacía caso de los astutos consejos de los Grandes, principalmente porque en el mismo fragor de la guerra, todos, así los caballeros como los peones, le acataban tanto como aborrecían la petulancia de los enemigos.

Púsose en marcha el ejército, y no lejos de Tordesillas, á la orilla opuesta del Dúero, se hizo el alarde, contándose 8.500 jinetes, casi 2.500 lanzas y cerca de 30.000 peones, escuderos y ballesteros. Dejó D. Fernando á la Reina en Tordesillas, y púsose al frente de estas tropas. Al llegar junto al Duero, algunos sicarios y ladrones que, durante mucho tiempo habían molestado á los moradores de las cercanías y á los caminantes, y que á la sazón estaban resguardados tras los muros de Herreros, hicieron alarde de estúpida osadía, injuriando con gritos y silbidos á los soldados que pasaban. Había ya desfilado la mayor parte del ejército, y la que seguía, conocido el deseo del Rey de atacar la fortaleza, se puso inmediatamente á la obra. Los más impetuosos en el ataque fueron los peones vascongados, algunos de los cuales, no reparando en obstáculos, pues no ofrecía acceso y tenían que atravesar casi toda la madre del río, se arrojaron al agua, y casi sumergidos por el peso de las armas y lo vio-

lento de la corriente, empezaron á batir la fortaleza. Caían sobre ellos toda clase de proyectiles, lanzados desde las almenas, y causaban tal estrago, que las aguas del río se teñían de sangre. Cuando ya se hallaban bastante quebrantados, infundióles nuevos alientos D. Fernando que, despreciando la nube de flechas, vadeaba el río á caballo. Su arrojo encendió de tal modo el coraje de los vascongados que le seguían, que con pasmosa prontitud, apoyándose en las lanzas, y cual si hallaran camino practicable, arrimaron las escalas y subieron á la fortaleza. Entretanto, una lluvia de saetas apartaba de las defensas á los ladrones allí metidos, que inmediatamente fueron colgados de las almenas de la torre del homenaje.

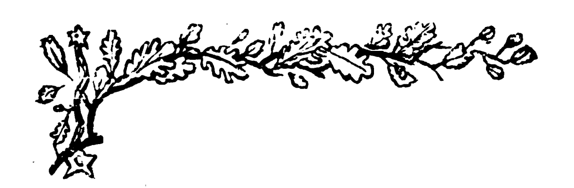
Dícese que aquel feliz comienzo de la empresa apenó á los Grandes, y como á la segunda jornada se tratase de combatir con igual arrojo que la anterior la fortaleza de Cubillas, del lado allá del Duero, cuya orilla opuesta defendía la fortaleza de Castronuño, ocupada por el feroz tirano Pedro de Avendaño, los Grandes se opusieron, alegando que aquel retraso sería muy peligroso para la campaña, por más que, en opinión de algunos, conforme con los dictados de la ciencia militar, era probable que aquella corta demora ahorrase grandes penalidades á ejército tan numeroso, pues tomado el castillo de Cubillas, podría aprovisionarse seguramente por aquella parte; pero si se veía amenazado por ambas orillas, pronto la falta de mantenimientos dejaría encerradas á tan considerables fuerzas, porque por la espalda no había medio alguno de recibir los so-

corros necesarios. A esta causa los Grandes indicaron como más conveniente la marcha por tierras de Zamora, entonces á devoción de D. Fernando; pero cuando las tropas se disponían á emprender el camino, renunciando al ataque de Cubillas, llegó la triste noticia de la ocupación de aquella ciudad, mucho tiempo antes intentada por el marqués de Villena, D. Diego Téllez Pacheco, con el auxilio de su pariente Alfonso de Valencia, alcaide de la fortaleza, y la maldad de su tío, el cantor de la iglesia, que juntamente con Juan de Porres, zamorano principal, había roto los vínculos de fidelidad no mucho antes contraídos con el rey D. Fernando. Al saber que se acercaba con poderoso ejército, los traidores procuraron escudarse tras los obstáculos opuestos á su paso, no fuera que D. Fernando al llegar castigase á los que reconociese culpables de los crímenes. Así, mientras se tuvo incierta la llegada, fingieron mantenerse leales; mas, apenas vieron que se ponían en movimiento, arrojaron la máscara y descubrieron á las claras sus intenciones. La ocupación de Zamora pareció á los vecinos complicados en la conjura, así como al Marqués y á otros secuaces suyos que en Toro acompañaban al rey de Portugal, el único recurso que se les ofrecía, y en cuanto aquél supo la inminente llegada de D. Fernando, se dirigió á toda prisa á la ciudad con 400 lanzas. Acogido por el corregidor y ocupada primero la iglesia, se apoderaron luego de Francisco de Valdés, partidario decidido del rey de Castilla, y muy ajeno de todo temor, porque su tío Juan de Porres le había engañado sin darle parte de lo que

se tramaba, y fingiéndose siempre obediente á las órdenes de D. Fernando. Por esto había encomendado su cargo al seductor, que en tan estrecho apuro obligó al incauto sobrino á adherirse á la causa del rey de Portugal, cuando se vió, no sólo privado de todo medio de defensa, sino expuesto á perder á un tiempo vida y honra, juntamente con las torres del puente, defensa con la que, de retenerla á voluntad del traidor Porres, hubiera podido algún día cobrar poder suficiente para someter al falaz causante de la presente ignominia. Vióse, por tanto, obligado el Valdés, al confirmar los pactos de posesión, á prestar acatamiento á D. Alfonso de Portugal, y la ciudad entera pareció sometérsele, con grave quebranto de la causa de D. Fernando, porque á la sazón nada tan contrario á sus planes podía ocurrirle como la defección de Zamora. Con ella se aseguraba más la estancia del portugués enemigo, y ella le proporcionaba la ventaja de una permanente defensa, al paso que privaba á las fuerzas de don Fernando de proveerse de mantenimientos y de otros muchos recursos.

Difícil es decir la pesadumbre que causó en el ánimo de los más leales esta defección, como origen de odios y de mayores trastornos entre los hasta entonces fieles, y de alientos al enemigo, antes atemorizado, á punto de ser cogido y falto de todo plan ulterior.





CAPITULO IV

Grandes quebrantos que á la expedición de don Fernando causó la defección de Zamora.—Reclusión del rey de Portugal.—Maldad de los Grandes castellanos.—Exasperación de los vascongados, á duras penas reprimida por el rey D. Fernando.

Trastornados ya los planes fundamentales de la expedición de los leales, y pareciendo vergonzoso retroceder é inútil avanzar en caso que el enemigo resolviese permanecer dentro de la ciudad, no quedó más esperanza á D. Fernando que provocarle á batalla. Desconfiaba de poder socorrer á los cercados en la fortaleza en tanto que el portugués atendiese exclusivamente á su ataque y á guarnecer las trincheras con el poderoso ejército de 5.000 caballos y 20.000 infantes, completamente libres de la culpa de traición. Si alguno de los ciudadanos se mostraba favorable á D. Fernando, tropezaba con la exquisita vigilancia de Juan de Ulloa y de sus satélites, muy alerta en defensa de su vida, algunos más despiertos que diablos, y que habían expulsado á cuantos les inspiraban sospechas, ó hécho-

les sufrir variados castigos. A los demás apuros de la gente de D. Fernando, se añadía el no poder recibir aprovisionamientos por ninguna parte, porque después de la pérdida de Zamora, por retaguardia se los estorbaban las fuertes guarniciones de los castillos de Castronuño y Cubillas; por los flancos, los de Villalonso, la Mota y Tiedra, con su caballería, y por el frente, por todo el curso del río hasta la frontera portuguesa, toda la tierra les era enemiga, y así el numeroso ejército, ó tendría que perecer bien pronto por la falta de mantenimientos, ó se vería obligado á retroceder vergonzosamente. Angustiado D. Fernando con estos cuidados, se resolvió á provocar á combate á los envalentonados enemigos, creyendo que por la innata hinchazón portuguesa le sería fácil hacerles empeñar por lo menos alguna escaramuza. Y seguramente lo hubiera logrado á no haber seguido D. Alfonso el consejo de algunos de los Grandes que acompañaban á D. Fernando, los cuales se dice que, en entrevistas nocturnas, le explicaron la verdadera condición de las cosas y reprimieron su primer impulso de aceptar combate. Por tanto, cuando vió al enemigo marchando en ordenada hueste por la campiña, contuvo á los infantes dentro del recinto amurallado y de la estacada que rodeaba al castillo; mandó que permaneciese sobre las armas toda la caballería, y dispuso que saliesen unas 20 lanzas con orden de no aguardar la acometida de la descubierta, sino rehuir toda apariencia de encuentro.

Con el ejército formado en batalla iba ya acercándose D. Fernando, é ignorante del plan del ene-

migo de evitar toda escaramuza y aguardar de esta inacción la victoria, destacó un escuadrón de jinetes para que, acometiendo á aquellos pocos que delante de las murallas parecían estar en espera, les provocasen á ulterior combate. Pareció también conveniente acampar allí para que lo que en aquel día no pudiera hacerse se intentase al siguiente; pero el portugués persistió en su sistema conteniendo á los suyos y no permitiendo que peleasen ni siquiera aquellas pocas lanzas apostadas lejos de las murallas. Vista la resolución de los enemigos, D. Fernando consultó á los Grandes sobre lo que había de hacerse, y especialmente, dado que se presentaba como arrancada con violencia la defección de Francisco de Valdés, y se tenía á muchos zamoranos por muy inclinados á la causa de Castilla, sobre si podría acaso ofrecerse coyuntura para recuperar la ciudad, cuando se presentase á la vista de los moradores leales ejército tan numeroso. Con el mayor afán trataron los Grandes de hacerle desistir de tal propósito, y eso que les demostraba la facilidad de atacar la ciudad resguardada por la parte de la planicie alta con débil muro desprovisto de defensas; de tan endeble cimiento, que pronto darían con él en tierra los picos de los minadores, y con tal estacada y foso, que por muchas partes no impedían el acercarse al mismo pie de las murallas. A esto oponían los Grandes que, aun derribado el muro, cuya demolición no se veía tan fácil, otros mayores peligros amenazaban por parte del enemigo, por ser muy suficiente cualquier reparo para defensa de 30.000 portugueses resueltos á combatir

por la vida, por el honor y por la gloria en tan largos años alcanzada, y á la vista de su Rey rodeado de numerosa nobleza. Habían de encontrar, por tanto, los invasores valladar más fuerte, y no les quedaría refugio en los peligros que pudieran ocurrir, porque los portugueses podrían mantener el orden en sus filas y los castellanos no, por estar la mayor parte ocupados en derrocar y ganar las murallas y no haber fuerza que pudiese recoger á los demás á la formación debida, teniendo que perecer forzosamente la temeraria muchedumbre, mientras peleaba y se recogía á las filas en el irregular combate. Por otra parte sería más peligroso si, confiando en lo numeroso de las tropas y en las buenas disposiciones de los zamoranos, se lanzasen á recuperar la ciudad, porque, á medida que fuera internándose el ejército por aquellos campos, la dificultad, mejor dicho, la extremada penuria de mantenimientos había de ir seguramente en aumento. La sola falta de ellos durante unos días sería el desastre para los suyos, así como la victoria para los enemigos, que por todas partes los encontraban en abundancia, y que contaban con fuerzas tan numerosas que, si acometían por retaguardia á los castellanos, cortándoles la retirada, acabarían seguramente con todos ellos. Se hacía por tanto preciso, para alcanzar la victoria, apelar á algún tercer recurso, decían los Grandes, que aun sin la defección de Zamora, habían tratado antes secretamente entre sí de disolver el ejército, á fin de que D. Fernando fracasase en su empeño, según dejo referido.

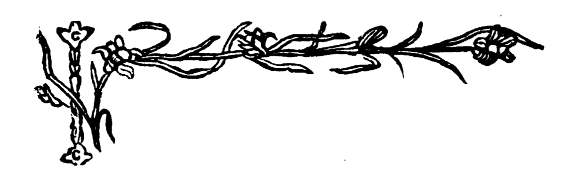
El mejor medio de ocultar la deshonra del regreso les parecía el propuesto por el angustiado D. Fernando, de provocar á singular combate al rey D. Alfonso, á quien se esforzó por excitar al decisivo trance empleando varios recursos de que luego daré cuenta.

Mientras los Grandes discutían estos planes con el Rey, se propagó entre los vascongados un rumor estupendo para gentes como ellos que prestan atento oído á toda novedad de disensiones, sobre todo si se anuncia algún detrimento de la Real Majestad. Díjose que el Rey estaba encerrado en una ermita próxima á los reales, y que los Grandes no le acataban bastante porque, á su propósito de atacar enérgicamente al enemigo, oponían constante resistencia. No logrando hacer desistir de su empeño al valeroso joven, habían osado retenerle en la ermita mientras no se doblegase á los antiguos manejos de los tiranos. Inmediatamente y con terrible vocerío voló la multitud á dar muerte á los Grandes y arrancar así al Rey de sus manos. Adelantóse á los furibundos vascongados un mensajero que, llamando á las puertas, les avisó la inmediata llegada de cerca de 10.000 infantes resueltos al exterminio de los Grandes, y á los que en su furia no podrían detener ni órdenes ni ruegos de sus capitanes. Al punto montó el Rey á caballo, y parándose ante la puerta, hizo señas de que callasen á los vascongados que se acercaban pidiendo con terrible griterío la libertad del Rey, y aplacó su furia mostrándose conforme con el parecer de los Grandes que dentro estaban. El terror que infundió este

tumulto afectó mucho á los Grandes notados de infamia, y al Rey, enemigo de estas algaradas, é hizo que el ejército, muy castigado por la penuria de víveres, regresase á Tordesillas con todo su efectivo, pero sin gloria.

Mas aquí debo referir cómo antes de volver provocó á batalla al enemigo, y cómo se excusó de aceptarla el Rey lusitano.





CAPITULO V

Desafío del rey D. Fernando á D. Alfonso, y respuesta que le dió.

Había llegado el rey D. Fernando con numerosas fuerzas de infantes y caballos á la vista de los soberbios portugueses el 19 de Julio, y como fuese conocida la defección de Zamora y se temiese la falta de mantenimientos, vióse claramente que, según el deseo de los Grandes castellanos, el enemigo rehuía, no sólo la batalla, sino hasta las escaramuzas, de lo que esperaba una segura victoria. El fracaso del regreso del ejército hacía temer numerosos daños para el rey D. Fernando, al paso que las grandes riquezas del portugués y la abundancia de víveres de que disponía permitían esperar un acrecentamiento, cada día más considerable, de su poderío, pues contaba con provisiones bastantes para alimentar todas las tropas sacadas de Portugal. Esto decidió á los castellanos á procurarse algún favor para su causa, por lo menos á ganarse las simpatías de los pueblos, haciendo llegar á noticia de todos la cobardía del portugués, que habiendo prometido antes no descansar hasta poner en fuga ó destruir

al rey D. Fernando, le había temido al verle presente; se había resguardado con todo su ejército tras los muros de Toro; había violado vergonzosamente las obligaciones impuestas por la orden de la Jarretiera y abandonado por excesivo temor todas aquellas arrogancias de que alardeaba. Y esta ignominia del enemigo aún sería más grave si llegaba á rehusar el combate singular á que se le provocara, porque luego se cohonestaría la retirada de D. Fernando con pretexto de apoyo, por no ser posible, á causa de la penuria de mantenimientos, tener largo tiempo en jaque al enemigo, ni socorrer á la guarnición del castillo, por interponerse las defensas de estacadas y trincheras. Quedó, pues, encargado de notificar el desafío al rey de Portugal Gómez Manrique, egregio varón, dotado de peregrina elocuencia y gran conocedor de las leyes de la milicia. Antes quiso procurarse el seguro en la entrevista, enviando á un heraldo, y el 18 de Julio, en presencia del rey don Alfonso y de los magnates portugueses que le rodeaban, habló en estos términos:

Que ya sabía el Rey cómo días antes había enviado á su embajador Rodrigo de Sosa á Valladolid, en primer lugar para defender en virtud de su encargo ante D. Fernando, rey de Castilla, León y Sicilia, y príncipe de Aragón, la causa de D.ª Juana, prima del monarca portugués, y luego para aconsejar á D. Fernando y á D.ª Isabel que se retirasen á donde quisiesen, con tal que abandonasen los reinos de Castilla y León y los demás territorios por derecho hereditario sujetos á la citada D.ª Juana, á fin de que, dejada á un lado la calidad de los

Reyes, pudiera más cómodamente tratarse la cuestión legal.

En cuanto á la justicia de la causa, estaba encargado por el Rey, su señor, de manifestar que, indudablemente, D. Alfonso no estaba informado de la verdad, porque de otro modo, jamás hubiera dado su consentimiento como le diera, á cosa tan inicua. Su natural probidad, su conciencia, el puro vínculo del parentesco, la estrecha amistad, el eximio afecto, la laudable equidad entre ambos reinos y entre sus naturales observada constantemente, hubieran impedido aquellas gestiones y hecho imposibles embajadas como la citada, en que con tanta acritud é inhumanidad se notificaba á los regios cónyuges D. Fernando y D.ª Isabel que abandonasen sus reinos, cuando los poseían con más paz y tranquilidad que jamás progenitor alguno los poseyera, y cuando con solemne juramento les habían prestado pública y unánime obediencia los Grandes, las ciudades, los pueblos, las gentes de todos estados y condiciones, y hasta aquellos de quienes á la sazón el mismo Don Alfonso se valía, y que, temerosos del castigo de sus crímenes, y deseando extender la tiranía, cuando conocieron que había propósito de combatir tal desenfreno, se habían pasado á su partido; pues por ningún otro móvil laudable habían aprovechado la entrada del Rey de Portugal en estos reinos. Por lo cual el rey D. Fernando decía que estaba tan patente la justicia de la causa en favor suyo y de la Reina, que de buen grado la hubieran sometido al conocimiento de cualquier árbitro, á no haber querido el mismo D. Alfonso

enviar sus embajadores con fuerza armada, cual si desease tener por juez de esta causa al Ser Supremo, y presentar en lugar de testigos sus tropas, invadiendo con ellas los reinos de Castilla y León y usurpando el título de Señor de ellos, cuando en ninguna manera le correspondía. Había publicado además por letras patentes, que entraba en Castilla con ánimo de buscar al rey D. Fernando y presentarle batalla dondequiera que le hallase. Por lo cual él había dicho al citado Rodrigo de Sosa que contestaría al mismo Monarca portugués si por cualquier evento llegaba á penetrar en estos reinos. Todo lo cual, anteriormente dicho, lo había sostenido con hechos, á fin de que se presentara ante el justo y soberano juez con las armas que en vez de testigos escogiese.

Y así, habiendo llegado el día antes, es decir, el 20 de Julio, ante los muros de Toro, donde la perfidia de los desleales había dado entrada al Monarca lusitano, había formado sus huestes en batalla, y al día siguiente nuevamente se había dispuesto al combate, permaneciendo en los reales cerca de la ciudad. Por tanto, el rey de Portugal debía resolver una de dos cosas: ó salir inmediatamente de los dominios de D. Fernando y de D.ª Isabel, quitado todo impedimento de las cosas ocupadas, haciendo lo cual sería contento el Rey de encomendar el conocimiento de la causa á la decisión del Papa, ó en caso de no aceptarlo y preferir la dilación, salir al punto á batalla, según el día anterior se le presentó oportunidad, evitando así en un solo encuentro las prolongadas desdichas de incendios,

robos y multitud de muertes que en ambos reinos amenazaban á los inocentes, como quiera que el justo juez y señor de los ejércitos se dignaría conceder la victoria en aquella batalla al partido que tuviese de su parte la justicia. Mas si por caso D. Alfonso presentase por excusa para rehusar el combate el sitio de la fortaleza en que estaba empeñado, D. Fernando le prometía entregarla bajo juramento militar en poder de algún noble y honrado sujeto que, concluída la batalla, diese entrada al portugués. Si el motivo de la excusa fuese el temor de sus tropas al superior número de las castellanas, D. Fernando estaba pronto á entrar en singular combate con el rey de Portugal, á condición de que no le difiriese, sino que aceptase inmediatamente el reto.

Así habló Gómez Manrique en castellano ante el rey de Portugal y toda su corte. Luego entregó el discurso escrito, firmado con su nombre y sellado con su sello de las armas de los Manriques, para formalidad del documento y perpetuo recuerdo, y regresó inmediatamente al campamento á esperar al lado de D. Fernando la respuesta.

Al día siguiente Alfonso de Herrera, en otro tiempo uno de los favoritos del rey D. Enrique, ahora tránsfuga al campo portugués, obtenido el seguro para presentarse ante D. Fernando, habló así en nombre de D. Alfonso y en respuesta á lo que el día antes había dicho Gómez Manrique:

Lo que el rey de Castilla, León y Portugal, don Alfonso, nuestro Señor, responde á lo que en nombre de Vuestra Alteza expuso Gómez Manrique, es

lo siguiente: El jueves, 20 de este mes de Julio, un heraldo vuestro pidió seguro á nuestro Rey para el citado Gómez Manrique. Concediósele inmediatamente, y le envió un trompeta para que viniese á salvo en su compañía. El viernes siguiente Gómez Manrique habló por extenso en vuestro nombre y notificó un reto, escrito, firmado de su nombre, sellado con el sello de sus armas y del tenor siguiente: etc. etc. (1).

A lo que Vuestra Alteza mandó decir, á saber, que era evidente que el citado Rey no había tenido conocimiento de la verdad de las cosas, responde Su Majestad que mucho antes de desposarse con la reina D.ª Juana, nuestra señora, tuvo entero conocimiento de la verdad y del derecho que con toda justicia asiste para el citado dominio, como del feliz, legítimo y natural señor, el rey D. Enrique, cuya alma tenga el Señor. Túvola por hija suya desde su nacimiento é hízola jurar como Princesa, primogénita y heredera de sus reinos, de modo que mientras él viviese fuese obedecida como tal Princesa, y á su muerte, los prelados y los Grandes, los procuradores de las ciudades y villas de sus reinos, todos la tuviesen por su Reina, como así lo juraron. Al morir su padre D. Enrique, la declaró por legítima y universal heredera de sus reinos. Por lo cual, mi soberano señor tiene perfecto conocimiento de pertenecer con toda justicia á su esposa la reina D.ª Juana los reinos de Castilla y León y los demás estados

(1) El autor no copió el documento por haberle antes extractado.

sujetos á sus ascendientes, sin que ningún otro pueda legítimamente poseerlos. De aquí resulta que, si Vuestra Alteza y la ilustrísima reina doña Isabel, esposa vuestra, bajo el pretexto, á todas luces erróneo, del juramento prestado por algunos Grandes, ciudades y villas de estos reinos, habéis obtenido su obediencia, ha sido con notoria injusticia, como fundada en la acusación de los que aseguraron que D. Enrique no había dejado prole legítima, siendo así que la dejó y la declaró por heredera. Claramente se manifiesta, por tanto, que usurpáis y retenéis indebida é injustamente el título de señores de estos reinos, que el citado rey D. Alfonso, nuestro señor, ha obtenido con entera justicia, y que con razón le corresponde entrar en sus reinos y morar en ellos, como legítimo guarda y defensor de su causa y derecho. Asímismo los que le llamaron y humildemente le rogaron que se dignase venir á ellos, y le juraron por verdadero Rey y legítimamente le prestaron acatamiento, obraron en virtud de la debida lealtad y probidad, y así lo hacen los que jamás reconocieron á Vuestra Alteza ni á vuestra esposa por Rey y Reina de estos reinos, ni os prestaron obediencia, sino únicamente acatan y fielmente obedecen al citado Rey, nuestro señor, y á su esposa la reina D.ª Juana.

Respecto al segundo punto que de vuestra parte expuso Gómez Manrique, á saber: que convenía que el Rey nuestro señor eligiese uno de estos extremos: ó salir inmediatamente de estos reinos, renunciando á toda ocupación, en cuyo caso Vuestra Alteza tendría á bien encomendar la decisión

de la causa al conocimiento y arbitrio de la Santa Sede, ó venir á campal batalla para que el Dios supremo sea juez de aquélla, responde que el dominio de la Reina hace bien manifiestas las causas por las que él permanece lícita, debida y justísimamente en estos reinos, y que aconsejan á Vuestra Alteza desistir de ocuparlos y salir inmediatamente de ellos, para que la Reina, esposa de nuestro rey D. Alfonso, posea juntamente con él lo que injustamente ocupasteis. Todo lo cual y cada cosa de por sí os aconseja, y una y otra vez os recomienda y lo atestigua ante Dios. Si Vuestra Alteza quisiera cumplirlo según se le indica, place al Rey nuestro señor encomendar su causa á la decisión del Sumo Pontífice, á fin de evitar para siempre los daños de las guerras y discordias, y porque es su constante voluntad y su natural inclinación en todo, pero principalmente en esta causa, no apartarse un punto del camino recto, como cree no se separará el Soberano Pontífice, dada su virtud, para resolver en justicia.

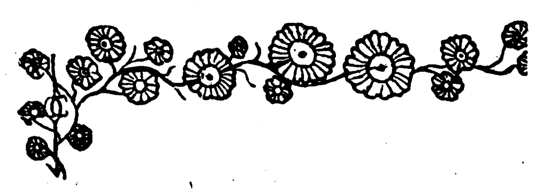
Acerca de la batalla que Vuestra Alteza desea que el Rey nuestro señor acepte, afirmando que con ello cesarán en estos reinos y entre los naturales pacíficos muchos incendios, robos y otros grandes males, responde que la aceptará, y con el favor divino apelará á las armas cuando se reúnan sus Grandes, al presente diseminados por varias partes del reino, pero á los que ha hecho ya convocar. Mas por cuanto Vuestra Alteza habla de provocar á combate singular en caso que el Rey nuestro señor no quiera venir á batalla campal á causa de la inferioridad numérica de sus

tropas, porque de lo primero habrá de resultar la paz para todos, responde que también él aceptará el desafío, con tal que cada parte esté asegurada de toda violencia por parte de las tropas enemigas; que el pleito quede terminado con el encuentro y que se dé al vencedor la posesión de los reinos y la obediencia de los naturales y se diriman las discordias y se eviten para siempre los daños. Y que en consideración á esta paz futura, Su Alteza acepta el combate singular; pero entretanto, mientras se consigna la garantía que á cada parte ha de darse, ambas han de continuar trabajando por su causa é intereses por entender lo mucho que les va en ello. Todo lo cual, poderoso Señor, yo Alfonso de Herrera, declaro en nombre del citado Rey mi señor, y de su parte respondo. En fe de lo cual he firmado este escrito de mi nombre, y selládole con el sello de mis armas hoy sábado 22 de Julio del año de 1475.

Al día siguiente Gómez Manrique, enviado por el Rey D. Fernando, ratificó el desafío, é insistió en que fuese aceptado; disipó elocuentemente las dudas, y con convincentes razones rebatió la excusa de la violencia de la multitud alegada por el portugués, puesto que, ó la observancia de lo pactado podría encomendarse á igual número de gente de cada nación, á las órdenes de igual número de Grandes, alejando á los demás, ó, según los deseos del rey de Portugal, podrían señalarse inmediatamente para seguro del combate aquellos Grandes que prefiriese. En consecuencia de esto, volvió Alfonso de Herrera y declaró de parte de su Rey que accedía á todo lo expuesto por Gómez

Manrique en nombre de D. Fernando, con una sola adición á lo convenido, enderezada á la verdadera paz de estos reinos después de la victoria, á saber: que así la Reina D.ª Isabel como la Reina D.ª Juana, á una de las cuales habría indudablemente de favorecer al cabo el derecho y la justicia, fuesen tenidas en rehenes en poder de aquellos Grandes, para que ya en adelante la parte vencedora no encontrase obstáculo alguno.

A esto se opuso Gómez Manrique, por tercera vez enviado en nombre de D. Fernando, diciendo que no era igual la condición de las dos señoras indicadas para rehenes, puesto que la reina D.ª Isabel era reconocida universalmente por hija legítima de D. Juan II, y verdadera hermana del rey D. Alfonso, y siempre el rey D. Enrique la tuvo por tal hermana, y públicamente, en presencia del Legado apostólico, de todos los Grandes y de numeroso ejército, la declaró por legítima heredera, al paso que confesó haber sido D.ª Juana hija adulterina de la Reina, su mujer. Asimismo D.ª Isabel estaba en posesión de todos los reinos y contaba con la obediencia de los naturales, mientras que D.ª Juana, á excepción del rey D. Alfonso, casi de nadie recibía acatamiento. Finalmente, el ejército que defendía la causa de D.ª Isabel era muy superior en número al portugués. Por tanto, debía satisfacer completamente á D. Alfonso, si miraba por los fueros de la verdad, que el rey castellano quisiera poner ventajas tantas y tan favorables á su causa al trance y fortuna de un combate. A esto no quiso responder nada el rey de Portugal.



CAPITULO VI

Vuelve D. Fernando á Tordesillas. — Penoso abatimiento de los leales y engreimiento de los enemigos y de los Grandes.—Llegada del Adelantado de Andalucía D. Pedro Enríquez.—Disposición de las guarniciones para resistir al enemigo en la guerra próxima.—De los títulos de los reinos.

El fracaso del citado reto obligó á disponer el regreso de las tropas, así porque sufrían mucho á causa de la escasez de víveres, como porque la multitud, enemiga de los Grandes, como causantes de tales apuros, iba inclinándose á peligrosos trastornos, sin que hubiese medio de aplacarlos si radicalmente no se quitaba la ocasión. Esta crecía con los incesantes rumores y acusaciones del vulgo; el estipendio militar era ya insuficiente á causa de las sumas en vano gastadas; la caballería tenía las más veces que buscarse por sí misma los alimentos, y los infantes se contentaban con pan solo, por no perecer de hambre. De aquí los temores de numerosas sediciones. Apenado el ánimo de D. Fernando con estas desdichas, creyó necesario evitar juntamente

muchas disensiones á costa del quebranto de la fortuna y de la pérdida de la fortaleza de Toro, y así ordenó sus batallas cual si se aprestase á pelear, provocando una y otra vez á combate al enemigo encerrado en la ciudad, en cambio de la próxima rendición del castillo, puesto que después de la vuelta del ejército, la guarnición sitiada no podría resistir mucho tiempo, principalmente porque á la multitud y á la turbación de los defensores se añadía la angustia de D.ª Aldonza de Castilla, mujer de Rodrigo de Ulloa, temerosa por su seguridad y deseosa de la libertad de sus hijos.

Visto ya que el enemigo rehusaba el combate general ó singular, el rey D. Fernando mandó repentinamente dar la señal de regreso, con gran estupefacción de todas las tropas, aun cuando á los Grandes era conocida de antemano la causa de la retirada, tan triste para los otros como provechosa para ellos. La extraña marcha produjo turbación entre las tropas; pero empezaron á consolarse con la esperanza de poder alimentarse mejor, y cuando pasaron del punto en que ya no era posible el ataque del enemigo, la hambrienta multitud se dió á recorrer la tierra en varias direcciones, sin que nadie se lo estorbase, así que la mayor parte de los peones, satisfecha con la libertad que disfrutaba para remediarse, no usaba del permiso de alejarse más.

Entretanto honda tristeza afligía el ánimo de la reina D.ª Isabel, que aguardaba en Tordesillas el resultado de tan importante expedición. Su naturaleza de mujer no la permitió encubrir su pena, y salió al encuentro del Rey, manifestando

más dolor por ver regresar al ejército tan sin gloria que alegría por encontrarle incólume.

Inmediatamente después llegó el Adelantado de Andalucía D. Pedro Enríquez, de quien dije que había apresurado su marcha por el anhelo de romper la guerra y caminado con riesgo durante muchos días. Usando de gran astucia, luego que pasó el monte que domina la villa de Colmenar ó de Mombeltrán, fué dando rodeos para engañar al enemigo que, con 400 lanzas de la guarnición de Arévalo, trataba de armarle celadas para prenderle ó destruirle. Al cabo logró llegar el Adelantado á Alba de Tormes con su caballería incólume y luego á Medina del Campo, adonde había ido el rey D. Fernando después de licenciar la mayor parte de las tropas, para poner guarnición en villa tan falta de defensas. También metió gente en otras villas como Madrigal, Cantalapiedra, Siete Iglesias y Alaejos. De todas ellas venía á ser el mayor baluarte la de Tordesillas, blanco principal de los ataques de los portugueses, en aquellos días grandemente irritados por haber venido á exacerbar los rencores antiguos y recientes las injurias é intemperancia de fray Alonso contra un heraldo portugués que había llegado á Tordesillas con las insignias de los títulos de los reinos de Castilla y Portugal. Después de arrojarle de la mula, habíale arrancado las insignias de que iba revestido, violando las inmunidades que se acostumbra guardar á los heraldos, y provocando las murmuraciones de los españoles y portugueses, que pedían un castigo para quien se había dejado llevar á tales extremos por la cólera.

Otra causa de exacerbación de los rencores era los títulos de los reinos, pues cada Rey se había apropiado los del otro; así que mientras D. Alfonso (aunque intruso) se titulaba en sus cartas rey de Castilla y León, D. Fernando y D.ª Isabel añadieron al título de su legítima sucesión los del reino de Portugal y el de los Algarbes. Este en plural, por cuanto antes que el rey D. Alfonso fuese dueño de Tánger y de Arcila, figuraba en singular entre los demás títulos de los reinos á causa de poseer el rey de Portugal, en virtud de pactos ajustados con los castellanos, primeros poseedores de la provincia y vencidos en batalla por los portugueses, aquélla, próxima al río Ana y á su desembocadura en el Océano por la parte septentrional, llamada en lo antiguo por los moros Algarbe. Mas luego, cuando el mismo rey don Alfonso se apoderó de Tánger y villas adyacentes, se supo que los moros llamaban Algarbe á la provincia de alrededor, y así en adelante se intituló en sus cartas Rey de los Algarbes. Del mismo modo D. Fernando que, como sus progenitores los reyes de Castilla, conservó el título primitivo de rey del Algarbe citerior, comprendió en el de rey de Portugal todos los otros, aunque robusteciéndolo con la fuerza de los pactos. En los antiguos, después de la victoria de los portugueses, se había convenido en observar perpetua paz y amistad entre los dos Reyes y reinos, y que el que apelara á la violencia fuese considerado culpable. La condición principal de los pactos, encaminados á evitar la violencia y á acriminar la injusticia, fué que, el que á mano armada y contra

la voluntad del otro le atacase, fuese tenido por culpable, y no fuese osado á tomar el título y derecho de la antigua posesión. Por donde el rey D. Fernando podía justamente, en virtud de los pactos, usar el título del rey D. Alfonso, que le atacaba, ya que éste, contra lo pactado, con gente armada y contra la voluntad de los poseedores, había invadido violentamente los reinos de Castilla y León.

El rey D. Alfonso, acusado de violar los tratados, daba respuestas en contrario, y de día en día iba enconándose la cuestión, ya por las armas, ya por escrito.

FIN DEL TOMO III



ÍNDICE

LIBRO VI

LIBRO VII

LIBRO VIII

Págs.

LIBRO IX

Págs.

LIBRO X

Págs.

DÉCADA III

LIBRO PRIMERO

Págs.

Págs.

LIBRO II

Págs.

LIBRO III





